

The background of the cover is dark with a textured, almost crystalline appearance. A bright, glowing sphere is positioned in the lower-left quadrant. A vertical beam of light descends from the top left, illuminating a bright, star-like point of light. The title text is centered and rendered in a bold, black, sans-serif font with a white glow effect.

**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DE
ANTICIPACIÓN
VI**

Lectulandia

Sexto volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Domingo fatal, Jebaburba, Justicia del futuro, Ojos artificiales, Desde más allá, Más allá de la pared del sueño, Hambre, Haldous, La misteriosa ciudad de Aurora, La rueda, Quienquiera que seas, La ciudad solitaria, Una partida de ajedrez, El hombre iluminado, El elemental, Un mundo extraño y Plumrose.*

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación
VI**

Antología de novelas de anticipación - 6

ePub r1.0

Watcher 14-04-2018

AA. VV., 1966

Traducción: Desconocido

Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Domingo fatal

Daniel F. Galouye

Baby Jean rodó sobre la alfombra, tirando el oso de felpa al aire. Al chocar contra el suelo, el muñeco pareció quejarse a través de la lengüeta oculta en su pecho.

—¿Me echarás de menos, papi?

Levanté bruscamente la vista del periódico.

—Ten cuidado con la lámpara. Has estado a punto de darle con el oso.

Baby Jean recogió el peludo animal y se sentó, haciendo pucheros.

—¿Nos echarás de menos, a Wally y a mí?

Ellen dejó caer sobre su regazo la prenda que estaba cosiendo.

—¿De qué diablos está hablando la niña?

Me encogí de hombros y volví a concentrarme en el periódico: el nuevo programa de la administración; las nuevas exigencias de Rusia; los extraños objetos sin identificar que habían sido vistos sobre ocho países...

Pero Baby Jean me estaba tirando de la pernera de los pantalones.

—¿Qué harás, papi?

—¿Qué haré, sobre qué?

Doblé el periódico y lo dejé encima de la mesilla. Ellen me miró sonriendo, divertida por mi fingido mal humor.

Wally entró en aquel momento procedente del vestíbulo, mordisqueando una manzana.

Baby Jean apoyó los codos en el brazo de mi sillón y se tomó el rostro con las manos. Sus ojos castaños me miraron, muy serios.

—¿Qué harás cuando Wally y yo nos hayamos marchado? ¿Se quedarán muy solos tú y mamá?

Wally se acercó a su hermana y la tomó del brazo.

—¡Es un secreto! ¡No tenías que decírselo a nadie!

Ellen se inclinó hacia delante con aire interesado.

—¿Qué es lo que no tenía que decir, Wally?

—Nada, mamá. —Wally tomó a su hermana de la mano y la llevó hasta el centro de la alfombra, donde había un rompecabezas con el rostro de un payaso a medio completar—. Termina tu cuadro, Baby Jean.

La niña golpeó el suelo con el pie, indignada.

—¡No me llames baby! ¡Ya tengo seis años! Pronto seré tan mayor como tú.

Había estado desarrollando una intensa campaña contra el uso del apodo. Pero la costumbre estaba muy arraigada.

—¿No te han puesto deberes para hacer en casa, Wally? —preguntó Ellen.

—Los martes, la maestra no nos da nunca tarea. Pero ha dicho que tenía un premio para el que supiera más sobre los niños de... —arrugó el rostro, pensando intensamente—. De las cru...

—¿Cruzadas? —sugirió Ellen.

—Eso mismo.

Miré a mi esposa.

—No creí que se estudiara tan pronto la historia de la Edad Media.

—La señorita Miller es una maestra progresiva. Opina que hay que despertar el interés de los niños por los grandes temas. Será mejor que le cuentes algo acerca de las Cruzadas, de modo que pueda ganar un premio.

—Las Cruzadas... Bueno, vamos a ver...

—Los libros, querido —sugirió Ellen burlonamente—. Le dijiste al vendedor que encontrarías muchas ocasiones para consultarlos.

El cuero rojo de los treinta volúmenes de la enciclopedia, en su estantería de caoba, brillaban de un modo persuasivo.

—Y así —dije, cerrando el Volumen Octavo, media hora más tarde—, parece ser que los cincuenta mil niños franceses y alemanes no llegaron nunca a Tierra Santa, y la mayoría de ellos fueron capturados por el camino y vendidos como esclavos.

Wally se quedó sentado, con aire pensativo.

—¿Niños vendidos como esclavos? —inquirió Ellen en tono de duda.

—¿Y por qué no? ¿Quién mejor que ellos? Al principio quizá resultaran improductivos. Pero entretanto podían aprender el idioma y las costumbres. Y, siendo unos niños, eran inofensivos durante los primeros años de cautiverio... Inofensivos, crédulos y maleables.

Ellen sacudió la cabeza solícitamente y se puso en pie.

—Hay que acostarse, niños.

Baby Jean se atrincheró detrás del sofá.

—¡Yo no quiero ir a la cama!

—¡Un poco más, mamá! —suplicó Wally, retirándose hacia un rincón—. ¡Deja que me quede un poco más!

Implacable, Ellen se acercó a él y le agarró por la muñeca. Luego capturó a Baby Jean.

La niña gritó, protestando. Wally, por su parte, dijo:

—¡En cuanto pase el domingo *no tendremos que ir a la cama!* ¡Y no podrás decirnos lo que tenemos que hacer! ¡Ya verás!

El miércoles fue un mal día en la oficina, con tres nuevos contratos que redactar. En consecuencia, llegué a casa cansado y de mal humor. Ellen me esperaba en la puerta.

—Frank, tienes que hablar con Wally —me dijo, con el ceño fruncido—. Le he

enviado ya a la cama.

—¿Qué pasa? ¿Ha estado saltando otra vez la cerca de los Morrison?

—No. Llegó a casa con esta nota de la señorita Miller.

«Wallace —leyó en una tira de papel— ha estado hoy ingobernable, mostrando una provocativa falta de respeto a la autoridad. Su actitud no ha sido más rebelde que la de los otros alumnos, pero a menos que actuemos individualmente sobre cada uno de ellos, corremos el peligro de encontrarnos con un alumnado incontrolable».

—Suena como si la señorita Miller temiera una revolución armada —gruñí.

Wally estaba acostado, boca arriba, con la mirada fija en el techo. Se había olvidado del tocadiscos que, sobre la mesilla de noche, repetía interminablemente una frase de *The Good Ship Lollipop*. Lo desconecté.

—¿Qué ha pasado en la escuela, hijo?

Wally volvió la cabeza sobre la almohada.

—Vamos, vamos —dije, sonriendo—. Este invierno iremos a cazar juntos, ¿recuerdas? Ahora, vamos a aclarar ese asunto de la escuela.

—No iré a cazar.

—¿Por qué? Siempre has deseado ir.

—No estaré aquí.

—¿De veras?

De pronto recordé su vaga amenaza acerca del domingo.

—Mamá me ha pegado y me ha enviado a la cama —acusó Wally—. Y ahora tú también vas a pegarme.

Se sentó en la cama, agarrándose a la sábana, y no supe si lo que había en sus enrojecidos ojos era resentimiento o desafío.

—Sólo te pegan cuando lo mereces.

—Bueno, puedes pegarme todo lo que quieras hasta el domingo. ¡No me importa! Pero en cuanto pase el domingo no podrás pegarme..., porque no estaré aquí.

Llegué a la conclusión que lo que había en sus ojos era desafío... Wally se ganó su segunda zurra.

Cuando bajé al comedor, Baby Jean estaba importunando a su madre pidiéndole un níquel.

—No es hora de comer caramelos —decía Ellen—. Vamos a cenar en seguida.

—Por favor, mamá. Me comeré *toda* la cena. Te lo prometo.

—He dicho que no.

—Bueno, puedes guardarte tu asqueroso níquel —replicó Baby Jean furiosamente—. Pronto tendré todos los caramelos que quiera..., y helados, también. ¡Y pasteles!

—¿Después del domingo? —inquirió Ellen.

Baby Jean, que había echado a andar hacia la puerta de la calle, se detuvo.

—¿Cómo lo sabes?

Cuando Baby Jean se hubo marchado, rodeé con mis brazos la cintura de Ellen y

miré por encima de su hombro las cacerolas puestas al fuego.

—¿Qué es todo eso acerca del domingo?

—Algún juego, supongo.

—Los niños no habían amenazado nunca con marcharse de casa.

—Todos pasan por esa fase, en un momento u otro.

—¿Y por qué el domingo?

Ellen se echó a reír.

—Es un día tan bueno como cualquiera..., y el tener que ir a la iglesia les parte la mañana por la mitad.

Después de cenar, me retiré diplomáticamente al salón y me concentré en la televisión, para que Ellen pudiera subirle un bocadillo y un vaso de leche a Wally sin que yo me diese cuenta.

El teléfono sonó durante el último asalto del combate de boxeo, y cuando anunciaban el resultado Ellen apareció en el umbral de la puerta.

—Era la señora Watkins. Estaba tratando de descubrir qué clase de misterio se llevan los niños entre manos para el domingo.

—¡Vaya! ¿De modo que el pequeño Arthur anda también metido en eso?

—La señora Watkins dice que Arthur no se lo ha contado. Pero lo mantiene sobre su cabeza como una especie de amenaza. No se lo ha contado, porque está seguro del hecho que Wally no te lo contará a ti. Y Jimmy, y Frank, y Mary Ann, y los mellizos Collins —Ellen fue contándolos con los dedos— tampoco se lo contarán a sus padres.

Me eché a reír.

—Es más importante de lo que pensábamos, ¿eh? Una especie de emigración en masa, ¿no crees?

—Sea lo que sea, Frank —dijo Ellen, muy seria—, es algo que parece afectar a todos los niños.

—Si te dejas impresionar por esas naderías —bromeé—, ¿qué vas a hacer cuando tengamos otros cinco hijos?

Me agaché instintivamente. En circunstancias normales, uno de los almohadones del sofá hubiera salido volando hacia mi cabeza. Pero Ellen no se mostró agresiva: estaba mirando fijamente el televisor, en cuya pantalla aparecían en aquel momento una serie de fotografías de chiquillos.

«... y en Baltimore —estaba diciendo el locutor— han desaparecido cinco niños, posiblemente escapados de su casa. En Cincinnati, el número de desaparecidos asciende a cuatro».

Estaba tratando el asunto jovialmente, con palabras impregnadas de risa.

«El más eminente de los cuatro era Alexander Belling III —en la pantalla apareció la fotografía de un chiquillo de rostro travieso y pecoso, de unos nueve años—. Desapareció de su casa anoche, después de haber amenazado con *marcharse para siempre* el domingo».

Ellen me miró con aire preocupado.

—Frank...

Procuré tranquilizarla.

—Psicología. Esas cosas llegan a oleadas. Reacciones en masa. Un chiquillo se escapa de casa y su fotografía sale en los periódicos. Otros chiquillos piensan en fugarse, para que salgan también sus fotografías es los periódicos. Una especie de reacción en cadena.

—Pero..., en domingo... Y el hijo de los Watkins, y los mellizos de los Collins...

—Coincidencia —dije, sin demasiado convencimiento.

Salimos juntos de la habitación mientras el locutor comentaba la reciente plaga de objetos sin identificar. En la habitación de los niños, Wally y Baby Jean dormían profundamente.

La aguja del tocadiscos giraba alrededor de la ranura interna de *The Good Ship Lollipop*...

—No los despiertes —suplicó Ellen en tono vacilante. Se inclinó sobre los niños y los arropó cuidadosamente.

Baby Jean sonrió en sueños.

—El domingo —murmuró—. Feliz aterrizaje sobre una barra de chocolate.

El jueves amaneció con un aura de presagio. A la hora del desayuno, con los niños todavía dormidos, capté una rara sensación en el aire, una especie de tensión eléctrica. Me había sucedido lo mismo unos años antes..., una plácida tarde de domingo. Una hora después estalló el infierno de Pearl Harbour.

Ellen la había captado también. Se notaba en la crispación de su rostro. Pero no dijimos nada, ya que no había nada que pudiéramos expresar con palabras.

En la oficina, le llevé los contratos a Andy para que diera el visto bueno. Pero Andy los apartó a un lado.

—¿Qué pasa con los niños, Frank?

—¿Los tuyos también? —inquirí, muy poco sorprendido, en realidad.

Asintió lúgubrementemente.

—Que me aspen si lo entiendo.

—¿Van a marcharse..., a alguna parte?

—Sí. El domingo.

—¿Adónde? —pregunté, porque hasta entonces no había concedido importancia a su posible destino.

—Eso es lo que me preocupa. En catorce años, Freddy no me había ocultado nada. Anoche lo intenté todo: le supliqué, quise sobornarle, le pegué..., y muy fuerte. Pero todo fue inútil.

Hasta entonces me había negado a admitir que se trataba de algo serio. Ahora me daba cuenta que tal vez mi actitud era equivocada.

—¿Se ha escapado Freddy? —pregunté.

—No, pero probablemente lo hará.

Tomé el teléfono y llamé a Ellen.

—Vete a buscar a los niños a la escuela, querida.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Pero tenemos que descubrirlo. Llegaré dentro de veinte minutos.

Colgué el receptor para evitar más preguntas.

Andy estaba mirando fijamente a través de la ventana.

—¿Temes que se escapan?

—No creo que lo hagan. Supongo que podré descubrir qué hay detrás de todo eso.

—Por lo visto, no has escuchado la radio. Todo el mundo está intentando hacer hablar a los chicos..., desde Washington para abajo.

—*No puede* tratarse de nada más que de una especie de historia juvenil.

—¿No? ¿Con los chiquillos actuando repentinamente del mismo modo en todo el país? Una incomprensible reacción en masa que se extiende de punta a punta... Sería demasiado casual.

—Entonces, ¿crees que los chicos van a marcharse a alguna parte el domingo?

Andy se encogió de hombros, con aire de desaliento.

—Eso es lo que Washington trata de averiguar. Y también Londres, y París, al parecer. Le han dado el nombre de Efecto Junior.

Me encaminé hacia la puerta.

—Y, Frank..., no te excites si tus chicos se escapan de casa. Esa parte del Efecto Junior parece ser una reacción temporal. La mayoría de los desaparecidos han regresado.

Le miré, desconcertado:

—Entonces, ¿por qué se escapan?

—Ellos —señaló con un gesto el aparato de radio— creen que es una manifestación de impaciencia. Los chicos tienen que hacer *algo* mientras esperan que llegue el domingo.

De camino a casa, hice que el taxista pasara junto a la escuela con la esperanza de encontrar a Ellen y a los niños. No era el único padre que había tenido aquella idea. Había una hilera de taxis rodeando el edificio. Reconocí a algunos de los pasajeros como miembros del Club de los Padres.

Otra hilera de madres entraba apresuradamente por una de las puertas y salía por otra, agarrando con mano firme las muñecas de sus hijos. Y bruscamente me di cuenta que estaba presenciando una reacción espontánea que debía estar produciéndose en millares de escuelas al mismo tiempo.

En casa, los niños se sentaron con aire cariacontecido en el sofá, mientras Ellen se agachaba delante del televisor. Baby Jean jugueteaba con el borde de su vestido. Wally estaba muy interesado en la contemplación de sus propias manos.

Me detuve en el umbral, vacilante, y Ellen cruzó apresuradamente la habitación para reunirse conmigo.

—¿Has oído?

—¿Lo del Efecto Junior? —asentí.

Ellen se refugió entre mis brazos, temblando, mientras ambos mirábamos a los niños con una expresión de temor. En la pantalla del televisor, un hombre con aspecto de intelectual trataba de explicar el Efecto en términos de conducta inhibitoria.

—Bueno, Wally —dije, muy serio, colocando una silla delante de él—. Creo que ha llegado el momento para que hablemos de hombre a hombre.

Wally se hundió en la blandura del sofá sin hacerme el menor caso.

—No hablará —dijo Ellen, en tono desesperado—. Lo he intentado todo, inútilmente.

Le hice una seña para que nos dejara solos.

—¿Wally...?

Volvió los ojos hacia la ventana.

—¿Baby Jean...?

—¡No me llames baby! ¡Ya *no* soy una niña!

Sonriendo, acaricié sus cabellos.

—Desde luego que no. Ya eres una chica mayor. Y las chicas mayores saben cómo tienen que hablar con sus papás, ¿no es cierto?

Wally se inclinó hacia ella.

—No le hagas caso. ¡Está tratando de sonsacarte!

Baby Jean cruzó los brazos sobre el pecho y apretó fuertemente los labios.

—Vamos, Wally —dije, en tono condescendiente—, ¿acaso tengo la costumbre de sonsacarte? ¿Acaso te he engañado alguna vez?

Me miró fijamente, con una emoción en los ojos, que nunca había visto en ellos.

—¡Sí! —gritó—. ¿Qué me dices de Santa Claus? Tú...

—¡Wally! —le advirtió Ellen.

Pero Wally ignoró la advertencia, insolentemente.

—¡No hay ningún Santa Claus! ¡Me has estado mintiendo siempre!

Baby Jean abrió mucho los ojos, con una expresión de incredulidad, y se volvió hacia mí.

—No es cierto, ¿verdad, papá? Santa Claus existe, ¿verdad?

—¡Adelante! —se burló Wally—. Miénteles a ella como me has mentido a mí. Y cuando tenga ocho años, tendrás que decirle la verdad.

Baby Jean se había puesto en pie y me tiraba de la manga.

—Santa Claus existe, ¿verdad, papá?

Aparté la mirada, sintiéndome extrañamente culpable. Tomé los temblorosos hombros de la niña.

—Mira, Baby Jean... Verás, es como...

Pero Baby Jean se apartó bruscamente.

—¡No hay ningún Santa Claus! ¡Mamá y tú han estado mintiendo siempre!

Ellen se acercó a ella, tratando de consolarla. Pero Baby Jean echó a correr,

sollozando.

Me volví furiosamente hacia Wally.

—¡Te has portado como un cerdo!

—¡Pero es verdad! Tal como ellos dicen. ¡Eres cruel, y mientes, y nos engañas, y nos castigas!

Le agarré firmemente del brazo.

—¿Quiénes son *ellos*? —inquirí.

Pero Wally continuó con su infantil acusación.

—Todo eran mentiras. Santa Claus, y el Conejo de Pascua, y la rata que ponía níqueles debajo de nuestra almohada, y...

—Pero, Wally...

Mi hijo había vuelto a ponerse a la defensiva.

—¡Mentiras! ¡Mentiras! ¡Mentiras!

Le obligué a ponerse en pie y me arrodillé delante de él.

—¿Quién te ha estado contando todas esas cosas? ¿Quiénes son *ellos*?

Wally no era el tipo de muchacho que se muestra de repente escéptico sin motivo. Y yo estaba dispuesto a llegar al fondo del asunto.

—Wally, ¿quién te ha cambiado de ese modo? ¡Contesta!

Le sacudí rudamente.

—¡Anda, pégame! —me desafió—. Ellos dicen que me pegarás hasta que llegue el domingo, pero debo ser valiente.

Derrotado, le solté.

—¡Sube a tu cuarto!

Llorando, Ellen se acercó a mí y apretó su rostro contra mi pecho.

—¡Oh, Frank! No es cierto que nos esté ocurriendo esto, ¿verdad?

Luego se apartó de mí, mientras yo me quedaba mirándola, sin saber qué hacer. Oí el sonido de sus pasos subiendo la escalera detrás de los niños, gritando:

—¡Wally! ¡Baby Jean!

Ellen pasó la mayor parte del resto de aquel día en la habitación de los niños, tratando de razonar con ellos. Yo paseé sin rumbo fijo por la vecindad, intentando examinar el Efecto Junior desde una perspectiva más cuerda. En el curso de mi deambular, tropecé con una muchedumbre que se había reunido espontáneamente en una especie de asamblea.

Un hombre delgado y calvo, cuyos hijos eran ya indudablemente adultos, trepó a una silla y sugirió en tono burlón que todos los chicos menores de dieciséis años fueran obligados a reunirse en público. Allí presenciarían el castigo de los que se negaran a renunciar a sus planes domingueros.

Otro exigió que los maestros fueran objeto de una investigación. ¿No era evidente acaso el carácter comunista del asunto? El año anterior, sin ir más lejos, un maestro de escuela de alguna parte de Missouri había sido expulsado de un instituto, por

rojo...

No tardó en quedar demostrado que nadie tenía nada constructivo que ofrecer, y la asamblea degeneró en una serie de discusiones individuales. Oí a varios padres que se acusaban a sí mismos de haber infligido castigos que, ahora se daban cuenta, habían sido más rencorosos que correctivos.

Finalmente, alguien que llevaba una radio portátil reclamó silencio y subió el volumen del receptor.

«... de modo que, en beneficio del país y en vista de los acontecimientos —era la voz grave del Presidente—, proclamo un estado de emergencia nacional. Y asumo todos los poderes que puedan ser necesarios para afrontar esta amenaza a nuestra seguridad colectiva como nación..., a nuestra identidad individual como miembros de las familias que forman la nación».

Me abrí paso entre los grupos hasta que el tono enronquecido del pequeño altavoz se hizo más audible.

«Todavía no se ha encontrado una explicación al Efecto Junior —continuó el Presidente—. Sin embargo, debo rogarles que ejerzan con cordura vuestro papel de padres durante este período de prueba en las relaciones con los niños. Sean moderados en cada uno de vuestros actos.

»Debo advertirles también que no den pábulo a las explicaciones que pretenden relacionar la conducta de nuestros hijos con la presencia de objetos sin identificar. No existe ninguna justificación para relacionar los dos fenómenos..., hasta el momento».

En silencio, la muchedumbre empezó a dispersarse. Mientras regresaba a casa, no pude evitar el pensar en las últimas palabras del Presidente. ¿Se trataba simplemente de una negativa inicial, destinada a preparar el camino para una eventual aceptación de lo que ahora se negaba?

Ellen y los niños estaban dormidos..., los tres en la cama de Wally. Ellen tenía el pelo revuelto y el rostro húmedo de lágrimas. En sueños, extendía un brazo protectoramente encima de los niños.

Bajé al salón, me serví un buen vaso de whisky y conecté la radio. Luego fui en busca de mi Winchester de repetición y empecé a limpiarlo.

Mientras repasaba mi provisión de cartuchos, oí el boletín de noticias informando que Radio Moscú estaba convencida del hecho que el Efecto Junior era un complot capitalista. Se trataba de una acusación recíproca, puesto que los Aliados europeos occidentales habían enviado ya notas diplomáticas al Kremlin, aludiendo claramente a la complicidad rusa.

Sonó el teléfono.

—¿Frank? Aquí, Andy. Sólo quería decirte que no es necesario que vengas a la oficina hasta después del domingo... Los empleados solteros se ocuparán de todo hasta entonces.

—¿Cómo está Freddy?

—No quiere hablar con nosotros. Pero no pienso insistir más.

—¿Has oído el mensaje del Presidente?

—Sí. ¿No te ha producido la impresión que él ocultaba algo?

Por lo visto, Andy también se había dado cuenta.

—¿Los objetos sin identificar? —pregunté.

Andy permaneció silencioso unos instantes. Pensé en lo estereotipada que era la conducta de los adultos: como la de las ovejas. Casi al mismo tiempo, todos habíamos observado el Efecto Junior. Luego, como un solo hombre, todos habíamos admitido su gravedad, ¿íbamos ahora a aceptar, en masa, la explicación de los objetos sin identificar como única posible?

—¡Dios mío! Frank, ¿acaso vamos a creer que unos seres de..., de otro mundo tratan de raptar a nuestros hijos? ¿Para qué?

Recordé el artículo de la enciclopedia acerca de los niños de las Cruzadas.

—Esclavos —susurré, en tono vacilante.

—¡Esclavos! Si fueran tan endiabladamente listos, ¿no tendrían máquinas para hacerlo todo?

—Nosotros no concebimos ninguna máquina tan perfecta y tan económica como el cuerpo y la mente humanos. Tal vez ellos tampoco la conciban.

—Pero, ¿por qué únicamente los niños?

—Tal vez no desean unos adultos capaces de resistir obstinadamente, en tanto que los niños serían dominables y relativamente inofensivos. Podrían atraerlos actuando sobre su imaginación y su credulidad, hipnotizándolos hasta cierto punto. Y podrían utilizar ese hipnotismo para hacer que los niños *desearan* marcharse.

—Tal vez sea eso..., una especie de efecto Flauta Mágica. Freddy ha estado hablando en sueños de una especie de paraíso donde aprenderá a ser un as del fútbol.

Recordé la somnielocuencia de Baby Jean acerca de un «feliz aterrizaje sobre una barra de chocolate».

—Pero, ¿por qué esperar hasta el domingo? —preguntó Andy, intrigado—. ¿Por qué no se los han llevado inmediatamente?

Medité unos instantes.

—Tal vez imaginan que se presentarían muchas complicaciones..., complicaciones que pueden evitarse mediante una preparación hipnótica que cree en los niños el *deseo* de colaborar.

La voz de Andy sonó desesperada a través del receptor.

—¡Es demasiado difícil de creer! ¿Debemos decirle a alguien lo que hemos imaginado?

Me encogí de hombros.

—Sería inútil.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

El rifle estaba aún en mi regazo. Lo empuñé con aire decidido.

—Quienquiera que trate de llevarse a mis hijos, va a vérselas en dificultades para

acercarse a ellos el domingo —prometí.

La voz del locutor interrumpió bruscamente el programa musical:

«Una formación de objetos sin identificar ha sido avistada sobre la ciudad, procedente del norte...».

Solté el receptor y eché a correr hacia la calle. Escruté cuidadosamente el cielo hasta localizar un grupo de puntos de color verde pálido que al principio parecían formar parte de la Osa Mayor. Avanzaron hacia el este, giraron a la derecha y desaparecieron detrás de una nube baja que reflejaba el rosado resplandor de las luces de neón de la ciudad.

Volví a entrar en casa y me serví otro whisky.

El viernes, nuestro desayuno fue muy lúgubre. Ellen estaba ojerosa y preocupada, y Wally y Baby Jean permanecían sentados delante de nosotros como silenciosos desconocidos.

No dije nada, preguntándome cómo podría hablarle a Ellen de mi convencimiento acerca de la fantasía de los seres de otro mundo. Pero, al ver cómo miraba repetidamente hacia el cielo a través de la ventana, comprendí que no tendría que hacerlo. Ellen se había levantado más temprano que nosotros. Y evidentemente había oído alguna noticia radiada reflejando la adopción general de la teoría que Andy y yo habíamos elaborado.

Observé disimuladamente a los niños. Su conducta de los últimos días..., ¿había sido espontánea? ¿Era su sincera reacción a la creencia del hecho que iban a ser transportados a una paradisíaca Jauja? ¿O era una actitud provocada hipnóticamente para ayudarles a resistir la coacción de los adultos durante aquel período de control?

Wally *había* gritado sus acusaciones acerca de la desilusión de Santa Claus y del Conejo de Pascua de un modo metódico, como si hubiesen sido proferidas *a través* de él por una mente más lógica y madura.

—¿Hoy tampoco vamos a la escuela, mamá? —preguntó Baby Jean.

Ellen sacudió la cabeza tristemente, con los labios apretados.

—No iremos nunca más a la escuela —dijo Wally jactanciosamente.

Ellen se inclinó sobre él y agarró su mano.

—Wally, ¿no quieres a tu padre y a tu madre? —imploró.

Wally inclinó la mirada.

—Claro que les quiero.

—¿Y deseas marcharte?

—Eso no significa que no les quiera. Ellos dicen que ustedes vendrán más tarde.

Y dicen que en el momento que lo deseemos podremos regresar.

—¿Quiénes son ellos? —pregunté, en tono exasperado.

Pero Ellen me hizo una seña para que no interviniera.

—¿No te das cuenta, Wally, que ellos hablan por hablar? Te están mintiendo.

—Ellos dicen que ustedes dirán eso.

—¿Por qué iban a mentirte tus padres, querido?

—Porque quieren que nos quedemos en casa —su voz se estaba haciendo de nuevo acusadora—. Porque quieren que vayamos a la escuela. Porque les gusta mandarnos a la cama temprano...

—Quieren que nos quedemos —intervino Baby Jean— para pegarnos, y castigarnos, y ser malos con nosotros.

Estrellé mi puño sobre la mesa y la vajilla tembló peligrosamente.

—¡Vuestra madre y yo no somos unos demonios! —grité.

Los niños no dijeron nada. Pero sus ojos se clavaron en los nuestros con expresión acusadora.

Ellen dio la vuelta a la mesa y se arrodilló entre sus dos sillas, colocando los brazos alrededor de sus hombros.

—¿De modo que no van a ir a la escuela? —empezó, pacientemente—. ¿Y no les castigarán nunca? ¿Qué es lo que harán?

Los ojos de Baby Jean se iluminaron y unió sus manos con deleite.

—¡Todos los días serán como Navidad..., aunque no haya ningún Santa Claus!

—Y cada mañana tendremos un juguete nuevo —añadió Wally, mirando ávidamente a su madre—. Luego, todos los chicos iremos a un campo muy grande y jugaremos.

Baby Jean rió.

—¡Y tendremos muñecas, y caramelos, y una fiesta cada día después de comer!

Wally frunció el ceño.

—¡Y no tendremos que dormir la siesta en verano!

—Y tendremos cada uno un gatito, y un perrito, y un lorito...

—Y nos quedaremos levantados hasta la hora que queramos cada noche...

—Y...

—¡Dios mío! —gemí.

Ellen estaba llorando y apretaba las cabezas de los niños contra sus mejillas.

—¡Oh, queridos! ¿No se dan cuenta que les dicen esas cosas para que *deseen* marcharse con ellos?

Wally se irguió.

—¡Ellos dicen la verdad! No son como ustedes cuando hacen una promesa, que tenemos que esperar y ver si la recuerdan. ¡Cuando *ellos* nos dicen algo, *sabemos* que es verdad!

—¿Cómo sabes que es verdad? —pregunté.

—Lo sé.

—A veces nos enseñan fotografías —explicó Baby Jean.

—Y a veces lo sentimos dentro de nosotros —añadió Wally.

Me puse en pie y me incliné sobre la mesa.

—¿Dónde les enseñan esas fotografías?

—Casi siempre por la noche, antes que Baby Jean y yo nos quedemos dormidos.

Pero muchas veces, cuando cerramos los ojos, podemos verlo todo: el árbol grande lleno de luces, y la piscina, y los cisnes, y los circos, y...

Baby Jean dejó escapar una risita.

—... y los caramelos, y las muñecas, y los vestidos bonitos...

—... y bicicletas, y balones, y..., bueno, todo.

Desalentado, miré mis manos. Estaban temblando.

—¿Quiénes son ellos? —pregunté.

—Bueno, papá —dijo Wally—, ¿qué importa eso?

Me acerqué lentamente a la ventana y luego regresé a la mesa.

—Mira, hijo, ¿recuerdas lo que te conté la otra noche acerca de los niños que iban a luchar a Tierra Santa? ¿Recuerdas lo que les sucedió?

Pero el entusiasmo ante aquel nuevo argumento se apagó en mí al ver que Wally no me escuchaba. De todos modos, lo más probable era que *ellos* no le permitieran dejarse influir por *ningún* argumento que yo pudiera aducir.

Tomé a Wally y a Baby Jean de la mano y, con una risa forzada, les hice levantar de sus sillas.

—Vayan a vestirse. Vamos a marcharnos de la ciudad..., todos.

Mi suposición respecto a que la reacción adulta al Efecto Junior era estereotipada se reveló como correcta. A fin de cuentas, ¿no éramos todos seres humanos, variando muy poco alrededor de una norma? ¿No se podía esperar que reconociéramos la amenaza casi al mismo tiempo? ¿Que utilizáramos la intimidación al mismo tiempo? ¿Que empezáramos a sospechar de los objetos sin identificar casi simultáneamente? ¿Y, por último, que pensáramos en el soborno como contraarma en el espacio de unas cuantas horas?

En consecuencia, a media tarde el barrio comercial recordaba la víspera de Navidad. Padres tomados de las manos de sus hijos entrando y saliendo apresuradamente de las tiendas.

Risas y balones..., de todas las formas, colores y tamaños.

Manos diminutas jugueteando con bolsas de palomitas de maíz, empuñando cucuruchos de helado...

Vestidos y trajes domingueros infantiles manchados de chocolate...

Juegos, juguetes y artículos deportivos bajo unos brazos juveniles.

Enormes muñecas arrastradas descuidadamente por el polvo de la acera...

Y padres luchando con bicicletas, y piscinas de plástico, y *scooters*, y automóviles y aeroplanos de juguete, e incluso trineos pintados de alegres colores.

Pero la risa y la alegría, aunque fueran falsas, eran lo más estimulante de aquel demencial día de otoño.

Fue una borrachera de compras sin precedente en la historia: una locura que dejó limpias las estanterías de tiendas y almacenes, agotó las existencias de todas las bombonerías y pastelerías y llenó hasta los topes los cines, que previamente se habían

procurado películas de dibujos animados.

El delirio disminuyó y luchamos por abrirnos camino a través de las atestadas aceras en dirección al lugar donde habíamos estacionado nuestro automóvil. Yo iba cargado con una bicicleta de veintiséis pulgadas, una muñeca parlante y otra que caminaba, una tienda de campaña de nueve pies, dos pares de patines y un microscopio.

Ellen llevaba un montón de paquetes, pero su rostro, por encima de ellos, mostraba una expresión esperanzada.

Wally y Baby Jean se dejaron caer en el asiento trasero con su botín, y emprendimos el camino de regreso. Mientras conducía, me permití a mí mismo la ilusoria creencia que todo aquello era un estupendo fraude: una conspiración juvenil universal destinada a adelantar las Navidades al mes de septiembre. Una explicación que hubiese sido acogida con entusiasmo..., a no ser por el pequeño detalle del hecho que Washington había admitido ya que *existía* una relación entre el Efecto Junior y los objetos sin identificar.

—¿Crees que enfermarán con todas esas porquerías en sus estómagos? —pregunté.

—Sería la única enfermedad que acogería con placer desde que nacieron —respondió Ellen.

Al cabo de un rato, Ellen señaló el montón de juguetes que habíamos comprado.

—¿Crees que servirá para algo, Frank? —me preguntó.

—Desde luego —la tranquilicé—. No puede fallar. *Ellos* les prometieron el oro y el moro. Naturalmente, no podíamos luchar contra esa clase de ataque con más promesas, sino con realidades concretas.

—¡Oh, Frank! —Ellen se agarró a mi brazo y apoyó la cabeza en mi hombro—. ¡Me siento tan aliviada!

Cuando llegamos a casa, después de habernos detenido a cenar en un restaurante, era de noche. Durante largo rato contemplamos a los niños entretenidos con sus juguetes, olvidando lo cansados que estábamos.

—Ya es hora de acostarnos, niños —anunció finalmente Ellen.

—¡Oh, mamá! —suplicó Baby Jean—. ¿No podemos quedarnos un poco más?

Ellen suspiró con resignación.

—Desde luego, queridos... Tanto como quieran.

—¿Hasta después de medianoche? —inquirió Wally en tono de duda.

—Hasta el amanecer, si quieren.

—¡Viva! —exclamó Baby Jean—. ¡Oh, mamá! ¿No podríamos hacer un árbol de Navidad? Parece que estamos en Navidad...

—Desde luego, querida. Tendremos un árbol de Navidad.

Ellen me miró, sonriendo.

En las afueras de la ciudad había un bosquecillo donde podría encontrar algún vástago de pino adecuado para el caso. Y en el desván había adornos y papel de

estaño...

Fui en busca de mi americana, mientras Ellen se arrodillaba junto a los niños.

—Tendrán vuestro árbol de Navidad mañana por la mañana, y el domingo por la mañana, y el lunes por la mañana, y...

—¡Oh, no, mamá! —objetó Baby Jean.

Ellen se sobresaltó.

—¿Por qué no?

Wally contorneó el dibujo floral de la alfombra con la punta del pie.

—Porque el lunes no estaremos aquí.

No hace falta decir que el sábado por la mañana no hubo ningún árbol de Navidad.

Yo había salido de casa unas horas antes del amanecer, pero sólo para quedarme temblando en medio del frío aire nocturno y mirar con aprensión las formaciones de puntos verdes que cruzaban el cielo.

Los niños quedaron decepcionados por lo del árbol. Baby Jean se enfurruñó, y sorprendí varias veces a Wally mirándonos con silencioso reproche.

Ellen, enferma y completamente agotada, pasó la mayor parte de la mañana en la cama, llamando continuamente a los niños. La mayoría de las veces, los niños acudían a su lado. Supongo que prevalecía en ellos su básica bondad, a pesar de los lazos invisibles que desfiguraban su actitud y endurecían su conducta.

A media mañana, el comandante de las Fuerzas Aéreas apareció en la pantalla del televisor para explicar los preparativos que se estaban haciendo. Su rostro tenía una expresión de cansancio, y llevaba un uniforme muy arrugado.

«Debido a la naturaleza de la emergencia —dijo—, las medidas de defensa han sido dejadas a discreción de cada uno de los Cuerpos de Ejército, con determinadas maniobras básicas a efectuar bajo la dirección del Estado Mayor Central...».

En la calle se oyó un gran estrépito y me perdí parte del mensaje mientras me acercaba a la ventana a contemplar tres enormes cañones antiaéreos que estaban siendo emplazados en un solar.

«... Probablemente —estaba diciendo el general cuando regresé junto al televisor—, la estrategia del enemigo consistirá en provocar una oleada de *pánico...*, un pánico que nos obligue a reunir a nuestros hijos en grupos compactos y encerrarlos en edificios públicos, o escuelas, o cárceles... En realidad, a *reunirlos de un modo conveniente para él*.

»Pero no vamos a caer en la trampa. Por el contrario, nuestros hijos permanecerán tan dispersos como lo están ahora. Todas las armas y tropas disponibles están siendo concentradas en los centros habitados, por si el enemigo se decide a intentar el rapto a pesar de nuestra negativa a reunir en rebaño a sus víctimas».

El general aceptó una taza de café de una mano que apareció en un extremo de la pantalla. Se bebió el café de un trago y dejó la taza sobre su pupitre.

«No necesito subrayar —continuó— nuestra confianza en que todos los hombres

tomarán parte en la defensa. Se suministrarán armas a todos aquellos que no las posean de propiedad personal».

Luego miró fijamente hacia la cámara.

«Esto es la guerra —dijo, en tono sombrío—. Sólo se diferencia de la guerra en que tenemos la suerte de saber que el ataque se producirá el domingo por la tarde».

Sonaron unos compases marciales, mientras en la pantalla aparecía un letrero que decía:

«Permanezcan a la escucha de los próximos boletines».

Salí a la calle. Todos los vecinos estaban allí, a excepción de los niños, encerrados en las casas. Pero todo el mundo guardaba un extraño silencio.

Una escuadrilla de aviones a reacción cruzó por encima de nuestras cabezas; luego otra, seguida por una formación de transportes de tropas que descendió en dirección al aeropuerto.

Una plataforma de lanzamiento de cohetes dirigidos surgió desde una calle lateral y se estacionó en medio de la manzana. Tres helicópteros descendieron rápidamente a dos manzanas de distancia y empezaron a vomitar soldados de infantería completamente equipados. Más lejos, se oía el rugido de los motores de los tanques.

Pero, como en burlona réplica, una flota de aeronaves enemigas se acercó procedente del sur y permaneció colgada muy alta sobre la ciudad, semejante a un ramo de hojas plateadas centelleando a la luz del sol.

Una escuadrilla de aviones a reacción giró bruscamente y trepó, trepó, trepó..., hasta que también ellos se convirtieron en manchas diminutas. Y, sin embargo, no habían llegado ni con mucho a la altura de los treinta o cuarenta objetos. Las aeronaves desconocidas debían ser tan grandes como barcos de guerra.

Finalmente, los aviones se acercaron más y el enemigo se retiró. Un suspiro de alivio se elevó de la multitud.

Una mano tocó mi manga. Era Ellen. Me volví hacia ella. En sus ojos ya no había terror, sino una expresión maravillada.

—¡Están huyendo! —exclamó, mirando al cielo.

Y la confianza asomó a su pálido rostro cuando vio la plataforma de lanzamiento de cohetes, y los cañones antiaéreos, y los tanques, y los soldados plantando sus tiendas en el solar.

—¡No conseguirán nada, Ellen! —exclamé, con repentino optimismo—. Es posible que se hubieran salido con la suya si hubiésemos caído en la trampa de reunir a los niños. Pero ahora tendrán que dispersarse para recogerlos. Y si aterrizan separadamente, acabaremos con ellos...

Aquella noche no nos acostamos, y el domingo amaneció claro y radiante. A las ocho nos bebimos nuestra última taza de café y Ellen dijo:

—Ya es hora de despertar a los niños y vestirlos para ir a la iglesia.

—No vamos a ir. La iglesia es un lugar de reunión. Estaremos más seguros

aquí... Y, Ellen, procura conducirte del modo más normal posible delante de los niños. Sufrirán una terrible decepción cuando se den cuenta que no van a tener todas las cosas que les habían prometido.

Ellen colocó sus manos sobre mis hombros.

—Lo intentaré, querido.

La besé cariñosamente. Luego llamé a los niños para el desayuno.

Cuando bajaron, sus rostros reflejaban una gran expectación. Mientras comían, Ellen subió a vestirse. Me alegré del hecho que no pudiera oír la conversación de los niños: hubiera vuelto a sumirla en un estado de depresión.

—¿Tenemos que llevarnos algún vestido? —preguntó Baby Jean.

Wally se echó a reír.

—¿Eres tonta? ¿Con la de vestidos que tendremos allí? ¡Y un equipo de futbolista para mí!

—¡Oh, Wally! ¿Qué haremos cuando lleguemos allí?

—Supongo que ayudaremos a adornar el árbol para mañana.

—¿Y luego?

—Luego nos sentaremos delante de una gran fogata y nos contarán cuentos durante el resto de la noche.

Su conversación no reflejaba ningún cambio de planes por parte de *ellos*. Desalentado, salí a la calle y apoyé la escalera de mano contra la casa. Con unas tablas del garaje, cegué la ventana del cuarto de los niños.

Cuando terminé, Hank Collins me estaba imitando en la casa contigua. Luego resonó el martilleo en otra casa de la parte trasera, y en otra de la manzana siguiente. De pronto, el ruido de innumerables martillos hundiendo clavos en la madera repercutió a través de toda la ciudad, por otra parte silenciosa. Aquella apresurada preparación de santuarios finales para los niños, ¿era acaso otra manifestación de conducta reactiva en masa? ¿Una frenética medida que estaba siendo repetida en todo el país..., en todo el mundo?

El bebé de los Collins empezó a llorar lastimeramente detrás de la tapiada ventana mientras yo regresaba a la parte delantera de la casa.

Una compañía de soldados avanzaba por en medio de la calzada; al llegar a la esquina, se dispersó. Los soldados se infiltraron en la vecindad, ocupando posiciones en las callejas, en los patios traseros y a lo largo de las aceras. Poco después se unió a ellos un grupo de marines.

El rugido de los aviones a reacción resonaba en el cielo maravillosamente tranquilo, en tanto que los cañones y las ametralladoras antiaéreas oscilaban a través de sus arcos, como guerreros flexionando sus músculos al despertar.

Pero el enemigo no daba señales de vida. ¿Se habría marchado definitivamente? ¿Se habría dado cuenta que estábamos bien preparados para recibirle? ¿O se limitaba a revisar su estrategia, para contrarrestar nuestra descentralización de las defensas?

A mediodía tomamos un ligero refrigerio. Comprensiblemente, Ellen se había

olvidado de comprar el almuerzo del domingo. Los niños comieron en silencio.

Más tarde, mientras quitábamos la mesa, el bebé de los Collins empezó a llorar de nuevo; su llanto resonó sorprendentemente claro en medio del anormal silencio de la vecindad.

—Me gustaría que se callara de una vez —exclamé, en tono irritado.

Ellen cerró nerviosamente los puños.

—A mí, no —dijo.

Tuve que admitir que tampoco yo lo deseaba; que anhelaba desesperadamente oír llorar al bebé todo aquel día y toda la noche siguiente.

—Bueno, niños —dije bruscamente—. Suban a vuestro cuarto.

—Pero, papá —protestó Baby Jean—, no *podemos* subir a nuestro cuarto..., precisamente *ahora*.

—¡Yo no subiré! —gritó Wally, y echó a correr hacia la puerta de la calle.

Pero yo le agarré por la muñeca, mientras Ellen se hacía cargo de Baby Jean. Medio a rastras, les subimos a su cuarto. Después de haber cerrado la puerta les oímos llorar largo rato, pero finalmente las notas de *The Good Ship Lollipop* ahogaron los últimos sollozos de Baby Jean.

—Tú quédate en casa —le dije a Ellen, mientras sacaba el rifle del arcón del vestíbulo.

En la acera, me acerqué a un soldado que empuñaba un fusil lanzagranadas. Los vecinos estaban frente a sus hogares, con aire vacilante: unos hombres serios y silenciosos a los cuales conocía desde hacía años pero que ahora, en su preocupación por lo increíble, parecían unos desconocidos. Llevaban toda clase de armas: fusiles, rifles, pistolas, incluso cuchillos de cocina.

—¿No hay ninguna novedad? —le pregunté al soldado.

—Ninguna. —Miró hacia el cielo—. ¿Qué hora es?

—Acaban de dar las doce.

Hank Collins pasó junto a nosotros sin vernos y se encaminó hacia el lugar donde estaban emplazados los cañones antiaéreos.

Esperamos... Las doce y media. La una. La una y media. Las dos.

En aquel momento hicieron su aparición: un racimo de leves manchas plateadas procedentes del este. Tres escuadrillas de aviones a reacción se elevaron frenéticamente para interceptarlos. Los cañones antiaéreos, oscilaron ansiosamente a través de sus arcos, esperando:

—¡Dios mío! —murmuré—. ¡Se han presentado, a pesar de todo!

—¡Pero no bajarán! —dijo el soldado. Luego añadió, en tono más dubitativo—: No creo que se atrevan a bajar.

Repentinamente, las naves enemigas empezaron a aumentar de tamaño, dispersándose paulatinamente mientras descendían.

Hank Collins profirió una maldición y agarró por el brazo a uno de los artilleros.

—¡Dispara de una vez! —gritó.

Un sargento de la unidad móvil de radar gritó algo acerca de la altura excesiva y de cien mil pies.

Hank, exasperado, levantó su rifle. Disparó seis veces, y los cartuchos vacíos repiquetearon acompasadamente sobre el cemento. Hank volvió a cargar el rifle.

Ahora los objetos eran discos visibles, cubriendo la ciudad en una formación semejante al esqueleto de un paraguas, planeando, sin descender más. Conté más de treinta antes que las baterías antiaéreas abrieran fuego.

Las casas se estremecieron, los cristales de las ventanas se astillaron y el olor a pólvora quemada impregnó el aire mientras los enfurecidos cañones vomitaban su carga.

La plataforma de lanzamiento de cohetes estaba envuelta en una nube de humo acre.

Pero ninguno de los cohetes alcanzó su blanco.

Los aviones a reacción se acercaron más al enemigo y, con sorprendente brusquedad, el ataque terrestre quedó interrumpido.

En el profundo silencio que siguió, el llanto del bebé de los Collins resonó extrañamente.

Los rastros grisáceos de los cohetes disparados desde los aviones hacia los objetos semejaban una miríada de hilos de araña brillando al sol. Pero ninguno de ellos hizo blanco, ya que las naves enemigas desaparecieron de repente..., disminuyendo de tamaño mientras se alejaban a una velocidad increíble.

El bebé dejó de llorar.

—¡Están huyendo! —gritó un alegre coro de un millar de voces.

Pero un grito de mujer resonó en una casa situada al otro lado de la calle... Y luego otro más abajo. Después oí el aterrorizado grito de Ellen.

Subí la escalera como un poseso, guiado por sus gritos.

Ellen estaba aporreando la puerta del cuarto de los niños.

—¡La llave, Frank! ¡Dame la llave!

Se la entregué, y Ellen abrió la puerta de par en par.

La habitación estaba vacía. Unas rayas de luz penetraban a través de la tapiada ventana.

El oso de felpa de Baby Jean aparecía tirado sobre la cama. La bicicleta nueva de Wally estaba apoyada contra la pared.

A pequeños saltos, la muñeca andadora caminaba a través de la alfombra, moviendo la cabeza a uno y otro lado. La cuerda se terminó, y la muñeca se quedó parada delante de nosotros, mirándonos con aire lastimero, con los brazos extendidos en un gesto de súplica.

La aguja giraba incansablemente sobre el gastado disco:

«*On the good ship Lollipop the good ship Lollipop the good ship Lolli...».*

Han pasado casi quince años desde que los niños se marcharon. Lentamente, según nos dicen, las cosas están volviendo a la normalidad. No pasará mucho tiempo sin que los efectos queden totalmente borrados: un par o tres de generaciones, según los sociólogos.

La vida, desde luego, es distinta, y no tiene comparación con la de los años Cincuenta. En realidad, ahora, en los Setenta, estamos tan lejos de los Cincuenta como los Cincuenta lo estaban de la Edad Media.

Los economistas explican el hecho en función del mercado del trabajo. Los niños que desaparecieron constituían apenas una quinta parte de la población. En su calidad de niños, no ejercían ningún efecto sobre la economía.

Pero ahora ya no serían niños. Ahora constituirían el grupo de los quince a los treinta años, es decir, la tercera parte de la población productiva.

Desde luego, los salarios son elevados, porque la gente en condiciones de ganar dinero escasea. Pero..., bueno, un par de zapatos, por ejemplo, vale lo que un obrero de la construcción gana en una semana: cuatrocientos ochenta dólares. Los hacemos bastante bien, aunque utilizando arpillera. El truco consiste en no atarlos demasiado flojos ni demasiado fuertes al tobillo. Sin embargo, los zapatos no nos preocupan, puesto que nos vemos obligados a improvisar en casi todos los artículos de primera necesidad.

Y, ¡oh, sí!, los caballos han vuelto a hacerse populares.

Otras características de la existencia son menos agradables: la recluta para el trabajo, por ejemplo, y la prohibición federal de la jubilación excepto para los que se encuentran completamente incapacitados.

¿Qué hicimos después de la huida de nuestros hijos? Sencillamente: tener más hijos. Aprenda. Era indispensable, si queríamos recuperarnos económicamente en un período previsible. Y también era un bálsamo para la angustia general provocada por la desaparición de los niños.

Ellen y yo tuvimos otro niño y otra niña. El primero nació tres años después del de Efecto Junior. Llevados por el sentimentalismo, le bautizamos con el nombre de Wallace. A la niña le pusimos el nombre de Jean.

Y son tan parecidos a sus hermanos, que a veces llegamos a olvidarnos de los dos primeros.

Anoche, por ejemplo, Baby Jean (todavía la llamamos así, a pesar que ya tiene diez años) alzó la mirada del libro que estaba leyendo. Y la luz de la lámpara parpadeó de un modo extrañamente evocador en su delgado rostro.

—Papá —me preguntó, muy seria—, ¿nos echarán de menos a Wally y a mí?

Jebaburba

Daniel F. Galouye

Decepcionada, Clara volvió a leer el último párrafo de la carta mientras se tomaba una segunda taza de café.

«En tal situación, la Oficina de Cooperación Intermundial sólo puede aconsejar un acercamiento comprensivo y tolerante. Puede usted transmitir a sus vecinos la simpatía de este departamento. Pero, analizando bien las cosas, tenemos que admitir que la presencia de los cónsules en nuestro medio resulta indispensable para unas cordiales relaciones interplanetarias. Estamos convencidos que, teniéndolo en cuenta, se hará usted cargo de la necesidad de soportar la conducta del hijo del Cónsul de Dartha, la cual, después de todo, no es más que la expresión de una característica psico-biológica natural».

La carta estaba firmada por el Secretario de la Oficina.

Con un gesto impaciente, Clara volvió a introducir la carta en el sobre y miró a su marido con aire de desaliento.

—¿No hay solución? —preguntó Bob.

Clara suspiró.

—Dice que tenemos que aguantar al chiquillo..., y resignarnos a la mala suerte del hecho que el Cónsul sea vecino nuestro.

—Ya te lo dije.

Las voces de los niños en período de vacaciones resonaban a través de la ventana. Con mucho más abandono, pensó Clara, que en cualquier momento, desde que Jebaburba —los niños le llamaban «Jeb»— y su padre diplomático se habían instalado en la amplia casa de la esquina.

—¿Qué vamos a hacer, Bob? —preguntó Clara en tono preocupado.

—Yo voy a tomar el tren. Dentro de dos horas, aproximadamente, estaré en la oficina. —Se puso en pie, consultando su reloj—. Pasaré el resto del día en el campo de golf.

Clara frunció el ceño, irritada.

—Estoy hablando en serio, Bob. Tiene que haber *alguna* solución. Podrías llamar a nuestro diputado, y...

Bob se echó a reír y besó a su esposa en la frente.

—Las habladurías de la vecindad, el sombrero nuevo de la señora Smith, los niños incorregibles..., todo eso pertenece a la misma categoría: responsabilidad femenina. Tú ocúpate de los quebraderos de cabeza domésticos; yo me ocuparé del

negocio. De todos modos, lo único que Jeb necesita es una buena zurra, lo cual no creo que sea privilegio mío.

—Pero...

Pero Bob se había marchado ya y Clara estaba sola. ¿Lo estaba, en realidad?

Con aire vacilante, miró a su alrededor, escuchando, mirando aprensivamente hacia todos los rincones de la habitación.

—¿Jeb? —murmuró en voz baja.

Un clamor de la chiquillería en el exterior de la casa fue la única respuesta. Las exuberantes risas infantiles eran ahora más espontáneas: como si la inhibición provocada por la presencia de alguien «diferente» entre ellos hubiese desaparecido por el momento.

—¡Jeb! —repitió Clara, levantando la voz.

Muy tensa, Clara se dio cuenta instintivamente que Jeb *estaba* allí —una simple sombra por debajo del nivel de la presencia concreta—, observando, escuchando.

Una tostada untada con mermelada se elevó por sí misma, se movió en el aire y desapareció.

—¡Jeb! —gritó Clara.

La voz llegó de alguna parte.

—Sí, señora.

—¡Hazte visible inmediatamente!

A un lado de la mesa, el aire tembló, para dar cuerpo a un delgado chiquillo de cinco años, de cabellos revueltos. La mermelada de naranja cubría únicamente unas cuantas de las numerosas pecas de su rostro.

Clara le miró en silencio; en su exasperación, se había quedado sin habla.

Jeb se relamió los dedos.

—Está muy buena, señora Peterson.

Clara aspiró una profunda bocanada de aire y luego se entretuvo en alisarse un pliegue del vestido, tratando de recobrar la calma.

—Jeb, ahora mismo vas a ir a casa de tu padre y vas a decirle que has estado *hurtando* otra vez.

—Sí, señora. ¿No tiene otra tostada para mí?

—¡Jeb!

El niño asumió una expresión de contrariedad y desapareció.

Se oyó un grito en el comedor de los Sanders, en la casa contigua. Inmediatamente reapareció Jeb, con otra tostada untada de mermelada en las manos.

—De todos modos, la mermelada de la señora Sanders es mucho mejor —afirmó, antes de desaparecer por segunda vez.

En el exterior, los alegres gritos de los chiquillos se interrumpieron bruscamente.

Clara se asomó a la ventana. Sus sospechas eran ciertas. Jeb estaba ahora con los otros niños, los cuales le miraban con aire de desconcierto.

—Vamos a jugar al escondite —propuso Jeb.

—Contigo, no —protestó Bobby, el hijo de Clara.

—¡Contigo, no! ¡Contigo, no! —corearon Katherine y Mary.

—¡Cotigo, no! —declaró David, con su media lengua de cuatro años—. *Mamá ice que yo no jugo cotigo.*

—Tú estás siempre viva..., viva... —Sammy, de seis años, luchó con la palabra—. Viva-nosequé.

Katherine echó a correr hacia su casa.

—Creo que mamá me está llamando.

Jeb, sonriendo malévolamente, se dejó caer sobre sus manos y rodillas, con la espalda arqueada como el lomo de un gato.

Desapareció.

Volvió a materializarse inmediatamente. Uno de sus pies estaba delante de la apresurada Katherine. Las rodillas de la niña chocaron contra la espalda de Jeb.

Katherine cayó al suelo, gritando de terror.

—Puedo asegurarle, señor T'Arah —dijo Clara, muy seria—, que no hago más que expresar la opinión de todos los vecinos: hay que tomar alguna medida con respecto a Jeb..., a Jebaburba.

El Cónsul General de Dartha limpió cuidadosamente sus gafas, evitando mirar a la visitante que había recibido en su estudio.

—Puedo garantizarle, señora Peterson, que ninguno de los darthanianos aprueba tal conducta por parte de sus hijos.

Clara sonrió, esperanzada.

—Entonces, ¿cuidará usted que no vuelva a hacerlo?

T'Arah se encogió de hombros.

—¿Puede usted sugerirme algún medio para corregir a Jebaburba?

—Creo que lo mejor sería una buena azotaina. Si mi Bobby tuviera...

T'Arah se echó a reír.

—Le aseguro, señora Peterson, que la costumbre de ustedes de zurrar a los niños se revelaría impracticable si un darthaniano tratara de imitarla. La desmaterialización, como ustedes la llaman, es un mecanismo de defensa. Un niño lo utiliza de un modo instintivo.

—Pero, dispondrá usted de algún otro medio para castigarle...

—¿Encerrándole en una habitación, quizás?

Clara se puso en pie.

—Muy bien, señor T'Arah...

El Cónsul se levantó precipitadamente.

—Le ruego que no interprete mal mis palabras. Siento la mayor simpatía por usted y por sus vecinos. Mi tarea consiste precisamente en favorecer la cordialidad con los otros pueblos. Pero las medidas punitivas, tal como las practican los

terrestres, no pueden ser aplicadas a los niños darthanianos. En Dartha nos vemos obligados a ser pacientes..., a esperar hasta que los niños alcanzan la edad de la comprensión..., a hacernos cargo del hecho que los impulsos de un chiquillo de cinco años están provocados por una insaciable curiosidad.

Su simpatía y su evidente deseo de cooperar eran convincentes. Esperanzada, Clara volvió a sentarse.

—Créame, señora Peterson —continuó T’Arah—, intentaré de nuevo hacerle comprender las cosas. Pero Jebaburba no es más que un niño. ¿Ha tratado usted alguna vez de razonar con un chiquillo de cinco años?

—Pero, ¿no hay *nada* que podamos hacer?

—Temo que no..., como no sea solicitar mi traslado. Si se decide a solicitarlo, no pondré ninguna objeción. Comprendo la situación de ustedes.

Hizo una pausa, y luego añadió:

—Por otra parte, tal vez le sorprenda saber que si mi hijo y yo representamos un problema en esta vecindad, hay cónsules terrestres cuya presencia en otros mundos resulta igualmente molesta para los habitantes de aquellos planetas.

Clara le miró, intrigada.

—Verá, los darthanianos se enfrentan también con el problema de la adaptación de los diplomáticos terrestres destinados allí. La raza de ustedes es la única que posee procesos mentales incidentes. Aunque ustedes son congénitamente inmunes a las emanaciones mentales de los demás, los darthanianos carecen de esa inmunidad y reciben continuamente las corrientes de pensamiento sub-vocales de ustedes.

Era un modo discreto de recordarle que sus vecinos podían ser más cordiales, y Clara se sintió avergonzada por su actitud descortés.

T’Arah plegó los brazos pensativamente y se arrellanó en su silla.

—En mi último destino, en Europa, Jebaburba era también un problema. Se mostraba traviesamente agresivo hacia una niña, y la fastidiaba tanto con su vivaportaje, que llegamos a temer que la niña enfermara. Resolvimos el caso eliminando la superioridad de Jebaburba sobre ella. La niña fue instruida en la práctica del vivaportaje, y cuando Jebaburba se dio cuenta que ella era su igual, dejó de...

—¿Está usted sugiriendo, señor T’Arah, que debo aprender a marcharme de este mundo y regresar de nuevo? —preguntó Clara, enarcando las cejas.

—Desde luego que no, señora Peterson. Temo que sería imposible. Carece usted de la..., ejem..., flexibilidad necesaria para adquirir esa facultad. Todos los hombres y todas las mujeres terrestres carecen de ella. Sin embargo, existe una posibilidad de eliminar la sensación de superioridad de Jebaburba, tal como hicimos en Europa. No la había mencionado hasta ahora, porque tengo serias dudas en lo que se refiere a la obtención del equipo necesario.

Clara alzó la mirada, interesada.

—Pero, dada la preocupación de usted, trataré de conseguirlo. Voy a solicitar, a

través del Cuerpo Diplomático darthaniano, un bozal vivaflexor.

—¿Quiere usted decir que *hay* algo capaz de impedir que Jebaburba desaparezca y aparezca a su antojo? —preguntó Clara, en tono de incredulidad.

—El bozal anulará por completo su capacidad vivaportiva..., del mismo modo que una persiana le impediría a usted ver. Nuestro Cuerpo Diplomático dispone de siete bozales, para casos de emergencia. Dudo del hecho que esta situación pueda ser clasificada como una emergencia, pero voy a intentarlo.

—Pero, un..., un *bozal*... ¿Duele? ¿Perjudicará a Jeb?

—En absoluto. Lo llamamos bozal, pero en realidad se trata de una argolla de material antivivaportivo que puede ser adaptada a su muñeca. Sin embargo, no quisiera alimentar en usted unas esperanzas que pueden ser infundadas. Repito que es sumamente improbable que lo consiga.

Clara notó una conmoción en el aire cerca de su codo y se sobresaltó, mientras Jeb se hacía visible.

—Hola, señora Peterson —el niño alzó la mirada hacia ella, sonriendo—. ¿Dónde está Bobby?

—¡Jebaburba! —dijo T’Arah en tono severo—. Quiero que dejes de vivaportar. Ahora no estamos en casa, y...

—Perdón —dijo el muchacho distraídamente, y se desvaneció.

Pero regresó en seguida, acariciando a un enorme gato maltés propiedad de los Donnors.

T’Arah reprendió al niño.

—¡Jebaburba! ¡Vas a devolver ese animal..., *ahora* mismo!

—Sí, papá.

—¡Y dejarás de vivaportar de una vez!

—Sí, papá —dijo Jebaburba, desapareciendo.

Pero la semana siguiente no fue más apacible que los dos meses transcurridos desde que T’Arah se había instalado en la amplia casa de la esquina, sometiéndose en compañía de su hijo a los lingüisticadores para una inmediata asimilación del idioma.

El lunes, la gata de los Donnors, *Gabby*, desapareció.

El afecto de Jebaburba al animal atrajo inmediatamente las sospechas sobre él. Pero una visita de los Donnors, acompañados por los Sanders, a la casa de T’Arah fracasó en su objetivo de conseguir que el niño admitiera su complicidad en la desaparición.

Los Donnors estaban dispuestos a olvidar el asunto. Pero, poco antes de medianoche, los frenéticos maullidos del animal arrancaron a John Donnor de la cama. No existía la menor duda: era *Gabby*.

Un minucioso registro de la casa no permitió encontrar a ninguna *Gabby*, a pesar del hecho que sus maullidos eran misteriosamente más clamorosos en el centro del dormitorio.

John localizó el lugar de origen de los gritos del animal y se inclinó de repente, tratando de atrapar lo que no podía ver.

Enfurecidos, los Donnors, escoltados esta vez por los Sanders y por Clara, hicieron una visita de medianoche a T'Arah. Jebaburba acabó por admitir que había estado jugando con *Gabby* a última hora de la tarde.

—¿Dónde la dejaste? —preguntó T'Arah.

Jebaburba entreabrió unos ojos soñolientos.

—Creo que iba conmigo cuando fui a ver a David a su casa.

Miró a la madre de David para que lo confirmara.

Ethel Sanders sacudió la cabeza.

—Se presentó repentinamente en casa, diciendo que quería jugar con David. Pero *Gabby* no estaba con él.

—¡Piensa, Jebaburba! —insistió su padre—. ¿Qué hiciste con el animal?

Pero el niño estaba dormido.

El Cónsul General suspiró.

—Yo encontraré a *Gabby*.

—¿Dónde? —inquirió Clara en tono de duda.

—¿Dónde? En alguna parte del vivaplano, desde luego. El señor Sanders dice que puede oír al animal en su dormitorio.

El grupo se encaminó a la casa de los Donnors. T'Arah se colocó en el centro del dormitorio. Luego desapareció.

Un momento después regresó, luchando por desasirse de una asustada y furiosa *Gabby*.

Aquello ocurrió el lunes.

El martes, Jebaburba pareció haberse ganado la confianza de los niños.

Clara se asomó a la ventana del comedor y vio a los chiquillos sentados a la sombra de la pequeña encina..., contando cuentos, al parecer.

—¿Por qué no te olvidas de una vez de esos chicos? —preguntó Bob desde la mesa.

Bob estaba fresco y descansado, ya que los maullidos de *Gabby* no habían interrumpido su sueño.

—Estoy preocupado por ellos, Bob —dijo Clara—. Supongamos que pasara algo...

—¿Qué puede pasar?

Clara se acercó a su marido.

—Ese niño... Jebaburba. Podría ser... peligroso.

Bob se echó a reír.

—Querida, ¿no estás convirtiendo en una montaña un grano de arena?

—Jebaburba hizo desaparecer a *Gabby*. Supongamos...

—Tonterías. A fin de cuentas, si estás tan preocupada, no dejes que Bobby juegue con él.

Clara sonrió sin la menor alegría.

—Jeb entra y sale de esta casa cincuenta veces al día..., incluso a través de las puertas cerradas. ¿Crees que puedo apartar a Bobby de un niño como ése?

—Y aunque pudieras —replicó Bob, encogiéndose de hombros—, no deberías hacerlo. El Secretario de la Oficina nos ha pedido que hagamos todo lo que esté a nuestro alcance para adaptarnos a la situación. Condenar al ostracismo al hijo de un diplomático no resolvería nada. Y Jeb no es un mal chico. Distinto a los nuestros, sencillamente.

—¿No es peligroso?

—Desde luego que no. T’Arah no lo permitiría. No hay motivo para preocuparse.

Cuando Bob se hubo marchado, Clara regresó a la ventana. Los niños no estaban ya debajo del árbol. Sus alegres gritos llegaban ahora desde el interior del garaje.

El miércoles, Jebaburba pareció perder su interés en los niños y se concentró en los adultos.

—No creo que pudiera resistir a ese niño otro día —le dijo Lucy Donnor a Clara por el visófono—. Ha estado aquí un millar de veces.

—Yo he descubierto que si se le ignora acaba por perder el interés y la deja a una en paz, por lo menos durante un rato —dijo Clara.

—¿Ignorarle? ¿Cómo puede ignorarse a una cosa así? Había encerrado a Mary y a Katherine en su cuarto, por haberle faltado al respeto a su padre. Pues bien, Jeb llevaba ya una hora con ellos, sin que yo lo supiera, cuando oí el estrépito que me puso sobre aviso.

En la pantalla del visófono apareció otro rostro: Maud Clark se unió a la conversación.

—Frank y yo hemos decidido adelantar nuestras vacaciones —dijo—. Queremos apartar a Sammy de ese niño.

Lucy se encogió de hombros, con aire de desaliento.

—¿Qué van a ganar con ello? Cuando regresen, Jeb continuará estando aquí.

—¡Ganaremos muchísimo! Verás, Jeb se ha pasado media mañana delante de nosotros, sin que lo supiéramos. ¡Y las cosas de las que hemos hablado! Asuntos personales que se hablan en familia..., ya sabes.

—Sí, lo sé —asintió Lucy con énfasis.

—Una no puede saber nunca cuándo lo tiene cerca —se lamentó Clara.

—¿De quién está usted hablando, señora Peterson?

Clara dio media vuelta, asombrada.

Jebaburba la miraba de un modo inquisitivo. Clara desconectó el visófono, preguntándose por qué se sentía culpable de haber sido sorprendida en aquella conversación.

—A la gente le gusta hablar de otras personas, ¿verdad? —observó el chiquillo, mirando hacia la apagada pantalla.

—Esas son cosas que a ti no te importan —le reprendió Clara.

El hijo del Cónsul se echó a reír.

—Eso fue lo que me dijo la señora Sanders. Oí que le decía a la señora Sanders que los vestidos nuevos de la señora Donnor eran atro..., atroces. Y yo le pregunté qué significaba atroces, y ella me dijo...

Clara le agarró por los hombros y le empujó amablemente, pero con decisión, hacia la puerta.

—No tengo el menor interés en saber lo que la señora Sanders decía de la señora Donnor.

—También dijo cosas de usted. Dijo que Clara (se llama usted Clara, ¿verdad?) tiene un marido holgazán. ¿De veras es un holgazán el señor Peterson?

—¡Jeb! ¡Si no te marchas, voy a avisar inmediatamente a tu padre!

—¡Caramba! —protestó Jebaburba.

Pero desapareció.

Sin embargo, antes que Clara pudiera lanzar un suspiro de alivio, Jebaburba se presentó de nuevo.

—La señora Donnor también dice que el señor Peterson es un holgazán, de modo que tiene que ser verdad, ¿no?

Clara alargó impulsivamente la mano hacia la oreja de Jebaburba.

Su mano se cerró sobre... nada.

El jueves, la inesperada aparición de Jebaburba en la mesa, «mientras ella y Bobby estaban almorzando, agotó la paciencia de Clara. Y no porque con la impresión hubiera dejado caer la fuente de la carne al suelo. Toda la mañana había transcurrido para ella en un estado de nerviosa ansiedad, anticipando la inevitable llegada de Jebaburba mientras seguía la pista, vía visófono, a sus vagabundeos a través de la vecindad. Y ahora, repentinamente, espantosamente, estaba allí.

La tensión estalló en un torrente de lágrimas casi histéricas, y Clara le ordenó a Jebaburba que saliera de la casa en un tono tan severo que el niño se marchó sin rechistar.

Se imponía otra conversación —esta vez desesperada— con el Cónsul General. Clara salió de la cocina sin entretenerse siquiera a fregar los platos.

Mientras llenaba la bañera, se preguntó cómo podría convencer a T'Arah para que buscara algún medio de obligar a su hijo a observar las costumbres de la Tierra. Era evidente que no llegaría ningún bozal vivaflexor de Dartha; si el Cuerpo Diplomático hubiese atendido la petición de T'Arah, el bozal habría llegado ya.

Podía sugerir al Cónsul que enviara a su hijo a Dartha, al menos por una temporada. La esperanza renació en su corazón mientras se desvestía y se introducía en el agua caliente.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Mamá, ¿puedo ir a jugar a la calle?

Era Bobby.

—Sí, querido. Pero no te ensucies. Tu padre no tardará en llegar.

—Bien, mamá.

—Y, Bobby..., no juegues con Jeb, si puedes evitarlo.

—¿Por qué, mamá?

—Haz lo que te digo. Si Jeb se presenta y quiere jugar contigo y con los otros niños, vente a casa.

—¡Oh, mamá! Jeb es ahora muy divertido. Antes era malo y nos molestaba, pero...

El griterío de los niños en la calle ahogó las palabras de Bobby.

—Haz lo que te digo —repitió Clara—. No juegues con él. No es necesario que te muestres brusco. Dale cualquier excusa y vuelve a casa.

En el silencio que siguió, Clara sintió la presencia de Bobby pegado a la puerta del cuarto de baño.

—Y, Bobby..., si Jeb trata... de llevarte a alguna parte, como hizo con *Gabby*, dile que no quieres ir.

No hubo ninguna respuesta.

—¡Bobby! ¡Sé que estás ahí! —Clara miró hacia la puerta con impaciencia—. ¡Será mejor que me contestes!

Era absurdo que su hijo tratara de engañarla, haciéndola creer que ya se había marchado.

—*Bobby está en la calle, jugando, señora Peterson.*

Clara quedó asombrada. Jebaburba estaba de pie junto al lavabo, jugando con los grifos.

Clara trató de correr la cortina de la bañera.

—¿Qué pasa, señora Peterson? ¿Se está usted ahogando?

Jebaburba se apartó del lavabo y echó a andar hacia la bañera, preocupado.

—¡Vete! —gritó Clara, a punto de llorar, detrás de las cortinas.

Jebaburba llegó al lado de la bañera.

—¿Se encuentra usted bien, señora Peterson?

—¡Fuera de aquí! —gritó Clara—. ¡Fuera! ¡Pequeño monstruo!

Los ojos de Jebaburba se abrieron como platos. Luego, el niño retrocedió y empezó a sollozar.

—¡Nadie me quiere! ¡Nadie me quiere y me gustaría estar en otra parte!

—Entonces, vete a tu casa... Haz algo..., pero márchate de aquí.

Los sollozos de Jebaburba se hicieron más desgarradores y su rostro enrojeció hasta el punto que sus pecas apenas eran visibles.

Desconcertada, Clara le miró. Después de todo, no era más que un niño. Alcanzó su bata y se la puso.

Luego se arrodilló delante de Jeb y le tomó por los hombros.

—¿No sabes, Jeb, que no puedes introducirte en los cuartos de baño de la gente?

—¿No puedo? —El niño la miró, sorprendido—. ¿Por qué, señora Peterson?

Clara hizo un gesto de desaliento.

—El porqué no importa, Jeb. Ahora, vete a la calle a jugar.

—¿Y no se enfadará usted conmigo nunca más? —preguntó Jebaburba ávidamente.

—Ahora, vete a jugar, Jeb —insistió Clara—. Más tarde hablaremos de eso.

Jebaburba sonrió. Un instante después había desaparecido.

Clara contempló la bañera con aire vacilante, pensando en la posibilidad de un rápido remojón. Pero, por prudencia, decidió no dárselo.

Media hora más tarde, después de haberse vestido, Clara se encontraba en el salón de los Sanders, contando lo que le había sucedido a las otras mujeres reunidas en consejo.

—Esta mañana —dijo Ethel, cuando Clara hubo terminado—, tuve problemas para que se marchara de mi habitación. Estando él allí, no podía salir de la cama.

Maud sacudió la cabeza con desconsuelo.

—Y yo encontré finalmente la estola de visón que anoche dejé colgada en la percha del vestíbulo. Tuve que suplicarle que la sacara del..., del lugar donde suele ocultar las cosas.

—¡Buena! —exclamó Lucy, desesperada—. Yo estoy dispuesta a hacer cualquier cosa, después de haberle encontrado jugando con mi Mary y mi Katherine anoche..., dos horas después que todos nos habíamos acostado.

Clara se enfrentó con el grupo.

—Supongamos que visitamos al señor T'Arah y le explicamos lo que ha estado sucediendo.

—Hay cosas que no resultan fáciles de explicar a un hombre —dijo Maud.

—¿Crees que se hará cargo de nuestra situación? —preguntó Ethel.

—¡Le obligaremos a ello! —Clara cerró los puños con aire decidido—. Le diremos que existe una gran diferencia entre las costumbres de la Tierra y las de Dartha, y que no podemos permitir que nuestros hijos jueguen con Jebaburba.

Lucy, de pie junto a la ventana, anunció:

—Ahora están todos jugando con él. Han vuelto a introducirse en el cobertizo.

—¡Tenemos que acabar de una vez con eso! —declaró Ethel, furiosa—. Vamos... Se interrumpió, mirando más allá de las otras mujeres a su hijo, que estaba de pie en el umbral de la puerta.

—¿Qué pasa, David? —preguntó, enojada.

El niño se acercó a ella y le susurró algo al oído.

—¿Se ha marchado? —repitió Ethel—. ¿Adónde?

El niño volvió a susurrar.

—¡Habla más alto, David! —ordenó Ethel—. ¿Qué le ha pasado a Bobby?

—¡Bobby! —gritó Clara, alarmada.

David se volvió hacia ella.

—Se ha marchado. Jeb y él entraron en el cobertizo, tomados de la mano. Y cuando nosotros llegamos allí, Bobby había desaparecido.

—¡Oh, no! —murmuró Clara, con voz *ronca*—. ¡Oh, Dios mío, no! —Agarró frenéticamente el brazo de David—. ¿Entraron *caminando* en el cobertizo?

—No, señora. Estaban viva..., viva..., bueno, Jeb le enseñaba a Bobby a desaparecer.

Sollozando frenéticamente, Clara encabezó el éxodo de las angustiadas mujeres.

Sammy, corriendo escaleras arriba, se cruzó con ellas. Maud se detuvo para levantarlo en sus brazos.

—¿Dónde está Bobby? —preguntó.

—Se ha marchado, mamá. Ha desaparecido.

Clara lanzó un grito.

—¿Dónde está Jeb? —preguntó Maud.

—Ha desaparecido, también.

—¡Oh, Dios mío! —sollozó Clara, mientras corrían a través del césped hacia Katherine y Mary, las cuales estaban de pie debajo del árbol, con una expresión asustada en sus caras.

Clara apenas se dio cuenta que Lucy abrazaba frenéticamente a sus hijas.

—¡Bobby! —gritó—. ¡*Bobby!* ¿Dónde estás?

—¡Bobby! —dijo Ethel débilmente, agitando los brazos—. ¿Estás aquí, Bobby?

Clara echó a andar de un lado para otro, con el terror reflejado en su rostro.

Trató de tranquilizarse a sí misma. ¡Bobby *tenía* que estar a salvo! No podía encontrarse lejos... La gata de los Donnors había desaparecido y había regresado sana y salva, ¿no? Pero en el caso de *Gabby* sabían que el animal estaba cerca. Habían oído sus maullidos. ¿Por qué no podía ella oír hablar a Bobby? ¿Por qué no podía oír que la llamaba?

Agotada, se dejó caer en un banco. Ethel se acercó a ella y la abrazó.

—No te excites, Clara —murmuró—. Maud ha ido en busca del señor T'Arah. Él hará algo.

En medio del pánico que la atenazaba, las pesadillas de todas las posibles cosas que podían haberle sucedido a su hijo desfilaron por su atormentado cerebro.

Clara lloraba cuando la mano del Cónsul General se posó en su hombro.

—No se asuste, señora Peterson —dijo T'Arah—. No hay ningún peligro. Encontraremos a Bobby.

—¿Dónde está? —sollozó Clara—. ¿Dónde *está*?

—Se encuentra en el sub-vivaplano..., donde estaba la gata de los Donnors. Le localizaremos en seguida. Y, señora Peterson, me complace poder comunicarle que el bozal viviflexor ya ha llegado. Acabo de colocarlo en la muñeca de Jebaburba. A

partir de ahora, se comportará como los niños terrestres.

Clara no experimentó ninguna sensación de alivio.

—Traiga a mi Bobby —suplicó.

T'Arah dio media vuelta y desapareció.

Transcurrió un minuto..., cinco..., quince. Las mujeres rodeaban a Clara en silencio. Katherine, Mary, Sammy y David estaban agrupados temerosamente cerca de la casa.

De repente, T'Arah se hizo visible. Tenía el rostro contraído por el fracaso.

—Supongo que Bobby se ha trasladado a un segundo o un tercer subplano —explicó, con evidente turbación—. Es posible que tarde un poco más, señora Peterson, pero le encontraré.

T'Arah volvió a desaparecer.

Clara, afligida con una ansiedad casi entumecedora, esperó.

Jebaburba cruzó la calle y se quedó algo apartado de las mujeres, mirándolas compasivamente a ellas y a los niños. La argolla metálica que llevaba en la muñeca brillaba al sol.

Se acercó un poco más.

—Señora Peterson, sólo quería enseñarle a Bobby...

Clara sollozó y se volvió de espaldas. Ethel profirió un sonido de disgusto, muy parecido a un gruñido.

—Yo no pensaba... —murmuró el niño, en tono contrito—. Verá, con David y Sammy y Katherine y Mary...

Maud miró ceñudamente a Jebaburba y le volvió también la espalda.

Jebaburba miró a los otros niños.

—¿Puedo jugar con ellos, eh? ¿Puedo jugar con ellos, señora Donnor?

Lucy avanzó hacia él con aire amenazador, pero Ethel la tomó del brazo.

—No es más que un niño...

En aquel momento reapareció T'Arah..., con Bobby.

Clara se abrazó al chiquillo, riendo y llorando al mismo tiempo.

—Bueno, bueno —murmuró T'Arah, muy satisfecho—. ¿No le dije que todo acabaría bien?

—No me perdí, mamá —declaró Bobby con toda tranquilidad—. De veras que no. Jeb no tuvo la culpa de nada. Yo trataba de...

Pero Clara le apretó aún más contra su pecho, ahogando sus palabras.

—¡Oh, Bobby! ¡Bobby!

Al cabo de un largo rato, se secó las lágrimas que mojaban su rostro y sonrió.

T'Arah resplandecía literalmente y se frotaba las manos con entusiasmo.

—Ahora, todos nuestros problemas quedarán resueltos. No pueden imaginarse lo preocupado que estaba al ver que Jebaburba no era aceptado por ustedes y por los otros niños.

Levantó el brazo de su hijo de modo que todos pudieran ver la argolla que rodeaba su muñeca.

—Ahora no habrá problemas de ninguna clase. Jebaburba podrá jugar con los otros niños tanto como quiera sin molestar a nadie.

Las mujeres se miraron con recelo unas a otras.

—¿Puedo jugar ahora con los niños? —suplicó Jebaburba.

—¿Tienen ustedes inconveniente en que alterne con ellos? —preguntó T’Arah cautelosamente.

Clara miró a las otras mujeres. Lucy y Ethel sacudieron sus cabezas. Maud sonrió.

—Desde luego que no, señor T’Arah —dijo Clara—. Jeb puede jugar con los niños.

Jebaburba lanzó un grito de alegría y echó a correr a través del césped, sin que al parecer le preocupara el bozal viviflexor y la limitación que el llevarlo significaba para él.

Todos los niños estaban contentos. Katherine, Mary, Sammy y David se tomaron de la mano y echaron a correr hacia el garaje. Jebaburba y el hijo de Clara les siguieron más lentamente.

—Vamos, Bobby —dijo Jebaburba cuando se acercaban a la puerta—. Empezaremos con...

T’Arah se volvió hacia las mujeres.

—En nombre de Dartha y en el mío propio les agradezco la oportunidad que nos han ofrecido de demostrar la gran utilidad diplomática de los bozales viviflexores. Aunque de momento no disponemos de más bozales, dentro de unos tres años esperamos encontrarnos en condiciones de fabricar unos cuantos.

En su dormitorio, Clara se sentía agotada y aliviada al mismo tiempo. Pero predominaba en ella la primera de aquellas emociones, de modo que echó las persianas y se tendió encima de la cama, convencida del hecho que no corría ya el peligro de verse molestada por el terrible Jebaburba.

Estaba casi dormida cuando resonó el agudo grito, alarmantemente cerca.

Clara se sentó en la cama.

Sammy, sonriendo, saltó desde lo alto del armario y aterrizó en el suelo. Mary se materializó sobre el armario y saltó a su vez, mientras Sammy se subía a la cama y desaparecía, gritando alegremente. Cuando Mary llegó al lugar de la desaparición de Sammy, Katherine y Bobby se hicieron visibles encima del armario.

—¡Sigán a vuestro jefe! ¡Sigán a vuestro jefe! —gritó Bobby entusiasmado. Luego miró de soslayo a su asombrada madre—. ¿Te das cuenta, mamá? Ahora soy capaz de hacerlo sin ayuda de nadie...

Saltó sobre la cama y desapareció.

Pero Katherine no lo hizo.

Bobby reapareció a su lado. Clara les miraba, estupefacta.

—¡Vamos Katy! —apremió Bobby, tomándola de la mano—. ¡Sigue al jefe! Es muy fácil. Sólo tienes que hacer lo que Jeb nos enseñó.

Los dos niños se desmaterializaron bruscamente, y Sammy reapareció... cerca de la pared, corriendo.

Clara, arrancándose con un violento esfuerzo de la parálisis de horrorizado asombro, corrió hacia la puerta.

Dos manos diminutas aterrizaron sobre ella.

—*Señora Peteson, señora Peteson, ¿por dónde se han machado?*

Justicia del futuro

Daniel Galouye

I

Latiéndole las sienas a causa de las secuelas de un exceso de libaciones, Greg Blake se sentó pesadamente en su litera. Sacudió la cabeza, como si con aquel gesto quisiera librarla de los furiosos zumbidos.

Pero fue incapaz de desechar la desconcertante sensación de que la nave estaba en movimiento, en vez de encontrarse amarrada en Spaceport City.

¡Vaya resaca que tenía!

Rebuscó en su memoria los detalles de la noche anterior. Pero sus recuerdos no llegaban más allá del tercero o el cuarto de los lugares de diversión. Lo que había sucedido a continuación estaba envuelto en una obstinada negrura, interrumpida únicamente por un aislado recuerdo de «un combinado más por la órbita».

—Art —murmuró, avanzando a lo largo del pasillo central de la nave.

Su compañero no respondió.

Blake se acercó a la compuerta y comprobó que estaba bien cerrada, aceptando aquello como prueba de que Thorman se encontraba a bordo, *en alguna parte*.

Ya más sereno, Blake captó los pensamientos intrusos que remolineaban en su cerebro, burlándose de su borrachera.

¡Muchacho, la ha pillado buena! (Este evidentemente provenía de un sirgador de la Sección de Operaciones).

(Sugerencia de risa de parte de un subvocal de la Sección Administrativa). *También yo la hubiese pillado en su caso.*

Figúrate... Dos exploradores de minas que acaban de acotar un yacimiento de kitarium.

El zumbido de pensamientos incidentes resonaba con insistencia en la conciencia de Greg. Surgía como un efluvio de la rebotante Spaceport City. Era un áspero susurro de muchas voces entremezcladas, que no podía ser acallado. Era una ardiente mancha de luz, taladrando continuamente las sombras del aislamiento personal.

Mientras seguía avanzando por el pasillo, su pie chocó con un pequeño objeto. Se detuvo a recogerlo. Era un desintegrador de mano. Blake permaneció unos instantes completamente inmóvil, contemplando la cámara semivacía.

Luego entró en la sala de mandos.

El desintegrador se deslizó de su mano y cayó al suelo. La resaca de Blake se

desvaneció como por ensalmo.

Art Thorman yacía allí, muerto. El hombro izquierdo y la mitad de la cabeza habían desaparecido.

Y creo que se lo dije, Maud. Él... (Brusco asombro). ¿Muerto? ¿Quién? ¿Dónde? ¿Asesinado? ¿Con un desintegrador? ¿Cómo? ¿Has captado eso, Walker? ¿De dónde procede? Del Bloque Once. Un tal Blake.

¿Blake?

El explorador de minas. A su compañero le han arrancado media cabeza con un desintegrador.

¿No será... un crimen? (Casi con esperanza).

Tiene que serlo. Un individuo no puede volarse la cabeza y luego tirar el desintegrador al lugar donde Blake lo ha encontrado.

Greg continuaba en pie, mirando el cadáver de Thorman. La corriente de pensamientos intrusos era como una marea lejana de voces ansiosas.

Art, muerto. Víctima de la violencia. ¡Era casi incomprensible!

Había oído hablar de asesinato en otra ocasión, hacía treinta años, cuando un hombre mató a su esposa en un yate espacial... a pesar de las consecuencias con que tendría que enfrentarse (y se enfrentó) cuando cayera dentro del alcance telepático de otras personas.

Pero esto era algo distinto. Muchísimo más personal y horriblemente próximo. Cosa que contribuía a darle un aspecto más irreal.

Blake pudo captar la ola de sobresaltada atención que inundaba Spaceport City. Un diluvio de voces discordantes e inquisitivas cayó sobre él.

¡Tú le asesinaste, Blake!

—¡No! —protestó, sin darse cuenta de que estaba vocalizando—. ¡Yo no pude hacerlo!

Es tu desintegrador, puntualizó un acusador anónimo.

—Pero, eso no significa...

La compuerta está perfectamente cerrada. Tú mismo lo has comprobado hace unos instantes.

En la nave no hay nadie más.

—¿Por qué habría de matar yo a Thorman? ¡Era mi amigo!

Los ojos de Blake continuaban clavados en el cadáver de Art.

La mayor parte de la ciudad permanecía en silencio, escuchando.

Aterrizasteis aquí hace una semana para registrar un yacimiento de kitarium que habíais descubierto en la Nébula Colmillos de Sabueso, recordó alguien. Esto os convertía, a Thorman y a ti, en dos hombres ricos. Ahora eres dos veces más rico.

—Pero, yo sabía que era imposible cometer un crimen y quedar impune...

Nadie más que tú puede haberlo hecho, Blake, declaró otro acusador.

Greg se estremeció ante la implacable rapidez de la justicia en una sociedad empática. En otras épocas, aquellas cosas requerían mucho tiempo. Ahora, en cambio, la sospecha, la acusación, el juicio, el veredicto y la ejecución eran cuestión de minutos.

—¡Si le hubiese matado lo recordaría!

Estabas completamente borracho.

Por eso no tuvimos la oportunidad de evitarlo.

No hubo premeditación.

O tal vez en el último momento quisiste matarle.

El hecho de que quisiera hacerlo o no, no afecta al desenlace.

Lo cierto es que ha asesinado a su compañero.

Y tiene que pagar por ello.

Como truenos retumbando contra lejanas colinas, acusaciones y amenazas sacudían el panorama psíquico. Eran un contrapunto a la investigación directa. El juicio avanzaba con implacable rapidez.

Desalentado, Greg quiso echar a correr. Pero la fuerza apremiante de un millar de voces imperiosas le dejó clavado en el lugar donde estaba.

Vida por vida.

El desintegrador, Blake: recógelo.

El castigo tiene que ser adecuado al delito.

En las expresiones de la conciencia colectiva había una poderosa indignación que anulaba su voluntad. Blake se agachó a recoger el desintegrador. Luego levantó el cañón a la altura de su sien.

HABLA EL MONITOR DEL CONSENSO.

Las silenciosas palabras, ampliadas por un psicoaltavoz, estallaron como un rugido de gigante. Ordenaron completo silencio.

ES PRIVILEGIO VUESTRO EJECUTAR A GREGORY BLAKE AHORA O APLAZAR EL JUICIO. LA CONCIENCIA SOCIAL LO DECIDIRÁ. SIN EMBARGO, EXISTEN VARIAS CIRCUNSTANCIAS ATENUANTES, PUESTO QUE BLAKE NO TIENE NINGÚN RECUERDO DEL CRIMEN Y, EN TALES CONDICIONES. DEBEMOS ADMITIR QUE LA PRUEBA ES LO QUE EN OTRAS ÉPOCAS SE LLAMABA CIRCUNSTANCIAL.

ADMITO QUE LOS INDICIOS DE CULPABILIDAD SON ABRUMADORES. EL ASESINATO HA TENIDO LUGAR EN UNA NAVE CUYA COMPUERTA ESTABA CERRADA POR DENTRO. SÓLO HABÍA DOS HOMBRES A BORDO. EL ARMA QUE MATÓ A LA VÍCTIMA PERTENECE AL SOSPECHOSO.

¿Qué más pruebas queremos...?

¡Silencio! ¡Está hablando el Monitor!

A PESAR DE TODO, NO CREO QUE SE SIRVA A LA JUSTICIA SI BLAKE ES EJECUTADO SIN ESTAR CONVENCIDO DE SU CULPABILIDAD.

Miles de voces decididas se levantaron en protesta. Pero, por deferencia al Monitor, la mayor parte del trasfondo psíquico reflejaba únicamente indecisión.

EN CONSECUENCIA, RECOMIENDO QUE NUESTRO VEREDICTO SEA SOMETIDO A ESTUDIO HASTA QUE ESTABLEZCAMOS LA CULPABILIDAD DEL INDIVIDUO DE UN MODO INDUBITABLE.

II

Las voces silenciosas permanecieron con Greg: amonestándole, vituperándole, acusándole, queriendo saber si su falta de conocimiento del crimen era el resultado de su borrachera o un truco sin precedente para escapar al castigo.

Para Greg resultaba inconcebible que pudiese haber asesinado a Art Thorman, su amigo más íntimo desde diez años atrás.

Tu amigo más íntimo, ¿eh?, se mofó un acusador. Lo hiciste tú, y probablemente sabes que lo hiciste.

Cállate, Marl. Dale una oportunidad, como dice el Monitor.

Greg esperó a que llegara el empleado del crematorio antes de abandonar la nave. Por medio de relevos a través de mentes compasivas había localizado el crematorio, situado al otro lado de la ciudad, más allá del alcance telepático, y había encargado la acostumbrada ceremonia final, sabiendo que Art no tenía parientes.

Cuando salió de la nave para dirigirse a la oficina del Monitor, se estremeció ante el peso de las recriminaciones y las denuncias que le asaltaban por todos lados. En la plataforma de tránsito, alquiló un taxi aéreo cuyo conductor era un hombre de edad madura con una reluciente calva.

En cuanto el vehículo se hubo puesto en marcha, el conductor ofreció:

No creo que lo hiciera usted.

—Gracias —dijo Greg, sin el menor entusiasmo.

El conductor recurrió también a la vocalización:

—Edna..., es mi esposa, ¿sabe? —una aclaración inútil, porque Greg había establecido ya el parentesco a través de la mente de su interlocutor—, Edna dice: «Puedes apostar lo que quieras a que es culpable». Pero el pequeño Algernon, mi hijo, es un excelente juez en materia de caracteres, a pesar de que no tiene aún completamente desarrollada su facultad telepática. Algernon dice...

¿Greg?

Reconociendo la identidad del que trataba de establecer contacto con él, Greg se sobresaltó.

Sí, Virgil. ¿Qué quieres?

Deseo ayudarte.

Hasta ahora nunca deseaste ayudarme.

Estás en un grave apuro, Greg. Tal vez pueda hacer algo por ti.

Greg notó que el conductor había captado el intercambio telepático que acababa de establecer con Virgil Blake. Y notó también que el hombre volvía cortésmente su atención a otra parte.

Sé que no he sido un hermano ideal, Greg. Pero de eso puede ser tan culpable tu propia testarudez como mi temperamento dominante.

Desde luego. Siempre deseaste todo lo que yo tenía... empezando por Estrella.

Vamos a olvidarnos de ella. Ya no cuenta para nada.

No, se dijo Greg a sí mismo. Virgil se había cansado de ella después de haber demostrado que podía tomarla.

Aquella amarga reflexión no fue captada por Virgil.

Tal vez he obrado de ese modo como reacción a tu obstinado sentido de la independencia.

Y Greg no detectó en la conciencia de su hermano nada que indicara más que orgullo lastimado como base de su anterior hostilidad.

Debajo del vehículo, la policroma extensión de Spaceport City resplandecía con el brillo de sus dos soles gemelos. Y en la ciudad, millones de personas aguardaban impacientemente el momento de hacer justicia.

Por eso quiero ayudarte, Greg. Soy psiquiatra.

Lo sé. Uno de los más eminentes del sistema. Pero no te permitirán hacer nada que signifique una obstrucción a la justicia.

¡Claro que no lo permitiremos!, exclamó una voz anónima.

¡Desde luego que no!, corearon un centenar de voces.

Greg ignoró aquella intrusión.

¿Cuál es tu propuesta, Virgil?

No creo que unos combinados puedan producir una intoxicación tan grave como para que un hombre no recuerde en absoluto lo que ha hecho..., de un modo especial si hay una muerte violenta de por medio.

¿Entonces?

Sospecho que se trata de una represión subconsciente o de una amnesia provocada.

¿Amnesia provocada?

Sí. Y si la respuesta es ésa, significa que hay alguien más complicado en el asunto.

¿Qué es lo que sugieres?

Exploración psicoanalítica. Comprobar si estás ocultando algo inconscientemente.

De nuevo, Greg rebuscó en la mente de su hermano alguna segunda intención. ¿Por qué motivo Virgil, con el cual no había mantenido contacto, ni siquiera telepático, durante quince años, se mostraba tan solícito en aquella ocasión?

Inmediatamente, detectó la dolida reacción de Virgil.

Era una emoción sincera, lamentando el olvido en que había tenido durante años enteros a su hermano menor. Él descubrirla en la mente desnuda de Virgil hizo que Greg se sintiera confortado y agradecido.

No te reprocho que seas suspicaz, muchacho, concedió magnánimamente Virgil.
¿Cuándo empezamos?

Los pensamientos de Virgil empezaron a debilitarse a medida que el vehículo se

acercaba a la Administración. El psiquiatra estaba quedando rápidamente fuera del alcance telepático normal.

Me pondré en contacto contigo mañana por la mañana. Y, Virgil..., si estoy reprimiendo el recuerdo de un horrible crimen, quiero que asome a la superficie. No quiero que trates de ocultarlo para salvarme.

No podría hacerlo, muchacho. Si ése fuera el caso, todas las personas que leyeran en nuestras mentes se enterarían.

De acuerdo. Si maté a Art, intencionadamente o incluso accidentalmente, merezco todo lo que pueda sucederme. Art era un muchacho excelente.

El vehículo inició su descenso sobre la Plaza de la Administración. Rodeado de elevadas construcciones de acero, el parque y su complejo de edificios oficiales poseían una desnuda belleza, desprovista de toda inscripción y de toda señal indicadora.

Greg empezó a recibir sutiles impresiones de identidad y de información.

Aquéllas son las oficinas del Monitor del Consenso, transmitió suavemente una alargada y esbelta estructura situada al norte de una gran piscina.

Greg se concentró en el edificio y en sus psicoemisiones y fue recompensado, a su debido tiempo, con el resto de la información que deseaba:

La oficina del Primer Ayudante del Monitor se halla situada en el Piso Doceavo. La del Monitor se encuentra en el Piso Decimosexto, Ala Sur.

Leyendo el punto de destino en la mente de su pasajero, el conductor detuvo el vehículo sobre su almohadilla de aire delante de la entrada principal.

Greg se apeó, contempló cómo se alejaba el vehículo y luego estudió el edificio que tenía delante.

¡Entra de una vez!, apremió alguien.

¡Nos estás haciendo perder el tiempo!, reprochó otro espectador.

¡Deja que sepamos si eres culpable!

Inmediatamente, una miríada de voces ofensivas penetraron en la conciencia de Greg.

—¡De acuerdo! —gritó—. ¡Ya voy!

Cruzó la terraza, concentrándose en la escena de muerte violenta en la nave y maldiciéndose a sí mismo por no ser capaz de recordar lo que había sucedido. Luego, repentinamente, experimentó la sensación de que se estaba traicionando al admitir que, en virtud de alguna rara circunstancia, *podía* haber matado a Thorman.

¡Desde luego que no podía haberlo hecho! Era un estúpido al acudir allí y someterse a una injusta investigación. En el instante en que descubrió el cadáver de Art debió huir a un lugar seguro... antes de que el Consenso tuviera la posibilidad de ordenar su ejecución.

Una ola de furor estalló en el nivel receptivo de su conciencia a medida que el conocimiento de lo que acababa de pensar pasaba de mente en mente con meteórica

rapidez.

¡Eso demuestra que es culpable!

¡Completamente!

¡No, no lo demuestra!

¡Quería huir! Lo has leído, ¿no?

Pudo tratarse de una reacción normal provocada por el temor.

¡Y un cuerno!

Continúa sin tener ningún recuerdo consciente del crimen.

Naturalmente. Lo ha reprimido.

Entonces, ¿por qué sintió el deseo de huir?

Motivación subconsciente.

¡Tonterías!

¡Vamos a matarle... ahora mismo!

¡Un momento! Recordad lo que dijo el Monitor...

¡Al diablo el Monitor! Ya es hora de que nos ocupemos...

Greg avanzó rápidamente y penetró en el edificio.

Cuando llegó delante de la puerta, el psicoemisor anunció suavemente:

Se encuentra usted delante de la oficina de Felco Irwan, Monitor del Consenso.

Greg entró y fue abordado inmediatamente por una rubia que llevaba una ajustada túnica de secretaria.

Sígame, por favor, sugirió cortésmente.

Sentado detrás de su escritorio en la oficina interior, Felco Irwan era un hombre de aspecto agradable, con una doble barbilla y mejillas sonrosadas. En circunstancias menos graves, su rostro hubiera sido de los que provocan una involuntaria sonrisa.

Siéntese, Mr. Blake, ordenó. Me alegra comprobar que continúa usted vivo.

—¿Por qué?

Irwan respetó la elección de la comunicación oral.

—Porque ello demuestra que nuestro pueblo sabe posponer la justicia instintiva a la obligación de obrar rectamente, a pesar de que ésta es nuestra primera experiencia con el crimen.

—Hace unos instantes, no parecían muy dispuestos a posponer nada.

—Está usted aquí, ¿no es cierto? —dijo el Monitor, sonriendo.

A pesar de su aspecto insolente, el Monitor hablaba con una rapidez que concedía a Greg pocas posibilidades de prever lo que iba a decir a continuación.

En el transfono telepático, había un paciente silencio. Los espectadores se limitaban a escuchar. Pero su ansiedad era como una densa niebla.

—Bueno, continúo vivo y estoy aquí —resumió Blake secamente—. ¿Y ahora, qué?

Irwan se inclinó hacia adelante.

—He recibido numerosos informes telepáticos acerca de su contacto con Virgil

Blake. Un hombre excelente. Y un excelente psiquiatra. Me alegro de que se haya puesto usted en sus manos. En realidad, uno de los dos motivos de que le hiciera venir aquí era el de proponer alguna forma de psicoterapia.

—¿Y el otro motivo?

Soy Elar Ronsted.

Y yo soy Stafford Wawerly.

—Ellos son el otro motivo —explicó el Monitor.

Greg identificó el origen de los dos Contactos como procedente de otra serie de oficinas al otro lado de la Plaza.

Yo soy el Jefe de Policía, declaró Ronsted.

El otro añadió, dándose importancia:

Y yo soy el Detective.

Desconcertado, Greg miró al Monitor, inquiriendo:

¿Qué significa Policía? ¿Qué significa Detective?

También a nosotros nos intrigó un poco, al principio, confesó Ronsted.

Siempre habíamos creído que nuestras oficinas eran puramente nominales, añadió el Detective, *hasta que el Monitor nos dijo que tenía un trabajo para nosotros.*

Greg quiso saber:

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—La Policía —explicó el Monitor —era una fuerza armada dentro de una comunidad. Eso ocurría en la época pre-empática, cuando el crimen se elaboraba en el aislamiento psíquico. Su tarea consistía en proteger a la comunidad de los delincuentes.

Y el Detective era el oficial que desenmascaraba al delincuente, intervino Wawerly. *Cuando se cometía un crimen, descubría quién lo había cometido, cómo y por qué.*

Greg captó la jactanciosa expansión del pecho del Detective.

—Éste, Mr. Blake —dijo el Monitor Irwan en tono solemne, es un crimen que se sale de lo corriente. Podríamos darle el nombre de anacronismo. Y he llegado a la conclusión de que están indicados los antiguos métodos de resolución. En consecuencia, he encargado el caso al Jefe Ronsted y al Detective Wawerly.

Puede usted confiar en mi... departamento, señor, declaró Ronsted.

Descubriremos al autor, prometió Wawerly.

—El Jefe y su Detective se pondrán en contacto con usted más tarde, Blake —aseguró Irwan.

III

Greg pasó una noche tranquila. Al principio había temido que las acechantes voces de los espectadores, engrosadas sus filas en las horas nocturnas de ociosidad, le impedirían descansar.

Y en realidad, durante más de una hora le inmovilizaron inquiriendo detalles del asesinato. Pero su sincera introspección resultó inútil. Entre el momento culminante de su celebración la noche anterior y su despertar aquella mañana, había un espacio cronológico en planeo.

Ablandándose, los espectadores le permitieron eventualmente regresar a la nave. Y no formularon ninguna objeción cuando preparó una ligera carga soporífera y se colocó los electrodos.

Después de aquello, el sueño llegó rápidamente. Con su actividad mental reducida a un plano subconsciente, encontró alivio completo a las presiones telepáticas que le habían acosado todo el día.

A la mañana siguiente, antes de salir, efectuó una rápida inspección al interior de la nave, consciente de la presencia de numerosos espectadores ávidos por establecer contacto con él mientras volvía a visitar el escenario del crimen.

Pasó junto al desintegrador, tirado aún en el pasillo, y entró en el compartimiento delantero. Contemplando el asiento vacío de Thorman, se dio cuenta por primera vez de la grave pérdida que representaba la muerte de Art. Pasaría mucho tiempo antes de que consiguiera restablecer el equilibrio en su hasta entonces ordenada existencia..., suponiendo que le dieran la oportunidad de intentarlo.

Unos cuantos comentarios silenciosos llegaron hasta él.

¡Hipócrita!

¿Qué es lo que tratas de conseguir?

¡Eso no te hará ganar ninguna simpatía!

¡Asesino!

¡Criminal!

Pero lo que predominaba era un respetuoso silencio.

Lo cual no significa que vayamos a arrojar flores a tu paso, puntualizó alguien.

Greg abrió el armario individual situado debajo del asiento de Thorman. No encontró nada de valor, a excepción de una batería de cilindros-E.

Distraídamente, sacó uno de los cilindros y comprobó la fecha anotada en él. Había sido grabado hacía poco más de una semana. Evidentemente, Thorman registró la estructura de su ego el día que aterrizaron. No cabía duda de que deseaba tener un doble exacto suyo, tal como era en aquella fecha, para referencia e interrogación.

Greg colocó el cilindro en el reproductor y pulsó el interruptor. Luego esperó mientras las impresiones almacenadas, el conocimiento y los rasgos de la personalidad pasaban a los circuitos y células retentivas del cerebro artificial.

—Habla Arthur Cervan Thorman —siseó el altavoz—, tal como era el día trece, del mes séptimo, del año cuatro mil trescientos treinta y seis.

—Art, soy Greg.

Los circuitos del reproductor recogieron las palabras de Blake, combinándolas con las referencias asociativas del cilindro.

—¿Tú, reproduciendo mi grabación personal? Resulta un poco raro, ¿no?

No había el menor resentimiento en la pregunta; sólo curiosidad.

—Sí, supongo que sí.

—¿Sucede algo malo?

Y, cuando no hubo respuesta:

—¿Estoy ahí contigo?

—No, no lo estás.

—Creí que sólo se podía reproducir una grabación personal en presencia del interesado —recordó Art en tono de broma.

—Estás... muerto, Art.

Se produjo una brusca interrupción en el zumbido del altavoz.

—¿Qué ha pasado?

—Has sido... asesinado.

—¡Imposible! Esas cosas no ocurren.

—Es cierto.

—¿Cómo?

—Una descarga con un desintegrador. En la sala de mandos de la nave.

—¿Quién lo hizo?

—Dicen que fui yo.

Risa.

—Ahora sí que veo que estás bromeando.

Y luego:

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio, Art. Lo siento. No debí venir aquí con mis preocupaciones.

—No. Has hecho bien. Después de todo, esto no es más que una grabación. No hay ninguna apreciación subjetiva. Si parece otra cosa, se debe a que me tomé la molestia de grabar un doble auténtico. El asesinato... ¿cómo ocurrió?

—No lo sé. Encontré tu cadáver en la sala de mandos. Habíamos salido a dar una vuelta.

—¿Cuándo fue eso?

—Anteanoche. Fuimos a divertirnos un poco.

—Tal como nos habíamos prometido a nosotros mismos que lo haríamos.

—En el transcurso de la noche me emborraché y perdí el conocimiento. Por la mañana me encontré en la nave, con la compuerta cerrada por dentro. No había nadie más a bordo. Y tú estabas muerto.

—Cuéntame todo lo que ha ocurrido desde entonces.

Greg habló largo rato, extendiéndose en detalles. Cuando hubo terminado, el altavoz dijo:

—Estás en un grave aprieto.

—Es mucho peor de lo que parece. Yo...

Gregory Blake. Abra en nombre del código moral. ¡Es la Policía!

La compuerta se abrió para dar paso a un hombre bajito y delgado, de aspecto muy distinto al que Greg había imaginado a través de su contacto telepático con el Jefe Ronsted.

Cada hombre tiene derecho a un concepto personalizado de sí mismo, afirmó Ronsted. Luego disparó un pulgar por encima de su hombro. *Éste es el Detective Wawerly.*

La boca del Detective estaba distendida en una sonrisa característica en él, según leyó Greg en su mente. Era un hombre muy flaco, con una nariz afilada debajo de un par de cejas muy pobladas.

¿Dónde está el cadáver?, preguntó ansiosamente. *Me gustaría examinarlo... ¡El crematorio! ¿Ya? Eso tiene el aspecto de una destrucción de pruebas...*

El Jefe le aseguró que no podía ser considerado así, ya que bajo el sistema de detección telepática el contenido de la memoria se estimaba prueba suficiente. Sin embargo, no sabía a ciencia cierta qué supuestos específicos debían aplicarse a este caso.

Wawerly asintió y siguió al Jefe por el pasillo hasta la sala de mandos.

El Detective sonrió más ampliamente, sacó una barra de tiza de su bolsillo, se arrodilló y empezó a dibujar en el suelo los contornos de una forma humana extendida.

Tendrá usted que concentrarse. Mr. Blake, advirtió, *a fin de que pueda dibujar la silueta exactamente.*

¿Está usted seguro de que ése es el procedimiento a seguir?, preguntó el Jefe Ronsted.

Luego, en un aparte oral a Greg:

—Nos hemos pasado media noche en la biblioteca, empapándonos del perdido arte de la detección. Como dijo el Monitor, este caso debe ser objeto de un tratamiento anacrónico.

Asumiendo un aire de misterio, sacó de su bolsillo una lupa redonda, evidentemente una pieza de museo. A falta de un objeto mejor para utilizarla, la proyectó sobre una mancha de grasa que había en el suelo.

Cuando la reflexión prevocal de Greg identificó la mancha como lo que era, Ronsted volvió a meterse la lupa en el bolsillo con evidente turbación.

—El objeto de mi visita, Mr. Blake —dijo, muy serio—, es el de comprobar si la víctima había grabado recientemente algún cilindro-E, y... ¿El día trece? ¡Bien! ¿Dónde dice usted...? ¡Oh! Se encuentra ya en el reproductor...

La barra de tiza de Wawerly se rompió y el Detective se puso en pie y miró a Greg con las cejas fruncidas.

Ese cilindro, Mr. Blake, es una prueba material. Espero que no habrá usted alterado su contenido...

Cuando leyó que Greg no lo había hecho, añadió una exclamación de alivio:
¡Espléndido!

El medio ambiente psíquico era ahora muy denso con la ávida atención de los millares de espectadores que se habían apresurado a sintonizar con la escena sin precedentes de criminología aplicada. Muchos de ellos, también, se habían «empapado» de metodología antigua.

Hay que mirar debajo de las uñas de Blake, aconsejó alguien.

¿No sería conveniente detener a todos los habitantes de Spaceport e interrogarles uno a uno?

Hay que tenderle una trampa al sospechoso.

Preguntadle dónde estaba la noche del crimen.

Ronsted abombó el pecho.

¡Silencio! En caso contrario me veré obligado a ordenar el bloqueo de la zona y nadie podrá leer nada.

Se produjo un siseo obediente, y Greg preguntó:

—¿Para qué quiere usted el cilindro-E de Thorman?

—*Podría* demostrar que las relaciones entre usted y la víctima no eran cordiales.

—De ser así, lo hubiera usted leído fácilmente en mí.

—Hagamos un pequeño razonamiento deductivo, Mr. Blake. La premisa básica es que asesinó usted a Arthur Thorman. Lo cual es algo que tenemos que probar. Suposición número dos —alzó un segundo dedo—: encontró usted algún medio para..., ejem..., esquivar el bulto, como solía decirse.

»Eso supondría el descubrimiento, por parte de usted, de un modo de aislar un segmento de sus procesos mentales. Si es usted capaz de arrojar mentalmente una manta sobre su recuerdo de la experiencia de asesinato, se deduce lógicamente que puede usted hurtar al escrutinio telepático cualquier recuerdo de dificultades entre usted y Thorman que pudieran haberle proporcionado el motivo...

Wawerly, que había salido al pasillo, regresó con el desintegrador de Blake. Lo sostenía cuidadosamente entre el pulgar y el índice.

¡El arma asesina!

¡Muy bien!, aprobó Ronsted. *Tome las huellas digitales.*

El Detective frunció el ceño.

¿Cómo «tomaría» usted una huella digital, Jefe?

Que me aspen si lo sé.

La oficina de Virgil Blake se encontraba en el distrito de los servicios personales.

Greg fue acogido por una delgada pelirroja. Al leer su identidad, la joven no consiguió dominar su reacción.

¡Blake en persona! ¡El asesino! ¡Sensa...!

Se interrumpió bruscamente.

Lo siento, Mr. Blake. No me di cuenta...

¡Granuja!, observó alguien.

Ella ignoró el comentario y señaló una puerta.

El doctor Blake le está esperando.

¿Greg?, inquirió la ansiosa voz de Virgil. Pasa.

De no haber sido por el inconfundible parecido familiar, Greg no habría reconocido a su hermano. Sus cabellos eran todavía abundantes, pero empezaban a grisear. Y su labio superior aparecía cubierto con un bigote grisáceo.

Desde luego que he cambiado, muchacho. Quince años son mucho tiempo.

Greg agarró los hombros de Virgil.

—Me alegra mucho volver a verte.

Demasiado tiempo para dos hermanos. Cuando este embrollo quede desenredado, arreglaremos eso.

—Querrás decir *si* se desenreda.

Virgil se echó a reír y dijo, adaptándose a la forma oral utilizada por Greg:

—Tú no lo hiciste. Confío plenamente en ello. Y si lo hiciste, existen circunstancias atenuantes. No eres el tipo inclinado a la violencia.

Greg se reclinó en el butacón de cuero.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Podríamos recordar los viejos tiempos. Pero es más importante empezar a trabajar.

Colocó el sillón en una posición más cómoda.

En primer lugar, vamos a identificar esas circunstancias atenuantes, para eliminar el deseo general de ejecutarte.

¡Déjate de sentimentalismos!, observó alguien, sardónicamente.

Limitémonos al asesinato, propuso otro.

Dadles una oportunidad. Es la primera vez que se encuentran en quince años.

Virgil colocó una esfera de metal de dos pulgadas de diámetro sobre un pequeño pedestal encima del escritorio. Luego pulsó un interruptor que sobresalía de la superficie de la esfera.

Las voces de los espectadores se apagaron bruscamente. Para Greg, fue como si volviera a encontrarse en la vasta soledad de la Nébula Colmillos de Sabueso, sin tener a nadie, ni siquiera a Art Thorman, a su alcance telepático.

—¿Por qué utilizas el obstructor?

—Es un procedimiento normal en esta clase de trabajo.

—¿Para qué sirve?

—Como protección contra el público. Cuando ahondamos en el subconsciente, a

veces extraemos cosas que no resultan demasiado agradables para la recepción telepática.

Greg se retrepó en el butacón, satisfecho por aquel repentino aislamiento de la apremiante curiosidad de las masas.

Virgil sacó un electrodo de una ranura situada en el brazo del butacón.

—¿Preparado?

Adaptó el electrodo a la frente de Greg y la inconsciencia llegó inmediatamente.

Cuando Greg volvió a abrir los ojos, Virgil estaba de pie junto a la ventana, con las manos unidas rígidamente detrás de su espalda.

—¿Cómo ha ido eso? —inquirió Greg.

Virgil frunció el ceño.

—No sabría decírtelo. Y no sé si me gusta o no.

—¿Qué has descubierto?

—Si en realidad estás reprimiendo una desagradable experiencia, lo haces muy bien.

—¿Por qué tendría que desear ocultar algo?

—Podría tratarse de la impulsión de un complejo de culpabilidad.

—Entonces, las apariencias son de que lo hice yo...

—Yo no diría eso. Existen otros aspectos.

—¿Por ejemplo?

Virgil se instaló de nuevo detrás de su escritorio.

—Tienes una vaga impresión de la descarga de un desintegrador. No está claro si apretaste el botón, pero la respuesta parece ser afirmativa.

Con un gesto negligente, desconectó el obstructor.

—Entonces, eso aclara la cuestión —Greg se puso en pie—. Yo disparé contra él.

Los pensamientos proyectados de los espectadores volvieron a presentarse inmediatamente, descendiendo como una nube tormentosa.

¿Blake disparó contra él?

¿Lo hizo él?

¿Es culpable?

¡Un momento! —La emisión subvocal de Virgil, más cercana, dominó a todas las demás—. *Ésta es una conversación puramente especulativa. Esperad a oír lo que sigue. Luego dejaremos que el Consenso decida.*

—No, Greg —continuó—. Puedes haber disparado aquel desintegrador contra otra persona... después de que *ella* asesinara a Thorman.

General sorpresa psíquica procedente de todas las direcciones.

—Descubrí también otra cosa en tu subconsciente: una impresión de la compuerta abriéndose y cerrándose después de que Thorman y tú regresasteis a la nave aquella noche. Puede tratarse de un recuerdo válido... o de una alucinación. Tendremos que dedicar más sesiones a descubrirlo. ¿Volverás mañana?

—Si estoy todavía en condiciones de hacerlo...

Pero Greg se dio cuenta de que en el transfono telepático sólo había confusión e incertidumbre. El Consenso no tomaba aún ninguna dirección definida.

Distraídamente, tocó la esfera del obstructor.

—¿Quiénes están autorizados para utilizar esas cosas? —inquirió.

—El Monitor. Las instituciones médicas, en casos especiales, tales como el aislamiento psíquico de la víctima de un accidente. Y los psicoanalistas.

Greg quedó pensativo.

No, temo que no, respondió Virgil a la reflexión de su hermano. *Nadie puede haber utilizado un obstructor para ocultar sus actos durante el asesinato de Thorman. A menos que desde que cometió el crimen se haya mantenido en el refugio que le brinda el obstructor para que nadie pueda leer su culpabilidad.*

Greg no se había dado cuenta de que uno de los espectadores, y no de los menos interesados, era Ronsted. Se enteró cuando el Jefe emitía:

Tome nota de eso, Wawerly, y haga una lista de todos los que disponen de un obstructor.

Greg se encaminó pensativamente hacia la puerta.

Pero Virgil dijo, detrás de él:

—Estoy preocupado, muchacho. Si eres inocente, alguna otra persona es el culpable.

—¿De veras? —inquirió Greg en tono casi sarcástico.

—Y en tal caso, alguien confía en tu pronta ejecución para quedar libre al respecto. ¿No es eso?

—Supongo que sí.

—Y si continúa utilizando un obstructor para ocultar sus pensamientos, en este mismo instante puede estar planeando tu muerte «accidental»..., que zanjaría definitivamente el caso para el público.

En cuanto Greg salió de la oficina, los espectadores escudriñaron su mente hasta dejarla limpia. Luego, satisfechos por disponer de todos los detalles de la sesión de psicoanálisis, le dejaron en paz. Una paz relativa.

Todo eso hace más confuso el asunto, comentó un desalentado espectador.

Tendríamos que ejecutarle.

Pero, supongamos que no ha sido él...

Disparó el desintegrador, ¿no?

Sí, pero el doctor Blake dijo que podía haberlo disparado contra el verdadero asesino.

¡Absurdo! ¡Es culpable!

Tal vez no...

De modo que el Consenso se encontraba ante un verdadero dilema.

Sin embargo, a Greg no le proporcionaba ningún consuelo el hecho de hallarse en

libertad provisional, ya que se veía acompañada de la ominosa presencia de un obstinado sector de opinión cuyos pensamientos flotaban en el medio ambiente psíquico. Y aquel sector estaba convencido ya de su culpabilidad.

Lo malo era que había muchos que estaban dispuestos a dejar que los descontentos se tomaran la justicia por su mano y les librasen de toda responsabilidad. El sentimiento general podía ser expresado así: ¡Qué diablos! En los tiempos antiguos, ¿no se delegaba acaso la representación de toda una comunidad en un jurado compuesto únicamente por doce personas?

Greg llegó al distrito central, hormigueante de gente, y trató de ocultar sus pensamientos. Pero, debido a lo familiar que había hecho su figura, provocaba un aluvión de miradas curiosas y de improperios subvocales.

Greg procuró ignorarlos y se detuvo delante de un edificio cuyo emisor psíquico recitaba monótonamente:

Subestación del Departamento de Transferencias Legales.

Antes de entrar vaciló unos instantes, tratando de convencerse a sí mismo de que siempre había estado equivocado respecto a Virgil.

¡Desde luego que estabas equivocado acerca del doctor Blake!, exclamó un transeúnte, enfrentándose belicosamente con él.

Otro añadió:

Es más que un hermano para ti. ¡Es el mejor amigo que has tenido nunca!

Tres o cuatro personas más se agruparon a su alrededor.

¡Que me aspen si yo haría otro tanto por ti!

El doctor Blake tiene derecho a lavarse las manos.

Greg entró en la subestación.

Deseo transferir todos mis intereses en la Nébula Colmillos de Sabueso a mi hermano, le dijo al empleado, *por si no estoy con vida para disfrutar de ellos.*

El hombre sonrió cordialmente.

Ahora está usted haciendo lo que debe por Virgil.

IV

A última hora de la tarde, Greg había realizado un interesante descubrimiento relativo a la atención de la masa. Y era que aquella presión psíquica era más intensa cuando él se encontraba físicamente aislado.

Cuando estaba completamente a la vista, la ciudad parecía dar por supuesto que los que se encontraban más cerca de él no dejaban de vigilarle.

Durante aquella tarde, las conjeturas acerca de su culpabilidad habían figurado en lugar destacado en todas las emanaciones mentales captables. La obstinada minoría hostil había ganado adeptos. Pero la opinión del Consenso no había tomado aún una forma definida.

Mentalmente agotado después de un día de continuo acoso, Greg se acodó en la barandilla de una terraza y contempló la multitud que llenaba las calles.

Uno de los soles se había puesto ya, y el aire nocturno empezaba a insinuarse, frío como de costumbre. El otro sol, enorme y encendido, iniciaba su descenso entre lejanos chapiteles y bañaba sus severos perfiles con una luz ocre.

La primera señal de peligro fue un sutil pensamiento que se alzó cautamente del transfondo psíquico.

Allí está... acodado en la barandilla.

Greg se volvió en redondo. Dos hombres, surgidos del edificio, avanzaban hacia él.

¡Cuidado!, advirtió uno de ellos. ¡Está leyendo en nosotros!

Una pareja algo mayor y un joven, que estaban de pie junto a la barandilla, avanzaron asimismo hacia Greg.

¡Asesino! ¡Criminal!

¡Vamos a darle su merecido!

Más de una docena de personas surgieron del edificio. Otras tantas avanzaron procedentes del extremo opuesto.

¡No queremos perder más tiempo!, arengó alguien.

Se trataba, evidentemente, de unos miembros de la obstinada minoría, dispuestos a llevar adelante la ejecución.

Greg retrocedió a lo largo de la barandilla, dejando que el tubo de metal se deslizara a través de su húmeda mano. Bruscamente, dio media vuelta y echó a correr.

¡Cogedle!

¡No le dejéis escapar!

¡Todo el mundo a por él!

¡Empujad!

¡Cerradle el paso!

De repente, los pies de Greg quedaron como clavados en la superficie enlosada de la terraza.

¡Asesinaste a Thorman!

¡Descubriste un medio para evitar que leyeran en tu mente!

¡Confíésalo!

Más allá de sus inmediatos perseguidores, había un tenso y expectante silencio en todo el medio ambiente psíquico. Todo el mundo se había convertido en ávido espectador.

En las calles no había el menor movimiento. Las densas sombras de los edificios aparecían manchadas con la blancura de los rostros vueltos hacia arriba, ansiosos por presenciar la ejecución sumarísima.

¡Yo no lo hice!, insistió Greg.

¡Confiesa de una vez!

¡Tropa sobre la barandilla!

¡Tropa! ¡Tropa! ¡Tropa!

Sin saber cómo había llegado allí, Greg se encontró en precario equilibrio sobre el tubo horizontal. Y la minoría estaba mucho más cerca físicamente.

¡Salta!

¡Salta!

¡Salta!

Permaneció allí temblando, resistiendo débilmente la voluntad de la masa.

¡Empujad! ¡Todo el mundo a la vez!

Pero la parálisis de Greg disminuyó de modo casi imperceptible.

Yo no creo que debamos hacerlo, emitió alguien desde la calle.

Yo tampoco.

¡Salta! ¡Salta!

¿Qué clase de inútiles somos? ¿Vamos a permitir que un pequeño grupo decida por todo el Consenso?

No deberíamos permitirlo.

¡Desde luego que no!

¡Baja de la barandilla, Blake!

¡Salta!

¡No, Blake! ¡No saltes!

¡Todo el mundo debe ayudarnos!

¡Yo, no! ¡Yo voy a ayudar a Blake!

¡Y yo también! ¡Haré lo que tenga que hacer sólo cuando sepa que asesinó a Thorman!

Ésa es también mi opinión. Cuando actúe, tiene que ser formando parte del verdadero Consenso.

¡Baja, Blake!

¡No! ¡Salta!

¡No lo hagas!

¡Dejadle en paz!

La fuerza impulsora de la minoría disminuyó paulatinamente y, una vez libre, Greg consiguió apearse de la barandilla.

Sin embargo, los que se habían nombrado a sí mismos ejecutores no se dieron por satisfechos: abrieron sus filas y avanzaron hacia la presunta víctima.

Greg retrocedió lentamente.

HABLA EL MONITOR. RECOMIENDO A LOS ESPECTADORES INCONTROLADOS QUE SE PORTEN CON PRUDENCIA EN BENEFICIO DE LA VERDADERA JUSTICIA.

AUNQUE LA IMPULSIVA MINORÍA DEMUESTRA UN PLAUSIBLE INTERÉS POR EL CONSENSO CON SU INICIATIVA, HAY QUE REPROCHARLE SU IRREFLEXIÓN Y LO PREMATURO DE SU JUICIO.

POR PROLIJOS QUE PUEDAN PARECER LOS PROCEDIMIENTOS DE LA JUSTICIA, DEBEMOS INSPIRARNOS EN NUESTRA OBLIGACIÓN PARA SERVIR A LA RECTITUD Y AL JUEGO LIMPIO.

Incapaz de sustraerse al horror de la muerte vista tan de cerca, Greg vagabundó durante horas por las afueras de la ciudad. El segundo sol se había puesto ya cuando decidió regresar a Spaceport. Se sentía aún sin fuerzas para poner en orden sus desorganizados pensamientos.

Una vez en la nave, se dejó caer sobre su litera. A pesar de la insistente curiosidad de un grupo de obstinados espectadores, se sumió rápidamente en el sueño.

Sin embargo, llevaba poco rato durmiendo cuando alguien le cogió por el brazo y empezó a sacudirle.

Despierte, Blake.

El Jefe Ronsted se inclinó sobre la litera.

No pude establecer contacto con usted, de modo que supuse que estaría durmiendo. La compuerta estaba abierta.

Greg se incorporó.

¿Qué es lo que desea?

No mostró ninguna reacción específica al inevitable hecho de que, incluso en aquellos momentos, los espectadores tratarían de oír lo que hablaran.

El Jefe Ronsted se sentó en el borde de la litera opuesta y se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Imagina usted lo que sucedería si alguien inventara un medio de ocultar permanentemente parte de sus pensamientos conscientes?

Greg se encogió de hombros.

—Se aseguraría el aislamiento de los demás.

—No me refiero a eso —dijo el Jefe, en tono impaciente—. ¡Podría *destruir* la civilización! Hubo una época en que la sociedad se protegía a sí misma con cordones de guardianes armados que detenían a los delincuentes y protegían a los inocentes.

—Nosotros lo hacemos mucho mejor —replicó Greg—. Los delincuentes no

tienen ni siquiera la posibilidad de dar el primer paso.

—¡Exactamente! —convino Ronsted—. En consecuencia, no hemos necesitado guardianes armados durante un par de millares de años. Lo cual significa que no existe ninguna medida para impedir la actuación de un delincuente que pudiera operar al margen del alcance telepático de los demás.

—Ya comprendo. Si alguien pudiese ocultar parte de su mente a los demás, podría planear y ejecutar todos los delitos que se le antojaran.

Ronsted asintió.

—Pero eso no puede ocurrir nunca —añadió Greg, en tono convencido—. En el momento en que alguien empezara a idear un modo de ocultar sus procesos mentales, serían leídas sus intenciones.

El Jefe se pellizcó pensativamente la barbilla.

—Tal vez no...

Continuó, silenciosamente:

En sus viajes de exploración, usted solía aparcar su nave en el borde de una congestión de materia nebulosa, ¿no es cierto?

—¿Por qué me lo pregunta? Ha obtenido ya esa información del cilindro-E de Thorman.

—A continuación, usted y su compañero se marchaban en direcciones distintas y montaban unas bases plegables. Con frecuencia permanecían aislados el uno del otro durante semanas enteras, y se veían obligados a comunicarse por radio, ya que se encentraban más allá del alcance telepático.

—Es cierto.

Greg leyó lo que iba a venir a continuación.

Ronsted lo expresó:

—Durante aquellos períodos de completo aislamiento, pudo usted idear un medio para aislar una parte de su mente consciente, ¿no es cierto?

—Tendría que haber sido un genio para hacerlo.

—Nadie dice que no lo sea usted.

—¡Eso es absurdo! Yo...

—Vamos a suponer que mientras estaba en Colmillos de Sabueso *descubrió* usted un medio para ocultar parte de su mente. Eso significaría que dispuso usted de varias semanas para perfeccionar el método, para darse cuenta de lo beneficiosa que le resultaría la desaparición de Thorman... y para planear su asesinato.

Greg se irguió.

—En tal caso, le hubiera asesinado allí y hubiera dicho que murió accidentalmente.

—Es posible. —Ronsted se puso en pie—. Pero quizá mientras estaba usted allí no se le ocurrió pensar que lo que había descubierto *podía* ser utilizado para burlar a la sociedad. Es posible que no se le ocurriera asesinar a Thorman hasta *después* de haber aterrizado aquí.

El razonamiento del Jefe estaba lleno de orificios. Y así se lo manifestó Greg, mientras Ronsted desaparecía por el pasillo.

Sin embargo, la acusación había dado un paso adelante. El jurado disponía de un nuevo elemento acriminador.

Greg notó que Ronsted se detenía en el pasillo, junto a la sala de mandos.

Me gustaría volver a oír el cilindro-E de Thorman, emitió el Jefe.

No se preocupe por mí. Está usted en su casa.

Al despertar, mucho antes de la salida del primer sol, Greg se dio cuenta inmediatamente de la extraña agitación que reinaba en la ciudad. Era demasiado temprano para que los ciudadanos que estaban levantados fueran muy numerosos. Pero los que lo estaban, hacían esfuerzos desesperados para establecer contacto con él.

Las silenciosas voces descendieron como un alud.

¡Por fin te hemos atrapado!

¡Ahora sabemos que eres culpable!

¡En cuanto podamos reunir el Consenso, haremos justicia, Blake!

Greg saltó rápidamente de la litera.

—¿Qué diablos significa eso?

No podrás seguir ocultando tu culpabilidad.

Lo sabemos todo.

Ronsted ha conseguido que Thorman admita, en una de sus grabaciones, que sostuvisteis una acalorada discusión.

Thorman dice que incluso le amenazaste de muerte.

—¡Eso es imposible!

Compruébalo por ti mismo.

La grabación está todavía ahí.

Greg se dirigió apresuradamente a la sala de mandos. En un rincón brillaba la luz del encendido del reproductor. ¡Ronsted la había dejado toda la noche abierta!

Lo siento, emitió el Jefe. Supongo que me olvidaría de apagarla.

Por lo visto, deseaba aclarar el caso en una especie de carrera contra el reloj.

Desde luego. Y creo que ahora ya está todo aclarado..., salvo la opinión en contra del Consenso. El Detective ha terminado su investigación cerca de todos los que poseen algún obstructor. Todos ellos han sido interrogados telepáticamente. Y no hay nadie que oculte su culpabilidad detrás de la protección de un obstructor.

¡Deje en paz la grabación de Thorman!, advirtió Greg. Es la última que hizo. Y no quiero que ninguna de las impresiones sea borrada o desfigurada.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó el altavoz del reproductor.

—Soy Greg.

—Me pareció oír a alguien. ¿Has estado aquí desde que Thorman se marchó?

—No he estado aquí desde ayer. ¿Por qué?

—Alguien vino. Le oí moverse por la sala. Estuvo aquí casi una hora.

Greg miró a su alrededor y luego se asomó al pasillo. Se dio cuenta de que la compuerta principal estaba abierta. Ronsted la había encontrado abierta la noche anterior, y la había dejado tal como la encontró.

—¿Quién era?

—No lo sé. Le llamé, pero no me contestó.

Greg terminó de vestirse.

—No importa. Hay algo más importante. ¿Le dijiste a Ronsted que habíamos sostenido una discusión?

—Tuve que hacerlo. Me dijo que si no colaboraba se llevaría el cilindro para un microanálisis.

—¿Qué le dijiste?

Greg empezaba ya a sentirse atrapado.

—Lo que ocurrió, exactamente. Que te colocaste fuera de órbita en Colmillos de Sabueso cuando te comuniqué por radio que iba a trasladarme a tu base para pasar un par de días contigo.

Greg permaneció en silencio, con aire pensativo.

—Espero que lo comprendas —continuó el cilindro—. De todos modos, Ronsted hubiera obtenido la información a través del microanálisis y...

—¿Qué más le dijiste?

Una pausa.

—Que me amenazaste de muerte.

Greg captó la ráfaga de ansiedad en el trasfondo psíquico mientras desconectaba el reproductor. El creciente número de espectadores había sorbido ávidamente su conversación.

¿No os dais cuenta?, inquirió. ¡El cilindro-E de Thorman ha sido alterado! ¡No sucedió nada de lo que acaba de decir!

¡Desde luego que sucedió!

¡Estás mintiendo!

—¿Cómo podría mentir? —se lamentó Greg—. ¡Si tratara de engañaros, leeríais la verdad!

Tal como dijo Ronsted, descubriste un medio para ocultar parte de tu mente.

Todo está claro, Blake.

Las pruebas son abrumadoras.

Eres culpable.

ME INCLINO A FAVOR DE ESA TESIS, intervino el Monitor. PERO ES MUY TEMPRANO. SÓLO HAY UNOS CUANTOS DE NOSOTROS DESPIERTOS. SI ACTUÁSEMOS AHORA, NO REPRESENTARÍAMOS AL VERDADERO CONSENSO.

¡La culpabilidad de Blake es evidente!, emitió alguien. ¡Descubrió un medio para ocultar parte de su mente!

DESDE LUEGO, Y ESTABA PERFECCIONANDO EL MÉTODO CUANDO THORMAN SE SINTIÓ SOLO Y DECIDIÓ IR A PASAR UN PAR DE DÍAS CON ÉL. BLAKE SE SITUÓ FUERA DE ÓRBITA, PORQUE TENÍA QUE MANTENER ALEJADO A SU COMPAÑERO, A FIN DE QUE NO PUDIERA LEER LO QUE ESTABA HACIENDO.

—¡No es verdad! —insistió Blake.

ESO SOMOS NOSOTROS QUIENES HEMOS DE DECIDIRLO.

Escucha, Greg. Esta vez era su hermano. Tienes que venir a mi oficina antes de que el Consenso dictamine. Nos encontraremos allí. Es posible que exista aún una posibilidad. Recoge todos los cilindros-E que Thorman grabó desde que empezó el viaje a Colmillos de Sabueso.

Greg trató de leer en qué consistía el plan de Virgil. Pero el Monitor intervino de nuevo:

DEJADLE QUE VAYA A VER A SU HERMANO. SI REALMENTE CREE QUE ES INOCENTE, VIRGIL BLAKE PUEDE ABRIR SU MENTE, PERMITIÉNDOLE VER LA VERDAD ANTES DE SU EJECUCIÓN.

Apresuradamente, Greg pulsó el interruptor del depósito del reproductor y esperó hasta que todas las impresiones y rasgos de la personalidad volvieron al cilindro-E de Thorman. Luego sacó el cilindro de la ranura y se lo metió en el bolsillo.

A continuación se acercó al asiento de Thorman, en cuya parte inferior se encontraban los otros cilindros. Se inclinó... y apartó la mano instintivamente.

El cable de alta tensión que se extendía desde el techo de la nave hasta la columna de control había sido arrancado y colocado contra el asiento: si Greg hubiese tocado cualquier parte de la silla o del pequeño compartimiento que había debajo de ella, hubiera quedado electrocutado.

¿Qué era lo que Virgil había dicho?

«En este preciso instante, el verdadero asesino puede estar planeando tu muerte “accidental”, de modo que el público de por zanjado el caso».

¡Déjate de historias!

¡Nos damos cuenta de tus intenciones!

¡Quieres hacernos creer que hay alguien más complicado en el asunto!

El cilindro-E de Thorman, se recordó Greg a sí mismo, había recogido unas impresiones nuevas durante la noche: el sonido de alguien moviéndose de un modo furtivo por la sala de mandos. Ahora sabía por qué.

No conseguirás engañarnos.

Si puedes ocultar una parte de tu mente, puedes utilizar ese medio para planear una falsa trampa mortal para ti mismo.

Quieres hacernos creer que las sospechas del Consenso no recaen sobre el verdadero culpable.

Greg arregló rápidamente el cable. Luego recogió un puñado de cilindros-E de Thorman y salió de la nave.

Las puerta de acceso a las oficinas de Virgil estaban de par en par, como si las hubiesen dejado abiertas a propósito para ganar tiempo. Leyendo hacia adelante, Greg vio que su hermano ya había llegado.

Encontró a Virgil muy ocupado. Acababa de colocar sobre el escritorio un

reproductor, y estaba ajustando uno de los obstructores.

Levantó la mirada y vio a Greg.

Los cilindros-E de Thorman. ¿Los has...?

La esfera del obstructor se encendió con un brillo suave y plateado, interrumpiendo la emisión de Virgil.

Greg sacó seis cilindros.

—Fueron grabados durante los últimos cuatro meses. Tengo el más reciente en mi bolsillo.

—¡Bien! —exclamó Virgil—. Dámelos y empecemos a trabajar.

Greg penetró en el compacto campo del obstructor, dejando detrás de él la creciente tormenta psíquica.

—¿Qué vas a hacer?

Virgil cogió los cilindros.

—Si la última grabación de Thorman estaba alterada con falsas impresiones, es posible que otros cilindros hayan sido también alterados con el fin de crear una prueba contra ti.

—¿Y si lo estuvieran?

—En tal caso, quiero examinarlos psicoanalíticamente. Podríamos hacernos una idea acerca de la identidad de la persona que los ha adulterado.

Greg se encogió de hombros.

—Todo el mundo está convencido de que asesiné a Thorman. No creo que tenga muchas posibilidades de salvarme.

—Lo sé. Pero sigo opinando que podemos demostrar que eres inocente.

—El Monitor —dijo Greg— cree que puedo haber matado a Art y luego reprimido la traumática experiencia. Me gustaría que me sometieras a otra prueba para ver si está en lo cierto.

—¡Sería una pérdida de tiempo! En estos momentos, el Consenso puede estar...

—Correré el riesgo. Si descubrimos de un modo definitivo que no soy culpable, *sabré* el terreno que piso.

Virgil se pasó una mano por el rostro, con aire pensativo.

—De acuerdo, muchacho. Haremos otra prueba.

Cuando Greg recobró la conciencia, Virgil le estaba contemplando con una expresión de incredulidad.

—¿Y bien? —apremió Greg.

Virgil suspiró.

—¿Asesiné a Thorman? —insistió Greg.

Virgil asintió.

—Pero, ¿cómo? ¿Qué sucedió?

—No fue nada agradable. Los dos estabais borrachos. Aunque no fue un acto premeditado..., si es que ello puede servir de algo.

—Quiero saberlo todo.

—Llegasteis a la nave haciendo eses. Empezaste a buscar por la sala de mandos el bar portátil, «para echar un último trago». Pero, en vez del bar, encontraste el desintegrador. Te echaste a reír y disparaste.

—Y alcancé a Thorman...

Virgil inclinó la mirada al suelo.

—Era muy tarde. No había nadie lo bastante cerca de la nave como para leer en ti por casualidad. Unos segundos después perdiste la conciencia..., y eso es todo.

Greg se puso en pie y empezó a pasear nerviosamente por la oficina. Recordaba haberse dicho a sí mismo que si había asesinado a Thorman merecía ser ejecutado. Sin embargo, en aquel momento la idea de la muerte no le pareció tan aceptable como entonces.

—Asesiné a Art —susurró.

—Pero no fue un acto premeditado, muchacho. Tal vez el Consenso...

—El Consenso se rige por la ley del ojo por ojo y diente por diente.

Permaneció unos instantes silencioso.

—¿Reprimí el recuerdo del asesinato? —inquirió finalmente.

Virgil asintió.

—Fue algo horrible. Art Thorman, tu mejor amigo, con la cabeza destrozada. A pesar de que dormiste inmediatamente bajo los efectos de la borrachera, los remordimientos de conciencia luchaban por abrirse paso. Deseabas ser castigado por haber asesinado a Thorman, pero tu instinto de conservación contrarrestaba aquel deseo en tu subconsciente. De modo que reprimiste el recuerdo de lo sucedido. Sin embargo, los remordimientos no te dejaban en paz, y a pesar de que ocultabas tu culpabilidad a ti mismo y a los demás, tu subconsciente trataba al mismo tiempo de hacerte purgar tu culpa.

—¿La trampa mortal?

—Sí, la trampa mortal. La instalaste tú mismo... en el momento en que pareció que tenías una posibilidad de escapar a la justicia.

Greg se irguió.

—Bueno, ¿y qué me dices de la discusión a que se refiere el cilindro-E de Thorman? Estoy seguro de que tal discusión no existió.

—Tiene que haber existido —Virgil se acercó a la ventana y contempló la ciudad, que volvía a despertar a la vida—. No he profundizado demasiado en eso.

—Entonces, ¿por qué no lo recuerdo?

Virgil se volvió y se encaró con él.

—Lo ignoro. Pero parece evidente que cuando os encontrabais en Colmillos de Sabueso discutisteis acerca de *algo*. O tal vez sufriste un acceso de fatiga espacial. Sea como sea, le amenazaste de muerte.

Virgil extendió sus manos mientras explicaba:

—Ahora bien, una *amenaza* de muerte está íntimamente relacionada con el *acto*

de matar en sí. Yo diría que, al reprimir el recuerdo de haber asesinado a tu compañero, diste un paso más y enterraste también el recuerdo de haberle amenazado.

Greg se dejó caer en la butaca y apoyó los codos en sus rodillas. No podía sustraerse a la idea de que millones de espectadores acechaban ansiosamente más allá del campo del obstructor. Cuando Virgil lo desconectara, la justicia sería rápida e impersonal...

Se oyó un ruido en la puerta y la pelirroja secretaria entró en la oficina. Su rostro reflejaba una gran agitación.

—¡Vamos a tener una ejecución! —anunció alegremente.

Greg y Virgil se miraron.

—El Consenso acaba de dictaminar —continuó la secretaria—. ¿No es maravilloso? ¡Será un acontecimiento! ¡Y tendremos todo un día de fiesta!

Miró a Greg.

—¡Caramba, Mr. Blake! ¿No está usted asustado? —Se volvió hacia Virgil—. ¿Puedo hacer fiesta hoy, doctor Blake? ¿Puedo asistir a la fiesta?

Virgil murmuró su consentimiento y la secretaria se marchó.

Greg dijo:

—No pienso quedarme con los brazos cruzados.

—¿Qué puedes hacer?

—Tal vez huir del sistema...

Greg miró fijamente los dos obstructores.

—No hablarás en serio...

Greg se acercó a su hermano y murmuró:

—Lo siento.

Y descargó el puño con toda su fuerza sobre la cabeza de Virgil.

Luego tocó la frente de su hermano con el electrodo. La carga de somnífero evitaría que pudiera ser leído al menos durante media hora. Para más seguridad, Greg ocultó los dos obstructores debajo de su túnica.

VI

La resplandeciente esfera plateada abultaba muy poco debajo de sus ropas cuando Greg abandonó el desierto edificio y salió a la calle. La escena era desoladora. La ciudad, tan cercana, parecía remota, solitaria. Además, el oculto obstructor no sólo perturbaba sus propios procesos mentales, sino que cerraba también el paso a los pensamientos del populacho, aumentando su sensación de completo aislamiento.

Tuvo que andar por espacio de una milla antes de encontrar una plataforma con un conductor y un vehículo que no habían sido alquilados aún por alguien deseoso de trasladarse apresuradamente a la Plaza de la Administración. En el cielo, el éxodo había asumido la forma de los radios de una rueda convergiendo sobre el lugar de la ejecución.

El conductor se volvió con un gesto de sorpresa cuando Greg le tocó en el hombro.

—¡Oiga! —exclamó el hombre en tono suspicaz—. ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí sin que yo haya leído...?

Greg deslizó la mano en su bolsillo y empuñó el cilindro-E de Thorman. Lo empujó hacia adelante hasta que la tela de su túnica se tensó bajo la presión.

—Le estoy apuntando con un desintegrador —advirtió—. Soy Blake.

—¡El... *asesino!*

Greg le obligó a entrar en el vehículo.

—A Spaceport. Y permanezca cerca de la superficie.

El vehículo recorrió rápidamente el trayecto.

Mientras se apeaba y corría hacia su nave, Greg imaginó el frenesí de noticias emitidas por la mente del conductor.

Subió a la nave, cerró cuidadosamente la compuerta y entró en la sala de mandos. Por un instante, mientras los circuitos motrices se calentaban, Greg se preguntó vagamente hasta dónde tendría que ir para encontrar algún mundo no-telepático, única posibilidad de salvación que se le ofrecía, ya que si se dirigía a un sistema cuyos habitantes poseyeran también la facultad de leer en las mentes ajenas, saldría del fuego para caer en las brasas.

Impacientemente, se inclinó sobre el depósito de combustible y comprobó su contenido.

—¡Maldición! —exclamó.

¡Estaba casi vacío! Ni siquiera había el combustible suficiente para sacar a la nave fuera de la atmósfera.

Greg conectó el visor: millares de vehículos manchaban el cielo en su carrera desde la ciudad a Spaceport.

Desalentado, fue en busca de otro desintegrador y lo colocó debajo de su cinturón. Mientras los obstructores funcionaran —Greg ignoraba la cantidad de

energía que podían almacenar—, mantendría a la gente a raya y evitaría que le obligaran a suicidarse. Después...

Se acercó al periscopio de la nave y lo hizo girar, trazando un amplio círculo. Toda la zona de aterrizaje de Spaceport rebosaba de gente que esperaba el excitante momento en que el asesino sería arrancado de su refugio y entregado a la justicia.

Habían transcurrido varias horas cuando Greg volvió a encontrar el cilindro-E de Thorman en su bolsillo. En aquellos momentos, la furiosa horda arremolinada en el exterior había empezado a desahogar su impaciencia apedreando la nave con todo lo que tenía a mano.

Greg se disponía a devolver el cilindro al compartimento situado debajo del asiento de Thorman cuando vio otro cilindro caído en el suelo, medio oculto por el cable de alta tensión. Indudablemente, el propio Greg lo había dejado caer inadvertidamente al sacar los cilindros que Virgil le había pedido.

Lo recogió y comprobó la fecha de la grabación: Día Vigésimo tercero, Mes Séptimo. Es decir, una semana antes de que Thorman grabara su último cilindro. Greg recordó la ocasión: estaban empaquetando las cosas en Colmillos de Sabueso, disponiéndose a emprender el viaje de regreso.

Colocó el cilindro en el reproductor y esperó hasta que quedó listo para el interrogatorio.

—Art, soy Greg. Quería preguntarte algo más acerca de aquella discusión que sostuvimos en Colmillos de Sabueso.

—¿Discusión? ¿Qué discusión?

—Cuando tú querías venir a mi base y yo te dije que le quedaras donde estabas.

Hubo una pausa. Luego:

—Estás bromeando, claro.

—Cuando te amenacé de muerte.

Una carcajada.

—No recuerdo absolutamente nada de eso.

—¿Estás seguro? —insistió Greg.

—¡Desde luego que estoy seguro!

Sin embargo, en el cilindro que Thorman había grabarlo una semana después, recordaba claramente aquella discusión... A pesar de su desconcierto, Greg se dio cuenta de que aquello sólo podía significar una cosa: el último cilindro había sido también adulterado.

Y, en consecuencia, era evidente que alguien más estaba complicado en el asesinato de Thorman. Y eso significaba... ¿Qué significaba?

Por ejemplo, que tal vez Greg *no había* instalado la trampa mortal para sí mismo como una expresión de su complejo de culpabilidad...

Las posibilidades que llevaba implícito aquel hecho inundaron desordenadamente su cerebro. Greg se acercó de nuevo al asiento de Thorman y contempló con el ceño

fruncido el cable que podía haberle electrocutado.

Si hubiera instalado inconscientemente la trampa mortal, se preguntó a sí mismo, ¿por qué instalarla precisamente en el asiento *de Thorman*? Las probabilidades de quedar atrapado en ella hubieran sido muy escasas. Y su subconsciente hubiese escogido un lugar más práctico: su litera, por ejemplo, o su propio asiento...

En la Oficina de Administración de Spaceport la pantalla del visor adquirió repentina vida, mostrando a Greg Blake ante los mandos de la nave.

¡Ahí está!, pensó en su excitación el director de la oficina.

¡Se encuentra en el aire!, añadió el Jefe Ronsted, que había permanecido de vigilancia allí.

¡Salga de esa nave, Blake!, ordenó el Monitor Irwan, olvidando que Virgil acababa de facilitar la información de que la mente de Gregoy Blake estaba bloqueada por un obstructor robado.

El amplificador auditivo de la pantalla zumbó significativamente mientras Greg escudriñaba la habitación y localizaba a Irwan.

—Deseo hablar con usted y con el Jefe —dijo Greg.

—¡Salga de ahí, Blake! —repitió el Monitor.

Ronsted añadió:

—¡Desconecte el obstructor!

—¿Para que me ejecuten por algo que no he hecho?

—Tarde o temprano nos haremos con usted —prometió Irwan.

El delgado rostro de Ronsted dejó asomar una sonrisa todavía más delgada.

—Acabamos de ordenar al Departamento de Artefactos Antiguos que nos envíen un arma capaz de hacer volar esa nave.

Greg extendió sus manos con aire impaciente.

—Lo único que deseo es hablar unos instantes con usted y con el Monitor.

—Bueno, salga fuera y hable —replicó Irwan.

—No cruzaré la compuerta. Tienen que venir ustedes aquí.

—¿A su nave? —protestó Irwan.

—Desde luego que iremos allí —admitió el Jefe Ronsted sin reflejar en su rostro lo divertida que le resultaba la idea—. Dejaremos que crea que estamos dispuestos a ir allí y hablar con él.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el Monitor.

—En estos momentos, con el obstructor funcionando, Blake no puede leer en nosotros. Dirigiéndonos allí conseguiremos que abra la compuerta. Luego entraremos todos a la vez y nos apoderaremos del obstructor.

Greg esperó, muy tenso, junto a la compuerta. El repentino silencio indicaba la proximidad de un acontecimiento. Por primera vez en varias horas, la nave había dejado de ser apedreada.

Al cabo de un rato, sonó una llamada vacilante.

Greg descorrió el cerrojo y, con un rápido movimiento, abrió la compuerta de par en par y proyectó delante de él el desintegrador. El arma cubrió al Jefe Ronsted y al Monitor, en cuyos rostros se reflejó una enorme sorpresa.

Los individuos que se habían acercado detrás de ellos, dispuestos a saltar, retrocedieron a la vista del desintegrador.

—Imaginé que no jugarían ustedes limpio —declaró Greg—. Aceptaron mi propuesta con demasiada facilidad.

Les hizo seña de que se adentraran en el pasillo, cerró la compuerta detrás de él y les obligó a entrar en la sala de mandos.

—¿Qué espera conseguir con esto? —preguntó Ronsted.

—¿Es que no se da cuenta? —replicó el Monitor secamente—. Deseaba tener un par de rehenes.

—Se equivoca —dijo Greg, señalando el reproductor—. Ahí tengo uno de los cilindros-E de Thorman. Fue grabado una semana antes que el que me acusa de haber sostenido una acalorada discusión con él.

—Pierde el tiempo, Blake —dijo el Monitor en tono impaciente—. Si no hubiese usted estado protegido por ese obstructor durante estas últimas horas, sabría que su hermano estableció contacto con millares de nosotros. No pudo ocultar la verdad. A través de él nos enteramos de toda la información retenida por el subconsciente de usted: sabemos cómo asesinó a Thorman, cómo...

—Este cilindro —continuó Greg implacablemente— no alude para nada a la supuesta discusión que Thorman y yo sostuvimos en Colmillos de Sabueso. Eso significa que el cilindro más reciente, que alude a la discusión, fue alterado.

—¿Espera que nos traguemos eso? —inquirió Ronsted.

Irwan se inclinó hacia adelante.

—Si ese cilindro no habla de la discusión, es porque usted lo ha alterado.

—¡Mentira! —exclamó Greg.

Ronsted hizo un gesto como si fuera a ponerse en pie, miró la negra boca del desintegrador y pareció cambiar de idea.

—Entonces, ¿cómo es posible que los cilindros que usted le llevó a su hermano esta mañana contengan recuerdos de la misma discusión?

Greg sonrió con amargura.

—Lo suponía. Virgil ha tenido tiempo de alterarlos, del mismo modo que alteró el cilindro más reciente.

—¡Está usted loco, Blake! —exclamó el Jefe.

—Virgil no disponía de ningún obstructor cuando establecimos contacto con él, hace unos minutos —objetó Irwan—. ¡Si hubiera hecho lo que usted dice, lo habríamos leído!

—Sin embargo, están dispuestos a creer que yo lo hice, sin que nadie haya podido leerlo...

Ronsted se puso en pie.

—Su caso es distinto. Usted dispuso de semanas enteras de completo aislamiento en Colmillos de Sabueso para idear un modo de burlar la conciencia colectiva.

—Virgil disponía también de todo el tiempo que quería. Verán: cuando éramos más jóvenes, siempre me tuvo envidia. Y ahora deseaba la fortuna que llegó a mis manos con aquel yacimiento de kitarium.

»Para conseguirla, la noche del crimen se presentó aquí, llevando un obstructor. Se quedó pegado a la nave hasta que Thorman o yo le permitimos entrar. Utilizó una somnibatería portátil para sumirme en un trance receptivo. Asesinó a Thorman. Luego, por medios psicoterápicos, enterró en mi subconsciente el recuerdo de haberle visto en la nave. También dejó allí una sugerencia posthipnótica para que cerrara la compuerta cuando él se hubiera marchado y me olvidara de aquel acto.

—¡Eso es ridículo! —exclamó el Jefe Ronsted.

—Virgil *podía* haberse ahorrado complicaciones. Por ejemplo, sembrando un falso recuerdo del asesinato en mi mente consciente. Pero, si hubiese hecho eso, no hubiera tenido ninguna posibilidad de fingir que se ponía de mi parte, de ganarse mi confianza... y de que le cediera legalmente la fortuna que pretendía obtener después de mi muerte.

»Ése fue el objetivo de mi primera sesión de psicoanálisis: sembrar en mi mente el impulso de simpatía hacia él y la predisposición a legarle mi fortuna. Durante aquella sesión, sembró también la sugerencia subconsciente de que dejara abierta la compuerta de la nave aquella noche.

—Eso —empezó a decir el Monitor Irwan— es lo más absurdo...

Pero Greg continuó:

—Cuando hube efectuado la transferencia legal, Virgil utilizó otro obstructor para volver a entrar en la nave abierta e instalar la trampa mortal. Al mismo tiempo, utilizó el procedimiento hipnótico oral para añadir una impresión falsa al cilindro-E de Thorman, acerca de una supuesta discusión en Colmillos de Sabueso, por si la trampa no daba resultado. Borró del cilindro todo recuerdo consciente de aquel procedimiento oral. Pero se olvidó de borrar la impresión de alguien moviéndose por la sala de mandos.

»Debí imaginar que la trampa mortal era obra suya... ¿Acaso no fue él quien me dijo que recogiera los cilindros-E de Thorman y los llevara a su oficina?

—Desde luego —admitió el Jefe—, pero eso no demuestra...

—Cuando me presenté en su oficina, le ofrecí la oportunidad de sembrar un falso recuerdo del crimen en mi subconsciente... o al menos de pretender que lo había encontrado allí. Al mismo tiempo, Virgil tenía que inventar un pretexto para el hecho de haberme pedido que le llevara los cilindros-E de Thorman.

Greg se inclinó hacia adelante, sonriendo sin la menor alegría.

—Virgil quería revisar los cilindros, por si había en ellos algo que pudiera exonerarme de la acusación que pesaba sobre mí. Cuando manipuló con ellos aquí, se

vio obligado a actuar con demasiada rapidez, y quería convencerse...

—¡Greg, muchacho..., basta ya! Estás empeorando tu situación.

Greg se volvió hacia la pantalla del visor, la cual llevaba ya encendida algún tiempo. Mostraba el interior de la Oficina de Administración de Spaceport. Virgil aparecía en primer plano.

—¿No te das cuenta de que todo el lío que estás armando no es más que el conflicto complejo de culpabilidad-instinto de conservación en tu subconsciente? —inquirió Virgil.

—¿Por qué no vienes a la nave? —preguntó Greg a su vez.

—No veo por qué tendría que hacerlo. Lo único que haría sería poner en peligro mi vida.

Greg se volvió hacia el Jefe Ronsted y el Monitor.

—No creo que venga. Algo le está advirtiéndole que no haga nada que pueda traicionarle.

—¡Está usted complicando las cosas, Blake! —exclamó Ronsted.

—De acuerdo —dijo Virgil finalmente—. Iré, si crees que puede servirte de algo. Pero recuerda que he oído todas tus acusaciones. Y que no estoy protegido por ningún obstructor. En Spaceport City, todo el mundo ha leído esas insinuaciones a través de mí. Todo el mundo ha observado mis reacciones. Todo el mundo sabe que mis negativas mentales a ellas son sinceras. Si hubiese tratado de mentir, en este momento no estaría vivo.

Greg desconectó el visor.

—Va a venir —dijo—, *porque* subconscientemente teme que el hecho de no presentarse pueda arrojar alguna duda sobre su inocencia. Probablemente se propone también otra cosa: encontrar una oportunidad de matarme en defensa propia.

El Jefe Ronsted se pasó una mano por el rostro.

—No voy a quedarme aquí sentado y...

—Sí, lo hará usted —dijo Greg secamente.

Greg abrió bruscamente la compuerta, extendió la mano y agarró la muñeca de su hermano, tirando de él hacia adentro al tiempo que varias personas, aplastadas furtivamente contra el costado de la nave, trataban infructuosamente de aferrar el brazo de Greg.

Mientras disparaba al aire para asustar a los intrusos, se apartó a tiempo de evitar la embestida de su hermano, que había cargado contra él con todas sus fuerzas por detrás. Luego cerró la compuerta.

Virgil se levantó trabajosamente y murmuró:

—Sólo quería quitarte el desintegrador.

Greg sonrió.

—Desde luego. El desintegrador... y el obstructor. Entonces, el Consenso se hubiera encargado del resto.

Estudió el rostro de su hermano. Y lo que había imaginado estaba allí, asomando a sus ojos. Al alcance ahora del obstructor, Virgil había experimentado un cambio sutil. No parecía tan seguro de sí mismo como antes. Y en su mirada se reflejaba una visible preocupación.

Greg empujó a Virgil hacia la sala de mandos. Por respeto al desintegrador, Ronsted e Irwan no se habían movido de sus asientos.

—Aquí tenemos a Virgil Blake —anunció Greg—, el cual ha tratado ya de librarse de mí... en defensa propia, desde luego.

Virgil empezó a decir algo, pero Greg le redujo al silencio con un movimiento del desintegrador.

—Cuando mi hermano apareció en la pantalla del visor, yo estaba diciendo...

—Pero, ¿es que no se da cuenta? —le interrumpió el Monitor—. Su hermano *no puede* haber hecho ninguna de esas cosas sin traicionarse a sí mismo en el momento en que alguien estableció contacto con él.

—Eso es lo que trataba de decirle a Greg —añadió Virgil. Pero su rostro estaba empapado en sudor.

—Hace unos instantes, en la oficina de Spaceport —explicó Greg—, Virgil *estaba* diciendo la verdad al insistir en que no había ningún rastro de culpabilidad en su mente para que alguien pudiera leerla. Pero *ahora* sabe que todo lo que he dicho es cierto. Si mis suposiciones son correctas —y tienen que serlo, puesto que no existe otra explicación—, Virgil planeó el asesinato de Thorman para atribuírmelo a mí, *protegido por un obstructor*. Luego se hipnotizó a sí mismo y se dio la orden de olvidarse de todo. Pero la orden no tiene validez *cuando se encuentra, como ahora, dentro del alcance de un obstructor*.

El mofletudo rostro del Monitor Irwan estaba descompuesto por la sorpresa.

El Jefe Ronsted contemplaba a Virgil con una mirada calculadora.

Virgil, con la boca muy abierta, miraba fijamente el desintegrador. De pronto, salió disparado hacia adelante, con los brazos extendidos, tratando de derribar a Greg. Pero éste no había descuidado la vigilancia: dio un rápido salto de costado al tiempo que descargaba la culata del arma sobre la cabeza de su hermano.

El golpe aturdió a Virgil, pero sólo momentáneamente. Al cabo de unos instantes se sentó en el suelo y enterró el rostro en sus manos.

—Momentos después de que Greg y Thorman regresaran de Colmillos de Sabueso —sollozó—, hube de atender a un paciente. El trasfondo psíquico estaba lleno de historias acerca del fabuloso yacimiento que habían encontrado. Mientras mi enfermo estaba inconsciente y el obstructor funcionando, pensé en apoderarme de la fortuna de Greg. Inmediatamente descubrí el modo de hacerlo.

»Tuve que seguir adelante con el plan. Si hubiere retrocedido entonces, mis pensamientos envidiosos hubieran sido leídos al desconectar el obstructor, y me hubiesen enviado a una institución para ser readaptado.

»Grabé un cilindro-E y lo coloqué en el reproductor. Todo esto mientras mi

paciente continuaba sumido en la inconsciencia. Valiéndome de aquel cilindro me hipnoticé a mí mismo, obligándome a olvidar *en un plano consciente* que había concebido la idea de asesinar a mi hermano. Al mismo tiempo me ordené a mí mismo seguir adelante con el plan a un nivel consciente *sólo cuando me encontrara protegido por un obstructor*. Era un plan perfecto. Dado que sólo una mente consciente puede ser leída telepáticamente, mis manos estaban siempre limpias.

»El cilindro-E me ordenó también pensar y obrar amablemente en lo que respecta a Greg, en el plano consciente. A veces cumplí aquellas órdenes demasiado bien... como al advertirle que podían atentar contra su vida. En otras palabras, todo el planeamiento y buena parte de la ejecución fueron realizados sin que nadie, ni siquiera yo mismo, lo supiera.

»Incluso cuando pedí a Greg que me llevara los cilindros de Thorman, *creía* sinceramente que estaba tratando de ayudarlo. Pero cuando llegó a mi oficina yo había puesto ya en marcha un obstructor y estaba dispuesto a seguir adelante con mi plan.

Greg entregó el desintegrador al Jefe Ronsted.

El Monitor se puso en pie, sacudiendo la cabeza con aire de incredulidad.

—Quédese usted aquí y mantenga en funcionamiento ese obstructor —le dijo a Greg, señalando el bulto del aparato debajo de la túnica de Blake— hasta que yo salga y permita a la gente leer lo que ha sucedido.

Greg le contempló mientras se alejaba por el pasillo en compañía del Jefe.

Luego se arrodilló al lado de Virgil, colocó un brazo alrededor de los hombros de su hermano y esperó.

Ojos artificiales

Daniel Galouye

Un mosaico de sonido remolineó en medio de la impenetrable y opresiva oscuridad: el sonoro tictac del reloj de pared, los estridentes gritos de la chiquillería, el lejano bramido de las bocinas de los automóviles...

Curt Markson se agarró a los brazos del sillón y se inclinó hacia adelante, como si pudiera taladrar el negro palio.

—Pero, yo soy apto, ¿no es cierto?

En alguna parte, más allá de la cortina de oscuridad, la silla giratoria del director crujió significativamente.

—Sí... y no. Responde usted a todas las exigencias necesarias, Mr. Markson. Pero mucho me temo que el LITE no podrá aprobar la asignación de un animal a su caso.

—¿No he pasado satisfactoriamente todas las pruebas?

—Desde luego —admitió el doctor Wendt a regañadientes—. Sin embargo, su socio aquí presente puede describir cómo ha afectado usted a los animales del Instituto. Ha estado presente en todas las sesiones. Tal vez usted no se haya dado cuenta, pero no resultó nada agradable para los perros.

Alex Bardell le cogió amablemente del brazo.

—Es cierto, Curt.

Desalentado, Curt recordó los lastimosos gemidos de los animales, sus aullidos de dolor, sus evidentes manifestaciones de angustia.

—La empatía visual se alcanza normalmente sin que el animal afectado sienta nada —explicó el doctor Wendt—. Pero, ocasionalmente, nos encontramos con una persona con un nivel insoportablemente duro de impacto mental. Es como si alguien rascara el cerebro del animal con una lima. Desgraciadamente, usted es una de esas personas.

—¿No existe ninguna posibilidad de que pueda suavizar ese contacto?

—Hasta ahora, nadie ha conseguido modificar de un modo apreciable su índice de impacto, aunque las investigaciones más recientes han sido alentadoras.

—¡Puedo seguir intentándolo!

—No es tan sencillo como parece. Además de la cuestión humana, nos enfrentamos con el hecho de que un contacto mental demasiado brusco enloquece al animal. Y existe la posibilidad de que identifique la fuente de su sufrimiento y ataque... ferozmente.

Curt se agarró al borde del escritorio.

—Pero los perros del LITE tienen fama de ser muy resistentes al dolor. ¿No podrían cederme uno de ellos?

—No —respondió bruscamente el doctor Wendt—. Cada uno de los animales que tenemos aquí ha sido sometido a un adiestramiento especial durante años enteros. Cada uno de ellos es el resultado de generaciones enteras de cruces estimulados nucleónicamente. En todos los demás aspectos son simplemente perros, desde luego. Pero su sensibilidad es mucho más elevada que la de cualquier animal que pudiera serle asignado por el Instituto Labonitz de Empatía Telepática.

—Pero, yo he de disponer de mi vista antes de la semana próxima —insistió Curt—. ¡He de saber si puedo vivir una existencia normal con unos ojos artificiales!

—Lo sé. Su prometida está a punto de llegar. ¿Cuánto hace que sufrió usted el accidente?

—Dos meses —respondió Curt, dejándose caer hacia atrás en su asiento.

—¿Y está usted orgánicamente ciego?

—*Incurablemente* ciego.

—Lleva usted sesenta días en la oscuridad, con una lesión permanente del nervio óptico. —La voz de Wendt era fría e impersonal—. Yo estuve ciego durante *cuarenta* años antes de que el doctor Labonitz perfeccionara la técnica V. E.

Las patas de un animal se deslizaron sobre el suelo de ¡a habitación y poco después el aliento de un perro jadeó ante el rostro de Curt, al tiempo que las extremidades delanteras del animal se posaban sobre su pierna.

Wendt había enviado sus «ojos» a observarle de cerca.

Con sonido semejante al zumbido de una horda de insectos, los neumáticos giraban monótonamente sobre el cemento de la carretera, mientras Curt trataba de percibir el verde verano que se deslizaba junto al automóvil.

—No me lleses a la oficina, Alex —murmuró, en tono desalentado—. Para lo que sirvo allí...

Alex se echó a reír.

—Desde luego que sirves. Y en cuanto te readaptes, tu labor será tan útil como antes.

Curt permaneció unos instantes en silencio. Luego dijo:

—Es inútil. Voy a retirarme del negocio... para siempre.

Alex detuvo el automóvil.

—¿No te das cuenta de que yo *quiero* que continúes en la firma? No puedo evitar el sentirme responsable del accidente.

—Olvídalo. El único motivo de que el avión de la compañía se estrellara fue mi descuido en asegurarme de si tenía suficiente combustible.

—Pero yo te dije que me ocuparía de llenar el depósito antes de que emprendieras el vuelo.

—Pero no pudiste hacerlo: tuviste dificultades con el automóvil y te resultó

imposible enviar a alguien para que me advirtiera antes de despegar.

Alex volvió a poner en marcha el vehículo, sin contestar, y Curt se entregó al apasionante juego de tratar de identificar los sonidos que llegaban hasta él en la noche eterna de sus ojos.

—Alex, no quiero que pienses que no aprecio tus esfuerzos. Has sido como un hermano para mí. Incluso en lo que respecta a Sue...

—No hubo nada de magnánimo en eso, Curt. Ella te amaba a ti, no a mí.

Curt suspiró.

—No tenemos por qué engañarnos. Cuando Sue regrese, ni siquiera podré verla. Las cosas serán muy distintas entonces..., si es que aún estás interesado.

Alex estalló.

—¿De modo que quieres que la rescate? ¡No digas más tonterías, por favor!

—No vamos hacia la ciudad, ¿verdad?

—No. No quise decirte nada hasta estar seguro de que podría arreglarlo. Pero cuando vi que en el Instituto no iban a aceptarte, me puse en contacto con el dueño de una perrera.

Detuvo el automóvil. Un perro ladró muy cerca y se oyó el rechinar de una cadena.

—Ayer estuve aquí. Esta gente se dedica a vender perros lazarillos. Es una especie de mercado negro. En realidad, los perros proceden del LITE: algunos con un deficiente índice VE, otros..., bueno, otros no son lo bastante dóciles como para que les sea confiada una persona ciega.

Curt le escuchaba ansiosamente, luego sonrió. De nuevo brillaba la esperanza en medio de la espantosa oscuridad.

Alex le ayudó a apearse del automóvil.

—Sólo insisten en una cosa: el animal debe llevar bozal... siempre.

Curt echó a andar en dirección a los ladridos del perro.

—En mi caso prescindiremos del bozal.

—Pero, los perros S-E son mestizos de *mastín*... ¡Éste pesa casi doscientas libras!

—Nada de bozal —repitió Curt obstinadamente—. Ése no es el modo de ganarse la confianza de un animal.

—De acuerdo, nada de bozal..., pero únicamente si no tratas de ver empáticamente a *menos que yo esté contigo*.

Curt pasó el resto del día y la mañana siguiente ganándose la confianza del mastín. En un momento de alegre optimismo, bautizó al animal con el nombre de *Brutus*.

Y el nombre era realmente apropiado, pensó Curt mientras se arrodillaba al lado del perro en el salón y pasaba los sensibles dedos por su poderoso flanco.

Brutus era enorme. Tenía el lomo ancho y el cuello poderoso. Pero en su achatada cabeza había una revelación táctil de amable y noble tolerancia.

Curt se puso en pie y el perro se incorporó sobre sus patas traseras, apoyando las delanteras en los hombros del ciego. Riendo, Curt retrocedió bajo el peso hasta caer torpemente sobre el sofá.

En aquel momento se presentó Alex.

—Mañana —dijo en tono alentador— podrás establecer un primer contacto.

Curt se irguió en el sofá. ¿Por qué no en aquel momento? No quedaba mucho tiempo... Sue llegaría la semana próxima y ya era viernes.

Dominándose, redujo su intensidad mental a un simple susurro de fuerza, recordando los puntos más favorables de la concentración receptiva.

Proyectar una conexión empática, había dicho Wendt, era como separar un oscuro pasillo en el cerebro e imaginar un rayo de fuerza perceptiva brillando en toda su longitud... hasta alcanzar la primitiva conciencia del perro.

Delicadamente, se dijo Curt a sí mismo. En su caso, el pasillo debía ser un hilo tenue, delgado y flexible. Y el rayo debía ser pálido y atenuado. Añadió un poco de intensidad al imaginario rayo de percepción.

¡Y se estableció el contacto!

Nada que pudiera ser llamado visión —todavía no—, únicamente un leve reflejo de luz externa. Pero Curt no deseaba nada más, de momento. Tenía que proceder con mucha meticulosidad, concediéndole tiempo a *Brutus* para que fuera adaptándose a la presencia de algo extraño en su mente.

El mastín gimió, inquieto, y Curt oyó el deslizarse de sus patas sobre la alfombra mientras *Brutus* andaba de un lado para otro.

El hilo perceptivo debía crear aisladas islas conceptuales en la conciencia del perro: recintos de pensamiento pseudo-semántico.

De pronto, los gemidos de *Brutus* se convirtieron en un aullido.

—¡Curt! ¿Estás intentándolo?

Curt asintió.

—¡Cuidado! —advirtió Alex—. Recuerda: delicadamente.

Curt procedió lentamente, deteniéndose de un modo deliberado entre los superficiales esquemas mentales. Reorganizó algunas de las ideas elementales del animal, y descubrió su connotación conceptual. Allí estaban el preeminente *mí-yo* de auto-identificación, el ávido predicado *comida*, la anhelante afirmación *quiero*, la idea reverencial del místico *hombre-cosa* y su plural complementario, *más-de-un-hombre-cosa*.

Osadamente ahora, Curt estableció la conexión empática, hurgando en el sistema receptor visual del animal.

¡Y se hizo la luz!

Vagamente, Curt pudo ver el contorno de los muebles, a sí mismo de pie delante del perro, la luz del sol penetrando a través de la ventana.

Pero el temor del mastín era como una trepidante vibración, y los recintos

conceptuales se entremezclaban peligrosamente: *mí-yo... miedo... hombre-cosa... más-de-un-hombre-cosa...*

Brutus retrocedió, asustado, y el contacto de Curt con el animal se interrumpió bruscamente, sumiéndole de nuevo en la oscuridad. Y Curt pudo oír al perro ladrando y ladrando salvajemente alrededor de la habitación.

—¡Cuidado! —gritó Alex—. ¡Apártate!

Curt levantó sus manos en un gesto protector. Pero de repente el enorme mastín chocó contra él, haciéndole caer hacia atrás. En alguna parte de la habitación, cayó un mueble y se rompieron unos cristales.

—¿Qué ha pasado? —gritó Curt.

—Ese estúpido animal ha derribado una mesa. Pero ahora parece que se está calmando.

Avanzando a gatas, Curt se acercó al lugar donde resonaba la agitada respiración de *Brutus*.

—¡No te acerques! —le advirtió Alex—. ¡Es peligroso!

Pero las manos de Curt tocaron el tembloroso cuerpo y sus dedos se deslizaron cariñosamente por la piel del animal, mientras susurraba palabras tranquilizadoras. Al cabo de un rato, *Brutus* dejó de temblar y lamió la mano de Curt.

—Tendremos que ponerle el bozal —dijo Alex en tono resuelto.

Curt sacudió la cabeza.

—Ni pensarlo.

Aquella noche, poco después de que Alex llamara por teléfono para decir que llegaría un poco tarde, el timbre del teletipo señaló la recepción de un telegrama mientras sus teclas imprimían el mensaje.

Curt arrancó la hoja de la máquina y la sostuvo delante de su ojos, antes de recordar que no podía ver. Amargamente arrugó el papel y se lo metió en el bolsillo.

Tanteando la pared con una mano, se acercó a la ventana. Con la brisa en su rostro, trató de distinguir la luna llena que estaría levantándose por el este.

—*Brutus* —llamó suavemente.

La cadena del mastín se arrastró por el suelo hasta que el animal se acercó lo bastante como para que Curt pudiera oír su amistosa y excitada respiración.

Curt pensó en la posibilidad de intentar otro contacto VE, ahora que las distracciones del día habían remitido y el perro estaba atado.

Delicadamente, envió el rayo perceptual a través del angosto pasillo hacia la mente del animal.

Y de nuevo encontró las etéreas islas conceptuales. El vago reflejo de su propia imagen, envuelto en la idea *hombre-cosa*. Y en simbólica proximidad, la esfera de auto-identidad del animal. Sólo que ahora había algo más que el *mí-yo*. La idea se había ampliado a *mí-yo-Brutus*.

Bruscamente, Curt se dio cuenta de que la imagen *hombre-cosa* se había hecho

más intensa. Ahora parecía centrada en un marco rectangular, siluetada por una brillante claridad.

Luego, Curt reconoció el marco como la ventana delante de la cual se encontraba. ¡Sin complicaciones, había establecido la empatía visual y ahora estaba viéndose a sí mismo a través de los ojos del animal!

Brutus emitió un suave aullido. Pero Curt se dio cuenta de que no se trataba de un grito de dolor, sino de vigilante expectación.

¡*Buen muchacho, Brutus!*, pensó.

El elogio subvocal se reflejó inmediatamente en el cerebro del mastín.

Mi-yo-Brutus-bueno adquirió forma lentamente, con cierto matiz de orgullo. Luego se formó un nuevo concepto, matizado de perplejidad: ¿*Muchacho?*

Curt se acordó del telegrama y rompió la conexión. Apresuradamente, siguió la pared hasta la puerta trasera, salió al patio y volvió a establecer el contacto.

La visión llegó inmediatamente. Curt se vio a sí mismo descendiendo los peldaños, cautelosamente al principio, con más confianza después, a medida que comprobaba la existencia de una eficaz coordinación a pesar del deslizamiento de la perspectiva exterior.

Cruzó el patio en dirección al perro, viendo claramente y evitando el banco que se alzaba en su camino. El mastín empezó a volver la cabeza a un lado, pero Curt interrumpió el movimiento con un suave y deliberado impulso.

De pie delante del animal, alisó el telegrama contra su cadera. Luego colocó el mensaje enfrente del rostro del perro.

Brutus empezó a olisquear el papel, pero con una amable orden Curt le obligó a quedarse quieto, sentado sobre sus patas traseras, con los ojos fijos en el telegrama. A la luz de la luna, Curt leyó:

QUERIDO - LLEGARÉ LUNES MAÑANA. NO PUEDO ESPERAR. ESTOY ANSIOSA POR VERTE. TE QUIERO - SUE.

A la mañana siguiente, ausente el ama de llaves, Alex preparó el desayuno. Pero Curt mostró poco interés por la comida.

—¡Tenías que haber estado aquí, Alex! —dijo, entusiasmado—. Funcionó tal como Wendt había dicho.

—¿A qué atribuyes el éxito?

—No lo sé, a menos que se debiera a que lo intenté de un modo casi impensado. Las otras veces, me pasaba horas enteras anticipando la empatía visual, creando una tensión que luego descargaba telepáticamente en el cerebro del animal.

—Es posible —dijo Alex, pensativo—. De todos modos, me alegro de que hagamos progresos. Sue llegará pasado mañana.

Curt se inclinó hacia adelante presa de excitación.

—¿Te das cuenta? Si Sue hubiese estado aquí anoche, ni siquiera habría sospechado que estaba ciego.

—¿Resultó bien?

—Estupendo. Wendt tenía razón: la visión sustituta es mejor que la vista directa. Uno puede verse a sí mismo en relación verdaderamente objetiva a todo lo que le rodea.

En el exterior, la cadena de *Brutus* se deslizó silenciosamente por el suelo mientras el mastín paseaba incansablemente de uno a otro lado.

Alex se puso en pie.

—Tengo que ir a la ciudad. Estoy citado con Jackson para hablar del asunto Petersburg. Cuando regrese, veremos lo que puedes hacer.

Cuando Alex se hubo marchado, Curt paseó con impaciencia a través de la oscuridad de la casa, luchando por no anticipar la próxima tentativa de establecer la empatía visual. Ahora estaba convencido de que la causa de todas sus dificultades era el exceso de tensión acumulada mientras aguardaba la prueba.

Pero, al tiempo que iba de habitación en habitación, descubrió que sus pensamientos volvían de un modo incontrolable al mastín, que su cerebro intentaba involuntariamente de establecer el contacto VE. En el Instituto le habían advertido que sucedería así. Le habían dicho que el contacto visual se convertiría en un proceso automático, asegurándole que la volición necesaria para dominar las facultades visuales del perro no sería superior a la que había necesitado para ejercitar su propia visión.

Estaba en el vestíbulo cuando sonó el teléfono. Para no desandar el difícil camino hasta el salón, Curt entró en la habitación de Alex. Su mano extendida hizo caer algo de la mesilla de noche antes de encontrar el receptor.

—¿Mr. Markson? —inquirió una voz femenina. ¿Sí?

—Aquí, Perreras Westside. Sólo queríamos preguntarle si está satisfecho con el perro.

—¿*Brutus*? Es un animal excelente.

—Suponíamos que estaría usted complacido. En realidad, sólo quería asegurarme de que tiene usted al animal en las debidas condiciones. Normalmente...

Curt notó que su espalda se ponía rígida. Absorto en la conversación, su cerebro había enviado inconscientemente un hilo perceptual hacia *Brutus*, y ahora estaba viendo el patio.

—¿Mr. Markson? —inquirió la muchacha.

—Sí. Todo marcha bien. El perro es excelente.

Deliberadamente, interrumpió el involuntario contacto con la mente del mastín.

Después de colgar el receptor, se agachó en busca del objeto que había hecho caer de la mesilla. Casi inmediatamente lo encontró: una lima de acero, plana. Al abrir el cajón para colocarla dentro, su mano tropezó con un objeto cuya identidad no pudo reconocer, de momento. Lleno de curiosidad, deslizó sus dedos a lo largo de la herramienta: era un pequeño rastrillo de jardinero.

Aquella tarde, *Brutus* irrumpió alegremente en el salón, haciendo resonar sus patas sobre la alfombra como el redoble de un tambor envuelto en lana.

Alex condujo a Curt hasta una silla de respaldo recto.

—Creo que lo mejor será que empieces por relajarte —sugirió—, eliminando toda tensión.

—He esperado esta sesión con demasiada impaciencia —dijo Curt aprensivamente—. Temo que no resulte.

—Procura descansar el cerebro —aconsejó Alex—. Piensa en otra cosa. Yo te avisaré cuando tengas que establecer la VE.

Curt evocó una imagen mental de Sue tal como la había visto tres meses antes, el día que emprendió el viaje en compañía de su madre.

Brutus se detuvo delante de él y olisqueó las perneras de sus pantalones. Pero Curt trató de mantener su pensamiento alejado del perro. Recordar el accidente era un modo fácil de conseguirlo: el avión chisporroteando inmediatamente después de despegar, perdiendo altura, cayendo...

—¡Ahora, Curt! —dijo Alex suavemente.

Curt se vio a sí mismo sentado en la silla. En un espejo situado detrás de él, contempló al perro sentado sobre sus patas traseras. Los elementales pensamientos del animal llegaron hasta Curt, monótonos en su sencillez pero sinceros y tranquilizadores.

Hombre-cosa buenn muchacho... ¿Comida? Yo-Brutus sed-agua...

Curt se volvió triunfalmente hacia Alex y la cabeza del perro giró en aquella dirección, centrándose en el hombre que estaba de pie junto a la puerta.

Repentinamente, *Brutus* pareció enloquecer.

Decepcionado y asustado, Curt contempló los agudos espasmos de dolor que rasgaban los primitivos procesos de su mente.

A través del espejo, vio que el enorme perro se erguía sobre sus patas traseras, gruñendo de un modo salvaje. Luego, el contacto visual se interrumpió y Curt oyó al mastín que corría por la habitación, cargando contra los muebles.

Alex lanzó un grito y la puerta del salón se cerró de golpe.

Indefenso ante el enloquecido animal, Curt mantuvo su contacto con la conciencia no-preceptiva de *Brutus*, tratando de tranquilizarle.

Calma, muchacho, pensó desesperadamente. No pasa nada, Brutus.

¡Daño! ¡Yo-Brutus miedo! A pesar de su dolor, retazos de pensamiento pseudo-racional llegaron hasta Curt. *Hombre-cosa, otro-hombre-cosa, hombre-casa, otro-hombre-cosa.*

¡Brutus estaba tratando de identificar la fuente de su tormento!

Curt se puso en pie y dio la vuelta a la silla, colocándola entre sí mismo y el enloquecido animal que gruñía en la impenetrable oscuridad.

Brutus cargó contra la silla y el impacto derribó a Curt. Desde el suelo oyó el sonido de unos dientes furiosos hundiéndose en la madera, astillando la silla, esparciendo los restos por la habitación.

—¡Alex! —gritó frenéticamente.

La puerta se abrió y el perro soltó la silla y cruzó gruñendo la habitación.

Alex profirió un grito de dolor. Luego se produjo un silencio, en medio del cual Curt pudo oír los pasos de *Brutus* sobre el bruñido suelo del vestíbulo en dirección a la puerta trasera.

—¿Qué ha sucedido? ¡Alex! ¿Estás bien?

Hubo un movimiento en el suelo junto a la puerta y Alex exclamó:

—¡Ese maldito perro me ha clavado los dientes en el brazo!

Curt se acercó a él y tocó la manga, húmeda de sangre.

—Salí en busca de mi automática —explicó Alex—. Pero no estaba cargada. Y no podía perder tiempo buscando los proyectiles.

—Llamaré a un médico.

—No vale la pena. Puedo conducir hasta la clínica. ¡Pero deja a ese maldito animal en paz!

El domingo por la tarde, Curt estaba en el umbral de la puerta con aire desconsolado mientras Alex reparaba los destrozos que el perro había hecho en el salón.

Curt seguía acústicamente los progresos de su amigo.

—¿Me llevarás mañana al aeropuerto?

Alex tardó unos segundos en contestar.

—¿De modo que has decidido ir a recibir a Sue, a pesar de todo?

—No. Voy a tomar un avión antes de que ella llegue.

—¡No puedes darte por vencido tan fácilmente!

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—En primer lugar, vas a tratar de establecer la empatía visual de acuerdo con *mis* instrucciones. Tendremos otra sesión... en el garaje. *Brutus* estará encadenado. Y utilizarás toda la fuerza mental que posees.

—Pero...

—Existen dos maneras de dominar a un animal testarudo. En este caso, se ha demostrado que la consideración y la amabilidad no dan resultado. Probaremos lo contrario.

Curt sacudió la cabeza.

—No. Ya tengo bastante. Debí hacerle caso a Wendt.

—Yo estoy convencido de que dará resultado. Piénsalo bien. Y cuando hayas decidido, házmelo saber. Ahora me voy a descansar. Este brazo me está fastidiando.

Curt se sentó delante de la ventana, con la cálida caricia del sol en su rostro, escuchando el rechinar de la cadena de *Brutus* mientras la húmeda brisa del atardecer agitaba los visillos.

Luego, repentinamente —cuando el reloj del vestíbulo daba las siete—, se decidió.

Se apartó de la ventana, localizó el teléfono y pidió comunicación con las Perreras Westside.

El propio dueño contestó a la llamada.

—El jueves me enviaron ustedes un perro —explicó Curt—. Desearía que pasaran a recogerlo mañana por la mañana.

—Lo siento, pero no acostumbramos devolver...

—Les *regalo* el animal —dijo Curt.

—Eso es distinto. ¿Cuál es su nombre?

—La venta se hizo a nombre de Alex Bardell.

Hubo una pausa.

—No recuerdo ese nombre.

—Se trata del perro que trajo usted mismo...

—¡Oh! ¿El mastín S-E? No había reconocido su voz, Mister Markson.

—Es muy lógico —dijo Curt, en tono irritado—. Es la primera vez que habla conmigo.

—¿Cómo dice? Hemos hablado tres veces por teléfono acerca del animal antes de que usted diera la orden de que se lo enviáramos.

Curt enarcó las cejas, intrigado. Luego oyó un *clic* en el receptor y recordó el aparato supletorio de la habitación de Alex.

—¿Está usted ahí, Mr. Markson?

—Sí, sí —dijo Curt—. Gracias.

Pensativamente, Curt colgó el receptor. ¿Por qué motivo había gestionado Alex la compra del perro en nombre suyo?, se preguntó. Y, lo que era más importante, ¿por qué había estado escuchando la conversación telefónica? Todo parecía indicar que Alex había tratado de crear la impresión de que no había tenido nada que ver con la compra de *Brutus*. ¿Por qué? ¿Porque no quería verse mezclado en una transacción con el mercado negro?

Intrigado por el *clic* del aparato supletorio, sus pensamientos retrocedieron a la última vez que había utilizado el teléfono en la habitación de Alex. Y recordó la lima que había hecho caer de la mesilla de noche, y el rastrillo que encontró en el cajón.

El rastrillo... Ahora que recordaba el incidente, había algo *raro* en aquel rastrillo. Todas las púas menos tres —¿o eran dos?— habían sido arrancadas. Y...

La puerta se cerró suavemente detrás de él. Luego oyó el chasquido del interruptor de la luz.

—¿Alex? —inquirió aprensivamente.

Alex rió.

—Por tu aspecto, diríase que acabas de descubrir algo desagradable.

—¿Por ejemplo? —inquirió Curt.

—Temí que hubieras entrado en sospechas ayer, cuando encontraste la lima sobre la mesilla de noche. Pero luego pensé que, de haber sospechado algo, hubieras vuelto a dejarla sobre la mesilla y no dentro del cajón, con el rastrillo.

Las púas que quedaban en el rastrillo, recordó ahora Curt, habían sido afiladas... ¡como los colmillos de un perro!

—Pero después de oír esa conversación telefónica —continuó Alex—, pensé que sólo a un imbécil podía escapársele el sentido de mi proceder.

—¡El rastrillo! —exclamó Curt—. ¡*Brutus!*

—¿*Brutus?* Confiaba en que tendríamos otra sesión con el perro. Hubiera dejado que te atacara, para terminar el trabajo con el rastrillo. Pero, en vista de que has precipitado los acontecimientos, tendré que encerrarle aquí contigo y dejar que proporcione toda la evidencia que voy a necesitar.

—No creo que me ataque.

—¡Oh! Lo hará —dijo Alex—. Puedo introducir en su mente el dolor y la confusión suficientes como para que ponga toda la casa patas arriba. Verás, cuando asistí contigo a aquellas sesiones del Instituto, adquirí mucha práctica acerca de la empatía.

—¡*Tú* enloquecías a *Brutus!*

—Desde luego. En realidad, el LITE te rechazó por causa mía. Probablemente eres un contacto VE tan eficaz como el primero. Pero yo no podía permitir que las cosas siguieran adelante, porque sabía que con la ayuda de un perro S-E la ceguera no sería un obstáculo entre Sue y tú. De modo que estuve allí siempre para excitar a los perros y asegurarme de que serías rechazado. Luego arreglé lo de *Brutus* de modo que pareciera que habías comprado un animal peligroso en el mercado negro. Y me dediqué a enfurecer a *Brutus* telepáticamente...

Curt trató de acercarse al teléfono. Pero el puño de Alex estalló contra su rostro y le derribó al suelo. Luego notó que le rociaban el rostro con agua que olía a flores marchitas, y una mano le obligó a ponerse en pie.

—Aquella afortunada sesión con el perro el viernes por la noche facilitó mis planes —continuó Alex tranquilamente—. Te infundió confianza, estimulándote a proseguir con tus intentos de establecer la VE.

Curt paseó por la habitación unos ojos que no podían ver y Alex se rió de su desesperación.

—Incluso esta dentellada en mi brazo fue un golpe de suerte. Con ella puedo demostrar que el perro era tan peligroso para mí como para ti.

—Te preguntarán por qué no acudiste en mi ayuda cuando el perro me atacó —dijo Curt.

—No es probable. Verás, esta mañana anuncié a varios amigos que me marchaba a Cleveland. Muchas personas me vieron adquirir el billete y subir al tren de las dos y cuarto. Pero me aseguré de que no me vieran bajar del tren antes de su salida. Y

mañana por la mañana, otras personas me verán llegar.

Curt permanecía pegado a la pared, pensando desesperadamente. Pero, ¿qué posibilidades podía tener un ciego? En el patio, *Brutus* bostezó en el interior de su perrera.

—Pero, ¿sabes una cosa, Curt? Creo que ni siquiera habrá una investigación. Lo sucedido aparecerá con demasiada claridad.

Curt oyó los pasos que se acercaban.

—¿Ha sido a causa de Sue? —preguntó.

Imaginó el característico encogimiento de hombros de Alex.

—Sue y el negocio, desde luego. No podía permitir que te la llevaras tan fácilmente.

—El accidente también fue obra tuya, ¿verdad?

Curt trató de que no asomara a su rostro la repentina esperanza mientras enviaba un hilo de empatía perceptiva al cerebro de *Brutus*. Una escena nocturna del patio se formó bruscamente en su propio cerebro, enmarcada en la ojival entrada de la caseta del perro.

—El accidente también, naturalmente —dijo Alex—. Me pareció el medio más sencillo. Pero, tras el fracaso, no podía volver a intentar nada parecido. Cuando empezaste tus sesiones en el LITE supe que había encontrado la solución.

Cautelosamente, Curt hizo que el animal se levantara y saliera de la caseta sin hacer ruido. Pero los pensamientos elementales de *Brutus* parecían resonar de un modo ensordecedor.

Yo-Brutus buen-muchacho. Hombre-cosa...

Curt se concentró en el pasillo de la empatía visual, dirigiendo al mastín hacia la casa. Pero, aun en el caso de que encontrara el modo de soltar al perro y hacerle saltar a través de la ventana, ¿qué ganaría con ello? Alex volvería a enloquecerle...

Curt trató de ganar un poco más de tiempo.

—Pero ¿por qué no dejaste que me quedara con mi ceguera? Yo estaba dispuesto a renunciar.

—No soy tan ingenuo —dijo Alex—. ¿Para que más tarde decidieras hacer otra tentativa en el Instituto y descubrieras que estabas capacitado para establecer un contacto VE?

Cautelosamente, Curt hizo avanzar al animal hasta que su cabeza estuvo en línea con la ventana. Con más cautela aún, le indujo a apoyar las patas delanteras en la pared. ¡Y de repente, Curt pudo ver el interior de la Habitación!

Alex estaba enfrente de él, empuñando el rastrillo con sus afiladas púas. En el momento en que Alex blandió el rastrillo, disparándolo contra su garganta, Curt se agachó para incorporarse inmediatamente con un *uppercut* que no hubiera resultado más demoledor de haber sido coordinado desde una auto-perspectiva.

Dejó a Alex tendido en el suelo y salió de la casa, tanteando las paredes, hasta el lugar donde se encontraba *Brutus*.

—Vamos, muchacho —dijo, soltando la cadena—. Alejémonos de aquí antes de que Alex recobre el conocimiento y empiece a llenarte el cerebro de ideas diabólicas.

Hombre-cosa buen-muchacho, parloteó *Brutus* mientras Curt le instalaba en el asiento delantero del automóvil, a su lado, y ponía el vehículo en marcha. *Otro hombre-cosa malo*.

En el aeropuerto, *Brutus* permaneció obedientemente detrás de ellos mientras Curt llevaba las maletas de Sue al automóvil. Había mantenido al perro a distancia, de modo que Sue no sospechara nada.

La madre de Sue subió al taxi que Curt había pedido para ella.

Curt apretó con más fuerza la mano de Sue.

—¡Cuidado! —advirtió—. No tropieces en esa grieta...

Sue se echó a reír y se volvió hacia él.

—Muy bien, Curt —dijo—. Estoy convencida. Puedes dar por terminada la demostración.

—Entonces, ¿lo sabías? —preguntó Curt, desconcertado.

—Desde luego. Alex me mantuvo al corriente. Aunque no se mostraba demasiado optimista. Estaba convencido de que el LITE te rechazaría. Pero yo sabía que lo conseguirías.

Curt suspiró.

—Entonces, ¿por qué no me dijiste que estabas enterada de todo?

—Porque deseaba que comprendieras que la ceguera no afectaba en absoluto mi cariño por ti.

Curt la besó en la mejilla y luego se volvió hacia *Brutus*.

—Ven aquí, muchacho. Tenemos que empezar a conocernos más a fondo.

Brutus se acercó.

Curt dejó que Sue condujera el automóvil de regreso a la ciudad, mientras él, en el asiento trasero, gozaba del paisaje... y de la vista de Sue.

Desde más allá

H. P. Lovecraft

Inconcebiblemente espantoso era el cambio que se había operado en Crawford Tillinghast, mi mejor amigo. No le había visto desde el día —dos meses y medio antes— en que me contó hacia dónde se orientaban sus investigaciones físicas y matemáticas. Cuando respondió a mis temerosas y casi asustadas reconvenciones echándome de su laboratorio y de su casa en una explosión de fanática ira, supe que en adelante permanecería la mayor parte de su tiempo encerrado en el laboratorio del ático, con aquella maldita máquina eléctrica, comiendo poco y prohibiendo la entrada incluso a los criados; pero no creí que un breve período de diez semanas pudiera alterar de ese modo a una criatura humana. No es agradable ver a un hombre fornido quedarse flaco de repente, y menos aún cuando se le vuelven amarillentas o grises las bolsas de la piel, se le hundan los ojos, se le ponen ojerosos y extrañamente relucientes, se le arruga la frente y se le cubre de venas, y le tiemblan y se le crispan las manos. Y si a eso se añade una repugnante falta de aseo, un completo desaliño en la ropa, una negra pelambreira que comienza a encanecer por la raíz, y una barba blanca crecida en un rostro en otro tiempo afeitado, el efecto general resulta horroroso. Pero ese era el aspecto de Crawford Tillinghast la noche en que su casi incoherente mensaje me llevó a su puerta, después de mis semanas de exilio; ese fue el espectro que me abrió temblando, vela en mano, y miró furtivamente por encima del hombro como temeroso de los seres invisibles de la casa vieja y solitaria, retirada de la línea de edificios que formaban Benevolent Street.

Fue un error que Crawford Tillinghast se dedicara al estudio de la ciencia y la filosofía. Estas materias deben dejarse para el investigador frío e impersonal, ya que ofrecen dos alternativas igualmente trágicas al hombre de sensibilidad y de acción: la desesperación, si fracasa en sus investigaciones, y el terror inexpresable e inimaginable, si triunfa. Tillinghast había sido una vez víctima del fracaso, solitario y melancólico; pero ahora comprendí, con angustiado temor, que era víctima del éxito. Efectivamente, se lo había advertido diez semanas antes, cuando me espetó la historia de lo que presentía que estaba a punto de descubrir. Entonces se excitó y se congestionó, hablando con voz aguda y afectada, aunque siempre pedante.

—¿Qué sabemos nosotros —había dicho— del mundo y del universo que nos rodea? Nuestros medios de percepción son absurdamente escasos, y nuestra noción de los objetos que nos rodean infinitamente estrecha. Vemos las cosas sólo según la estructura de los órganos con que las percibimos, y no podemos formarnos una idea de su naturaleza absoluta. Pretendemos abarcar el cosmos complejo e ilimitado con

cinco débiles sentidos, cuando otros seres dotados de una gama de sentidos más amplia y vigorosa, o simplemente diferente, podrían no sólo ver de manera muy distinta las cosas que nosotros vemos, sino que podrían percibir y estudiar mundos enteros de materia, de energía y de vida que se encuentran al alcance de la mano, aunque son imperceptibles a nuestros sentidos actuales.

Siempre he estado convencido de que esos mundos extraños e inaccesibles están muy cerca de nosotros; y ahora creo que he descubierto un medio de traspasar la barrera. No bromeo. Dentro de veinticuatro horas, esa máquina que tengo junto a la mesa generará ondas que actuarán sobre determinados órganos sensoriales existentes en nosotros en estado rudimentario o de atrofia. Esas ondas nos abrirán numerosas perspectivas ignoradas por el hombre, algunas de las cuales son desconocidas para todo lo que consideramos vida orgánica. Veremos lo que hace aullar a los perros por las noches, y enderezar las orejas a los gatos después de las doce. Veremos esas cosas, y otras que jamás ha visto hasta ahora ninguna criatura. Traspondremos el espacio, el tiempo, y las dimensiones; y sin desplazamiento corporal alguno, nos asomaremos al fondo de la creación.

Cuando oí a Tillinghast decir estas cosas, le amonesté; porque le conocía lo bastante como para sentirme asustado, más que divertido; pero era un fanático, y me echó de su casa. Ahora no se mostraba menos fanático; aunque su deseo de hablar se había impuesto a su resentimiento y me había escrito imperativamente, con una letra que apenas reconocía. Al entrar en la morada del amigo tan súbitamente metamorfoseado en gárgola temblorosa, me sentí contagiado del terror que parecía acechar en todas las sombras. Las palabras y convicciones manifestadas diez semanas antes parecían haberse materializado en la oscuridad que reinaba más allá del círculo de luz de la vela, y experimenté un sobresalto al oír la voz cavernosa y alterada de mi anfitrión. Deseé tener cerca a los criados, y no me gustó cuando dijo que se habían marchado todos hacía tres días. Era extraño que el viejo Gregory, al menos, hubiese dejado a su señor sin decírselo a un amigo fiel como yo. Era él quien me había tenido al corriente sobre Tillinghast desde que me echara furiosamente.

Sin embargo, no tardé en subordinar todos los temores a mi creciente curiosidad y fascinación. No sabía exactamente qué quería Crawford Tillinghast ahora de mí, pero no dudaba que tenía algún prodigioso secreto o descubrimiento que comunicarme. Antes, le había censurado sus anormales incursiones en lo inconcebible; ahora que había triunfado de algún modo, casi compartía su estado de ánimo, aunque era terrible el precio de la victoria. Le seguí escaleras arriba por la vacía oscuridad de la casa, tras la llama vacilante de la vela que sostenía la mano de esta temblorosa parodia de hombre. Al parecer, estaba desconectada la corriente; y al preguntárselo a mi guía, dijo que era por un motivo concreto.

—Sería demasiado... no me atrevería —prosiguió murmurando.

Observé especialmente su nueva costumbre de murmurar, ya que no era propio de él hablar consigo mismo. Entramos en el laboratorio del ático, y vi la detestable

máquina eléctrica brillando con una apagada y siniestra luminosidad violácea. Estaba conectada a una potente batería química; pero no recibía ninguna corriente, porque recordaba que, en su fase experimental, chisporroteaba y zumbaba cuando estaba en funcionamiento. En respuesta a mi pregunta, Tillinghast murmuró que aquel resplandor permanente no era eléctrico en el sentido que yo lo entendía.

A continuación me sentó cerca de la máquina, de forma que quedaba a mi derecha, y conectó un conmutador que había debajo de un —enjambre de lámparas. Empezaron los acostumbrados chisporroteos, se convirtieron en rumor, y finalmente en un zumbido tan tenue que daba la impresión de que había vuelto a quedar en silencio. Entre tanto, la luminosidad había aumentado, disminuido otra vez, y adquirido una pálida y extraña coloración —o mezcla de colores— imposible de definir ni describir. Tillinghast había estado observándome, y notó mi expresión desconcertada.

—¿Sabes qué es eso? —susurró— ¡rayos ultravioleta! —rió de forma extraña ante mi sorpresa—. Tú creías que eran invisibles; y lo son: pero ahora pueden verse, igual que muchas otras cosas invisibles también.

»¡Escucha! Las ondas de este aparato están despertando los mil sentidos aletargados que hay en nosotros; sentidos que heredamos durante los evos de evolución que median del estado de los electrones inconexos al estado de humanidad orgánica. Yo he visto la verdad, y me propongo enseñártela. ¿Te gustaría saber cómo es? Pues te lo diré —aquí Tillinghast se sentó frente a mí, apagó la vela de un soplo, y me miró fijamente a los ojos—. Tus órganos sensoriales, creo que los oídos en primer lugar, captarán muchas de las impresiones, ya que están estrechamente conectados con los órganos aletargados. Luego lo harán los demás. ¿Has oído hablar de la glándula pineal? Me río de los superficiales endocrinólogos, colegas de los embaucadores y advenedizos freudianos. Esa glándula es el principal de los órganos sensoriales... yo lo he descubierto. Al final es como la visión, transmitiendo representaciones visuales al cerebro. Si eres normal, esa es la forma en que debes captarlo casi todo... Me refiero a casi todo el testimonio del más allá.

Miré la inmensa habitación del ático, con su pared sur inclinada, vagamente iluminada por los rayos que los ojos ordinarios son incapaces de captar. Los rincones estaban sumidos en sombras, y toda la estancia había adquirido una brumosa irrealidad que emborronaba su naturaleza e invitaba a la imaginación a volar y fantasear. Durante el rato que Tillinghast estuvo en silencio, me imaginé en medio de un templo enorme e increíble de dioses largo tiempo desaparecidos; de un vago edificio con innumerables columnas de negra piedra que se elevaban desde un suelo de losas húmedas hacia unas alturas brumosas que la vista no alcanzaba a determinar. la representación fue muy vívida durante un rato; pero gradualmente fue dando paso a una concepción más horrible: la de una absoluta y completa soledad en el espacio infinito, donde no había visiones ni sensaciones sonoras. Era como un vacío, nada más; y sentí un miedo infantil que me impulsó a sacarme del bolsillo el revólver que

de noche siempre llevo encima, desde la vez que me asaltaron en East Providence. Luego, de las regiones más remotas, el ruido fue cobrando suavemente realidad. Era muy débil, sutilmente vibrante, inequívocamente musical; pero tenía tal calidad de incomparable frenesí, que sentí su impacto como una delicada tortura por todo mi cuerpo. Experimenté la sensación que nos, produce el arañazo fortuito sobre un cristal esmerilado. Simultáneamente, noté algo así como una corriente de aire frío que pasó junto a mí, al parecer en dirección al ruido distante. Aguardé con el aliento contenido, y percibí que el ruido y el viento iban en aumento, produciéndome la extraña impresión de que me encontraba atado a unos raíles por los que se acercaba una gigantesca locomotora. Empecé a hablarle a Tillinghast, e instantáneamente se disiparon todas estas inusitadas impresiones. Volví á ver al hombre, las máquinas brillantes y la habitación a oscuras. Tillinghast sonrió repulsivamente al ver el revólver que yo había sacado casi de manera inconsciente; pero por su expresión, comprendí que había visto y oído lo mismo que yo, si no más. Le conté en voz baja lo que había experimentado, y me pidió que me estuviese lo más quieto y receptivo posible.

—No te muevas —me advirtió—, porque con estos rayos pueden vernos, del mismo modo que nosotros podemos ver. Te he dicho que los criados se han ido, aunque no te he contado cómo. Fue por culpa de esa estúpida ama de llaves; encendió las luces de abajo, después de advertirle yo que no lo hiciera, y los hilos captaron vibraciones simpáticas. Debió de ser espantoso; pude oír los gritos desde aquí, a pesar de que estaba pendiente de lo que veía y oía en otra dirección; más tarde, me quedé horrorizado al descubrir montones de ropa vacía por toda la casa. Las ropas de la señora Updike estaban en el vestíbulo, junto a la llave de la luz... por eso sé que fue ella quien encendió. Pero mientras no nos movamos, no correremos peligro. Recuerda que nos enfrentamos con un mundo terrible en el que estamos prácticamente desamparados... ¡No te muevas!

El impacto combinado de la revelación y la brusca orden me produjo una especie de parálisis; y en el terror, mi mente se abrió otra vez a las impresiones procedentes de lo que Tillinghast llamaba el «más allá». Me encontraba ahora en un vórtice de ruido y movimiento acompañados de confusas representaciones visuales. Veía los contornos borrosos de la habitación; pero de algún punto del espacio parecía brotar una hirviente columna de nubes o formas imposibles de identificar que traspasaban el sólido techo por encima de mí, a mi derecha. Luego volví a tener la impresión de que estaba en un templo; pero esta vez los pilares llegaban hasta un océano aéreo de luz, del que descendía un rayo cegador a lo largo de la brumosa columna que antes había visto. Después, la escena se volvió casi enteramente calidoscópica; y en la mezcla de imágenes sonidos e impresiones sensoriales inidentificables, sentí que estaba a punto de disolverme o de perder, de alguna manera, mi forma sólida. Siempre recordaré una visión deslumbrante y fugaz. Por un instante, me pareció ver un trozo de extraño cielo nocturno poblado de esferas brillantes que giraban sobre sí;

y mientras desaparecía, vi que los soles resplandecientes componían una constelación o galaxia de trazado bien definido; dicho trazado correspondía al rostro distorsionado de Crawford Tillinghast. Un momento después, sentí pasar unos seres enormes y animados, unas veces rozándome y otras caminando o deslizándose sobre mi cuerpo supuestamente sólido, y me pareció que Tillinghast los observaba como si sus sentidos, más avezados pudieran captarlos visualmente. Recordé lo que había dicho de la glándula pineal, y me pregunte qué estaría viendo con ese ojo preternatural.

De pronto, me di cuenta de que yo también poseía una especie de visión aumentada. Por encima del caos de luces y sombras se alzó una escena que, aunque vaga, estaba dotada de solidez y estabilidad. Era en cierto modo familiar, ya que lo inusitado se superponía al escenario terrestre habitual a la manera como la escena cinematográfica se proyecta sobre el telón pintado de un teatro. Vi el laboratorio del ático, la máquina eléctrica, y la poco agraciada figura de Tillinghast enfrente de mí; pero no había vacía la más mínima fracción del espacio que separaba todos estos objetos familiares. Un sinfín de formas indescriptibles, vivas o no, se mezclaban entremedias en repugnante confusión; y junto a cada objeto conocido, se movían mundos enteros y entidades extrañas y desconocidas. Asimismo, parecía que las cosas cotidianas entraban en la composición de otras desconocidas, y viceversa. Sobre todo, entre las entidades vivas había negrísimas y gelatinosas monstruosidades que temblaban flácidas en armonía con las vibraciones procedentes de la máquina. Estaban presentes en repugnante profusión, y para horror mío, descubrí que se superponían, que eran semifluidas y capaces de interpenetrarse mutuamente y de atravesar lo que conocemos como cuerpos sólidos. No estaban nunca quietas, sino que parecían moverse con algún propósito maligno... A veces, se devoraban unas a otras, lanzándose la atacante sobre la víctima y eliminándola instantáneamente de la vista. Comprendí, con un estremecimiento, que era lo que había hecho desaparecer a la desventurada servidumbre, y ya no fui capaz de apartar dichas entidades del pensamiento, mientras intentaba captar nuevos detalles de este mundo recientemente visible que tenemos a nuestro alrededor. Pero Tillinghast me había estado observando, y decía algo.

—¿Los ves? ¿Los ves? ¡Ves a esos seres que flotan y aletean en torno tuyo, y a través de ti, a cada instante de tu vida? ¿Ves las criaturas que pueblan lo que los hombres llaman el aire puro y el cielo azul? ¿No he conseguido romper la barrera, no te he mostrado mundos que ningún hombre vivo ha visto? —oí que gritaba a través del caos; y vi su rostro insultantemente cerca del mío. Sus ojos eran dos pozos llameantes que me miraban con lo que ahora sé que era un odio infinito. La máquina zumbaba de manera detestable.

—¿Crees que fueron esos seres que se contorsionan torpemente los que aniquilaron a los criados? ¡Imbécil, esos son inofensivos! Pero los criados han desaparecido, ¿no es verdad? Tú trataste de detenerme; me desalentabas cuando necesitaba hasta la más pequeña migaja de aliento; te asustaba enfrentarte a la verdad

cósmica, condenado cobarde; ¡pero ahora te tengo a mi merced! ¿Qué fue lo que aniquiló a los criados? ¿Qué fue lo que les hizo dar aquellos gritos?... ¡No lo sabes, verdad? Pero en seguida lo vas a saber. Mírame; escucha lo que voy a decirte. ¿Crees que tienen realidad las nociones de espacio, de tiempo y de magnitud? ¿Supones que existen cosas tales como la forma y la materia? Pues yo te digo que he alcanzado profundidades que tu reducido cerebro no es capaz de imaginar. Me he asomado más allá de los confines del infinito y he invocado a los demonios de las estrellas... He cabalgado sobre las sombras que van de mundo en mundo sembrando la muerte y la locura... Soy dueño del espacio, ¿me oyes?, y ahora hay entidades que me buscan, seres que devoran y disuelven; pero sé la forma de eludirías. Es a ti a quien cogerán, como cogieron a los criados... ¿se remueve el señor? Te he dicho ya que es peligroso moverse; te he salvado antes al advertirte que permanecieras inmóvil..., a fin de que vieses más cosas y escuchases lo que tengo que decir. Si te hubieses movido, hace rato que se habrían arrojado sobre ti. No te preocupes; no hacen daño. Como no se lo hicieron a los criados: fue el verlos lo que les hizo gritar de aquella forma a los pobres diablos. No son agraciados, mis animales favoritos. Vienen de un lugar cuyos cánones de belleza son... muy distintos. La desintegración es totalmente indolora, te lo aseguro; pero quiero que los veas. Yo estuve a punto de verlos, pero supe detener la visión. ¿No sientes curiosidad? Siempre he sabido que no eras científico. Estás temblando, ¿eh? Temblando de ansiedad por ver las últimas entidades que he logrado descubrir. ¿Por qué no te mueves, entonces? ¿Estás cansado? Bueno, no te preocupes, amigo mío, porque ya vienen... Mira, mira, maldito; mira... ahí, en tu hombro izquierdo.

Lo que queda por contar es muy breve, y quizá lo sepáis ya por las notas aparecidas en los periódicos. La policía oyó un disparo en la casa de Tillingbast y nos encontró allí a los dos: a Tillingbast muerto, y a mí inconsciente. Me detuvieron porque tenía el revólver en la mano; pero me soltaron tres horas después, al descubrir que había sido un ataque de apoplejía lo que había acabado con la vida de Tillingbast, y comprobar que había dirigido el disparo contra la dañina máquina que ahora yacía inservible en el suelo del laboratorio. No dije nada sobre lo que había visto, por temor a que el forense se mostrase escéptico; pero por la vaga explicación que le di, el doctor comentó que sin duda yo había sido hipnotizado por el homicida y vengativo demente.

Quisiera poder creerle. Se sosegarían mis destrozados nervios si dejara de pensar lo que pienso sobre el aire y el cielo que tengo por encima de mí y a mi alrededor. Jamás me siento a solas ni a gusto; y a veces, cuando estoy cansado, tengo la espantosa sensación de que me persiguen. Lo que me impide creer en lo que dice el doctor es este simple hecho: que la policía no encontró jamás los cuerpos de los criados que dicen que Crawford Tillingbast mató.

Más allá de la pared del sueño

H. P. Lovecraft

Me pregunto a menudo si la mayoría de la humanidad se ha parado alguna vez a pensar en la enorme importancia que a veces tienen los sueños, y en el oscuro mundo al que pertenecen. Aunque la mayor parte de nuestras visiones nocturnas no son quizá más que débiles y fantásticos reflejos de nuestras experiencias vigiles —en contra de lo que sostiene Freud con su simbolismo pueril—, hay sin embargo algunas cuyo carácter extramundano y etéreo permite una interpretación excepcional, y cuyo efecto vagamente emocional e inquietante sugiere posibles atisbos de una esfera de existencia mental no menos importante que la vida física, aunque separada de dicha vida por una barrera infranqueable. Según mi experiencia, no cabe duda de que el hombre, una vez perdida la conciencia terrena, reside en una vida incorpórea muy distinta de la vida que conocemos, de la que, al despertar, sólo perduran los recuerdos más ligeros y confusos. De estos recuerdos fragmentarios y brumosos pueden inferirse muchas cosas, aunque es poco lo que se puede demostrar. Es posible adivinar que en la vida onírica, lo que la tierra entiende por vitalidad y materia no son realidades necesariamente constantes; y que el tiempo y el espacio no existen tal como nuestro yo vigíl los comprende. A veces creo que esta vida menos material es nuestra vida más auténtica, y que nuestra vana presencia en el globo terráqueo es en sí misma un fenómeno secundario o meramente virtual.

Despertaba yo, una tarde del invierno de 1900-01, de una ensoñación juvenil colmada de divagaciones de este género, cuando ingresaron en la institución estatal para enfermos mentales en la que trabajo como interno al hombre cuyo caso me ha venido obsesionando de manera incesante desde entonces. Su nombre, según figura en su historial médico, era Joe Slater, o Slaader, y su aspecto era el del típico habitante de la región de Catskill Mountain: uno de esos descendientes extraños y repugnantes de una raza de campesinos coloniales cuyo aislamiento durante casi tres siglos en una región montañosa y poco transitada les ha hundido en una especie de bárbara degeneración, en vez de progresar con sus hermanos mas afortunadamente asentados en distritos con cierta densidad de la población. Entre esas gentes extrañas, que equivalen justamente al elemento decadente de la «chusma blanca» del sur, no existe la ley ni la moral; y su nivel mental se encuentra sin duda por debajo del de cualquier sector de la población nativa americana.

Joe Slater, que llegó a la institución bajo la vigilante custodia de cuatro policías estatales y fue calificado de persona sumamente peligrosa, no dio muestras de peligrosidad alguna la primera vez que le vi. Aunque de estatura bastante superior a

la media, y de constitución algo musculosa, tenía un absurdo aspecto de inofensiva estupidez debido al azul pálido y soñoliento de sus ojillos aguanosos, su barba rala, descuidada y amarilla, y un grueso labio inferior que le colgaba con indiferencia. Se desconocía su edad, ya que estas gentes carecen de censos vecinales y de lazos familiares permanentes; pero por la calvicie de la parte delantera de su cabeza, y el estado de deterioro de sus dientes, el cirujano jefe le inscribió como hombre de unos cuarenta años.

Por los informes médicos y judiciales nos enteramos de cuanto se había podido recoger sobre su caso; este hombre, vagabundo, cazador y trampero, había sido siempre un extraño a los ojos de sus primitivos camaradas. Solía dormir más de lo corriente; y al despertar hablaba a menudo de forma tan singular sobre cosas que nadie sabía, que inspiraba temor aun en los corazones de un populacho sin imaginación. No es que su lenguaje fuese insólito en absoluto, pues jamás hablaba si no era en el degradado dialecto de su ambiente; pero el tono y tenor de sus expresiones eran de tan misteriosa extravagancia, que nadie podía escucharle sin aprensión. Por lo general, él mismo se mostraba tan aterrado y perplejo como, sus oyentes, y una hora después de despertar había olvidado cuanto había dicho, o al menos las razones que le habían impulsado a decirlo, cayendo en una normalidad bovina, semiafable, como la de los demás habitantes de los montes.

A medida que Slater se fue haciendo mayor, al parecer, sus aberraciones matutinas se hicieron más frecuentes y violentas; hasta que alrededor de un mes antes de su llegada a la institución sucedió la espantosa tragedia que motivó su detención. Al despertar un mediodía del profundo sueño en que cayera sobre las cinco de la tarde del día anterior a causa de una orgía de whisky, el hombre empezó de repente a proferir unos aullidos tan espantosos y terribles, que atrajeron a varios vecinos a su choza: una pocilga inmunda donde convivía con una familia tan indescriptible como él. Saliendo precipitadamente a la nieve, alzó los brazos y comenzó a dar saltos en el aire, gritando que quería llegar a una «cabaña grande, grande, de techo, paredes y suelo resplandecientes, y una música lejana y singular». Cuando trataron de sujetarle dos hombres de regular estatura, se debatió con fuerza maniaca, gritando que quería y necesitaba buscar y matar a cierto «ser que brilla y tiembla y se ríe». Finalmente, tras derribar a uno de los que le sujetaban con un golpe repentino, se abalanzó sobre el otro en un demoníaco y sanguinario frenesí, gritando de forma enloquecedora que saltaría «muy alto y abrasaría cuanto se opusiera a su paso».

La familia y los vecinos habían huido aterrados; y al regresar los más valerosos, Slater había desaparecido, dejando tras él una masa pulposa e irreconocible que una hora antes había sido un ser humano. Ninguno de los montañeses se había atrevido a seguirle, y probablemente se hubieran alegrado si hubiese muerto de frío; pero cuando, días después, oyeron sus alaridos en un barranco lejano, comprendieron que había logrado sobrevivir, y que, de una forma o de otra, había que eliminarle. A continuación se había organizado una cuadrilla de búsqueda que (fueran cuales

fuesen sus intenciones) se convirtió en pelotón del sheriff cuando uno de los miembros de la escasa policía montada del estado vio casualmente a los buscadores, les interrogó y se unió finalmente a ellos.

Al tercer día encontraron a Slater inconsciente en el hueco de un árbol, y lo llevaron a la cárcel más próxima, donde lo reconocieron los alienistas de Albany tan pronto como volvió en sí. Les contó una historia muy simple. Dijo que una tarde, hacia la puesta de sol, se había acostado después de haber bebido en exceso. Se había despertado de pie en la nieve, delante de su cabaña, con las manos ensangrentadas y el cadáver destrozado de su vecino Peter Slader a sus pies. Horrorizado, había echado a correr hacia los bosques en un vago esfuerzo por huir de la escena de lo que sin duda había sido su crimen. Aparte de esto, parecía no saber nada más; el experto en interrogatorios tampoco pudo sacar en claro un solo dato más.

Esa noche Slater durmió tranquilo, y a la mañana siguiente despertó sin ningún síntoma particular, salvo cierta alteración en su modo de hablar. El doctor Barnard, que había estado observando al paciente, creyó notar en sus ojos azul pálido cierto brillo especial, y una tirantez en sus labios flácidos apenas perceptible, como debida a una determinación inteligente. Pero al interrogarle, Slater cayó de nuevo en su habitual embotamiento de montañés, y se limitó a repetir lo que había dicho el día anterior.

Al tercer día por la mañana ocurrió el primero de los ataques mentales del hombre. Tras manifestar ciertos síntomas de desasosiego durante el sueño, estalló en un acceso frenético tan tremendo que hicieron falta cuatro hombres para ponerle la camisa de fuerza. Los alienistas escucharon sus palabras con profunda atención, dada la enorme curiosidad que habían despertado en todos ellos las sugestivas historias, casi todas contradictorias e incoherentes, que habían contado su familia y sus vecinos. Slater estuvo desvariando durante más de un cuarto de hora, balbuceando en su tosco dialecto sobre verdes edificios de luz, océanos de espacio, extrañas músicas, y montes y valles sombríos. Pero sobre todo, se demoró hablando de cierta entidad misteriosa y resplandeciente que temblaba y reía y se burlaba de él. Esta entidad, inmensa y vaga, parecía haberle infligido un daño terrible, y era su deseo supremo matarla en triunfal venganza. Para lograrlo, decía, ascendería por encima de los abismos del vacío, abrasando cuantos obstáculos se interpusieran en su camino. Por esos derroteros corría su discurso, cuando cesó de la forma más inesperada. Se apagó en sus ojos el fuego de la locura, se quedó mirando con asombro a sus interrogadores, y les preguntó por qué le tenían atado. El doctor Barnard le quitó el arnés de cuero y no se lo volvió a poner hasta la noche, en que logró convencer a Slater para que se lo colocara voluntariamente, por su propio bien. El hombre había admitido ahora que a veces hablaba de manera extraña, aunque no sabía por qué.

En el curso de una semana sufrió dos ataques más, aunque los doctores no lograron averiguar nada. Sin embargo, especularon extensamente sobre el origen de las visiones de Slater, ya que, como no sabía leer ni escribir, y al parecer no había

oído contar jamás una sola leyenda ni cuento de hadas, su espléndida imaginación resultaba totalmente inexplicable. El hecho de que el desventurado lunático se expresara sólo en su lenguaje simple probaba claramente que aquello no lo había sacado de ninguna fábula ni mito conocidos. Desvariaba sobre cosas que no entendía ni era capaz de interpretar; cosas que él pretendía saber, pero que no podía haber conocido a través de un relato coherente y normal. Los alienistas coincidieron muy pronto en que el fundamento de su perturbación estaba en sus sueños anormales; sueños cuya viveza podía llegar a dominar por completo, durante un rato, la mente vigil de este hombre básicamente inferior. Slater fue juzgado por homicidio con el debido rigor, se le absolvió a causa de su demencia, y fue internado en la institución en la que yo ocupaba una modesta plaza.

He dicho ya que soy un constante especulador sobre la vida onírica, de modo que es fácil imaginar la ansiedad con que me dediqué al estudio del nuevo paciente, tan pronto como comprobé la veracidad de su caso. El pareció percibir cierta simpatía en mí, consecuencia sin duda del interés que yo no podía ocultar, y de la manera afable con que le preguntaba. No llegó a reconocerme nunca durante sus ataques, en los que yo escuchaba con el aliento contenido sus descripciones caóticas, aunque cósmicas; pero me conocía en sus horas de tranquilidad, cuando permanecía sentado junto a su ventana enrejada, trenzando cestos de paja y de sauce, tal vez con el pensamiento puesto en la libertad de las montañas que quizá no volvería a disfrutar. Su familia no fue jamás a visitarle; probablemente porque había encontrado a otro jefe temporal, según es costumbre en esas gentes decadentes de las montañas.

Poco a poco, empecé a sentir una abrumadora admiración por las locas y frenéticas concepciones de Joe Slater. En si mismo, el hombre era lastimosamente inferior, tanto desde el punto de vista mental como lingüístico; pero sus visiones espléndidas y gigantescas, aunque descritas en una jerga bárbara e incoherente, eran de tal naturaleza que sólo un cerebro excepcional y superior sería capaz de concebir. ¿Cómo, me preguntaba a menudo, la embotada imaginación de un degenerado de Catskill era capaz de evocar visiones cuya sola posesión implicaba una latente chispa de genio? ¿Cómo había podido alcanzar un rústico palurdo nada menos que una idea de esas regiones luminosas y excelsas del espacio de las que hablaba Slater en sus furiosos delirios? Cada vez me sentía más inclinado a creer que en la personalidad que se humillaba ante mí se encontraba el núcleo perturbado de algo que escapaba a mi entendimiento, de algo que estaba infinitamente más allá de la comprensión de mis colegas más expertos, aunque médica y científicamente menos imaginativos que yo.

Y sin embargo, no conseguía sacar nada en concreto de este hombre. El resumen de toda mi investigación era que Slater vagaba o flotaba en una especie de vida Onírica semicorporal por espléndidos y prodigiosos valles, prados, jardines, ciudades y palacios de luz, en una región ilimitada y desconocida para el hombre; que allí no era un campesino y un degenerado, sino una criatura importante y de vida intensa que

se desenvolvía de forma orgullosa y dominante, y sólo la obstaculizaba determinado enemigo mortal, una entidad visible al parecer, aunque de constitución etérea y carente de forma humana, ya que Slater jamás la mencionaba como si fuese un hombre ni cosa alguna, sino como el ser. Y este ser le había infligido a Slater alguna clase de daño espantoso pero desconocido, del que el maníaco (si es que era maníaco) ansiaba vengarse.

Por el modo en que Slater aludía a sus relaciones, supuse que él y el ser luminoso se habían enfrentado en igualdad de condiciones; que en su existencia onírica, el hombre era también un ser luminoso de la misma raza que su enemigo. Esta impresión la confirmaban sus frecuentes referencias a volar por el espacio y abrasar ideas se interpusiese en su camino. No obstante, tales ideas las formulaba en unos términos rudimentarios y totalmente inapropiados para expresarlos, circunstancia que me llevó a la conclusión de que si existía efectivamente un mundo onírico, el lenguaje oral no era su medio de transmisión de pensamientos. ¿Sería quizá, que el alma soñadora que habitaba este cuerpo inferior estaba luchando desesperadamente por decir cosas que la lengua simple y defectuosa de la torpeza no era capaz de expresar? ¿Acaso me encontraba ante emanaciones intelectuales que podían explicar el misterio, con tal de que fuese yo capaz de aprender a descubrirlas y leerlas? No dije nada de todo esto a los médicos mayores que yo, pues la madurez es escéptica, cínica, y está poco dispuesta a aceptar ideas nuevas. Además, el director de la institución me había advertido últimamente, con su tono paternal, que trabajaba demasiado; que mi cabeza necesitaba descansar.

Yo tenía desde hacia tiempo la convicción de que el pensamiento humano está compuesto fundamentalmente de emociones moleculares capaces de convertirse en ondas o radiaciones de energía como el calor, la luz y la electricidad. Esta creencia me había llevado muy pronto a pensar en la posibilidad de establecer comunicación telepática o mental por medio de un aparato adecuado, y en mis tiempos de la universidad había confeccionado un juego de aparatos transmisores y receptores, en cierto modo semejantes a los voluminosos artilugios utilizados en la telegrafía sin hilos de esa época rudimentaria anterior a la radio. Los había probado con un compañero de estudios, aunque no había conseguido ningún resultado positivo; luego los había empaquetado y arrinconado, junto con otros chismes científicos, por si me hacían falta más adelante.

Ahora, en mi intenso deseo de sondear la vida onírica de Joe Slater, busqué estos instrumentos otra vez, y me pasé varios días reparándolos para ponerlos en funcionamiento. Cuando los tuve a punto nuevamente, no perdí ocasión de probarlos. Cada vez que Joe Slater sufría un acceso, acoplaba el transmisor en su frente y el receptor en la mía, efectuando constantes y delicados ajustes para distintas e hipotéticas longitudes de onda de energía mental. Yo tenía muy poca idea, caso de que se produjera dicha transmisión, de cómo las señales mentales emitidas despertarían una respuesta inteligente en mi cerebro; pero estaba convencido de que

podría percibirías e interpretarlas. De modo que seguí adelante con mis experimentos, aunque sin informar a nadie de su naturaleza.

Y el veintiuno de febrero de 1901, ocurrió. Al pensar en ello ahora, después de tantos años, me doy cuenta de lo inverosímil que parece, y a veces me pregunto si el doctor Fenton no tenía razón cuando lo atribuyó todo a mi excitada imaginación. Recuerdo que me escuchó con gran amabilidad y paciencia cuando se lo conté, pero después me dio unos polvos sedantes, y me concedió medio año de vacaciones, de las que empecé a disfrutar a la semana siguiente.

Aquella noche fatídica me sentía enormemente inquieto y preocupado, ya que a pesar de los excelentes cuidados que Joe Slater recibía, se moría de manera inequívoca. Quizá era la nostalgia de su libertad en las montañas lo que le consumía; o puede que el trastorno de su cerebro se había vuelto demasiado agudo para poderlo soportar su organismo indolente; el caso es que la llama de la vitalidad se iba apagando en aquel cuerpo decadente. Cayó en un sopor al acercarse el final, y al anochecer se sumió en un sueño inquieto.

No le puse la camisa de fuerza, como era costumbre cuando dormía, ya que le vi demasiado débil para que se pusiese peligroso, aun cuando sufriera un acceso de violencia antes de expirar. Pero ajusté en su cabeza y en la mía los dos extremos de mi «radio» cósmica, esperando, contra toda esperanza, un primer y último mensaje del mundo de los sueños, en el escaso tiempo que quedaba. En la celda, con nosotros, estaba un enfermero, un tipo mediocre que no entendía el objeto de mi aparato, ni se le ocurrió preguntarme qué estaba haciendo. Pasadas algunas horas, le vi inclinar pesadamente la cabeza vencido por el sueño, pero no le molesté. Yo mismo, sosegado por las rítmicas respiraciones del hombre sano y del moribundo, empecé a cabecear poco después.

El rumor de una melodía lírica y misteriosa me despabiló. Cuerdas, vibraciones, armonías extáticas resonaban apasionadamente en todas partes, en tanto que, ante mis ojos arrobados, irrumpía un prodigioso espectáculo de absoluta belleza. Muros, columnas y arquivadas de fuego viviente resplandecían cegadores alrededor del lugar donde yo parecía flotar en el aire, y se elevaban hasta una cúpula de altura infinita e indescriptible esplendor. Mezclándose con este alarde de radiante magnificencia, o más bien suplantándolo periódicamente en calidoscópica rotación, surgían fugaces visiones de inmensas llanuras y valles graciosos y altísimas montañas y grutas seductoras, todo ello adornado con los atributos más encantadores que mis fascinados ojos eran capaces de concebir, aunque formado de una sustancia plástica, esplendorosa y etérea, que participaba tanto del espíritu como de la materia. Mientras miraba, me di cuenta de que en mi propio cerebro estaba la clave de estas encantadoras metamorfosis; pues cada paisaje que se me aparecía era el que mi mente cambiante deseaba contemplar. En medio de estas regiones elíseas, yo no era un extraño; pues cada visión y sonido me era familiar; como lo había sido antes, durante innumerables evos de eternidad, y lo seguiría siendo eternamente en el futuro.

Luego se acercó el aura resplandeciente de mi hermano de luz y entabló un coloquio conmigo, de alma a alma, en mudo y perfecto intercambio de pensamientos. Era la hora del triunfo inminente; pues, ¿acaso no iba a escapar al fin para siempre mi compañero de la periódica y degradante esclavitud, y se disponía a seguir al maldito opresor hasta los supremos campos del éter, desde los cuales podía lanzar una venganza cósmica y abrasadora capaz de hacer estremecer las esferas? Estuvimos flotando así algún tiempo, hasta que, percibí un leve emborronamiento de los objetos que nos rodeaban, como si una fuerza me llamase a la tierra... que era adonde menos deseaba yo ir. La forma que estaba cerca de mi pareció sentir el mismo cambio también, ya que gradualmente llevó su discurso hacia una conclusión, se dispuso a abandonar el escenario, y desapareció de mi vista algo menos rápidamente de como lo habían hecho los demás objetos. Intercambiamos unos cuantos pensamientos más, y supe que el ser luminoso y yo debíamos volver a la esclavitud, aunque para mi hermano de luz sería la última vez. Casi consumido su doloroso caparazón terrestre, mi compañero tardaría menos de una hora en liberarse, y estar en disposición de perseguir al opresor a lo largo de la Vía Láctea y más allá de las estrellas, hasta los mismos confines del infinito. Un impacto muy definido separa mi impresión final del evanescente escenario luminoso respecto de mi súbito y algo avergonzado despertar y enderezamiento en la silla, al ver moverse de manera vacilante la agónica figura de la cama. En efecto, Joe Slater se estaba despertando, aunque quizá por última vez. Al observarle con más atención, vi que en sus flacas mejillas brillaban unas manchas de color que nunca había tenido. Sus labios, también, parecían extraños: los tenía muy apretados, como por la fuerza de un carácter más enérgico que el que siempre había manifestado el paciente. Por último, empezó a ponerse la cara tensa, y volvió la cabeza desasosegadamente y con los ojos cerrados.

No desperté al enfermero dormido, sino que volví a ajustarle el casco de mi «radio» telepática, que se le había ladeado ligeramente, dispuesto a captar cualquier mensaje de despedida que el soñador pudiera emitir. De pronto, volvió la cabeza con energía hacia mi, con los ojos abiertos, y me quedé mirándole con asombro. El hombre que había sido Joe Slater, el decadente de Catskill, me observaba con ojos luminosos y dilatados cuyo azul parecía haberse vuelto sutilmente más profundo. En aquella mirada no se percibía rastro alguno de locura ni de degeneración, y tuve la certeza de que estaba viendo un semblante tras el que había una mente activa de primer orden.

En esta coyuntura, mi cerebro tuvo conciencia de estar recibiendo una influencia firme y externa. Cerré los ojos para concentrar más profundamente mis pensamientos, y vi recompensado este esfuerzo por el conocimiento positivo de que mi tanto tiempo anhelado mensaje mental había llegado al fin. Cada idea transmitida adquirió forma rápidamente en mi mente; y aunque no se utilizó ningún lenguaje real, mi habitual asociación de concepción y expresión fue tan grande que me pareció recibir el mensaje en inglés ordinario.

Joe Slater ha muerto —me llegó la voz paralizadora de un agente de más allá del muro del sueño. Mis ojos abiertos buscaron el lecho del dolor con horrorizada curiosidad, pero los ojos azules aún me miraban serenamente, y el semblante aún estaba animado por la inteligencia—. Es mejor que haya muerto, ya que no estaba preparado para contener el intelecto activo de una entidad cósmica. Su cuerpo grosero no ha podido soportar los ajustes necesarios entre la vida etérea y la vida planetaria. Era demasiado animal, demasiado poco humano; sin embargo, gracias a su deficiencia, has llegado tú a descubrirme, ya que las almas cósmicas y las planetarias no deberían encontrarse jamás. El ha sido mi tormento y mi prisión diurna durante cuarenta y dos de vuestros años terrestres.

«Soy una entidad como aquella en la que tú mismo te conviertes cuando duermes libremente sin sueños. Soy tu hermano de luz, y he flotado contigo por los valles resplandecientes. No me está permitido hablar al yo vigil de tu ser real; pero somos vagabundos de los espacios inmensos y viajeros de los vastos períodos de tiempo. Quizá, el año próximo, esté yo morando en el Egipto que vosotros llamáis antiguo, o en el imperio cruel de Tsan Chan, que llegará dentro de tres mil años. Tú y yo hemos vagado por los mundos que giran en torno al rojo Arcturus, y hemos vivido en los cuerpos de los filósofos-insectos que se arrastran orgullosos sobre la cuarta luna de Júpiter. ¡Qué poco conoce el yo terrestre la vida y sus dimensiones! ¡Qué poco, en efecto, debe saber, para su propia tranquilidad!

»No puedo hablar del opresor. Los de la tierra habéis notado inconscientemente su lejana presencia... vosotros, que sin saberlo disteis ociosamente el nombre de Algol, la estrella del Demonio a ese faro parpadeante. Durante evos interminables he intentado en vano enfrentarme y vencer al opresor, retenido por ataduras corporales. Esta noche voy como una Némesis portando justa y abrasadoramente la venganza cataclísmica. Mírame en el cielo, muy cerca de la estrella del Demonio.

»No puedo seguir hablando, ya que el cuerpo de Joe Slater se está quedando frío y rígido, y el tosco cerebro está dejando de vibrar como yo quiero. Has sido mi único amigo en este planeta, la única alma que me ha sentido y me ha buscado en la repugnante forma que yace en este lecho. Nos veremos otra vez, quizá en las brillantes brumas de la Espada de Orión, quizá en una meseta desolada del Asia prehistórica, quizá en sueños no recordados esta noche, o bajo alguna otra forma, en los evos venideros, cuando el sistema solar haya dejado de existir».

En ese instante se interrumpieron bruscamente las ondas de pensamiento, y los pálidos ojos del soñador —¿o debo decir del hombre muerto?— comenzaron a vidriarse como los de un pez. Medio estupefacto, me acerqué a la cama y le cogí la muñeca, pero la encontré fría, rígida, sin pulso. Volvieron a palidecer las mejillas, y se abrieron los gruesos labios revelando los dientes repulsivamente corroídos del degenerado Joe Slater. Me sacudió un escalofrío; eché una manta sobre el rostro espantoso, y desperté al enfermero. Luego salí de la celda y me fui en silencio a mi habitación. Sentía un inexplicable y repentino deseo de dormir y soñar cosas que no

debo recordar.

¿El clímax? ¿Qué informe puramente científico puede presumir de tal efecto retórico? Me he limitado a consignar ciertos hechos que considero reales, para dejar que vosotros los interpretéis a vuestro gusto. Como he reconocido ya, mi director, el doctor Fenton, niega que sea real lo que he relatado. Jura que sufrí una crisis nerviosa, y que necesitaba muchísimo esas largas vacaciones pagadas que tan generosamente me concedió. Me asegura por su honor profesional que Joe Slater era un paranoico profundo, cuyas fantásticas ideas debían provenir de toscas historias que siempre se transmiten de generación en generación, aun en las comunidades más decadentes. Todo eso me dice... sin embargo, no puedo olvidar lo que vi en el cielo, la noche siguiente a la muerte de Slater. Para que no me creáis un testigo parcial, dejo que otra pluma añada este testimonio final, que quizá aporte ese clímax que esperabais. Cito literalmente la reseña sobre la estrella Nova Persei de las páginas de esa eminente autoridad en astronomía que es el profesor Garret P. Serviss:

«El 22 de febrero de 1901, el doctor Anderson de Edimburgo descubrió una nueva y maravillosa estrella, no muy lejos de Algol. Hasta ahora, no se había visto estrella alguna en ese punto. Dentro de veinticuatro horas, la desconocida había adquirido tal brillo que había superado el resplandor de Capella. En el plazo de una semana o dos, había menguado visiblemente, y en el curso de unos meses apenas se distinguía a simple vista».

Hambre

Francisco Lezcano Lezcano

1. El sol quemaba como metal fundido. La tierra humeaba ardiente. Quinientos hombres recorrían el desierto. Quinientos supervivientes al hambre que la falta de agua había repartido sobre los campos. Mil fueron al principio: los que salieron de la zona más castigada, ya muy lejos detrás de ellos. Andaban sin fuerzas, depauperados, agotados y hambrientos; casi perdida la esperanza de llegar vivos a un lugar donde el murmullo del agua y el paisaje de los prados devolviese la sonrisa a los ojos y la vida a la carne...

I. Klaunio miró a su compañero. Klasba tenía las facultades supranormales de levitación y de transporte en tensión, pero todo iba mal porque continuaban perdiendo dirección y altura a velocidad supersónica, la operación contacto parecía destinada al fracaso. gotas de rosado sudor empezaban a brotar sobre la piel de los astronautas. Klaunio se concentró más aun, intentando sostener la cohesión molecular de la burbuja psíquica de traslado... el miedo iba introduciéndose en sus espíritus... el esfuerzo fabuloso había tintado de violeta intenso el rostro de los dos mensajeros...

2. La pobre gente, embrutecida e ignorante, marchaba hacia utópicos campos de trigo que nadie sabía dónde estaban. Entre palabrotas algunas voces pedían comida. Y, en efecto, era lo que necesitaban. Pero, ¿quién tenía la posibilidad de dársela? ¿La arena? Todos sabían que la arena no podía producir alimentos.

II. Klaunio y Klasba no podían más, contemplaban asustados cómo el sol venía hacia ellos y cómo, por momentos, sus facultades mentales energéticas perdían eficacia, la causa del fracaso no podían figurársela, las moléculas de la burbuja estaban a punto de esparcirse en todas direcciones.

Los sudorosos y violetas navegantes iban adquiriendo la certidumbre de que la proyectada teletransportación discurría hacia el fracaso. Klasba, rígido y tembloroso, con un gemido que reflejaba angustia infinita, habló precipitadamente:

—Continúa, resiste, yo estoy acabado, no puedo más. —E inmediatamente desapareció, como si nunca hubiese existido.

3. Algunos pensaban que era mejor dejarse caer al suelo para, al menos, reposar hasta que la muerte fuera a buscarlos. Sólo un viejo profesor monologaba sin cesar, no por convencer, sino con el único propósito de darse valor a sí mismo. Los demás ya no se quejaban.

—«Un día los hombres no morirán de hambre. Ellos vendrán para enseñarnos mil maneras de hacer pan, mil modos de obtener alimentos. Nadie huirá. Nadie esperará a que la harina le caiga del cielo, pues hasta los niños sabrán hallar la comida que abunda en el mundo y cuya fuente aún no nos ha sido revelada. Alguna idea llegará explicando a los hombres cómo unirse contra los que se llevan el grano a paletadas, contra los que olvidan los caminos cubiertos de muertos...».

III. Klaunio se superconcentró, pero no pudo dar más de sí. Y regresó al punto de partida. La burbuja, sin ataduras materializantes, se disolvió en el aire con la suavidad de una pluma. Las partículas de su extraordinaria materia fueron cayendo como ligeros copos de nieve...

4. Los hombres miraron atónitos al cielo. Parecía nevar a pleno sol. Un alucinado probó los copos y, súbitamente lleno de euforia, comenzó a gritar:

—¡Milagro! ¡Milagro!

Todos, saltando y llorando de alegría, masticaban a dos carrillos, se llenaban la boca con aquellas escamas blancuzcas, agradables al paladar, que estaban tapizando las dunas...

Haldous

Francisco Lezcano Lezcano

I

Deandrés levantó la mirada del cuestionario al presentir repentinamente que Haldous hacía más de media hora que no rodaba por allí; a menudo solía meterse bajo la mesa, pero no estaba.

—Señorita —preguntó a su secretaria, sentada frente a la automáquina para escribir—, ¿y Haldous?

—Él sabrá —le respondió, con clara aversión, reflejada por el tono de voz y el gesto de la cara—. Prefiero que no esté aquí. Ya sabe usted que no lo soporto.

—Pero, mujer...

—Sí, tal vez sea una tontería, pero Haldous me crispa. Sin embargo, los ratones me gustan.

Deandrés levantó las cejas, sorprendido.

—... Mi deseo es que ojalá Haldous se haya destornillado por ahí... Los del sótano, también.

—Bueno, Alicia, no es para tanto.

La señorita se volvió con actitud indiferente a su trabajo. Pulsó el botón rojo de la automáquina, ajustando al mismo tiempo el adaptador para «tono de voz más bajo» y, de una forma monótona, comenzó a hablar; la automáquina escribía cada palabra pronunciada.

Deandrés, preocupado, sacó de un cajón de la mesa el Controlador a transistores y lo puso en marcha. El bip-bip emitido por la pequeña caja tuvo la virtud de llenarle de tranquilidad: significaba que Haldous andaba cerca. Retornó el aparato de control a su puesto y de nuevo se sumergió en el absurdo interrogatorio del cuestionario. Al poco rato un repiqueteo sobre la puerta volvió a sacarlo de sí.

—¡Pase! —dijo alegremente, al reconocer el característico golpeteo de Haldous.

El androide entró tambaleándose, en apariencia poco seguro sobre sus cuatro patas. Se detuvo en el centro de la estancia para recoger una bola de papel dejada caer por descuido, y con delicadeza la depositó en la papelería. Luego se aproximó hasta la mesa para entregar un paquete de correspondencia.

—¡Ah! —se explicó Deandrés—. Fuiste en busca de las cartas.

Haldous, que no podía hablar y que hacía las cosas porque se le había grabado como deber, ni se detuvo a escuchar, caminó con lentitud hacia un enchufe de toma

eléctrica en la pared e introdujo en él su antena especial para cargarse las baterías, que estaban vacilando por falta de energía; luego giró sobre sí mismo ronroneando como un gato satisfecho y, metiéndose bajo la mesa, replegó las cuatro patas, los dos brazos articulados y las tres antenas, quedando con su apariencia de barril metálico de inexplicable uso.

Deandrés, ante tanta efectividad desplegada, dijo instintivamente:

—¡Le felicito por su eficiencia!

Y luego rió de su propia tontería.

—¡Esto faltaba! —exclamó la secretaria, apagando la automáquina—. Tratar a esa masa de alambres como a un botones de carne y hueso me parece demasiado.

—¡Pero, Alicia!... Yo no me explico lo que le ha ocurrido a usted con Haldous —insinuó Deandrés con bromista picardía—. Sea lo que sea, me parece exagerada su actitud frente al servicial androide.

—Llámelo histerismo, neurosis, complejo o manía. Lo único claro es que me pone los pelos de punta.

—Y sus cosas en orden —cortó Deandrés, aún bromeando.

En efecto: Haldous recogía del suelo todas las basuras. Nada se perdía con Haldous allí. Ningún departamento quedaba en desorden. Él se movía continuamente de un lado para otro barriendo y ordenando. A menudo era el único capaz de hallar algo que se había extraviado. Aunque la inteligencia de Haldous no parecía superior a la de una hormiga (o al menos a la que vulgarmente se supone en uno de estos insectos), merecía todos los respetos. El androide era realmente utilitario.

II

Habían sonado las cuatro de la mañana cuando Martín, que se había casi dormido en la silla, alzó la cabeza para prestar atención al sonido que le acababa de sobresaltar. Él hacía durante las noches unas horas de turno, las últimas, aunque más para revisar el funcionamiento de los aparatos electrónicos montados en el edificio que para velar de guarda sereno. En realidad, su labor era uno de los trabajos que el Estado daba a los jubilados o afectados por algún defecto físico. Allí realmente no hacía falta vigilante, porque la Agencia de Transporte era inexpugnable; al menos es lo que pregonaba la Compañía Aseguradora... Haldous solía a menudo aproximarse hasta el puesto del vigilante, recogía las colillas del suelo y regresaba a cualquier rincón de su gusto. Era el único que fuera de las horas de trabajo andaba correteando por los pasillos. Pero, no: Martín sabía que, hecho como estaba al tap-tap del androide, no había sido lógica aquella alarma subconsciente que le había despertado. Tenía que haber otra cosa...

—¡Haldous! ¡Haldous! —llamó.

Pero el androide no vino. Al rato, cuando todo le pareció tranquilo, se encogió de hombros, haciendo un gesto despectivo, y volvió a sentarse. Recogió la novela que se le había caído al suelo y recommenzó la lectura, pero no pudo hacerlo mucho tiempo, porque un rayo de luz verde, surgiendo de algún punto en el aire, dio a Martín entre las cejas y al instante rodó fosforescente por el piso; al poco se apagó lentamente, reseándose poco a poco como una arcilla que a la vez se desmorona...

Cuando Haldous llegó, del viejo Martín sólo quedaba un montón de polvo gris, que el androide juntó con una pala, para echarlo al vertedero principal; era su misión.

III

Al siguiente día los empleados fueron —igual que siempre— llegando en sus neumocoches. En seguida comprendieron que algo anormal sucedía. Los neumocoches aterrizaban en la pista instalada de la azotea del edificio comercial. No tropezaban nunca con dificultades mayores, porque todo estaba electrónicamente resuelto, y no tropezaban con dificultades menores, porque Martín solía estar cerca para resolverlas, cuando no Haldous.

Deandrés bajó de su vehículo y se acercó con el ceño fruncido al grupo de empleados, que casi a una le dijeron:

—No están. Martín no está. Haldous tampoco. Y los ascensores no funcionan.

—Es falso —afirmó Deandrés, pensativo—. Tienen que encontrarse dentro. Pero debe haberle ocurrido algo al viejo. Haldous nos lo dirá.

Deandrés volvió a su neumocoche y por la emisora portátil comenzó a emitir un mensaje:

—Haldous, Haldous, Haldous...

No hubo que esperar la respuesta más de quince segundos.

—Haldous aquí, Haldous aquí, Haldous aquí.

Deandrés suspiró claramente satisfecho. Repitió varias veces una orden.

Todos los arremolinados en torno a la emisora estaban seguros que recibirían de inmediato la señal afirmativa. Pero Haldous envió monótonamente:

—Martín no está, Martín no está, Martín no está.

Ante la imprevista y desconcertante respuesta, nadie supo reaccionar al primer instante.

Alguien balbuceó, perplejo:

—Es absurdo. Todo está cerrado desde dentro. No se puede haber marchado a través de las paredes.

Deandrés envió otra orden:

—Haldous: Botón de Emergencia.

Esta vez el androide actuó con la normalidad esperada y al poco el ascensor estaba funcionando y el camino franco a todas las dependencias. Si Haldous hubiese fallado, automáticamente Haldous II habría salido de su «garaje» en el sótano y efectuado el trabajo.

IV

Como era de esperar, las cosas estaban en orden. Buscaron a Martín hasta en los sitios más absurdos. Pero, ¿quién iba a suponer dónde y cómo hallarle? Al fin, cansados de hacer indagaciones, avisaron a la policía.

Más tarde, ella sólo pudo llegar a la misma conclusión: absurdo total.

Reunidos en el gran salón fumador, policías y empleados, director y secretaria, trataron de buscar una solución aceptable para el enigma. Pero, como es lógico, todas las hipótesis resultaron negativas.

Haldous, infatigable, barría cenizas y colillas con su maquina adiestramiento para el orden y la limpieza.

La voz del inspector de policía sobresalía sobre el tono general del murmullo.

—Tiene que existir una explicación. Es imposible que ese hombre haya desaparecido como una nubecilla de polvo.

Haldous se detuvo en seco. La palabra «polvo» le hizo emitir un chirrido que obligó a todos a volver los ojos hacia él. Se aproximó el androide hasta las piernas de Deandrés y comenzó a empujarle.

—Creo que sabe algo —afirmó, aunque no demasiado convencido, pero dejándose llevar.

El inspector Mac y los dos subalternos le siguieron. Llegaron al sótano. Haldous levantó una alfombra puesta junto a la estrecha boca del vertedero general y señaló el montoncito de polvo gris acumulado allí.

—¡Maldito! —exclamó Deandrés—. ¿Para esta idiotez nos has traído? —Y levantó la pierna con ánimo de dar una patada al fiel androide—. ¿Cuándo me daré cuenta del hecho que sólo eres una tonta máquina?

—¿Qué ocurre? —preguntó el inspector Mac, mirando sobre el hombro de Deandrés.

—Nada. Le enseñé esta broma hace tiempo: meter basuras bajo las alfombras, y ahora un fallo en el circuito le ha hecho recordarla sin venir al caso. Vámonos.

Serían aproximadamente las cuatro de la mañana, cuando Haldous, actuando por rutina, se acercó al lugar donde Martín solía sentarse. Aún no habían puesto a otro... Un rayo de luz verde, surgiendo de algún punto en el aire, dio a Haldous en el centro de su bruñido cuerpo metálico, que al instante se tornó luminoso, luego poco a poco se apagó, disgregándose como un montón de hierro herrumbroso. Cuando Haldous II llegó al lugar, recogió rápidamente el cúmulo de polvo rojizo y lo transportó hasta el vertedero. Él no metió ni una mota bajo la alfombra.

El pasillo quedó desierto. Tenuemente iluminado por la autoluz de las paredes, tenía un aspecto fantasmal. Algo, una sustancia, una cosa transparente, se movía a lo largo del paso, llegaba del suelo al techo y rozaba los laterales; parecía agua, o un efecto así como esa reverberación de la atmósfera en los días de intenso calor de verano. La cosa abstracta avanzó hasta llegar a la pared del fondo, se detuvo un instante y luego atravesó el muro como lo haría un espíritu. Al otro lado del muro había una escalera. Al final de la escalera una gruesa puerta de acero y un hipersensible sistema de alarma contra robo. Al otro lado de la puerta de acero un botellón superblindado conteniendo cinco litros de petróleo, reliquia del pasado, que valía millones de créditos. La informa espectral no tuvo dificultad para llegar hasta allí. Y tal como la ameba se envuelve a su alimento, lo mismo hizo en torno a la bombona y, alzándola del suelo, desapareció con ella por donde había surgido.

Martín, Haldous y el Petróleo... Jamás nadie supo hallar una solución para el misterio.

Pero, a muchos años luz de la Agencia Comercial, millones de seres fantasmales revivieron gracias a cinco litros de petróleo bruto...

La misteriosa ciudad de Aurora

Alvaro Fernández Suárez

I - AURORA A LA VISTA

Onfil soltó la carga de bombas. Era sólo para aliviar el aparato con el fin de tomar altura sobre el espinazo de la cordillera. Se trataba de simples explosivos rompehielos que siempre llevaban los aviones de aquel tipo, contruidos especialmente para vuelos antárticos.

Y en el mismo instante cesó el rozar del motor, cuya confortadora potencia daba la sensación de que la pesada máquina descansaba en el suelo firme. Se hizo un silencio total. Parecía como si el aire se hubiera muerto de repente. Sin embargo, el avión, en vez de caer a tierra, se mantuvo en suspenso, inexplicablemente colgado en el vacío.

Marcos Onfil quiso informar de su asombro al observador. La llamada se formó nítidamente en su cerebro.

—Hernán... Hernán...

Pero no salió ninguna voz, ningún sonido. Quiso operar con los mandos. Sus miembros no le obedecieron. Todo paralizado: ni aun de miedo se le estremecía la más mínima partícula de su piel. La conciencia de Onfil flotaba en un punto indeterminado, diríamos fuera del espacio, y su cuerpo se había convertido en una entidad ajena e inerte. La luz que envolvía el aparato se había vuelto sólida. Y a popa del avión —esto no podía verlo Onfil, por supuesto— estaban las bombas, quietas, como una fotografía instantánea.

Este milagro —de algún modo será preciso designarlo por el momento— no era el único motivo de asombro que les deparaba aquel vuelo desde su salida de la base, un puesto avanzado de exploración en el continente antártico. Se les había encomendado que reconociesen la vertiente incógnita de una cordillera muy maciza. A vista de pájaro, el paisaje de las montañas era un encrespado mar de olas blancas que galopaban hasta el horizonte, sin otros accidentes, en su implacable candidez, que algunos raros y menudos arrecifes oscuros, picachos, dientes de serranía tan afilados y tan inhóspitos que ni siquiera retenían la nieve.

Pasada la línea de las cumbres, los montes se iban degradando y Onfil quedó admirado al descubrir, más allá, un país libre de hielo, en el que verdeaban árboles y praderías. Había oído hablar de comarcas del Ártico y aun del Antártico con un clima bastante suave; y hasta en alguno de sus vuelos había encontrado —si bien nunca en

latitud tan avanzada— lagos azules y tierras con tan amable tempero que, entre las plantas florecidas, paseaban las abejas su laboriosidad sonora. Pero lo que ahora estaba viendo Onfil excedía toda otra causa de estupor: no era sólo la vegetación del valle, sino que entre esa vegetación asomaban los tejados de una ciudad. Onfil pensó vagamente en las poblaciones alpinas de Suiza y de Saboya que había visto, también desde un avión, cuando su viaje a Europa. En aquel momento, el sol —que se iba acostando por poniente, pues era cerca de la medianoche— hizo relumbrar el vidrio rojo de una claraboya. Onfil se restregó —se había restregado— los ojos para señalarle al observador aquel paisaje increíble. Hernán había asentido con un movimiento de cabeza pero sin dar muestras de asombro, lo que le produjo una sensación de incomodidad a Onfil. Afrontar con naturalidad, de modo impasible o tranquilo aquel hecho, se le antojaba casi una ofensa personal. En cuanto al mecánico, no se había enterado de nada porque iba durmiendo a popa.

Al entrar el avión en el cielo de la vertiente, se había hundido de pronto en un bache, como si hubiera reventado bajo sus alas una gigantesca pompa de aire. Después voló lisamente, en descenso, por encima de una masa de abetos que bajaban la montaña en filas militares.

Fue entonces cuando se detuvo el motor y todo quedó paralizado. Pero la paralización duró sólo un brevísimo instante, inimaginablemente breve, un instante en el que la sangre dejó de circular, los procesos vitales dejaron de realizarse en la secretísima y compleja intimidad de las células. Fue una quietud tan absoluta que ni siquiera la muerte se movió, el algo que hacer para morir no pudo hacerse. En rigor, no sabemos lo que le sucedió a Onfil, lo que les sucedió a los aviadores que iban con él: intentamos dar una versión de sus palabras, la formulación verbal de una experiencia al parecer imposible de narrar o describir. Onfil dice, cuando se aviene a evocar este recuerdo de su vida, que fue como si hubiera vivido en un mundo intemporal, lo que sería tanto como haber estado en una región donde puede habitar el espíritu, no el cuerpo. Pero este modo de decir quizá sea una elaboración muy posterior al suceso mismo y a lo que entonces sintió, y sospechamos que alguno de sus oyentes se lo ha sugerido mucho después. Suena demasiado a «idea», a concepto intelectual, a tentativa ulterior de racionalización, a hipótesis probablemente deducida de lo que le dijo más tarde a Onfil cierto señor Ross, ciudadano de Aurora. Pero dejemos esto.

Lo cierto es que el motor recuperó en seguida el aliento, y el aparato dio un salto hacia adelante. En ese mismo momento funcionó la radiotelefonía y Onfil recibió la orden de aterrizar en un aeródromo del que le dieron todos los señalamientos necesarios. En seguida los aviadores oyeron una serie de explosiones en cadena. Las bombas habían caído. Sin saber qué pensar de todo aquello, Onfil obedeció las instrucciones, y voló hacia la ciudad cuyas casitas se encimaban en riscos y colinas. Junto a la población pasaba un río, quieto y brillante, y más lejos se divisaba una cascada, también inmóvil, que parecía una cola de caballo hecha de vidrio. Muy lejos

cerraba el horizonte una barrera de refulgentes montañas altísimas. El aire del valle era transparente, pero líquido, con luz de acuario, y en la parte más baja se divisaba una especie de pozo redondo, un lago circular del que se levantaban vapores blancos.

A poco el aparato se posaba en el terreno, no lejos de la ciudad.

La operación de aterrizar en nada se diferenció de cualquier otro aterrizaje, salvo la visión, en planos inclinados y veloces, de la arquitectura, un tanto extraña. Era una sensación vaga de llegar a un país exótico, con algo de comarca alpina, pero las formas de las casas y palacios eran raras: construcciones circulares de vidrio o de otro material transparente pasaron bajo las alas.

Detenido el avión, apenas el observador abrió la portezuela apareció una cabeza rubia y sonriente, una cabeza de hombre joven:

—Señores —dijo la cabeza—, Guillermo Ross, a sus órdenes. Soy su *cicerone*... —Aquí soltó una risita de la que podía deducirse que ser *cicerone* era una ocupación absurda y risible, o bien que el señor Ross tenía demasiada importancia para dedicarse a tal oficio, y esto último pensaron en el acto los aviadores, por lo menos Onfil, pues los otros solían pensar lo menos posible. Luego, Guillermo Ross añadió —: Sean bien venidos a Aurora.

Los tres aviadores saludaron brevemente mientras saltaban a tierra. Guillermo Ross los condujo hasta un bar del aeródromo, luego de haber obtenido el asentimiento de los huéspedes a la idea de tomar un refrigerio.

Se sentaron a una mesa, en una rotunda vidriera. Y aquí la primera sorpresa de los aviadores desde su llegada.

Onfil miraba el hecho con los ojos atónitos. El mecánico Hefaist, casi con expresión de miedo. En cuanto a Hernán, estaba extrañado, sólo extrañado. Era el caso que una ristra de platos, una fuente, un jarro, cubiertos y otros adminículos iban en viaje hacia la mesa, por el aire. Cuando los aviadores repararon en el fenómeno, los objetos estaban ya en vuelo por el salón y no pudieron averiguar de dónde habían salido. Toda aquella tropa de cosas fue posándose con suavidad ante cada uno de ellos o en el centro de la mesa, incluso un florero. Tenían allí la comida y la bebida. Hernán no la tocó durante un momento, pero era tan apetitoso el bistec que pronto se resolvió a acometerlo. El mecánico contemplaba el plato con desconfianza, como un perro a quien le dan de comer algo demasiado caliente y Onfil miraba a Ross, que estaba sentado a la mesa, aunque para él no había ningún servicio.

—¿Por qué no come? —preguntó Ross dirigiéndose a Onfil.

El tono de la pregunta era sencillo, sin ironía. Luego, pareció comprender, y añadió:

—Perdonen que no les haya advertido. Espero que no les quite el apetito... Ya les explicaré. No tiene ninguna importancia. Ahora coman, por favor.

Los alimentos eran tan gustosos que los tres aviadores acogieron las posteriores y endiabladas idas y venidas de la vajilla como si estuvieran acostumbrados a comer con servicio volandero desde su más tierna infancia. Tenían mucha hambre.

Antes de que se levantasen de la mesa, Guillermo Ross les propuso:

—Si les parece, los llevaré a descansar a su alojamiento. Mañana les enseñaré la ciudad.

Salieron a la puerta del aeródromo. Ya había amanecido antes de aterrizar y ahora la mañana brillaba con la cara recién lavada, fresca. (En aquella latitud el sol entra y sale detrás de las montañas como un actor que se retira un momento del escenario para volver con otro traje: era verano). El terreno, bastante elevado, permitía ver desde allí una parte de la ciudad, con sus casas encaramadas por alcores y riscos. Parecía un nacimiento mecánico en el que muchas cosas se movían con el automatismo de un aparato de relojería. Las calles —literalmente hablando— parecían subir y bajar por las colinas llevándose a los pocos transeúntes mañaneros. Los aviadores tenían la sensación de algo anormal y extraño, pero desde aquel lugar, a distancia, no acertaban a fijar la índole de la anomalía.

—¿Quieren que vayamos en automóvil o en moviestático? —preguntó Ross.

—En moviestático —contestó Onfil.

Hernán le echó a Onfil una mirada que quería decir «pedante» o algo parecido. Y era porque Hernán no sabía lo que fuese el «moviestático» y no le gustaba que otros alardearan de saber cosas que él ignorase. Pero Onfil tampoco tenía la menor idea de semejante vehículo, o lo que fuera.

—Vamos —dijo Ross.

Ross iba vestido con una especie de blusa ornamentada con aves y flores fantásticas, de colores, sobre fondo azul, pantalón corto y zapatos, todo hecho de un material liso y brillante que hacía reflejos a la luz.

Al decir «vamos», Ross invitaba a sus huéspedes a tomar asiento en unos bancos muy cómodos, con cojines neumáticos, forrados con tejido brillante como el de su traje, aunque probablemente —pensó Onfil, que lo miraba todo— de calidad inferior. Los asientos en cuestión tenían respaldo, parecido al de los bancos que hay en los trenes. Pero estaban al aire libre, puestos allí, delante del edificio del aeródromo, como a propósito para descansar viendo el paisaje.

Los tres aviadores se sentaron y Ross también, creyendo que se trataba de esperar el vehículo que habría de llevarlos a Aurora. Ross, siempre amable, en su oficio de *cicerone*, empezó a elogiar las bellezas naturales del país. Lo que entonces sucedió fue motivo de que se encontrasen —dejado el tema del paisaje— trabados en una conversación que nos parecerá un poco incongruente:

—Eso de que los vehículos deban andar por las carreteras es un prejuicio —decía Guillermo Ross, esta vez con una punta, apenas perceptible, pero cierta, de cólera. Era que respondía a una observación de Hernán hecha en tono un poco molesto quizá. Hernán tenía un carácter así, que él llamaba franqueza.

—¿Es que deben andar las carreteras por los vehículos? —replicó Hernán. Lo dijo con sarcasmo como si la forma de locomoción de Aurora tuviera algo de ofensivo para los visitantes extranjeros. A Hernán le fastidiaba que la gente «presumiese»

como él decía. Por ejemplo, que le gustase cierta música o cierta poesía que a él le resultaba ininteligible. Ross pareció darse cuenta de este rasgo de carácter del aviador y replicó con indulgencia un poco irónica:

—¿Por qué no?

Y era que ante ellos, en serena procesión, pasaban montes, pasaban árboles, pasaban casitas, rientes moradas de arquitectura muy «moderna», según el comentario de Hernán.

—¿De modo que en este país caminan las carreteras...? —volvió a insistir Hernán, dispuesto a no conceder más atención a aquella particularidad de Aurora que la merecida por una extravagancia inferior y hasta culpable.

—Hay algo de eso —contestó Ross—. ¿Qué me dicen del panorama?

—Precioso.

La respuesta fue de Onfil. Pero era sólo una contestación automáticamente cortés, y aunque se correspondía exactamente con la verdad, no significaba que Onfil tuviera ojos, en aquel momento, para la contemplación de las bellezas naturales de Aurora.

En cuanto al mecánico, Hefaist, que estaba sentado junto a Ross, hacía esfuerzos para alejarse con disimulo del hombre de Aurora. Quizá viese en él a una especie de diablo o, en todo caso, de sujeto peligroso. De cualquier modo, no le gustaba. Hefaist estaba inquieto. Será preciso darle algo de razón a Hefaist porque Guillermo Ross, aunque a juzgar por su apariencia no tuviese más de veinte años, tenía una expresión en los ojos que recordaba el mirar de ciertos muchachos muy mozos pero demasiado experimentados. De otro modo: le faltaba la ingenuidad de su aparente juventud. Nadie le preguntó cuántos años tenía. Pero si se lo hubiesen preguntado y él hubiese respondido, habrían dado un salto fuera del banco.

El viaje en moviestático prosiguió —si puede llamarse viaje— hasta que se internaron en la misma ciudad. Las casas no se alineaban a nivel, formando calles, sino que escalaban los montes y se dispersaban por las laderas y subían a las cumbres, en disposición irregular, de un efecto muy bello en conjunto. Había edificios lujosos, verdaderos palacios, y otros más modestos, pero ninguno dejaba de ser rico. Empezaban a verse personas en gran número por las calles, incluso mujeres, muchas de ellas jóvenes. Aurora era una ciudad juvenil. Las mujeres eran de sorprendente belleza, y vestían, con elegancia, trajes de aquel material brillante y liso, en colores vivos, el busto ceñido, y unas falditas muy cortas o de mucho vuelo. Esto les daba cierto aspecto de bailarinas o de patinadoras de hielo. Los transeúntes iban por las calles sin mover los pies —las calles los transportaban— lo que prestaba a sus figuras un aire hierático, sobre todo cuando subían hacia las casas más encimadas: entonces parecían seres bienaventurados, en hilera, camino del cielo. El movimiento era silencioso. Y este silencio daba a la ciudad, con sus casas montañeras, un aspecto del país mágico, un país de cuento o de juguete.

Pasaron junto al lago que Onfil había visto desde la altura: allí estaba con sus vapores. Era un cráter antiguo y el agua nacía caliente en aquel nido volcánico.

Alrededor del lago humeante había un parque, y al otro lado estaba el alojamiento que les destinaban a los aviadores.

—Aquí es —dijo Ross.

Entraron. Ross les precedía dentro de la casa. Los aviadores seguían tras él un poco cohibidos. Ross entró sin necesidad de abrir la puerta. La puerta se abrió sola a un ademán del ciudadano de Aurora. Y así fue caminando delante de sus huéspedes mientras hacía leves y graciosos movimientos de manos, para encender luces — aunque era de día las habitaciones estaban a oscuras—, para levantar las persianas y mostrarles el paisaje o para bajarlas a fin de regular la entrada del sol. Aun cuando los huéspedes se acostumbrarían en seguida a este somero modo de ordenar los movimientos de los objetos, habría siempre, para los tres forasteros, un tema de admiración y hasta de goce estético en ver a un hombre o, mejor aún, a una mujer de Aurora, caminar por las casas con gran dignidad haciendo leves ademanes, apenas indicaciones con las manos, en tanto puertas, ventanas, muebles, objetos de toda suerte, obedecían con mágica docilidad. Parecían sacerdotes y sacerdotisas de un rito órfico, señores del mundo por la gracia musical de sus actitudes y de sus escorzos.

Ahora, todo esto era muy nuevo para los aviadores. Por eso iban detrás de Ross como un rebaño domesticado siguiendo a un joven mago. Los muebles —mesas, estantes, sillones, camas—, todo estaba hecho de aquel material liso como el mosaico y elástico como el marfil con que se hacían en Aurora las cosas que, en otros lugares, suelen fabricar con madera o hierro. Precisamente era el marfil la materia que más se parecía a aquella sustancia, tan común en Aurora.

Ross condujo a los huéspedes a sus alcobas. Contrastaba lo recatado, interior, silencioso, oscuro, de estas habitaciones de dormir, con la disposición exterior, como volcada en el paisaje, metida en la naturaleza, de las piezas sociales de los edificios. Las alcobas eran sencillas, casi despojadas de mobiliario, limpias, de tonos suaves — crema, azul pálido, verde pálido— y nada sorprendía mayormente en ellas, nada había extraño, a no ser la higiene y comodidad que se manifestaba de modo patente en el conjunto y en los detalles. Como notas artísticas había sólo algunos cuadros pequeños que parecían incrustados en el muro detrás de una especie de vidrios o pantallas transparentes. Los cuadros se iluminaban o apagaban a voluntad —un simple ademán— y Ross repitió esta operación para enseñarles a los huéspedes cómo se hacía. También era posible cambiar, sobre la misma pantalla, el tema de la pintura. Ross hizo desfilar por la pantalla diferentes motivos pictóricos: paisajes, figuras, composiciones de forma y color sin ninguna alusión figurativa.

—Pueden poner el cuadro que más les guste.

Hernán, que miraba complacido este juego, detuvo a Ross:

—Esto me gusta.

Era la representación realista de una muchacha muy linda con poca ropa.

—Por cierto —comentó Ross—, ahora lo que les conviene es dormir. En días sucesivos me figuro que estarán muy atareados. Las chicas de Aurora tienen muchos

deseos de conocerlos.

Los aviadores rieron. Pero Ross no dio muestras de encontrarle ninguna gracia particular a su observación, perfectamente neutra.

—¿Duermen ustedes bien? —preguntó.

—Generalmente sí —contestó Onfil.

—Tienen suerte. En Aurora todo el mundo duerme mal. A no ser por el *radhip*...

—¿Qué es eso? —preguntó Hernán.

—Las radiaciones hipnos. ¿Qué tipo les conviene a ustedes? Vamos a ver: ¿alfa rosa, alfa verde...?

Los miraba dubitativamente. Como no obtuvo respuesta concluyó:

—Alfa cero... Es el tipo general. Va bien a todo el mundo.

Hizo uno de sus habituales conjuros delante de un cuadrante, y no sucedió nada de particular. Se despidió de sus huéspedes:

—Si necesitan algo no tienen más que pedirlo en alta voz. Mañana les llevaré a dar una vuelta por Aurora. Buenas noches.

Cuando se marchó Ross, Onfil, aunque poseído de un sueño avasallador, hizo un esfuerzo y fue a ver a Hernán en su habitación. Lo encontró en cama, ya un poco amodorrado.

—¿Qué te parece esto?

—Nunca dormí en una cama tan cómoda —contestó Hernán.

—Pero ¿qué te parece Aurora?

—¡Espléndido! Hemos tenido suerte.

—Es raro todo esto...

Hernán bostezó:

—Déjame dormir. No puedo hablar de sueño...

Y en el acto soltó un ronquido. Onfil se marchó a su habitación. También él tenía mucho sueño. Se durmió en seguida, profundamente.

Tal fue el primer día de Onfil y sus compañeros en la ciudad de Aurora.

II - EL ENIGMA DEL *HESPÉRIDES*

Si Onfil hubiera sido más versado en las viejas crónicas quizás el descubrimiento de Aurora le hubiese despertado algún recuerdo de la expedición Vizelius, perdida en la Antártida.

Vizelius era un conocido explorador de la Antártida que dirigió la expedición del buque polar *Hespérides* —¡vaya nombre inadecuado para una nave de los océanos helados!— construido ex profeso para este viaje gracias a la munificencia —en este caso la palabra es justa— de John Springell, un conocido millonario de Chicago. Una expedición algo rara: los diarios no dejaron de hacer, al respecto, insinuaciones, pues aparte de otros detalles curiosos, el buque transportaba equipos tales como una central eléctrica muy poderosa, maquinaria industrial en abundancia y medios suficientes, no ya para establecer una base provisional de invierno en las cercanías del Polo, sino también elementos sobrados para fundar una colonia permanente. El *Hespérides* desplazaba más de 30.000 toneladas, lo que llamó mucho la atención de las personas entendidas. Se dijo que Springell trataba de crear, en secreto, y cubriéndose con el paramento de una empresa científica, un gigantesco establecimiento industrial para explotar minas de oro y uranio. Pero el gobierno argentino, que reclamaba la soberanía sobre esas regiones del Planeta, no autorizó ningún establecimiento permanente en la Antártida. No obstante el navío se hizo a la mar. Al menos, esto se suponía porque desapareció del puerto de Nueva York, aunque despachado para Groenlandia, no para el Sur. Con él desaparecieron también muchas personas —algunas conocidas— con sus familias, incluso niños, y esto hizo suponer que había a bordo del *Hespérides* tantas mujeres como hombres. Mucha gente, demasiada para una expedición ordinaria y aun extraordinaria, y se trataba de personal ducho en variados oficios, pero —ahí residía uno de los puntos desconcertantes— no predominaban los técnicos en minería. Por lo demás, algunos de los expedicionarios no parecían muy aprovechables en ningún sentido «crematístico», como era el caso del profesor Santalba, el hombre que más sabía en el mundo acerca de Plotino. Santalba tenía fama de gran maestro y no sabemos si también de santo; pero su trabajo en la expedición, pese a tan señalados méritos, no parecía muy fácil de esclarecer.

Tampoco se sabía por qué era necesario llevar, en una empresa geográfica, sociólogos y poetas, aunque quizá sirviesen, así como los científicos puros —dos premios Nobel de Física, por ejemplo—, de cortina de humo para disimular los fines secretos y menos generosos de aquella aventura. La gente optaba por relacionar el viaje con el uranio porque en aquellos días la fisión nuclear —descubrimiento a la sazón reciente— era una obsesión pública, y apenas se había iniciado, torpemente y con un gasto enorme de energía, el aprovechamiento industrial del poder energético obtenido al romper la estructura del átomo.

Sin embargo, John Springell, aunque muy rico, no tenía la mentalidad clásica del hombre de presa. Más le reprochaban las personas respetables de su clase el ser un idealista del género perturbador, si bien no lo tomaban demasiado en serio, gracias a Dios. La próspera cadena de almacenes Springell permitía a su dueño ciertas extravagancias condenables, como la fundación en Chicago, y más tarde también en Nueva York, de sendos diarios que se esforzaban por suministrar una información veraz de los hechos nacionales y sobre todo mundiales, con un propósito maníaticamente pacifista. Todos amamos la paz. Suponer otra cosa es una ofensa. Pero hay maneras de desear la paz. La de Springell era de género subversivo. Los diarios de Springell —es un dato que acusa a este hombre gravemente— no admitían publicidad comercial y procuraban aparecer desvinculados de los negocios. Al cabo de algunos años aquella innovación periodística fracasó, como era de esperar, con satisfacción legítima de la parte más seria y responsable de la sociedad norteamericana. Y a raíz de este fracaso, precisamente, fue cuando Springell empezó a organizar su famosa expedición polar.

Sólo muchos años después, gracias a Onfil y a su casual hallazgo, fue revelado el misterio del *Hespérides* y de sus expedicionarios.

Era exacto que John Springell tenía el propósito de fundar un establecimiento antártico de población. Equipos de ingenieros planearon la explotación de las riquezas naturales y todo el ciclo completo de vida material en una comunidad civilizada de las más altas y completas exigencias, y en un marco geográfico de condiciones adversas, en todo caso muy especiales. El lugar de la fundación lo había descubierto Vizelius, y él suministró las informaciones básicas a los técnicos. Era una comarca, relativamente templada, del continente polar. La comunidad civilizada que se trataba de fundar no sólo podría o debería poder abastecerse a sí misma, sino progresar indefinidamente en todos los órdenes, incluso en población, si bien esto último, por una causa u otra, no se realizó en la medida de las esperanzas del fundador. Los problemas materiales del establecimiento eran muy graves a causa del clima que se hacía necesario mejorar por medios artificiales, lo que sería posible merced a la obtención de cantidades prácticamente ilimitadas de energía, por medio de la desintegración del átomo, pues entre los expedicionarios se contaban físicos y técnicos que habían puesto a punto, en secreto, procedimientos nuevos y eficaces, de poco costo, para explotar el monstruoso poder intraatómico de la materia. El secreto en cuestión estaba relacionado con las ideas de Springell, asociado con hombres de ciencia aquejados de escrúpulos, sobre todo después de haber sido lanzada la primera bomba verdadera de hidrógeno. Pero todo esto es historia vieja, y si la traemos a relación es para explicar los singulares orígenes de la ciudad de Aurora.

Los hombres de ciencia y los sociólogos brindaron soluciones reputadas como muy eficaces y seguras, y planearon hasta el más insignificante detalle de la realización. Pero Springell, que no desdeñaba ninguna previsión, hizo estudiar sus proyectos por comisiones de sociólogos que trazaron normas para el régimen político

y la administración de la colonia. Y aunque él personalmente profesaba un racionalismo humanista algo estrecho, ni siquiera dejó de consultar a filósofos y teólogos, porque todo hecho humano, así fuera un hecho del mundo imaginado, «era al fin y al cabo —solía decir Springell— un hecho». «Yo tengo la manía de coleccionar lámparas y faroles. Otros tienen otras manías. Toda manía honrada es respetable. Y, además, una manía es tan importante para la felicidad y para la acción como cualquier necesidad elemental». (Y, en efecto, la colección de lámparas de todas las épocas, de Springell, también fue embarcada en el *Hespérides*). Así, pues, sociólogos, filósofos y teólogos, desde sus diferentes puntos de vista, estudiaron lo que el fundador llamaba «material mítico y místico de la comunidad», y si bien con muchas dificultades, se llegó a un acuerdo bastante discreto, aun en este campo de índole tan huidiza o incierta. Por último, vino la selección de los expedicionarios, a cargo de la mejor y más rigurosa información médica, psicológica y meramente testifical y biográfica. Fue ésta una tarea no poco dificultosa, que costó a Mr. Springell muchos millones. La recluta se hizo en todo el mundo, sin ningún prejuicio secesionista de raza o nacionalidad, aunque la mayoría de los expedicionarios resultó ser caucásica. Se exigía de los aspirantes una óptima calidad física, psíquica y moral, alta eficacia en las relaciones sociales, según la capacidad de cada cual y sus preferencias, y que se avinieran a confinarse voluntariamente en una región ignorada del mundo. Aun la deficiencia en belleza corporal era motivo de exclusión. Si es verdad que fueron admitidas, también, algunas personas desequilibradas —al menos medidas por el común juicio—, como el propio profesor Santalba, no fue sin un propósito esclarecido, aunque dudosamente razonable, y es el caso que se atendió a que la extravagancia estaba compensada por méritos reputados como geniales.

¿Cuál era la verdadera finalidad de Springell? Podía ser que hubiese resucitado, en este millonario, aquel romanticismo emprendedor de los filántropos y fundadores de utopías del siglo XIX, como Owen, gente aquejada de la manía de crear repúblicas perfectas y falansterios dotados de leyes sabias y capaces de «hacer la felicidad del género humano», expresión curiosa y ya extinguida.

Pero no era eso exactamente, porque Springell, al fin y al cabo, pertenecía a su época. Suponía que el mundo sería arrasado hasta los cimientos en una nueva guerra, y que retrocedería a una etapa anterior a la revolución industrial. De ahí que, a fuer de progresista testarudo, se propusiera desarrollar, a cubierto de tales riesgos, en aquella comarca oculta del continente antártico, una cultura ideal, hijuela perfecta, desprendida de una madre condenada a morir de muerte catastrófica. Esto explicaba el empeño de fundar en aquellas regiones inhóspitas y dificultosas, pero gracias a esto protegidas contra la suerte común. El continente antártico sería, de este modo, al decir de Springell, otra Arca de Noé. Cuando todo hubiese sido erial, de aquel almacigo, vivero o reserva excelente, saldría la nueva vida, pero ya no con los vicios sociales e individuales de una humanidad tarada, sino en la augusta pureza de una regeneración verdadera. John Springell, en sus orgías solitarias de soñador, se veía a

sí mismo como el nuevo Adán, padre del género humano, y quizá deseara íntimamente, aquel hombre bueno, que el Diluvio fuese lo más grande y destructor posible, porque de este modo el edificio nuevo se levantaría sobre cimientos más desembarazados. Por lo demás, es humano que Springell quisiera tener razón y sospechamos que sintió haberse muerto antes de ver la gran catástrofe. Es que, cuando el hombre se eleva tanto, no puede evitar que se le contagie un poco la crueldad de los dioses.

III - LA EMBAJADA DEL ARCÁNGEL

—¿Han dormido bien? —preguntó Guillermo Ross a sus huéspedes.

Todos asintieron. Se sentían en condiciones excelentes. Guillermo Ross desayunó en compañía de los aviadores. Onfil se lamentó de que no tenía cigarrillos. Guillermo Ross le ofreció un paquete del producto de Aurora.

—Es inofensivo —explicó—. Pero muy estimulante.

—¿Sintético? —interrogó Onfil.

—La base es un líquen. Pero tiene un alcaloide, llamado *frasia*, que es efectivamente sintético. No hace daño. Va usted a ver.

—El gusto es delicioso —reconoció Onfil.

Trató de convencer a Hefast de que aceptase un cigarrillo. El mecánico dio una chupada sin gran confianza, pero después aspiró el humo con delicia y, por primera vez desde su llegada a Aurora, depuso su recelo y se sintió muy contento.

Tal era el efecto de aquella droga: producía un estado de euforia, y, al decir de Ross, no hacía daño:

—Esto es Jauja —proclamó Hernán muy alegre.

—El señor Hensel desea verles —dijo Ross—. Iremos en seguida.

—¿Quién es el señor Hensel? —preguntó Hernán.

—Nuestro presidente.

Se alarmaron un poco de aquel honor. Ross les tranquilizó.

Y, en efecto, nada más tranquilizador que aquel caballero alto, de pelo blanco, sonriente. Habitaba una casa muy bella y cómoda pero no excepcionalmente grande. No había guardia a la puerta. Ross explicó que las máquinas encargadas de la administración pública y los funcionarios encargados de atenderlas —el Cerebro Comunal de Aurora, como le llamaban— tenían su asiento en una ciudadela, situada en la parte alta de la población, conocida por el *Recinto*. Pero el presidente vivía abajo, en su casa particular.

El señor Hensel estaba leyendo un libro cuando entraron los aviadores. No producía la sensación de un hombre ocupado e importante. Parecía más bien un señor jubilado. Se levantó para recibirles.

—Bien venidos a Aurora —dijo cordialmente, con una voz muy agradable. Y añadió—: Espero que su estancia entre nosotros les será grata.

—Muchas gracias —respondió Onfil—. Nos han tratado muy bien. Son ustedes muy amables. Desgraciadamente tendremos que volver a la base.

—Lo siento —dijo el anciano—, pero a ustedes les alcanza, como a todos nosotros, la prohibición de salir de Aurora. Y esto, señores, porque en ello va, si me permiten la grandilocuencia de la frase, el porvenir de la humanidad. Uno —concluyó, sonriendo— no puede evitar cierta grandilocuencia. Es una de las desdichas que tienen las funciones de gobierno. Aun en Aurora...

—Señor —intervino Hefaist—, yo quisiera enviarle un telegrama a mi madre. Debe de estar muy preocupada.

—No hay inconveniente en que se comuniquen con sus familias. Dígaselo a Ross.

—Yo quisiera —dijo Onfil— avisar a mis jefes de la base.

—También es posible, pero siempre y cuando no haya ninguna alusión a la existencia de Aurora. Pueden saber que están ustedes vivos. Nada más.

Luego, el señor Hensel se interesó por las aficiones de cada cual. Habló de música, de teatro, de cine, de diversiones frívolas, al nivel de sus interlocutores. Afirmó que en Aurora vivían los mejores músicos del mundo, aunque desconocidos al otro lado de la Barrera de hielos.

En esto apareció Ross y terminó la audiencia.

Ross les condujo a un vehículo, un especie de automóvil que llamó mucho la atención de Hefaist. Estuvo examinándolo para encontrarle el motor. No lo vio.

—Está debajo —explicó Ross.

Ross condujo el automóvil conforme a la costumbre de Aurora. Es decir: sin tocar ningún volante: sólo con leves ademanes. La máquina obedecía como una bestia domesticada o —ésta fue la idea de Onfil— como si obedeciera a un imán.

—¿Por qué se llama Aurora la ciudad? —preguntó Onfil.

—En homenaje al fundador, al venerable señor Springell.

—¿Se llamaba Aurora su hija o su señora?

—No —aclaró Ross—. Mistress Springell se llamaba Elisabeth. Pero Mr. Springell era natural de Aurora, en Illinois. Se dudó entre varios nombres, a raíz de la fundación, pero al fin prevaleció éste. En los planes primitivos, elaborados en los Estados Unidos, se había optado por Edenia. Pero el reverendo Smith se opuso: Edenia era un nombre casi blasfemo y traería mala suerte. Recordaba el soberbio corazón de los que edificaron la torre de Babel. Bueno —añadió sonriendo—, yo no creo que el asunto diese para tanto... Sin embargo, la verdad es que Edenia resultaba algo presuntuoso. Es mejor Aurora, más eufónico, y dotado de un sentido ambiguamente significativo... Puede aludir, aunque sin compromiso, a otro amanecer del mundo, a una segunda creación...

Los aviadores no entendieron muy bien lo que quería decir Ross con estas frases un tanto esotéricas. Hefaist seguía considerando el vehículo en que viajaban, y acababa de llegar a una conclusión satisfactoria: que la línea del automóvil era un poco anticuada. Un poco o un mucho: recordaba los modelos de museo fabricados allá por los años de 1936. Esto llenó al mecánico de secreto contento, como les sucede siempre a los viajeros cuando creen poder marcar alguna superioridad nacional sobre los países extranjeros que visitan. Los viajeros suelen equivocarse en estos juicios, y probablemente Hefaist se equivocaba también al opinar con desdén acerca de los automóviles de Aurora.

—Antes de salir de la ciudad —explicó Ross— tendremos que hacer una pequeña diligencia... Verán ustedes qué hermosura de valle tenemos.

Onfil reflexionó que la vanidad de los habitantes de Aurora no se orientaba en la dirección de sus asombrosas realizaciones técnicas; lo que parecía colmarles de orgullo era la naturaleza del país, y en particular el hecho de que creciesen en él moreras. Ross aludió precisamente a las moreras por lo menos cuatro veces durante el paseo por Aurora.

Ross detuvo su vehículo delante de una estación de servicio situada a la salida de la ciudad, al borde de una carretera sensata y merecedora de confianza. La instalación y el acto de pararse ante ella produjo en Hefaist un sentimiento de seguridad reconfortante porque le hacía sentirse, por primera vez, en su casa, realizando algo familiar en un cuadro familiar.

—¿A cómo está por aquí la gasolina? —preguntó.

—¿Gasolina? —replicó Ross—. Creo saber a qué se refiere. Pero en Aurora no se utilizan carburantes como fuente de energía. El automóvil es atómico.

—¿Entonces qué es lo que está tomando? —y Hefaist señalaba un cuadrante sobre el que se movía una aguja indicadora.

Sonrió el guía:

—Estamos cargando tiempo. Unas diez o doce horas, aunque no creo que las gastemos todas.

—¿Qué dice usted? —interrogó Onfil—. ¿Tiempo?

La aguja giraba en el cuadrante hasta que llegó a las 12. Y entonces sonaron las doce campanadas.

Aquí entramos en un terreno que requiere una explicación inmediata a fin de poder seguir adelante sin un exceso de asombro. ¿Pero lograremos evitar ese exceso? Guillermo Ross lo intentó del modo más servicial. Al parecer, en Aurora se había llegado a dominar el tiempo, a represararlo, si se nos permite la expresión, con el fin de canalizarlo y hacer de él uso voluntario para mover determinados procesos, paralizar otros o frenarlos según el deseo humano. Todo podía ser congelado, suspendido en un presente intemporal, incluso la vida del hombre o la de una rosa. Todo podía ser acelerado imprimiendo a la acción una gran velocidad. Una jovencita podía continuar siendo jovencita —en cuanto a su cuerpo se refiere— en tanto en torno suyo seguían su marcha los astros, los ciclos vegetativos, las nubes y los ríos. Pero nada impedía a los habitantes de Aurora precipitar, en un solo día del entorno de un árbol, el proceso vital de ese mismo árbol, llevándolo al florecimiento y a la fructificación.

Ross intentó explicar estos milagros. Lo hizo de dos maneras. Primero, apelando a un razonamiento «científico». Tuvo éxito inmediato. Ninguno de los aviadores entendió la jerga fisicomatemática de Ross, pero la aceptaron en el acto como suficientemente tranquilizadora y aclaratoria. Era un lenguaje al que estaban acostumbrados, y les bastaba calificar una explicación de «científica» para acogerla con toda naturalidad. Sin embargo, la idea de represar el tiempo, desde el punto de vista científico, es un disparate intolerable, pero todo hombre rinde un culto ciego a sus fetiches, aunque les cambia el nombre. Puesto que se encontraban ante el hecho

evidente de un tiempo represado y administrado a voluntad, y necesitaban de una razón suficiente para tranquilizarse y no sentirse perdidos en un mundo mágico, lo inteligente hubiera sido apelar a la magia precisamente para cubrir el fenómeno, si no podían contentarse con una sencilla ignorancia. Pero no. En particular Hernán y Hefaist, oído el discurso de Ross, volvieron a subir al vehículo consumidor de tiempo con la conciencia tranquila. Era una realidad «científica». Con esto bastaba. No necesitaban más, ni tampoco menos. Hubieran cabalgado sobre los lomos de un auténtico demonio del Infierno, con cuernos y rabo, si lograba demostrarles que era un demonio «científico». No puede decirse que le sucediese lo mismo a Onfil. Onfil reflexionaba, preocupado y perplejo. Pero, con todo, tampoco Onfil concedió mucha atención al segundo sistema explicativo que Ross les expuso seguidamente. No entendía cómo era factible represar y canalizar el tiempo, pero suponía que se trataba de un hecho «natural», oscuro para él, aunque inteligible para los hombres de ciencia. Lo que sí veía clara era la relación entre ese poder sobre el decurso temporal y el milagro del avión detenido en el aire. Sin avanzar y sin caer. Se lo dijo a Ross:

—Comprendo. Entonces, ustedes, cuando llegamos sobre Aurora, nos privaron de tiempo y por eso se detuvo el motor de nuestro aparato...

—Exactamente —confirmó Ross.

Pero volvamos a la segunda explicación de Ross. Una explicación juzgada por los aviadores como un cuento de vieja que se oye no sin complacencia, aunque con la idea previa y cerrada de no concederle crédito. Era una explicación mítica. Ross se limitó a contar la historia sin calificarla ni siquiera imprimiéndole un tono especial, como quien expone la misma verdad en dos lenguajes diferentes, aunque igualmente válidos.

La cosa sucedió en una hermosa mañana polar. El cielo era una campana dura y resonante, sin una nube. Parecía un cielo hecho de algún material consistente, un purísimo cristal de azul profundo. Alguien levantó los ojos, y poco después todos los habitantes de Aurora, uno tras otro, iban quedando paralizados de asombro, con los ojos fijos en las celestes alturas.

¿Qué estaban viendo los habitantes de Aurora? Veían que el cielo se había abierto, en el propio centro de la bóveda, y se había formado un círculo redondo como el brocal de un pozo, en cuyo fondo dormía el infinito. Y por este boquete, puestos de bruces, asomaban sus cabecitas curiosas miríadas de angelitos. Por encima de la guirnalda de rostros infantiles se alzaba, puesta en pie, la figura resplandeciente de un Arcángel blanco, empuñando una espada de fuego, que es un arma común de los espíritus celestes cuando son enviados a la Tierra para traer algún mensaje imperativo o para ejecutar alguna orden terrible.

Entre la muchedumbre angélica, allá arriba, y la muchedumbre humana, aquí abajo, ambas inmóviles, volaban trazando circuitos indiferentes las aves de Aurora, bandadas de palomas domésticas de cuya crianza gustaban los habitantes de la ciudad. Las palomas venían a ser, de esta manera, con su giróvaga indiferencia a lo

divino y lo humano, un testimonio imparcial —situado en un terreno neutro, fuera de la divinidad y de la humanidad, en cierto modo— de que aquello no era un cuadro imaginado, una fantasmagoría muerta, sino una suspensión momentánea del movimiento aparente, de un lado, del lado de arriba, por una voluntad de previa observación del campo terrenal, y del lado de abajo, por el estupor.

El cuadro de los ángeles atentos, los hombres paralizados de asombro y las palomas ocupadas en sus vuelos inciertos, duró unos instantes. Hasta que la figura del Arcángel se desprendió del borde del boquete, donde estaba de pie, y se lanzó en vuelo hacia la tierra. Cruzó en muy poco tiempo la distancia, es decir, la altura que le separaba del suelo, dejando tras sí un reguero de luz burbujeante, y vino a posarse en medio de la plaza de la ciudad.

En seguida se adelantó a recibirle el señor Hensel, presidente de Aurora, el mismo viejecito de hablar suave y pelo blanco que habría de acoger, muchísimos años más tarde, a Onfil y a sus compañeros, en la casa del gobierno, pues desde entonces había sido constantemente reelegido para la primera magistratura. Es que Hensel, amigo íntimo y partícipe de las ideas del profesor Santalba, había heredado del gran maestro, ya difunto a la sazón, es decir, cuando vino el Arcángel, una autoridad que, sin dejar de ser moral, se había hecho política. El señor Hensel —cojeando un poco, como le sucedía cuando estaba emocionado: de niño se había caído de una escalera y roto una pierna— se adelantó corriendo a dar la bienvenida al enviado celestial.

El buen viejo Hensel y las demás personas notables de Aurora estaban en duda acerca del protocolo adecuado para recibir a los arcángeles. La tradición enseña que, en presencia de estos seres, lo indicado es caer de rodillas. Pero semejante práctica yace en desuso. El Arcángel adivinó estas perplejidades, y tuvo para los magistrados y pueblo de Aurora una sonrisa de mucha llaneza, en amable condescendencia para los sentimientos racionalistas predominantes en Aurora, ciudad fundada, al fin y al cabo, por una mayoría de librepensadores humanistas.

—Buenos días, señores —dijo—. No se molesten, tengan la bondad. Vengo, como pueden suponer, de parte del Señor, a traerles un mensaje...

Hablaba en tono natural, sin ninguna inflexión imponente.

—Ante todo —prosiguió— quiero transmitirles la felicitación de lo Alto por la obra que ustedes han realizado aquí, una obra que hasta en el Cielo no tenemos inconveniente en calificar de admirable, habida cuenta de la imperfección humana. El Señor no deja de observar, aunque otra cosa parezca, la marcha de las comunidades humanas, pero no hace lo que ustedes calificarían de intervención directa. Interviene sin intervenir, pero no es cosa de explicar ahora cuestiones ininteligibles para el hombre. ¿Qué opinión tiene el Señor de la política en general? Ni siquiera cabe decir que tenga mala opinión. El hombre, considerado en el plano racional humano, es contradictorio en su misma índole, y difícilmente sabrá encontrar un equilibrio entre lo que es y lo que no es... Pero de nuevo entro en explicaciones que no son pertinentes, ni siquiera posibles. Baste decir que al Señor le produjo alguna sorpresa

(es un modo de decir nada más) la armonía social que prevalece en Aurora. Tanto le ha conmovido (también esta palabra es un modo de decir, pero más cercano de la verdad) la fraternal convivencia de los habitantes de esta república que, en Su infinita bondad, y según su inveterado principio de dar más a quien más tiene lo cual es muy justo en el fondo) decidió enviarme con el mensaje que voy a transmitirles... El Señor, en recompensa por vuestra sabiduría, os invita a pedirle cualquier don que consideréis necesario a fin de completar vuestra dicha sobre la Tierra.

Lo que va a seguir es valedero, en lo sustancial, tanto para la explicación científica como para la explicación mítica del dominio de los habitantes de Aurora sobre el decurso del tiempo. Porque todos concuerdan en que lo; ciudadanos deliberaron en pública asamblea acerca de la conveniencia o inconveniencia de aceptar determinada innovación, ya fuese invento de algún sabio humano o don traído por un emisario divino.

Es el caso que el discurso del Arcángel fue interrumpido en aquel punto por cierto abogado joven de Aurora, Juan Gael de nombre.

—Pido la palabra —dijo.

—Lo siento, pero ahora está hablando el Arcángel —denegó el presidente Hensel.

—Es para una cuestión de orden —insistió Gael.

Evidentemente, al joven no le importaba gran cosa el orden. Lo que quería era aprovechar aquel instante único para ingresar en la Historia y destacar su nombre en una ocasión tan extraordinaria. Tentados estuvimos, por eso mismo, de silenciar ese nombre, de ocultarlo para siempre, lo que hubiera estado en nuestro poder, ya que nadie sino nosotros, en nuestra calidad de autores de la historia, puede conceder o negar la inmortalidad tratándose de los anales de la ciudad de Aurora. ¿Quién otro sino nosotros conoce los sucesos de Aurora? Podríamos, por este motivo, excluir al impertinente Gael de la inmortalidad ambicionada con tanto descaro, pero lo hemos pensado mejor y le complacemos. Pero no nos hagan caso. También nosotros hemos incurrido en una pretensión vanidosa. En realidad, aunque nadie sabe nada de Aurora, y está en nuestra mano decir y callar en cuanto a esta ciudad atañe, nos sería, de hecho, imposible, raer el nombre de Juan Gael de esta crónica. Ese personaje tenía sus razones, por reprobables que pudieran parecer, y su participación en el destino de Aurora no nos permite prescindir de su figura. El personaje nos ha vencido, nos ha dominado. He aquí, pues, lo que dijo el joven abogado Gael:

—Señor Arcángel, señor presidente, señores magistrados, señoras y señores: no intervengo con ninguna mira personal, sino con el propósito de aclarar un punto previo. Me parece indispensable saber si esta reunión tiene la calidad jurídica y formal de una Asamblea del pueblo calificada para escuchar y deliberar acerca de propuestas referentes a los intereses del Estado. Me parece indispensable dilucidar este punto antes de escuchar las palabras del Arcángel aquí presente, que, desde el punto de vista constitucional, dado que nuestras leyes fundamentales no prevén esta suerte de visitas, sólo puede tener la condición (dicho sea sin irreverencia) de

embajador extraordinario de una potencia extranjera. He dicho.

—¡Conformes, conformes! —gritaron muchas voces.

—Aun cuando no se haya hecho una convocatoria regular —contestó el presidente Hensel— está claro que se encuentra aquí reunido todo el pueblo de Aurora. Considerando lo excepcional y aun diría milagroso de las circunstancias, creo que se puede prescindir de un requisito de mera forma y conferir a esta reunión espontánea el valor y la autoridad de una Asamblea soberana de la República. Queda, pues, abierta la sesión. El señor Arcángel se dignará, si lo tiene a bien, honrarnos con la exposición completa de su embajada.

—En realidad —sonrió el Arcángel, condescendiente con estas triquiñuelas humanas— debo pedirles perdón por haberme presentado de un modo tan abrupto...

—No, no, no... —gritaba la multitud en tanto ahogaba en una salva de aplausos las siguientes palabras del Arcángel.

—Gracias, gracias... —prosiguió el Enviado—. Pero el joven ciudadano tiene razón desde su punto de vista, y yo debía haberme sujetado a los usos y costumbres de una República humana. Allá arriba somos menos formalistas. Bien: no importa. Pasemos a lo esencial. Si ustedes; lo desean, y a los efectos de que conste en acta, repetiré las palabras anteriores...

—No, no, no... —volvió a clamar la muchedumbre, conmovida por tanta modestia.

—Bien; me limitaré a formular escuetamente el ofrecimiento. ¿Qué desean ustedes para completar su felicidad? Pidan lo que quieran y les será concedido.

Juan Gael intervino de nuevo proponiendo que se designara una comisión para estudiar el asunto.

Mientras la comisión deliberaba —suspendida la sesión de la Asamblea— ocurrió algo insólito en las costumbres de Aurora, donde las multitudes tenían, en general, un comportamiento muy cortés. Pero se comprende, al fin y al cabo, y el Arcángel fue el primero en comprenderlo: la ocasión era demasiado extraordinaria, y justificaba aquella conducta importuna. Es el caso que una riada de personas, empezando por la chiquillería de Aurora, se precipitó sobre el Arcángel hasta sumergirlo. El presidente Hensel, tan respetado en la ciudad, logró formar, no sin alguna pena, un círculo despejado en torno al Mensajero, librándolo del acoso excesivamente inmediato de la curiosidad pública. Sin embargo, no pocas mujeres se acercaron lo suficiente para tocar el vestido del Arcángel, pero hubo de producirles una gran decepción comprobar que la tela no se diferenciaba de cualquier otro tejido de los usados en Aurora. Ni mejor, ni más lujoso. Más bien, mediano, corriente. En cuanto al traje, era de la forma o corte común en la ciudad. El propio Arcángel hubiera podido pasar inadvertido, de haberlo deseado. Las damas reconocían que era «buen mozo», eso sí. Pero no extraordinario. Se reía con todos, contestaba amablemente las preguntas que se le hacían, daba la mano, correspondía a las bromas, un poco irreverentes, pero sin mala intención, y se reía. Todos convenían en que se trataba de un muchacho muy

simpático. Los ciudadanos de Aurora le trataban con esa familiaridad medio protectora con que se acoge a los príncipes de la sangre en algunas democracias americanas. Lo peor no eran los bromistas, sino que miles de personas le preguntaban, pertinaces, la misma cosa: que cómo era el Cielo. Y él, una y otra vez, pacientemente, contestaba también lo mismo:

—Lo siento. No puedo «describirles» el Cielo. No tiene descripción...

Al presidente Hensel, que no le preguntaba nada pero estaba todo vibrante de ansia de saber y por el miedo de que se le escapara aquella ocasión única, le dijo:

—Querido profesor Hensel —efectivamente, Hensel había sido profesor—, sé lo que le sucede... Y a usted voy a hacerle una confidencia: el Cielo no «existe».

—Sin embargo, usted es una criatura celeste —replicó Hensel— y existe.

—En efecto —contestó el Arcángel—, ahora existo. *Existo y consisto, tengo consistencia. Me era indispensable adquirir estas limitaciones para poder tratar con ustedes. Pero, recuérdelo, querido profesor, la existencia no es un último límite. El universo ni es cíclico, sino en campos relativos y locales, ni tampoco es un campo de concentración. Siempre se puede ir más allá. También más allá de la existencia por absurdo que a ustedes les parezca. Entre el existir y el no existir hay un algo, algos que no existen, pero los hay. Hay una esfera del hay...*

»Hay Dios, pero no existe. La existencia —repitió el Arcángel— es una limitación.

Hemos subrayado estas palabras porque se trata de un mensaje venido de otro mundo, y también porque su interpretación ha fatigado mucho a los filósofos de Aurora, y aun en la época de la llegada de Onfil continuaba siendo el tema más frecuentado de sus especulaciones. Esperamos que cuando sean conocidas más acá de la Barrera de los hielos susciten el mismo interés entre los pensadores.

El presidente Hensel hubiera querido seguir hablando con el Arcángel de tan elevadas cuestiones. Pero no pudo. Nunca sintió tanto el peso de sus obligaciones políticas como en aquella ocasión. Le llamaban para que expusiera el punto de vista del gobierno ante la comisión encargada de dictaminar respecto al ofrecimiento del Arcángel.

Los comisionados no podían llegar a un acuerdo sobre tan grave punto. Los discípulos de Santalba querían que no se pidiera nada sino lo que fuese la voluntad del Señor. Sabría qué bien sería mejor para Aurora. Ningún hombre podía afirmar, y en todo caso: por el día del fin del mundo, qué era lo bueno o lo malo. La mejor fórmula era «Hágase la voluntad de Dios». Pero esto asustaba a algunos de los notables de Aurora. Cuando Dios está lejos de uno —argüían— el alma clama por Él. Pero cuando Dios se acerca y nos tiende su mano ardiente, temblamos de miedo porque tira de nosotros hacia Sí y nos desarraiga dolorosamente de muchas cosas que amamos, aunque terrenas y miserables. El bien del anacoreta es la pobreza y la humildad. El bien de Aurora, desde este punto de vista, pudiera ser el renunciamiento a su riqueza y a su poder, e incluso la desdicha terrenal y política. Empero —

alegaban los de este grupo—, la pobreza y la humildad pueden ser un camino de salvación para los individuos. Para las comunidades políticas, no. El Estado es poder y el poder es riqueza. La misión de Aurora, según la voluntad de su fundador, era restaurar la civilización y aun imponerla, llegado el caso, en todo el mundo, si ocurría alguna catástrofe bélica. Aurora era un Estado, una nación, el corazón de un futuro Imperio. Esto la hacía sustancialmente incompatible con ciertas virtudes cristianas y resultaba peligroso entregar la decisión sobre el porvenir de Aurora a criterios puramente espirituales, válidos para el alma, pero no válidos para una comunidad terrena cuyo campo de relaciones era político y corporal. Por último, el presidente Hensel propuso una fórmula en extremo prudente. ¿Por qué no atenerse a los precedentes históricos? Había un precedente, por suerte. Al rey Salomón se le había hecho un ofrecimiento igual muchos milenios antes. Salomón había contestado pidiendo la sabiduría. Y Dios le concedió todo lo demás por añadidura. Pero a esto los del grupo «político» —o positivista, como alguno de ellos decía— replicaron con mucha habilidad. En primer término, la historia cambia porque cambia el condicionamiento de los hechos. En el fondo, la sugerencia del presidente Hensel no se diferenciaba de la propuesta de los místicos, del bando místico de la comisión: consistía, si vamos a ver, en dejar la decisión en manos de la Voluntad divina. Por otra parte, el propio Arcángel, en su discurso, había reconocido que si el Señor concedía a Aurora tan señalado privilegio era, justamente, para recompensar la sabiduría de la ciudad. Dado que ya poseemos la sabiduría, como lo acredita el propio testimonio divino, ¿qué sentido tiene pedirla? Ergo, en rigor lógico, la propuesta del presidente Hensel debía ser desechada...

Se acordó, en definitiva, para no hacer esperar más al Arcángel, que cada bando expusiera al pueblo, reunido en Asamblea, su punto de vista, y que el pueblo decidiera soberanamente.

Fue lo que se hizo. Habló un orador por cada grupo o tesis. Aquí sólo reproducimos el discurso cuya propuesta resultó definitivamente victoriosa.

Se levantó a hablar una dama muy bella y ya madura, una de las mujeres más hermosas de Aurora, una criatura encantadora y experimentada. Cuando tomó la palabra, el auditorio estaba cansado de oír razones sutiles pero abstrusas.

—Para mí —dijo la oradora— no hay duda alguna acerca de lo que nos hace falta, y lo diré en seguida...

—¡Diga, diga! —clamaron muchas voces impacientes.

—¿Qué tenemos y qué no tenemos en Aurora? En Aurora se desconoce el hambre y toda otra penuria material. El trabajo no es ya ni penoso ni rutinario. El trabajo, entre nosotros, se convirtió en el ejercicio gozoso de cada facultad superabundante. Sirve la creación o la ambición. No es, en consecuencia, trabajo, sino juego. Por eso podemos enorgullecernos de haber ennoblecido de verdad el esfuerzo humano. Las enfermedades que subsisten aún son frutos de perversidad, caprichos masoquistas de algunos inmorales que todos conocemos o un lujo de «snobs» que quieren llamar la

atención. Aurora, con algunas despreciables excepciones, repito, es la única comunidad que logró desterrar el mal, en todo caso el mal grueso, público, gracias a los nobles espíritus que nos gobiernan —esto era un modo de congraciarse con los partidarios del presidente Hensel—. Somos felices... —la oradora hizo una larga pausa—. Es decir: lo seríamos, a no ser porque esa misma felicidad nos hace sentir, como nunca la sintieron los hombres, la terrible fuga del tiempo... El gobierno de la ciudad se preocupa tan eficazmente de combatir el tedio que aquí las horas son minutos y los minutos instantes... Queridos conciudadanos, yo os lo aseguro, no tenemos más que un enemigo, pero ese enemigo es más cruel que ninguno, y nadie padeció en la tierra como nosotros padecemos la angustia del inexorable pasar y pasar... Pasar y morir, ir muriendo gota a gota... La muerte, la súbita pérdida de todo como si nada existiera ni hubiera existido nunca... Esto es intolerable en la feliz Aurora. Por eso propongo a la honorable Asamblea que pidamos la suspensión del tiempo en Aurora...

La dama no aludió para nada, hábilmente, a su propia tragedia personal, que no era sólo el paso del tiempo con relación a la muerte, sino también por los estragos que hacía en su belleza.

El pueblo la aclamó. Los aplausos eran tan fuertes y generales que el presidente Hensel no pudo acallarlos. El presidente Hensel transpiraba de ansiedad, empeñado en hacerse oír, en traer al pueblo a su punto de vista. No quisieron oírle. Por fin, logró plantear una cuestión meramente técnica, por así decirlo. Explicó:

—Reparen en un detalle, amigos míos. Reflexionen. La suspensión del tiempo es la inmovilidad absoluta. La inmovilidad absoluta es la muerte.

Entonces Juan Gael intervino para dirigirse directamente al Arcángel.

—Sugiero que el tiempo destinado a Aurora sea represado tras altas barreras para utilizarlo a voluntad, mediante canales y otros conductos, únicamente en lo bueno y conveniente, como vivir, andar, gozar, criar y madurar flores y frutos, en mover el aire y las aguas, en dorar las piedras antiguas, pero no en envejecer y morir..., a menos que uno quisiera.

Este breve discurso, con cierta incongruencia poética, pero también con cierta belleza, impresionó mucho al público. Terminó Gael preguntando al Arcángel si era posible realizar tan seductor proyecto.

El Arcángel respondió:

—Puede todo Quien todo lo puede.

La propuesta fue votada por abrumadora mayoría, entre expresiones de júbilo delirante.

El Arcángel, a una resignada señal confirmatoria del presidente Hensel, tendió su espada de fuego a los cuatro puntos cardinales y todo quedó inmóvil en Aurora. Luego, con otro ademán, restableció la vida.

Había empezado la nueva era del tiempo represado.

IV - UNA CHICA ENAMORADA Y OTRA T.T.R.

Era difícil entender a Liliana.

—¿Cómo te atreves a hablar de perros de caza delante de unas flores azules?

—¿Por qué no? —se hubo de extrañar Marcos Onfil.

—Porque disuena. Porque muerden —replicó Liliana—. Parece mentira que no entiendas unas cosas tan elementales.

—No creo que les hagan daño mis perros que no existen a tus flores que son pintadas.

—Eres un bárbaro.

Liliana le enloquecía con sus caprichos inimaginables, de un enrevesado absurdo. Onfil sospechaba que lo hacía a propósito para atormentarle. No es que Liliana tuviese los nervios alterados. En las revisiones psíquicas que se practicaban semanalmente. Liliana gozaba de excelente concepto. Nadie pudo reprocharle nunca una falla en esta suerte de deberes sociales, aun cuando se murmurase un poco de su conducta íntima. En Aurora, ir a la revisión psíquica semanal no era una obligación impuesta por la ley, pero socialmente estaría muy mal visto abstenerse de concurrir, como en los países católicos se ve con malos ojos el no ir a misa los domingos. Liliana, en estas cuestiones formales, era estricta, hasta un poco beata, si se quiere. Debemos suponer, en consecuencia, que sus nervios estaban sanos, y sin pruebas de mucha seriedad cuidaremos de no insinuar siquiera cualquier especie deshonrosa a su respecto. Las complicaciones de Liliana tenían que ser, pues, puramente intelectuales y estéticas, si bien, para Onfil —esto lo comprendemos perfectamente— resultaban casi tan difíciles de sobrellevar como una histeria aguda.

Como mujer, ninguna muchacha podía compararse con Liliana, al menos para el gusto de Onfil. La llamaba «la Gata», porque tenía algo de exquisitamente gatuno, muy femenino, y no sólo en el carácter, sino también en la figura. Onfil sentía un embeleso mezclado con algo de miedo cuando Liliana se quedaba mirándole largo tiempo con sus grandes ojos grises, de una mirada rica en matices expresivos y cambios de luz, envolvente, de una extraña brujería, con transiciones desde una fijeza fascinante hasta la languidez. Estos ojos grandes y grises iluminaban una carita menuda, de pómulos muy salientes, con un cutis verdaderamente de seda, según el dicho común, en este caso, justo. Pero la lisura del cutis de Liliana no era tan excepcional en Aurora, donde las mujeres, por lo demás, usaban cosméticos cuyo efecto suprimía de la piel todo accidente visible y le daba una lisura inorgánica (esta perfección del cutis y el tono de las pinturas, muy finas, idealizaban los rostros femeninos, hacían de las mujeres *seres* a la vez muy atractivos y como sobrehumanos). Onfil nunca había visto nada semejante en las damas del otro lado de la Barrera de hielos. Por ejemplo, el laqueado de los labios de Liliana, centra el fondo blanquísimo de la dentadura perfecta, llevaba siempre a Onfil a un estado de

exaltación, en rigor muy justificada (la boca de Liliana era grande y de una línea muy bella).

—Estás tan bonita que hace daño —decía Onfil.

Y era exacto. Hacía daño mirarla. Un sentimiento como de rabia... La belleza de Liliana hacía sufrir, tan intenso era su efecto.

Onfil entornaba los ojos, a veces, para verla caminar, y le parecía imposible que existiera de veras aquel cuerpo, de líneas abstractas, largas, y, sin embargo, tan femeninamente marcadas y definidas. Era una obra de arte que, sin dejar de ser obra de arte, estuviese cargada de una tremenda fuerza lasciva. Casi todas las mujeres de Aurora caminaban con movimientos de bailarina. El hecho de andar se había convertido en un arte, incluso para los hombres. Se consideraba socialmente agravante, hasta peligroso, desviarse de un buen estilo en los modales y movimientos. Saber moverse formaba parte de las exigencias culturales más severas de la comunidad, y una falta de estilo, en cuestión tan grave, era tenida casi por una subversión del orden social. Pero Liliana se distinguía, en esto, hasta de las mujeres más elegantes de Aurora. Ya dijimos que en todas las cosas del deber externo era muy estricta.

«¡Si no fuese tan complicada!», se decía Onfil.

Onfil se sentía incómodo a su lado, casi atemorizado. ¿Cómo podía saber él que una palabra o un ademán comunes, inadvertidos, podían producir un desacorde intolerable con el color del día o con la pieza que estaba tocando el *sono-sensible* en la habitación? Además, Liliana le obligaba a avergonzarse de su aliento, y vivía en perpetuo temor de herirla y de sufrir sus desdenes o sus muecas casi imperceptibles, pero de efecto muy doloroso, cuando significaban disgusto o desdén. Todo esto le humillaba, le hacía sentir accesos de rabia. Pero ya nunca más se habría conformado con una mujer menos refinada que Liliana. Era una esclavitud...

¿Y por qué le interesaba él a Liliana? Ella se lo dijo: «Porque eres un joven bárbaro». Pero esta cualidad preciosa de la barbarie podía, al parecer, hacerse demasiado incómoda y aun intolerable. Liliana hubiera deseado una barbarie ocasional, oportuna, debidamente regulada.

Onfil no sabía si estaba enamorado de Liliana. Sabía o creía saber que le era imposible prescindir de Liliana.

Ella le introdujo en ciertas reuniones de amigos donde Onfil tuvo curiosas experiencias. Empezó —y en esto había una sabia gradación— por llevarle a las «fiestas eutélicas» de la antigua primavera. El significado de la palabra «eutélica» nunca pudo averiguarlo Onfil de un modo suficientemente claro, y nosotros tampoco lo hemos desentrañado, salvo en cuanto se refiere a la partícula griega inicial. Esto del griego era una manía de la gente de Aurora, tal vez a causa de los orígenes de sus pobladores, muchos de ellos pertenecientes a la clase media universitaria, científicos, filósofos, y a la misma novedad de las situaciones que se trataba de designar, lo que inducía a la búsqueda de neologismos apelando a la fuente clásica y más acreditada

para el caso: el griego y el latín. Pero, además, los habitantes de Aurora, desde los días del Arcángel, con tanto tiempo por delante y gracias a los prolongados ocios que les procuraba su asombrosa técnica y la abundancia de energía para mover sus máquinas, pudieron dedicarse a aprender estos antiguos idiomas. Por eso la mayoría de la población disfrutaba de estos lujos eruditos. El caso es que (cerrado el paréntesis) las fiestas «eutélicas» —sea cual fuere la *razón* de este vocablo— eran una extraña combinación de arte y de sensualidad.

Las fiestas se celebraban en un prado, generalmente un jardín particular. En estos jardines no faltaba nunca un escenario al aire libre porque el teatro era una de las aficiones más cultivadas en Aurora. Antes del número principal de la fiesta había siempre una representación de *Las Bacantes* de Eurípides. Precisamente de *Las Bacantes* de Eurípides a quien llamaban el Arrepentido de Apolo. Pero lo interesante no era el espectáculo teatral en sí (Onfil, por otra parte, no entendió gran cosa de la fábula y menos aún de los parlamentos, a su juicio demasiado largos, con que los actores abrumaban al público). Lo interesante eran, justamente, los espectadores, porque no parecían seres humanos, y no querían serlo sino más o menos que seres humanos. Era un curioso contraste: en tanto los actores abusaban copiosamente de la palabra, al menos a juicio de Onfil, los espectadores, en ciertos momentos de la representación, cuando deseaban exteriorizar sus sentimientos o no podían retenerlos, gruñían, gemían, mugían, bramaban como animales. Con estos sonidos no hacían sino ajustarse a su apariencia. Porque asistían a la representación agolpados frente al escenario —no en asientos ni en gradas— y bajo disfraces de bestias, con preferencia antílopes, gallos y esbeltas yeguas jóvenes. No se trataba —esto necesita explicación— de un disfraz en el sentido corriente de la palabra que evoca un revestimiento exterior, burdo y fácil de identificar. No. Era, en cuanto podía juzgarse por los ojos y el tacto, una aparente metamorfosis; hasta tal punto el artificio, pues era artificio, sin duda alguna, imitaba fielmente a la naturaleza. Estas criaturas eran de una belleza encantadora, y sus movimientos, sin dejar de ser propios, denunciaban, voluntariamente, con estilo, una conciencia humana o acaso divina, expresada en belleza y ritmo, en escorzos musicales. Después de la representación, empezaba una especie de danza al son de una música que llegaba al frenesí, una música muy parecida, en cierto aspecto, por su incidencia medular, por su acción sobre las fibras del cuerpo, a las melodías negras, con intención muy lasciva. Los «animales» retozaban y bailaban en el prado, siempre florecido, en cualquier estación, y triscaban la hierba. La fiesta se extinguía insensiblemente, los invitados desaparecían, recuperaban sus apariencias, y no se despedían. Esto dejaba en los asistentes a la fiesta la sensación de haber vivido como un sueño.

A Onfil le sorprendió saber que estas fiestas de la antigua primavera no estaban mal vistas. Incluso se recomendaba su práctica. Un profesor de Aurora le explicó, con abundancia de palabras, el sentido religioso y social de estas mascaradas. Habló de *que* era conveniente practicar lo que él llamaba la «inmersión» cósmica y no sofocar

el lado instintivo del hombre, sino armonizarlo, hacerle convivir armoniosamente con el lado apolíneo, conjugando la instintividad con la razón y el orden en el elemento común de la belleza del mundo, que es divina. Así, los participantes de la fiesta se divinizaban de cierto modo al hacerse bestias y no renunciaban por entero a su conciencia, pero esta conciencia dejaba de ser racional para hacerse musical, comulgando con el ritmo del Universo. Esto era muy bueno, muy sano para los habitantes y también para la misma sociedad de Aurora. De ahí que la celebración de las fiestas eutélicas de la antigua primavera estuviese apoyada por un precepto social casi tan imperativo como la práctica semanal de la revisión psíquica, con una diferencia: que las fiestas eutélicas eran, realmente, de índole estética y religiosa, y no tenía tal carácter la revisión psíquica. Esto quiere decir que, en cierto modo, las fiestas eutélicas eran una obligación de jerarquía superior desde el punto de vista de la ética vigente en Aurora.

Sin embargo, Onfil no logró sentir mucho respeto por aquellas celebraciones.

De muy diferente especie eran otras orgías más íntimas, en el interior de las casas —Liliana era muy adicta a estas reuniones— en las que los asistentes ingerían dosis muy altas de una droga llamada *frasia*, inofensiva y capaz de producir una borrachera que inhibía el autodomínio y la responsabilidad y que producía un estado de felicidad con alternativas de amodorramiento y excitación. En estas fiestas se hacían muchas locuras. Onfil vio —y participó, lo que fue causa de su apartamiento posterior— cosas que no quería recordar. Todo podía suceder en aquellas orgías, y todo sucedía.

Además, existían otras extrañas reuniones, en las que, entre otras cosas, se hablaba mucho de filosofía, religión y política, y se decían cosas muy desconcertantes.

Estas reuniones eran clandestinas, aunque de hecho todo el mundo sabía que se celebraban. Pero se consideraban gravemente incursas —las orgías íntimas también— en la nota de *acraleia*, y hasta podían ser condenadas con la pena de aversión fraternal y aun otra más severa. *Aératela*, según le explicaron a Marcos Onfil, significaba algo así como abandono culpable o perverso a los impulsos ciegos.

Aun cuando, desde hacía algún tiempo, la opinión de Aurora venía mostrándose tolerante con estas expansiones, sin que participara en ellas, empero, la mayoría de los habitantes, Liliana no dejaba de sentirse inquieta por las consecuencias de sus costumbres desarregladas. No por eso se enmendaba, y reincidía, por el contrario, en estas prácticas mal vistas.

Tuvo una escena con Onfil porque éste había hablado con extraños de aquellas reuniones.

—Nos has puesto en peligro —dijo.

—¿Por qué?

—Eres un insensato. Pueden enderezarnos...

—¿Qué es eso?

—Pueden castigarnos, para que lo entiendas.

—Pero si en este país se tolera todo. Ni siquiera hay policía.

—No seas inocente. Hay penas muy severas.

Le habló, temerosa, de la *acronía*. Al parecer, era una especie de muerte temporal, de paralización duradera, algo temible en todo caso. Y Liliana palideció al mencionar otro castigo, la *pancronía*, según parece una anegación fulminante del individuo en tiempo, que producía el aniquilamiento de la víctima.

—¿Quién hace eso? —preguntó Onfil.

—Lo hacen desde el Recinto.

No dio más explicaciones. El terror de Liliana era sincero y se lo contagió a Onfil. Era extraño que en aquel paraíso hubiese también cosas atroces.

En casa de Liliana conoció Onfil a Juan Gael (supuso que podía ser descendiente del otro Juan Gael, el histórico). Juan Gael parecía ser el jefe y el oráculo de aquella juventud. Afirmaba que la sociedad de Aurora había entrado en período de desintegración. Se hacía necesario revitalizar la comunidad, inyectarle juventud y primitivismo. Proponía la vuelta a ciertos instintos de violencia, el culto del valor físico y de la agresividad. De otro modo Aurora no podría cumplir la misión que le había encomendado en su testamento el venerable fundador, John Springell.

—La crueldad es vida... —peroraba Gael.

La destrucción del mundo, al otro lado de la Barrera de hielo, no se había realizado aún, dejando fallidas, al menos en cuanto al plazo, las previsiones de Springell. Esto condenaba a la ciudad de Aurora a una espera que iba degradando sus ideales. No se trataba ya de ocupar un territorio vuelto a una vida de cuasi barbarie por el colapso traumático de la civilización. Era preciso conquistar ese mundo en estado de organización. Cierto: Aurora tenía un arma incomparable en su mano. El arma era la posibilidad de manejar a voluntad el tiempo. Pero quizás esa superioridad no durase indefinidamente. Si se quería dar cumplimiento a la misión de Aurora era preciso lanzarse a la acción cuanto antes. El propio fundador, aun cuando fuese un pacifista convencido, hubiera aprobado estos planes. Juan Gael era el intérprete fiel del profeta difunto.

—Nuestros seniles gobernantes —afirmaba Gael— no comprenden estas verdades elementales. Han logrado, eso sí, una integración perfecta de la sociedad de Aurora. Pero justamente esta integración excelente es el peor enemigo de Aurora porque estabiliza los procesos sociales en un equilibrio cerrado e impide todo progreso, toda trascendencia, toda esperanza. Aurora es una rueda que da vueltas sobre sí misma, sin sentido, sin objeto. Aurora es el tedio y la muerte pintarrajeada para que parezca vida. Aurora es una enorme mentira...

Onfil se alegró de apartarse de aquella gente, aunque no lo hizo por un acto espontáneo de voluntad, sino por causa de Liliana. Liliana le había hecho víctima —y también usufructuarlo— de cierto juego sucio muy extraño. Gustaba de practicar una especie de celestinazgo, empujaba a su amante en brazos de sus amigas, y espiaba estas efusiones, que provocaba con toda intención, para gozarse secretamente en

ellas, lo que no le impedía hacerle cargos a Onfil, dándose por agraviada.

Finalmente Onfil tuvo que romper con Liliana. Ella le trató de bruto, de obtuso, de grosero. Y aquí viene una de las contradicciones tan propias del carácter de Liliana: al decir de sus amigos, el más seductor de sus encantos. El hecho es que Liliana sustituyó a Onfil por Hernán. Esto molestó mucho a Onfil. Le irritó como una ofensa: «¡Esa mala bestia!», exclamó al enterarse. La «mala bestia» era su compañero, al que tenía por un ser violento, elemental y a la vez malicioso. Las nuevas relaciones de Liliana le hicieron padecer celos insoportables, y aun cuando se propuso no dar a entender su rabia y su pesadumbre, le fue imposible, en adelante, dirigirle la palabra a Hernán. Liliana fue la primera en darse cuenta de esta situación de tirantez entre los dos hombres, y se divirtió mucho. Le producía un placer que no había gustado nunca, porque en Aurora las enemistades confesadas eran inconcebibles, representaban una trasgresión bárbara de las normas sociales y determinaban una tanda obligatoria de revisión psíquica, equivalente a la confesión, el arrepentimiento, la penitencia y la enmienda. Nadie se atrevía a declarar que estaba en malos términos con cualquier otro miembro de la comunidad, como no se confiesa un vicio vergonzoso y contra natura. El escándalo de Onfil y Hernán resultaba muy sabroso, y si no hizo recaer sobre los culpables la *aversión fraternal* fue porque los ciudadanos de Aurora y las autoridades mostraron una gran comprensión hacia las almas primitivas de aquellos dos jóvenes del otro lado de la Barrera. Por lo demás, quizás en el fondo tuviera razón Gael: Aurora, desde hacía algún tiempo, toleraba demasiadas cosas, y acaso no estuviese equivocado cuando diagnosticaba un estado de desintegración social...

Esto y otras cosas traían a Aurora bastante revuelta.

El presidente Hensel mandó llamar a Onfil y, con manifiesto cariño y condescendencia, le hizo ver que debía suprimir los celos y tratar a Hernán como siempre. Aquel espectáculo estaba dando mucho que hablar y, aun cuando todo el mundo comprendía el caso y nadie ignoraba que no se trataba de una inmoralidad, convenía evitar el escándalo. Onfil prometió portarse correctamente y conforme a las costumbres de Aurora. Dijo que, al fin y al cabo, no le había roto la cabeza a Hernán, como era su deseo. Se había limitado a no saludarlo. El presidente Hensel se alarmó un poco al oírle hablar de violencia, y volvió a suplicarle que hiciese lo posible para abolir aquellos sentimientos. Con gran delicadeza le insinuó la idea de que asistiera a la revisión psíquica semanal.

—No estoy loco —protestó Onfil abruptamente, y luego se arrepintió de aquella salida un poco áspera.

—Por supuesto —admitió, sonriente, el anciano—. La revisión psíquica no es un tratamiento médico. En rigor es casi una simple ceremonia.

Él no podía obligar a nadie a asistir a las sesiones... No. En Aurora regía una amplia libertad. Pero quienes se abstenían, por otra parte muy poco, estaban mal vistos socialmente. Y no estaría de más, siquiera por curiosidad, que Onfil fuese

iniciándose en las costumbres de Aurora.

Onfil fue bastante agudo para captar el sentido oculto tras las palabras del magistrado. Le estaba diciendo que debería adaptarse a los hábitos de Aurora, naturalizarse, por así decirlo, porque no habría de volver, en mucho tiempo al menos, a su mundo, al mundo del otro lado de la Barrera...

Onfil asintió a todo. El presidente le expresó su gran simpatía. Y Onfil se conmovió, porque el anciano parecía completamente sincero. Esta simpatía estaba destinada a fraguar en fuertes vínculos cuando Onfil intimó con Anabella, la nieta del presidente Hensel.

Onfil había conocido a Anabella antes de haber roto con Liliana. Cuando se la presentaron le gustó, pero no le atrajo particularmente porque Anabella carecía del intenso sabor erótico y del aspecto seductoramente artificioso de las demás mujeres bonitas de Aurora. Le pareció una niña, extrañamente parecida a las jóvenes del otro lado de la Barrera, encantadora, sin duda, pero también un poco insípida, y no correspondió al interés que ella hubo de manifestarle sin gran disimulo. Onfil tenía, a la sazón, otras cosas que hacer.

Después de la ruptura con Liliana empezó a frecuentar a Anabella, porque se sentía a gusto con ella. Era la única muchacha de Aurora que no le hacía padecer de tensión ni suscitaba en él ningún sentimiento de incomodidad y vigilancia. Desde este punto de vista Anabella era una compañera ideal, una buena amiga.

Con Anabella hablaba de todo sin cohibirse. Ella era inteligente, muy cultivada, pero sencilla y de una gran ingenuidad. Con todo su saber, reaccionaba muchas veces como una niña. Abría unos ojos grandes, oscuros, de mirada muy dulce, con pasmo infantil, y él podía sentirse superior, dispuesto a protegerla y a mimarla. Anabella era muy alegre.

Reía con toda su cara, con todo su cuerpo, y cualquier cosa la hacía reír. Se divertía con las frases más comunes de Onfil como si fueran extraordinarios golpes de ingenio. Lo que más los separaba, las diferencias de educación y de cultura, les unía, de este modo, por contraste. La simpatía de Anabella era difícil de resistir, porque estaba hecha de vitalidad natural —su presencia era una ola de sol— y de una sincera comunicación humana, de un interés amistoso e ingenuo por las demás personas, sin malicia y sin reserva. En ciertos momentos tenía aire de polluelo por su modo de hablar y de moverse y porque llevaba el pelo corto —un brillante pelo castaño—, y en contraste con este peinado —una onda en la frente— lucía pendientes grandes en las menudas orejas. La boca y la nariz de Anabella se parecían, por cierto, a las de Liliana; pero su cara, en vez de ser triangular, era más bien redonda.

Poco a poco Onfil empezó a sentir por Anabella un cariño y una ternura que no había experimentado antes por ninguna mujer. Este cariño, esta ternura, se asociaban con una gran confianza, como si la hubiera conocido de siempre, y empezó a imaginar, vagamente, que sería feliz si pudiera estar toda su vida al lado de Anabella. Es decir: no pensaba esto, lo daba como un hecho, como algo natural y casi

anticipado al conocimiento de la chica.

—¿Por qué eres así, Anabella? —le preguntó un día.

El tono era cariñoso, pero ella lo interpretó mal:

—¿Así? ¿Cómo? ¿Me encuentras tonta?

Era una salida absurda. Quizá la pregunta, de intención cariñosa y entusiasta, había venido a chocar con pensamientos amargos de Anabella. ¿Qué pensamientos? Le temblaba el párpado derecho con un tic irreprimible. Onfil adivinó lo que le sucedía a la joven, y no ignoraba que, conforme a la moral de Aurora, no debía ella decirlo porque era un pecado. Los celos tenían en Aurora un carácter infamante, y nadie se atrevía a sentirlos y menos a confesarlos. Justamente por eso presentía Onfil un intenso placer en provocar aquella descarga de pasión, de odio, en Anabella. Era una fiera hambrienta al acecho de una presa codiciada. Nunca había sentido tanta felicidad desde que llegó a Aurora. Ahora se daba cuenta de lo que le había faltado en su trato con las demás muchachas de Aurora. Procedió astutamente.

—¿Por qué había de pensar que eres tonta? Al contrario. Y me extraña mucho que hayas dicho eso... ¿Qué te pasa, Anabella?

—No me pasa nada. Es que me preguntaste de una manera...

—Quise decir, simplemente, que eres una niña.

—¿Una niña? ¡Quisiera tener por lo menos cien años!

—En mi país las chicas de tu edad son mucho más modestas. ¿De verdad que quisieras tener cien años?

—Sí.

—Quisieras tener experiencia, claro... Eres encantadora, pero otras mujeres tienen más experiencia...

—Sí. ¡Liliana!

Soltó la palabra. Sus ojos relampagueaban de ira. Luego se echó a llorar. Onfil la tomó entre sus brazos. Ella se debatió unos instantes. Después fue apaciguándose, cediendo, ablandándose. Era deliciosa esta sensación para Onfil. Onfil la abrazó, la besó en el pelo, en la cara, en la boca. Anabella le devolvió el beso, primero sin relajar aún por entero su crispación, luego apasionada, con los ojos cerrados, finalmente con alegría inocente de criatura sana.

Onfil se confesó, en aquel momento, que estaba enamorado de Anabella.

—Eres maravillosa —murmuró.

—¿De veras? ¿Mejor que Liliana?

—Liliana no vale nada comparada contigo, Anabella. Pero dime una cosa. ¿La odias?

—Ya no.

Con esto le bastaba a Onfil. Agradecía aquellas palabras de Anabella. Le demostraban la intensidad del amor que la muchacha sentía por él. Era como si hubiera cometido, por ese amor, una gran traición, una grave falta, un pecado, al sentir y confesar aquel odio. Onfil la amó más aún.

Después, ya tranquilos, le explicó lo que había querido decir al preguntarle como era así. Aludía a la sensación de pureza y de frescor de alma y de cuerpo que emanaba de Anabella.

—Será porque yo no soy una chica T.T.R. —contestó ella.

—¿Qué es una chica T.T.R.?

—Todas aquí son T.T.R. —Y tradujo—: Tratamiento Temporal Regulado.

—Bueno, ¿qué quiere decir exactamente?

—Por favor, no me hagas hablar de estas cosas.

—¿Está mal?

—Está mal. Nadie habla.

Onfil estallaba de curiosidad. «Tienes que explicarme». De nuevo forzaba a Anabella a rebelarse contra la moral de Aurora. Y de nuevo ella sucumbió con timidez, con miedo, hablando bajo, hasta con circunloquios. Era un tema indecente, y por eso no había llegado nunca a oídos de Onfil. Al principio Onfil estaba asustado por las evasivas de Anabella, como quien se dispone a escuchar una confidencia repugnante. Después lo que sintió fue asombro y también cierta repugnancia, pero no por la cosa en sí, sino porque él había tenido que ver con el T.T.R. Había sido, por así decirlo, engañado por el T.T.R.

—¿Cómo es posible? —preguntó Onfil cuando empezó a comprender.

Anabella asintió con la cabeza.

—¿De modo que esas beldades tan jóvenes datan del tiempo del Arcángel?... ¿Y Liliana?

Anabella volvió a asentir. Fue cuando Onfil sintió un poco de asco, aun cuando trataba de persuadirse racionalmente de que, fuere como fuere, Liliana no era ninguna vieja centenaria.

Le parecía como si hubiera besado y acariciado un cadáver demorado. Sintió un odio furioso por Liliana. Pensó: «¡Maldita bruja!». Anabella comprendió sus sentimientos y explicó la realidad de la situación. Esas mujeres no eran viejas. Tenían exactamente la edad que representaban, porque los procesos de su vida, en cuanto se referían al envejecimiento, estaban en suspenso. Claro que —de algún modo— tenían más de cien años también, porque el tiempo en suspenso permanecía, por así decirlo, al acecho, como una cuenta que se acumula, una deuda creciente que no se presenta al cobro. Si de pronto lanzaran sobre esas personas el tiempo retenido, sería... Anabella no pronunciaba la nefanda palabra. Prefirió hablar de *pancronía*.

—¿Y el alma? —preguntó Onfil.

—No creen en el alma —replicó Anabella.

—El alma envejece.

Anabella no respondió.

—Parece imposible que Liliana existiese ya en tiempo del Arcángel... —Onfil se resistía a admitir aquella realidad ingrata.

—Tenía la misma edad que hoy.

—¿Entonces vio al Arcángel?

—Debió verlo.

—Sin embargo, me ha dicho muchas veces que no creía en esa paparrucha celestial —replicó Onfil.

—Lo ha olvidado.

—¿Quieres decir que miente?

—No. Habrá hecho un tratamiento psíquico especial para olvidarlo. Muchos lo hacen en Aurora. De ese modo no creen en el Arcángel y conservan el equilibrio psíquico, aun cuando lo hayan visto.

—¿Tú crees en el Arcángel?

—Yo, sí.

—¿Y tu abuelo?

—También.

Onfil se quedó pensativo.

—¿Por qué no eres tú una chica T.T.R.?

Anabella explicó el caso, por lo demás sabido de todo el mundo en Aurora. Después de la embajada del Arcángel, el represamiento «científico» del tiempo, aunque esto sea más absurdo que la otra explicación mítica, la población de Aurora hubo de ser estabilizada en un cupo fijo. No se producían fallecimientos. Nadie envejecía. Esto hizo que la procreación quedase sometida a permisos otorgados por la Asamblea del pueblo por mayoría absoluta.

Al principio se concedían algunas autorizaciones de nacimiento. Después se restringieron severamente. Y ya desde hacía muchos años quedaron rigurosamente suprimidas las licencias. Este privilegio de tener un hijo era la cosa más codiciada en Aurora. No sólo por el hijo, sino por la misma dificultad de conseguir la autorización. Después de mucho tiempo de prohibición radical hubo un permiso de nacimiento memorable. De esto hacía exactamente veinte años... El presidente Hensel celebraba un aniversario de su honorable carrera y la Asamblea quiso hacerle el delicado obsequio de un permiso de procreación, no para él, sino para su hijo, llamado también Herbert Hensel. Este obsequio delicado era Anabella. Anabella venía a ser, por este motivo, la persona más joven de Aurora. ¿Y por qué no era una chica T.T.R.? Muy sencillo: el presidente Hensel se había negado siempre a someterla a la regulación temporal. La dejaba crecer y envejecer sin ningún artificio, contra la opinión de toda la familia y cierto escándalo de Aurora, aunque por el momento, mientras la chica no pasara de los veinte años, aquel capricho del presidente, ofensivo para sus conciudadanos y conciudadanas de Aurora, no tuviese graves consecuencias. Pero podía tenerlas, y esto no dejaba de preocupar a Anabella. Era manifiesto que el presidente Hensel empezaba a perder popularidad. ¿Tendría ella la culpa? Anabella calló, oscurecido su rostro, tan gracioso y de ordinario tan alegre.

Pero pronto volvió la risa.

—¿De modo que eres más joven que esos nenes que yo he visto por ahí jugando

al aro y haciendo monerías?

—Sí.

—Este país no tiene pies ni cabeza —comentó Onfil, indignado.

Anabella encontró regocijante la observación, no por su sentido directo, sino porque aludía, sin quererlo Onfil, a otro aspecto de la cuestión. En efecto, las damas de Aurora que tenían hijos pequeños se obstinaban, a menudo, en conservarlos en la «feliz edad» de la infancia, sin dejarles llegar al estado adulto. No incurramos en la vulgaridad, falta de toda sutileza, de atribuir esta prolongación de la niñez al propósito de estas madres de estabilizar su propia juventud. Este interés elemental sin duda contribuyó a fomentar semejante práctica, que se había hecho posible gracias a la facultad de regular los procesos merced al dominio del tiempo. Al principio las damas en cuestión podían invocar —sin que esto careciese enteramente de sinceridad— el interés de sus vástagos, con sentencias comunes tales como «tienen tiempo de crecer», o «no hay época más dichosa que la niñez», o «¿para qué quitarles tan pronto la inocencia?...». Más adelante, con el andar de los años, un pretexto de esta suerte tenía que debilitar su efecto persuasivo. Por muchas ventajas que tenga el ser niño, no podía ser cosa de instalar a las criaturas en una puericia secular. Tampoco era posible engañar a nadie acerca de la edad de las madres. Si a pesar de todo persistían algunas en no permitirles a sus hijos llegar a la condición de adultos, era por otra razón o sinrazón más extraña o menos sensata. Y a esto aludía Anabella con su risa, con su burla. Era el caso que, al prohibirse la libre reproducción de la especie en Aurora, el tener un hijo de corta edad se había convertido en una especie de título aristocrático, puesto que sólo las familias de óptimas características eugenésicas o de la más alta jerarquía social obtuvieron, después de la embajada del Arcángel, licencia para tener hijos. Por supuesto, nadie ignoraba qué raras estirpes de Aurora habían obtenido este privilegio, pero las madres en posesión de descendientes jóvenes cuando el nuevo estado de cosas empezó a regir, se equiparaban, en apariencia, a las que los tuvieran posteriormente por concesión especial. En fin: los niños se convirtieron en un signo exterior de nobleza, como quien dice, y el empeño en conservarlos indefinidamente, por parte de las madres más antiguas, vino a ser una extraña forma de «snobismo».

Todo esto le contó Anabella a Onfil, no sin irónicos comentarios.

Mientras hablaban se hizo de noche. Onfil se resolvió a marcharse. Anabella reconoció que era tarde, pero aún le acompañó hasta el jardín para despedirlo. Aunque al filo del invierno antártico, la temperatura era dulce. El clima estaba discrecionalmente regido en Aurora, pero se respetaba la oscilación de las estaciones, probablemente para evitar la monotonía de un tiempo igual a todo lo largo del año.

—¡Qué hermosa noche! —comentó Onfil.

Ambos levantaron la cabeza. El cielo, muy despejado, limpio, lucía altas y nítidas constelaciones. Onfil conocía las estrellas; las había visto muchas veces delante de la proa de su avión, perdido en el espacio, desligado de toda referencia a la tierra. Siempre le había gustado volar de noche: él, que no era nada dado a metafísicas y

lirismos, gozaba en estas soledades, enfilada la máquina hacia los astros, emociones de cósmica religiosidad, como si fuera un ángel o —también— una criatura infinitamente perdida en el infinito enigma universal. Sentía una gozosa angustia: porque el espacio era inquietante, quizá terrible, pero también de una increíble belleza. Era una especie de embriaguez muy pura. No podía describir lo que sentía en aquel estado de dicha y de congoja, a veces, por instantes fugaces, casi insoportable. Murmuraba: «¡Dios santo!». Pero aquello no era una oración, sino el modo de decir lo indecible. El hecho es que ansiaba volver a experimentar aquellas sensaciones enormes que no le cabían en el alma. Esto era lo que más amaba en su oficio.

Besó a Anabella al amparo de la oscuridad y olvidó el cielo remoto. Los astros estaban allá, alrededor de los amantes, pero ahora no eran un enigma, sino una parte de sus vidas, y ellos una parte de los astros y todo uno, sin pensar en nada, como no piensan en nada y viven y gozan los peces nadando en un mar de aguas deliciosas, más acá de toda sabiduría. El cuerpo de Anabella, tan sano, fragante, de firme materia, estaba cargado de la dinámica potencia de un amor que parecía un poderoso fluido físico. Onfil sentía cómo esta fuerza se descargaba blandamente entre sus brazos y a través de los labios de la muchacha. Era un placer a un tiempo muy lascivo y muy inocente, que ninguna otra mujer le había proporcionado.

Cuando Onfil se iba a marchar, Anabella le retuvo:

—Espera...

Le miró a los ojos con una expresión adhesiva.

—Tengo miedo de no volverte a ver.

—¡Qué tontería! —protestó él.

Pero aquella frase de Anabella le inquietó. Era muy inesperada. En Aurora no se decían cosas semejantes. Por eso le hizo aquel efecto estremecedor. de tropezar súbitamente con el misterio, oír las palabras de Anabella. Aurora era como un reloj muy complicado pero sin misterios, casi sin azares, sin muerte. Tal vez Onfil echaba de menos la muerte... Se irritó un poco consigo mismo. Y, sin embargo, en su turbación, en aquella punzada de terror (no asumido como tal en su conciencia) había como un regusto lejano de infancia, como un olor que nos vuelve de pronto desde la niñez, en fin, una especie de nostalgia. Onfil se sentía ahora, junto a Anabella, como si estuviese viviendo aquellos instantes no en la perfecta Aurora, sino más allá de la Barrera de los hielos, en el mundo incierto y terrible del tiempo corredero y sin vuelta.

—Quiero darte un recuerdo —dijo Anabella.

Buscó sobre sí y alrededor suyo. Junto a ellos había un rosal enano. Anabella se acercó al pequeño arbusto e hizo unos movimientos de manos, como si lo conjurase.

—¿Qué haces? —preguntó Onfil.

Ella explicó brevemente su acto aludiendo al calor y al tiempo, a las «bocas» de calor y tiempo del jardín. Y Onfil, casi asustado, en realidad asustado, asistió a un milagro. El rosal se puso a crecer y a florecer mientras Anabella se echaba atrás.

—¡Cierra los ojos! —exclamó, empujándole para que se apartase del rosal.

Una luz intensísima brotaba al lado del arbusto y se concentraba sobre él. En esta luz aparecieron los capullos y fe hicieron las rosa? Anabella repitió sus movimientos de manos y la luz se apagó. Esperó aún unos momentos y después fue a cortar una rosa y se la ofreció a Onfil. Que le dijo:

—Gracias, Anabella...

Se dejó prender la rosa en un estado de confusa emoción, cuyos elementos no podía deslindar. Añadió:

—Bueno... Es muy bonito lo que hiciste... Pero quisiera que no lo volvieras a hacer.

Ella le escuchó con mirada interrogativa. Onfil temió haberla ofendido.

—Quiero que sea una cosa única. ¿Sabes?

Anabella asintió con la cabeza como si hubiera comprendido perfectamente. Pero faltaríamos a la verdad si dejásemos así la versión del hecho, si admitiéramos el pretexto dado por Onfil para formular su prohibición. No negamos que quisiera dar a ello el carácter de algo único, como para realzar el valor del milagro de que él había sido beneficiario. Sin embargo, se nos ocurre que este sentimiento vino después, casi como una racionalización, ante Anabella y ante sí mismo, de otros movimientos íntimos, más fuertes en realidad. A Onfil le turbaba y le repugnaba —ésta es la palabra exacta— todo lo que fuese «sobrenatural» (empleamos esta palabra categórica e inexacta), repelía como un contacto sucio la adivinación, por ejemplo, los tratos con espíritus desencarnados (esto mucho más), en fin, las derogaciones del orden de la materia. El mundo material, tal como era, podía ser cruel, incluso atroz, pero había en su crueldad, en su ceguera, en su indiferencia, como una honradez de juego limpio. Así le parecía a Onfil, en todo caso. Y no le gustaba que Anabella —a quien acababa de ver moviendo sus manos en el aire como si oficiara en un rito mágico— se alejara de él y se comprometiera en aquellas brujerías. Claro que hacer crecer una rosa en pocos minutos no era «brujería» en Aurora. O no se creía que lo fuese. Pero Onfil no lograba acostumbrarse a ciertas cosas de aquel mundo, y padecía de una desazón secreta en medio de su felicidad y de las cómodas delicias de Aurora.

Uno de los momentos más deliciosos que pasó con Anabella fue cuando obtuvo del presidente Hensel permiso para llevarla en vuelo por encima de la Barrera. Fueron juntos al campo de aterrizaje por la mañana y Onfil puso en marcha el avión. Anabella iba sentada a su lado. Onfil le señalaba las perspectivas de la ciudad desde el aire y se aventuraron fuera de los límites del territorio de Aurora, hasta la otra vertiente de las cumbres. Onfil no cesaba de jugar con la idea de escaparse. Pero no en serio. Lo pensaba como una posibilidad a la que uno renuncia categóricamente, sin dejar por eso de imaginar el hecho, sólo por juego, para sentir la emoción del riesgo, por así decirlo. Además, Onfil, aunque quisiera, no habría podido huir. Le vigilaban desde el Recinto, y no lo ignoraba, en el fondo. En cualquier momento estaban en condiciones de paralizar el avión mientras no pasara la invisible línea temporal, la

frontera del tiempo, entre Aurora y el resto del mundo. Y no le dejarían pasar ese límite. Por otra parte, Onfil tampoco le hubiera hecho esa maldad al presidente Hensel, que sentía hacia él un cariño paternal. Así, pues, volvió a Aurora. Pero, entretanto —olvidada su situación de prisionero o de huésped de otro mundo— Onfil gozaba la sencilla emoción de pasear a su novia por el aire, como si estuviera en su país y no hubiese vivido nunca aquella extraña aventura.

También hacían excursiones por los alrededores de la ciudad. Anabella tenía una increíble capacidad de alegría y de asombro. Cualquier cosa le producía un entusiasmo sencillo, un contagioso placer: un árbol, un animal, un regato de agua. Anabella estaba estrenando la vida en cada instante. Pero Onfil debía acompañarla, igualmente, a los espectáculos de Aurora, y no se sentía tan a gusto. Le fastidiaba no entender, no participar de los placeres intelectuales y estéticos de Anabella. Por ejemplo, el cine. En Aurora se había vuelto —después de pasar por el cine en relieve, en el que además se «sentía» el ambiente— a la proyección plana, antigua, en simple luz y sombra, que se consideraba más artística. Onfil podía aceptar, cuando se acostumbró, esta antigualla, pero no lograba entender un cine que consistía en un juego incongruente de imágenes, sin una fábula clara, sin un orden directamente inteligible. Anabella procuraba iniciarle. Le decía que era cine puro, que se trataba de presentar los hechos al espectador cortados de relaciones intelectuales, justamente para obtener un efecto artístico más intenso. De este modo —afirmaba Anabella— se percibía la «última realidad», la desconcertante incongruencia del mundo, la verdad terrible y maravillosa de las cosas en sí, con su misterio final e irreductible.

—¡Y su belleza! —añadía Anabella, dando a esta expresión un tono de veneración, con resonancia honda, para subrayar el prodigio.

—Bueno. ¿Y qué?

—¿Cómo y qué? ¿No te extraña que el mundo sea tan bello?

—No. Es natural que sea como es.

—¡Qué raro eres! —protestaba Anabella—. Nada te extraña.

—Por lo menos eso no me extraña.

—La belleza es un gran misterio. Podía no haberla...

A ella le faltaban palabras para decir lo que sentía. Además, estaba repitiendo ideas que, oídas o leídas, le habían producido un efecto emocional intenso, pero inasible e inasido en realidad. Era como una fe religiosa que no se logra explicar, pero que se recuerda como emoción gozada y evidencia vislumbrada una y otra vez.

Frecuentaban bastante el teatro. El teatro era una pasión en Aurora, una actividad común en la que participaban casi todos los habitantes. Onfil apreciaba, en las piezas, la estilización de las figuras, de los movimientos y la plástica del juego de los actores. No era un teatro realista. No quería serlo. Parecía como si en el escenario estuviesen siempre aludiendo, aun en las situaciones más claras y comunes, a un algo situado detrás, más allá, perdidamente remoto e inmediato: diríase que la escena visible era lo que era y además una cifra de otra invisible, una clave, y de ahí su encanto, su poesía.

Onfil le dijo algo por el estilo de estas palabras a Anabella y ella se alegró mucho. Le explicó que estaba sintiendo la «taexistencia», la «esfera del hay».

—Bueno. Explícame eso otra vez.

—Hay la existencia —decía Anabella—. Lo que está en la existencia, existe. Pero «hay» lo que no existe. ¿Comprendes?

—No.

—Es el mensaje del Arcángel.

—Demasiado difícil para mí.

De nuevo Anabella repetía dogmas, aunque sentidos, no explicados.

—¡No importa!

Anabella reía ciñéndose a él. Onfil renovaba siempre, con el mismo goce, la delicia de sentir la tensión amorosa de la muchacha, ardiente y fresca, sin pecado ni sombras, pasión de criatura joven que daba a todos sus actos un aire de montaña y primavera. ¿Sería siempre Anabella así, como un arroyo limpio? Onfil lo creía.

—Eres un encanto, Anabella. ¡Qué Dios te bendiga! ¿Por qué eres así?

—Debe de ser que no soy una chica T.T.R.

Esta salida, dicha con infantil seriedad, hizo reír a Onfil, no con burla, sino con agradecimiento.

—¡Tonto! —le reprochó ella.

En tanto Marcos Onfil llevaba esta «vida de vacaciones» (como él decía) se iba formando un clima torvo en Aurora. Anabella le habló un día confidencialmente:

—El abuelo Hensel anda muy preocupado.

Anabella le contó que en el Consejo se había hablado hasta —bajó la voz— de *pancronía*... —Pronunció el vocablo con congoja.

—¿De quién?

—Juan Gael.

Onfil conocía a Gael. Le imaginaba aniquilado, desnacido, y tuvo un repeluzno de abismo y miedo.

—Por favor, no digas nada.

Onfil prometió callar.

V - «LECHUGA TIERNA» Y LA CONSPIRACIÓN

Marcos Onfil calló. Pero otros hablaron porque se contaban, en todas partes, detalles que Anabella no le había revelado. ¡Esa información minuciosa de los rumores...! Se afirmaba que el presidente Hensel se había opuesto a cualquier medida susceptible de dividir a la sociedad de Aurora, capaz de «crear un abismo» — éstas fueron sus palabras o quizá, como otros decían, de «cavar un abismo»— en el corazón de Aurora. Por eso se opuso a abrir un juicio que pudiera determinar la aplicación de la *pancronía* a determinadas personas que se señalaban por sus nombres.

Poco a poco, Marcos Onfil fue identificándose con los temas que apasionaban a los habitantes de Aurora, a sus ciudadanos naturales, y en aquellos días se sintió plenamente miembro de la comunidad donde había caído tan inopinadamente. Era un partidario furioso del presidente Hensel y no lo ocultaba en ninguna parte. Con esto se atrajo inevitablemente un odio selecto de parte del bando contrario. Sin embargo, no le reprochaban el ser extranjero. En Aurora no existía nada parecido al nacionalismo, y conforme a las leyes todo habitante era ciudadano en la plenitud de sus derechos, lo que, por supuesto, sólo podía tener consecuencias en casos muy raros, pues el Estado vivía como un mundo aparte, más aún, era un secreto, un hecho del que no tenían conocimiento los otros pobladores de la tierra. Por lo demás, en cuanto a la actuación política de «extranjeros», ambos partidos estaban en el mismo caso, porque Juan Gael se había atraído la adhesión de Hernán, el observador y compañero de Onfil.

Por primera vez desde la venida del Arcángel, y aun desde mucho antes, Aurora podía saborear a grandes tragos si amargo y excitante licor del odio. El Consejo multiplicó las exhortaciones para que se cumpliera fielmente con la práctica de la revisión psíquica semanal. El Recinto adoptó, al mismo tiempo, una serie de medidas generales tendentes a crear un clima, un ambiente anímico apacible; incluso se resolvió pintar de verde pálido todos los bancos del moviestático, así como los postes del alumbrado. Este recurso provocó las burlas de la oposición, que bautizó al presidente Hensel con el mote de *Lechuga Tierna*.

Lechuga Tierna —perdón: oír este mote soliviantaba a Onfil hasta el paroxismo de la furia— resolvió convocar a la Asamblea del pueblo, con el fin de que los disidentes pudieran exponer sus agravios y cambiar pacíficamente el gobierno si llegaban a obtener el apoyo de la mayoría de los ciudadanos. Fue inútil. Los jóvenes amigos de Gael promovieran tales desórdenes —algo sin precedentes en Aurora— que la Asamblea no pudo deliberar.

Entonces el presidente Hensel cambió de actitud y se dispuso a someter a los caudillos de la revuelta a un juicio por alta traición.

En ese momento se produjo un golpe de teatro. Juan Gael manifestó públicamente

que no se solidarizaba con los revoltosos que habían disuelto por la fuerza la Asamblea del pueblo. Más aún: condenó expresamente esta asonada, que constituía un acto francamente sedicioso. Sin embargo, todo el mundo creía en Aurora que había sido el propio Gael quien instigó a los perturbadores. Se dedujo que este abandono súbito de sus huestes, esta deserción ante el peligro, iba a hundir el prestigio de Gael. Que las cosas no sucedieron de esta manera, lo probarían acontecimientos posteriores.

Por el momento, Aurora se enteró, no sin estupor, de que el presidente Hensel y Juan Gael habían celebrado una amistosa entrevista en el Recinto. Los detalles de aquel encuentro histórico no fueron conocidos en todos sus puntos, pero lo esencial de lo tratado llegó a noticia del público. Todo el mundo hablaba de Juan Gael en aquellos días, y Onfil comentó con Anabella:

—Este Juan Gael parece que heredó la ambición de su antepasado, el de la embajada del Arcángel.

—¡Si es el mismo!

No dejaba de ser curioso: Onfil había admitido con menos resistencia la «antigüedad» de Liliana, aun cuando le causara una repugnancia que ninguna reflexión conseguía desvanecer. En cambio, saber que el joven Gael de esta época era el mismo joven Gael que viviera y actuara en pasados sucesos históricos, le parecía algo demasiado absurdo para ser tolerado.

—Es como si hubiera conocido en el café a un tipo llamado Aníbal —explicó— y luego resultara que se trataba del mismo Aníbal que había pasado los Alpes con sus elefantes de guerra y ganado la batalla de Cannas.

Juan Gael se presentó un día, previa audiencia, en el Recinto. El presidente le acogió con su proverbial afabilidad, y el visitante, por su parte, no escatimó las muestras de respeto al «hombre cuya sabiduría nadie osaba negar en Aurora». El anciano denegó, sonriente:

—Mi querido amigo, creo que exagera usted un poco...

—Señor presidente, le aseguro que...

—¡Oh!, mi querido señor Gael, no me impedirá usted que yo «ose negar» mi sabiduría. No soy sino un viejo aprendiz. No se trata de modestia, créame. Quisiera convencerle de una cosa grave: la sabiduría es una especie de patrimonio de Aurora, un producto colectivo, por así decirlo, un estado de equilibrio entre fuerzas de signo diverso y aun adverso. Si este equilibrio se rompe un día, se producirá el fin de Aurora. No es un símil ni un modo de hablar. Será un hecho físico y fulminante. ¿No lo cree usted así?

Juan Gael asintió sin ninguna dificultad. El presidente no hacía sino repetir conceptos que eran familiares a todos los habitantes de Aurora, algo así como la filosofía oficial del Estado. Naturalmente, sólo concedió a estas palabras el crédito que merecen los lugares comunes acreditados que perdieron su eficacia emocional. Por dentro, aun cuando no llegase a formular estas ideas, estaba pensando: «¡A ver

cuándo inventáis algo nuevo!».

Luego de estas cortesías y prolegómenos, pasaron a lo esencial de la cuestión. Gael expuso los agravios de los «jóvenes» contra el Consejo de los Sabios de Aurora. El presidente le escuchaba asintiendo con su noble y hermosa cabeza blanca. Estaba de acuerdo con Gael en cuanto a las premisas.

—Cierto: la integración social de Aurora bloquea todo movimiento de progreso. No lo niego. También admito que esta paralización del avance y del espíritu creador es el comienzo de la decadencia.

—En este caso, señor presidente, tendrá que admitir nuestros puntos de vista. Es preciso presentarle a Aurora una incitación estimulante.

—De acuerdo.

—Y esa incitación —prosiguió Gael— no es necesario inventarla. La tenemos en el cumplimiento, dentro de las condiciones actuales y reales del mundo, de los fines testamentarios que asignó a nuestra comunidad el venerable fundador.

Juan Gael se detuvo esperando la respuesta del presidente. Hensel meditó unos instantes, y dijo:

—Le ruego que prosiga y sea más explícito respecto a esos fines.

—Para mí son claros. Aurora ha sido fundada para salvar al mundo del otro lado de la Barrera.

—¿Qué entienden ustedes por «salvar al mundo»?

—Aurora —prosiguió Gael— es algo así como una comunidad sin pecado. Es un mundo inocente. Más allá de sus límites reina el mal y su castigo: la pobreza, la enfermedad, el odio, la ignorancia, la suciedad, la fealdad... Es vergonzoso que subsista esa humanidad de criaturas sucias, feas y entecas, cuando nosotros podríamos regenerarlas.

—¿Cuándo y cómo se llevaría a cabo esa noble empresa? —preguntó el señor Hensel.

—Respecto al cuándo, contesto categóricamente: ahora mismo, es decir, tan pronto como se hayan terminado los planes y los preparativos indispensables. El cómo dependerá de la resistencia que el mundo exterior oponga a nuestro generoso propósito.

—¿Es decir, que si el mundo exterior no acepta nuestra ayuda, tendríamos que recurrir a los medios coactivos?

—Exactamente.

—¿Qué medios?

—Disponemos de caudales de energía suficientes para que todo ceda a nuestra voluntad.

—En suma: usted piensa en los dos recursos clásicos, la destrucción y la muerte.

—No he empleado esas palabras obscenas, señor presidente.

Juan Gael enrojeció poseído de sincera vergüenza. El presidente le golpeó afectuosamente en un hombro:

—Tranquilícese, soy yo quien las dijo. Los viejos podemos permitirnos el ser mal educados de vez en cuando. Por lo demás, era necesario. Vamos, señor Gael, escúchelas de nuevo: la destrucción y la muerte. ¡La muerte!

Juan Gael volvió a enrojecer. Pero ahora saboreaba aquellas obscenidades. Sus ojos brillaban degustando interiormente, con delicia, los vocablos proscritos. El presidente sabía lo que estaba sucediendo dentro de su interlocutor. Dijo:

—Un autor olvidado que no entendería la joven generación de Aurora, un tal Dostoievsky, dijo que el hombre no aspira ni ama la felicidad pacífica. Es el hoyo en que tropiezan y caen todos los utopistas. La felicidad más embriagadora para el hombre es la desdicha y el mal. Es delicioso odiar...

Luego de una pausa, continuó:

—Sin duda, Aurora necesita una prueba estimulante que la saque de su éxtasis. Pero esa prueba, ese estímulo vital, no debemos crearlo lanzando a Aurora en la vía de la conquista y de la violencia. Tampoco debemos atribuirnos ninguna misión salvadora. No valemos tanto, querido amigo. Perdóneme que se lo diga con franqueza: son ustedes víctimas de una alucinación orgullosa. El pecado está en Aurora también. Aurora no es un mundo inocente. No hay ningún mundo inocente para el hombre. Por lo demás, usted ha invocado el testamento de nuestro fundador. Pero si algo había claro en las ideas de John Springell era su pacifismo radical. La familia de Springell era tradicionalmente cuáquera. Él también lo era aunque lo negase. Un éxito por medio de la violencia, a costa de la violencia, hubiera sido para nuestro fundador el peor fracaso. Estoy seguro de que habría preferido la desaparición de Aurora...

Esta última frase quedó vigorosamente grabada en la mente de Juan Gael.

—Si el señor presidente no tiene inconveniente, quisiera conocer los planes del Recinto para afrontar el proceso de desintegración de Aurora.

—El Recinto —contestó el presidente— no tiene aún planes decididos. Sólo algunas ideas. Un desequilibrio incitante puede ser provocado de dos formas: una, suscitando una aspiración más alta que nuestro nivel presente y superior a nuestros actuales recursos; otra, provocando una dificultad que rebaje ese mismo nivel y obligue a restaurarlo por un esfuerzo colectivo... Por ejemplo: si redujéramos la temperatura de Aurora provocando un período glacial voluntario estaríamos en el segundo sistema... Pero es sólo una hipótesis, naturalmente.

Juan Gael anotó en su memoria tan sorprendente proyecto. Protestó:

—Eso no lo consentirá nunca el pueblo.

—Tal creo. Fue sólo una hipótesis, repito.

El presidente Hensel, con instintiva prudencia, abandonó este tema.

—Por el momento lo que importa es saber si ustedes desean colaborar con el Recinto para restablecer la unidad espiritual de Aurora.

—Personalmente no deseo otra cosa —contestó Gael—. Lo que se ha dicho sobre mis actividades de *agitador* —subrayó la palabra irónicamente— es mentira. Puras

calumnias. Me puse al frente de los jóvenes para evitar que algún irresponsable se erigiese en caudillo. Ahí existe una fuerza peligrosa y es necesario impedir que tome por cauces destructores. He tenido que hacer concesiones demagógicas. Lo reconozco. Pero fue, justamente, para que no se produjera lo peor...

Finalmente ambos hombres llegaron a un acuerdo. El presidente Hensel accedía a que se creara una guardia donde hallaría empleo el afán de novedad y de acción de los jóvenes de Aurora. Esta guardia estaría dotada de armas meramente *pseudoacrónicas* (en este punto el presidente fue irreductible). El Recinto conservaba —así lo explicó Hensel a los consejeros— todos los medios decisivos de protección. En el fondo, no se arriesgaba nada y era un modo de canalizar la inquietud de los turbulentos dándoles un quehacer, una responsabilidad, y encuadrando su inquietud dentro de un molde de disciplina. Gael fue nombrado jefe de la guardia, cuyos fines declarados consistían, precisamente, en proteger la seguridad y las instituciones de Aurora.

Este arreglo tuvo felices efectos. Gael formuló reiteradas declaraciones de lealtad al Recinto. Pero muy pronto se deterioró esta armonía. La guardia se dedicó a perseguir a los hombres más adictos al presidente Hensel y al orden tradicional de Aurora. Hubo sordas intrigas de una complejidad inextricable. Todo era un tejido de equívocos y confusión. Nadie sabía quién era quién. La política de Aurora, durante algún tiempo, parecía —al menos Onfil la juzgaba de este modo— una mascarada de pesadilla.

Y sin embargo el Consejo de los Sabios consiguió despejar esta amenaza. Aurora tuvo la sensación de un renacimiento, de una nueva vida.

El presidente Hensel pensaba que, en buena parte, la enfermedad de Aurora —al menos sus síntomas más flagrantes— se debía al confinamiento, al hermetismo de un círculo demasiado pequeño. No era posible dar una súbita expansión a ese círculo: los habitantes de Aurora no podían habitar ni mundo exterior sin someterlo a un previo acondicionamiento temporal, y esto les impedía lo que pudiéramos llamar «viajes de turismo». Por otra parte, era indispensable guardar el secreto de la existencia de Aurora, conforme a las instituciones de la ciudad y a los fines que presidieron su fundación. Sin embargo era preciso romper el confinamiento, ensanchar el espíritu y el horizonte de la comunidad, a fin de airearla y evitar las peligrosas fermentaciones de los últimos tiempos. El Consejo halló una solución hábil: mandó construir centenares de naves aéreas de un tipo muy característico, pues eran redondas, sin alas, y podían elevarse y descender a plomo, mantenerse inmóviles en el aire o surcarlo a velocidades formidables. En rigor, ni la idea ni los vehículos podían pasar por verdaderas novedades, salvo en algunos detalles. Muchos años antes, más o menos en la época del Arcángel, los aviadores de Aurora habían explorado reiteradamente el planeta tripulando máquinas muy parecidas, lo que promovió, en el mundo del otro lado de la Barrera, no pocas suposiciones, incluso la hipótesis de que se trataba de visitas hechas a la Tierra por habitantes de algún astro... Pues bien: las

naves aéreas procedentes de Aurora volaban de polo a polo, y sus pasajeros, aun cuando no pudieran salir de la cabina, gozaban de la facultad de posarse en cualquier punto y conocer el mundo exterior, como también darlo a conocer a sus ciudadanos, pues tomaban y transmitían toda suerte de imágenes, sonidos e informaciones.

Esto tuvo un efecto excelente sobre el ánimo público y Gael empezaba a ser olvidado.

En la misma línea de nuevas actividades estaban los planes relacionados con la astronáutica, que tenía muchos aficionados en Aurora. Y en un orden diferente, cabe registrar la aparición, en aquella época, de dos nuevos deportes, un juego de sociedad que apasionó mucho a la gente, aunque por breve tiempo, y una teoría filosófica. Desgraciadamente, Onfil prestaba tan poca atención a la metafísica que no retuvo en la memoria el nombre de la nueva escuela.

Aurora hablaba de una «nueva era de expansión de la conciencia». Todo el mundo respiraba, por así decirlo, el aire de los infinitos espacios.

Nadie hubiera previsto el trauma brutal y súbito que se produjo poco tiempo después.

VI - SECRETO Y FIN DE AURORA

El ataque contra el Recinto fue un golpe instantáneo.

Onfil estaba, en aquel momento, en casa del presidente Hensel. Llegó la noticia de que el Centro de la Regulación Judicial del Tiempo se hallaba en poder de los sediciosos. Hensel se informó serenamente de las primeras noticias. Pero cuando supo la brutalidad con que procedían los rebeldes no pudo ocultar por completo su congoja. Dueños los sublevados de los comandos exteriores del tiempo, habían sometido a la *pancronía* a un centenar de funcionarios del Recinto. La destrucción fulminante de los cuerpos producía explosiones características que la gente oía o creía oír aun cuando aquellos ruidos pudieran deberse a otras causas. El terror había recluso a los ciudadanos en sus casas. Era un terror acrecentado y modificado por la estupefacción porque la mayoría de los habitantes de la ciudad no podían imaginar que tales cosas pudieran suceder en Aurora. Tenían la sensación de haber caído de súbito en una vorágine de locura, de infernal desvarío.

El presidente Hensel decidió trasladarse al Recinto, y ordenó que hiciesen lo mismo los miembros del Consejo. Casi al mismo tiempo recibió un mensaje directo de los sediciosos advirtiéndole que las baterías pancrónicas le tenían enfilado y que debía permanecer en su casa a disposición del mando rebelde.

El Recinto ya no era accesible sino por aire. Onfil declaró que no se separaría del presidente, y Anabella quiso seguir a su abuelo.

A pesar de la intimación rebelde pudieron aterrizar sin inconveniente cerca de la Torre de la Cámara Sellada. Casi en el mismo momento llegaron al Recinto cinco de los consejeros. Los demás habían sido aniquilados o dificultades insuperables les impedían reunirse con el presidente. También se sospechaba que alguno de ellos estaba de acuerdo con Gael.

Onfil pudo ver por primera vez el Recinto, en toda su extensión. Era una especie de acrópolis delimitada por una muralla que albergaba una serie de edificios construidos sobre una colina, dominando la ciudad. En la parte más alta del monte había una torre con un reloj de esfera blanquísima. Este reloj llevaba un nombre sugestivo: le llamaban el Ojo Eterno. Salvo su gran tamaño y la pura candidez de la esfera, lo único notable eran las agujas de oro.

Había en la Torre un misterio proverbial en Aurora. Era una estancia —quizá fuese una cripta— a la que se aludía de mil modos, incluso con expresiones humorísticas o burlonas, y oficialmente con el nombre de Cámara Sellada. La Cámara Sellada databa del tiempo del Arcángel, y desde entonces nadie había penetrado en ella. Más aún: ni siquiera se conocía con exactitud dónde estaba. Incluso podía no haber tal Cámara Sellada en el sentido material de la expresión, aunque, por otra parte, el nombre de la estancia hacía o diríase que hacía directa referencia a sellos y precintos reales que garantizaban su inviolabilidad, la inviolabilidad de una

puerta. Los consejeros de Aurora tenían acceso a la Torre y no pocas personas la habían visitado. Sin embargo nadie podía decir dónde estaba la puerta de la famosa Cámara Sellada. Muchos suponían —es más exacto decir que la gran mayoría— que no había tal Cámara Sellada. Debía tratarse de una metáfora, un modo de mencionar una idea, un concepto, a lo sumo un dato, y quizá ni siquiera eso: podía ser meramente un símbolo, un artificio esotérico, sin duda de alguna utilidad, pero sin ninguna sustancia real. La Cámara Secreta guardaba el llamado Secreto de Aurora, al que también designaban con el nombre de «la Promesa», al parecer porque tenía relación con el «pacto del pueblo con el Arcángel». Sin embargo el pueblo ignoraba la índole de este misterio, y lo ignoraba porque se había avenido a ignorarlo, es decir, había renunciado a conocer el Secreto. Esta renuncia no consistía en una actitud pasiva y tácita. Por el contrario constaba expresamente como una ley fundamental de Aurora, y la Asamblea había aceptado esta ley en debida y expresa forma. Semejante renuncia se había logrado a instancias de los sabios de Aurora, en quienes la ciudad tenía, por aquel entonces, una confianza sin sombra.

Los partidarios de Juan Gael se referían a menudo, sobre todo últimamente, al Secreto, prometiendo terminar con este «tapujo» en el que presumían una astucia de la clase dirigente, de la gerontocracia de Aurora, para conservar el poder en sus manos. El propio Juan Gael había ridiculizado, con una frase incisiva, el misterio de la Cámara Sellada: «El Secreto de Aurora —había dicho Juan Gael—, como sucede siempre con todos los sancta sanctorum, es el vacío, la nada».

Aunque los sediciosos estaban en posesión de la primera línea de edificios del Recinto, subsistía lo que podríamos llamar el reducto interior, defendido por un sistema de aparatos pancrónicos que, hasta el momento, habían fulminado a cuantos intentaron forzar el paso de la Torre.

En la Torre estaba el presidente Hensel con los consejeros sobrevivientes, si era cierto que los demás habían sido aniquilados por los rebeldes. Apenas instalado en aquel lugar, el presidente se dirigió a los sediciosos. Les dijo, con su conocida voz serena, que en ningún caso podrían triunfar. Conforme al pacto del Arcángel y a la profecía de la Cámara Sellada, su victoria era imposible. Sólo lograrían con sus violencias atraer gravísimos males sobre Aurora y sobre sí mismos. Por el momento, el presidente se limitaba a hacer esta advertencia de cuya verdad y exactitud no debía dudar nadie para bien de todos. Les incitaba, en consecuencia, a deponer su actitud sediciosa en el acto y a someter su querrela a la Asamblea del pueblo.

Los rebeldes contestaron en seguida al breve discurso del presidente. Por vez primera, en público, le llamaron con el reciente mote de *Lechuga Tierna*, lo que produjo un gran efecto por lo insólito de tales expresiones y por la comicidad trágica que adquirirían aquellas palabras en una coyuntura tan grave. Después de este desahogo burlesco vino la parte seria de la contestación, a cargo de Juan Gael. Juan Gael hizo un llamamiento al pueblo de Aurora empezando por revelar las criminales intenciones del Consejo de los Sabios (oficialmente Consejo de Aurora). El propio

presidente Hensel —y no se atrevería a negarlo— le había dicho que los señores del Recinto tenían la intención de producir un período glacial en el valle y territorio de la ciudad. ¿Para qué un propósito tan insensato? Era transparente. Enfriar a Aurora equivalía a reducir su energía, a debilitarla artificialmente, a imponer a la gente un duro esfuerzo para sobrevivir. ¿Con qué objeto? Hizo una larga pausa al llegar aquí. No era dudoso: de este modo el pueblo, absorbido por la lucha para sobrevivir, permanecería sumiso a la tiranía. Gael denunciaba esta conspiración monstruosa y pedía a todos que colaborasen en su propia salvación combatiendo a la «casta» degenerada que aspiraba a perpetuarse en el mando al precio de la miseria y de la ruina de Aurora. Juan Gael y sus partidarios se proclamaban los intérpretes fieles de la tradición y de los ideales del fundador, el venerable John Springell.

A esta alocución siguió un ataque contra la Torre, que fue rechazado. Luego hubo unas horas de tregua. La cortina antipancrónica que defendía los edificios interiores parecía invulnerable.

Mientras Anabella dormía, agotada por las emociones de la jornada, Onfil se dedicó a explorar las cámaras subterráneas del Recinto. Tomó un ascensor, sin que nadie le cortara el paso, y descendió al último piso. Pronto se encontró en una cripta de alta bóveda con revestimiento de mármoles negros adornados con grecas y temas florales de oro. El local estaba desnudo de muebles y parecía ser a modo de un gran tránsito o corredor que terminaba en una puerta de bronce. Onfil trató de empujar la puerta, pero no cedía. Entonces se acordó de que en Aurora las puertas se abrían sin tocarlas, mediante determinados ademanes y movimientos. Ensayó sin mucha esperanza, para ver, finalmente, cómo la pesada hoja obedecía con lento movimiento y le franqueaba el paso. Cruzó el umbral respirando un silencio de cámara hermética, y desembocó en una sala, también revestida de mármol oscuro.

Lo que allí vio Onfil le produjo una emoción que tenía olvidada desde su infancia, cuando sufría de sueños terroríficos. Volvió a sentir, en aquel momento, lo que es el pavor, el miedo espeluznante. Alrededor de la sala, de pie, como celebrando conciliábulo, había una docena o más de cadáveres, todos en la misma postura, con los ojos cerrados, los brazos tendidos a lo largo del cuerpo y las cabezas ligeramente levantadas.

El miedo duró poco: duró otro tanto que la sorpresa. Pero ahora lo que sentía Onfil era otra cosa. Hay en el miedo un cierto sabor punzante, natural, un sabor de vida. Lo que sintió Onfil tras el miedo fue angustia, la angustia de sentirse perdido, la evidencia súbita de lo desconcertante de toda realidad, el golpe de ver que existían «cosas así», realidades como aquélla. Sin embargo la causa de aquella congoja que Onfil experimentaba no era la sala con sus muertos, sino asimismo las demás realidades del mundo, las realidades más comunes también, las más familiares, no diferentes en su esencia de aquel horror. Se sintió extraviado en lo desconocido, en un desconocido fantasmagórico y pavoroso que no era aquella sala de muertos, sino el mundo entero, todas las cosas. Nunca le habían acometido estos sentimientos difíciles

de describir. Era como si estuviese tragando un licor de taste metálico, con regusto desabrido, ni siquiera repugnante, un sabor de cenizas, de nada, peor que repugnante. Se quedó unos instantes paralizado y luego le vino un malestar de estómago, un malestar real, físico, razonable en este sentido, conocido, lo que era algo, un alivio. Iba a retroceder, a escapar, cuando sintió que una mano de hombre se le posaba en su hombro. Creyó haber lanzado un grito. No era cierto: no hizo sino temblar con todo el cuerpo. Entonces oyó a sus espaldas una voz humana:

—¿Qué hace usted aquí?

Una «voz humana» quiere decir una voz natural, una entonación con nada de extraordinario. Pero a Onfil, sin embargo, le costó trabajo torcer el cuerpo, volverse, porque tenía los músculos como agarrotados. Ante él estaba un hombre pálido y alto, de cara larga y ojos hundidos. Creyó que no era un hombre, sino un autómatas de los que se utilizaban en Aurora para los trabajos inferiores. Se parecía a esta clase de seres mecánicos. Onfil permaneció unos instantes mirando oí recién aparecido sin responder.

—¿Quién es usted? —sonó de nuevo la voz.

Onfil vio que era efectivamente un hombre. Le explicó su presencia en aquel lugar. El otro, a su vez, hizo su propia presentación:

—Temía que fuese un enemigo. Tengo a mi cargo el cuidado de estos lugares, pero con este barullo tuve que atender a otras cosas. ¡Señor!, ¿qué será de nosotros?

—¿Qué sitio es éste? —interrogó Onfil.

—¿No lo ha comprendido? Es la Casa del Buen Sueño.

Decididamente en Aurora había una predilección notoria por los eufemismos y un visible pudor de las palabras rudas. Aquello era, en realidad, la cámara donde se conservaba a los que habían sufrido la pena de *acronía*.

—¿Están muertos? —preguntó Onfil.

—En cierto modo sí. Pero pueden volver a la vida.

—¿Por qué los tienen aquí?

—En primer lugar para protegerlos de la destrucción. Y además, es parte de la pena.

El hombre dijo estas palabras como recitadas. Eran dogmas, axiomas profesionales de prestigio consagrado. Se mostró explícito quizá por efecto de lo anormal de las circunstancias. No era frecuente tener visitas en semejante lugar, y si Onfil había conseguido llegar hasta aquel sitio había sido gracias al desorden producido por la sublevación.

Onfil se despidió del hombre pálido que reinaba en el panteón subterráneo. Recordó el miedo que la *acronía* inspiraba a Liliana. Seguramente en aquel miedo tenía buena parte la idea de estar en aquella compañía muda, como un muerto entre los muertos.

Cuando Onfil regresó junto a Anabella encontró a la joven despierta e inquieta. El presidente Hensel les llamaba a la Torre.

Los rebeldes habían lanzado un nuevo y más violento ataque contra los edificios interiores del Recinto.

El presidente recibió a los dos jóvenes en una sala de la planta baja de la Torre. En el testero del fondo, a la izquierda, estaba el señor Hensel sentado a su mesa de trabajo, rodeada de estanterías con libros. Onfil paseó la mirada distraídamente por la pieza y su atención se fijó en un cuadro, aun cuando ni la factura ni el tema le interesaran. Era una pintura antigua, probablemente del siglo XIX y representaba un carrito de colores alegres —dominaban los rojos, los azules y los blancos— en el que iban dos hombres, uno de ellos en pie señalando algo en el cielo. Después le llamó la atención el fuerte y seco tictac, como de un poderoso reloj, que sonaba en el piso, debajo de sus pies. Pero le distrajo el rumor de conversaciones que venía del otro extremo de la sala. Un grupo de hombres —cuatro o cinco— hablaban sentados alrededor de una mesita baja.

El presidente levantó la cabeza y sonrió con cariño al ver a Anabella. Se puso en pie y dio unos pasos hacia los jóvenes. Besó a Anabella en ambas mejillas, teniéndola abrazada, y, sin soltarla, tendió la mano a Onfil. Después condujo a los dos muchachos junto a la mesa y les invitó a sentarse. Él tomó asiento también en otro sillón frente a los jóvenes.

—Le he llamado —dijo dirigiéndose a Onfil— para decirle que ya no hay ningún motivo para retenerle en Aurora. Queda usted en libertad de marcharse.

—Precisamente ahora no me quiero ir —respondió Onfil—. Le agradecería que me permitiera quedarme al lado de ustedes.

Hensel sacudió la cabeza negativamente:

—Por el contrario, le ruego que se marche al otro lado de la Barrera. Se lo pido como un gran favor, el único favor que podría hacerme, créalo. Le suplico que se marche al otro lado de la Barrera...

Hablaba con mucha emoción y Onfil se conmovió. El anciano era absolutamente sincero. Insistió sin embargo:

—¿Por qué no puedo quedarme?

—Pronto lo sabrá. No debemos perder un instante.

Onfil cruzó una mirada con Anabella, y dijo:

—Creo que no debo volver sin mis compañeros.

—Ya nos hemos ocupado de eso. También ellos tienen derecho a salir de Aurora. Nos pusimos en comunicación con sus dos compañeros y están advertidos. Saben que deben estar en el aeródromo, el mismo en que han aterrizado ustedes, dentro de media hora, y les han dado facilidades para trasladarse allí. Es probable que le estén esperando cuando usted llegue.

—¿Y si no estuvieran?

—En ese caso, hijo mío, debe prometerme que saldrá sin esperarlos.

—No puedo marcharme —replicó Onfil en tono bajo y obstinado—. No me iré.

—Otra cosa más —añadió el presidente—. Quería pedirle que se llevara consigo

a Anabella.

Anabella cruzó una mirada con Onfil, luego se volvió a su abuelo y se le arrasaron los ojos de lágrimas.

—Abuelo, ¿por qué quieres que te dejemos?

Hensel se acercó a la muchacha y la atrajo a sí.

—No me has entendido. Lo que pido de vosotros es un servicio, una misión. Eso es. Tú eres la única persona de Aurora que podría vivir al otro lado de la Barrera. ¡Cuánto me alegro de no haber consentido en tu acondicionamiento temporal! ¿Ves cómo el viejo Hensel tenía razón? Ahora me tienes que obedecer. Me darás una gran alegría si acompañas a tu amigo. Marcos es un buen muchacho —por primera vez se oía llamar Onfil de este modo por el presidente—. ¿No quieres darle una alegría al abuelo Hensel?

Ella asintió con la cara llorosa. Onfil seguía oyendo, ahora destacado como un sonido único, aquel tictac de reloj.

—Bien —dijo Hensel—. No hay que perder un instante. La máquina que nos trajo al Recinto les espera para llevarlos al aeródromo. No teman nada. Está protegida contra las, armas pancrónicas.

El presidente se levantó y les condujo hacia la salida. Hubo un momento de silencio. El tictac del reloj sonaba creciente, como si les apremiara. Onfil se quedó atrás mientras Anabella cruzaba la puerta de salida y aprovechó para preguntarle al presidente:

—¿Qué sucede, señor?

—La Cámara Sellada se está abriendo.

Los cinco hombres reunidos en el rincón de la sala volvieron sus cabezas como para despedir a los jóvenes. Los cinco tenían una expresión de beatitud en los rostros y sonreían con cinco sonrisas iguales. Eran, sin duda, los consejeros de Aurora. Ya fuera de la Torre, Anabella le dijo a Onfil indignada:

—¿Has visto a esos viejos? Están atiborrados de *frasia*. ¡Es una vergüenza!

El presidente acompañó a los jóvenes hasta la máquina donde aguardaba ya el piloto, el mismo que les había traído desde la casa de Hensel al Recinto. El anciano besó a su nieta y con alguna brusquedad la empujó dentro de la nave aérea que, en el acto, comenzó a elevarse perpendicularmente.

Estaban sobre la ciudad. Aurora desde el aire tenía el aspecto de inocente serenidad que Onfil le viera el día de su llegada. Era un precioso juguete, una limpia y perfecta aldea mecánica.

En camino hacia el aeródromo —tan breve camino— el piloto puso en funcionamiento el aparato de televisión. En la pantalla apareció el presidente Hensel sentado ante la misma mesa de la Torre donde los jóvenes le habían visto hacía menos de media hora. Se oyó la voz conocida, apacible. Comenzó el presidente por anunciar que los rebeldes estaban a punto de penetrar en la Torre. En ese instante, levantó la vista, y la pantalla recogió la expresión de los ojos del anciano: Onfil sintió

como si se le hubiera producido el vacío dentro del cuerpo. Hensel tenía una mirada de niño. «Se está abriendo la Cámara Sellada —dijo en seguida el presidente con un perceptible temblor de voz— y el Secreto de Aurora va a ser revelado». Las palabras que siguieron a continuación no pueden ser transcritas con exactitud, no sólo porque la memoria de Onfil no las retuvo, sino también por miedo a incurrir en graves errores a causa del matiz delicado, de sentido e intención, que puso en esta parte del discurso el presidente Hensel. Anabella, que había empezado a sollozar tan pronto como su abuelo dijo que los rebeldes iban a entrar en la Torre, contuvo la perturbadora expansión para escuchar, con las lágrimas como detenidas en su carrera, mojándole la cara, las revelaciones del presidente. La Cámara Sellada se estaba abriendo... Es decir: que la Cámara Sellada se abría, no por la acción de una voluntad personal, sino por sí misma. Sobre esto no podía haber duda. El presidente Hensel aclaró este punto lo suficiente para que pudiera entenderlo cualquiera. También quedó perfectamente definido que la apertura de la Cámara Sellada provocaba la destrucción (quizás esta palabra sea de un materialismo grosero) del factor misterioso gracias al cual el tiempo podía ser regulado en Aurora. El efecto de este hecho venía a ser algo muy semejante a lo que les sucede a los tripulantes de un submarino sumergido, posado en las arenas de un mar profundo, cuando una explosión rompe las planchas y el agua lo aplasta todo. Aurora venía a ser una cámara hermética en un abismo, y el tiempo, el tiempo detenido, no gastado, los procesos que ese tiempo había dejado en suspenso, todo eso se precipitaría sobre aquel mundo exento para igualarlo en la comunidad universal. El efecto habría de ser algo inimaginable, un anoralipsis en una pompa de jabón. ¿Qué formas tomaría el hecho racionalmente absurdo y sin embargo real? Aurora era una contradicción, una insensatez inscrita en el orden universal, una ínsula derogatoria de la lógica, que iba a ser aniquilada. En fin: de cierta manera, la destrucción de Aurora venía a ser un milagro al revés, el mismo milagro del Arcángel en el momento del reajuste brusco, instantáneo, en que iba a terminar, en que el milagro iba a reintegrarse en la ley común. Con ruda sencillez mecánica cabría decir, también, que las represas del tiempo se iban a romper de pronto descargando sobre Aurora un alud temporal, una furia invisible, sin materia, que anegaría toda cosa y todo ser viviente. Siempre con el lenguaje de las metáforas mecánicas el Secreto de Aurora venía a ser un dispositivo (la palabra no puede ser más inadecuada, aunque vigorosamente expresiva) que, desde la Cámara Sellada, destruía el sistema de la regulación del tiempo, como quien hace saltar la barrera de un gran embalse de agua. Pero ¿cuál era la causa de este hecho? ¿Qué o quién ponía en acción el «dispositivo» que determinaba la catástrofe? La respuesta merece ser tratada en punto y aparte. Este aspecto de la alocución del presidente no requiere ninguna exégesis y está al alcance de todo entendimiento normal. La Cámara Sellada se mantenía en su clausura, inviolada, por efecto del equilibrio psíquico de Aurora en determinado *status* al que el presidente llamó la «sabiduría de la comunidad». Podemos imaginar, en efecto, que tal *status* psíquico, el orden espiritual

de Aurora, en suma, actuaba de una manera automática sobre la Cámara Sellada, y mientras permaneciese esta armonía, se conservaba el otro orden, el orden físico y vital, felizmente gobernado por la regulación del tiempo. Pero alterado el orden espiritual de la comunidad se desencadenaba el «mecanismo» destructor y Aurora sería anegada por la ola del tiempo detenido. El presidente manifestó sin lugar a equívocos, como para quitar toda esperanza, que ningún poder humano podía evitar el desastre. El movimiento de apertura de la Cámara Sellada era irreversible. Lo que será difícil averiguar es si la relación entre el orden espiritual de Aurora y sus fuerzas materiales respondía a un artificio humano, tal vez creado por los sabios, o bien a una especie de «karma» decretado por poderes sobrenaturales. O bien los dirigentes de Aurora cultivaban ciertas ambigüedades, jugando con lo divino o numinoso y lo humano y físico, o bien su pensamiento, aunque animado por ¡a voluntad de ser claro, se tornaba oscuro y dudoso por efecto de la complejidad misma del asunto, inaprensible para nuestra lógica demasiado elemental. El presidente Hensel no dejó de aludir al «pacto del Arcángel» como si hubiera existido una especie de «alianza», en el sentido de las Escrituras, aun cuando podemos hallarnos aquí en presencia de un símil, de un símbolo verbal útil para designar, en forma sensible, hechos rebeldes a la expresión de la palabra común, usada en manera directa. No olvidemos que esta narración nos obliga a aventurarnos en un territorio desconocido, en un mundo donde no nos pueden guiar los hilos de las ideas que forman nuestra trama intelectual, elaborada con otra materia, con otro orden de realidades, y es inevitable que nos sintamos perdidos y desconcertados, en ese extravío de una radical perplejidad.

Pero esto hay de nítido y firme: Aurora gozaba de poderes mágicos sobre la materia y sobre la vida. Aurora poseía gigantescos caudales de energía para su felicidad, para la felicidad de sus habitantes. Y Aurora era rica también en sabiduría. Cuando Aurora perdiese la sabiduría, esos poderes, esos caudales de fuerza, todo lo que era su bien y su privilegio, se volvería contra ella y la ciudad sería aniquilada.

Tal era, en el fondo, el Secreto de Aurora. Un secreto demasiado simple para que le prestasen mucho crédito, demasiado elemental para obtener el respeto de los más sutiles y el acatamiento de los comunes. Los grandes secretos suelen ser a un tiempo muy sencillos y muy complejos, transparentes y oscurísimos.

El presidente Hensel terminó su discurso con una despedida, y un adiós fraternal. Distinguimos entre despedida y adiós porque el propio presidente destacó la distinción, ya que, al final de su discurso, pareció como si abriera con sus palabras otra Cámara Sellada, una perspectiva franca de esperanza, más allá de la negación. Onfil evoca aquellas frases postreras del discurso de Hensel sin poder resucitar su más valioso sentido. Hensel habló de una puerta que se abre en la noche profunda. Nos han despertado de súbito, en la madrugada, en medio de nuestra paz. La casa arde y las llamas nos cercan sin dejarnos una salida: sólo muros infranqueables y la muerte. No hay escape. Y sin embargo, siempre hay escape. Ninguna verdad es definitiva: ni las verdades que nos halagan ni las que nos desesperan. Las evidencias

más empedernidas y macizas pueden ser traspasadas porque están abiertas aún más allá, por impensable que sea. El ser y el no ser se concilian en un algo, que hay sin que exista. «Una mano te guiará a través de los muros —dijo el presidente— y sentirás en el rostro el aliento fresco de la noche oscura...».

Mientras los hombres de Gael forzaban las puertas de la Torre una ola de millones de milenios cúbicos (tal vez este modo de decir haga inteligible lo que sucedió), un huracán temporal cayó sobre Aurora. Todos los procesos retardados o detenidos se consumaron en un instante, un instante en el que sucedió todo lo que debería haber sucedido lentamente en el pasar de muchos días. Fue una monstruosa explosión. Todo se convirtió en ceniza y nada.

Entretanto, la nave en que volaban Onfil y Anabella estaba ya fuera de la ciudad y descendía cerca del aeródromo. Los dos jóvenes saltaban a tierra —más exactamente, eran lanzados a tierra— en el momento mismo en que Aurora quedaba destruida. Cuando abrieron los ojos estaba cayendo sobre ellos y sobre toda la tierra una espesa nevada. La máquina y su piloto habían desaparecido.

Estaban solos entre la nieve. El frío sobrevino, intenso y casi instantáneo; después pareció detenerse, retroceder, y en seguida dominó todo el valle, tomó posesión de un país que le pertenecía.

Cuando los dos jóvenes miraron hacia la ciudad no vieron más que la restituida blancura de los hielos.

Lucharon para acercarse al avión, el avión que trajera hasta Aurora a Onfil y sus compañeros. El aparato empezaba a parecer un fantasma bajo la nevada. La capa de nieve crecía minuto a minuto bajo los pies de ambos jóvenes. Se hundían en el suelo blando y tendían todo su ser hacia la máquina salvadora, como en los sueños.

Les sorprendió oír la altiva cólera de los motores encendidos. Era un frenesí de furia y de esperanza aquel ruido de las poderosas máquinas. Alguien estaba dentro del aparato, esperándoles. El mecánico Hefaist les abrió la puerta y les ayudó a subir.

Onfil recuperó el mando del avión con la seguridad certera de un largo hábito.

—¿Dónde está Hernán? —preguntó.

—No ha venido aún.

La voz de Hefaist era buena y real como un rumor doméstico, familiar.

Aguardaron un tiempo que pareció muy largo. Hernán no venía. Hernán se había quedado en Aurora. Onfil quiso esperarlo más tiempo, mucho tiempo, como para castigar su impaciencia, su miedo, su deseo de huir. Pensaba con rencor que Hernán se había dejado seducir, como siempre, por las delicias evidentes de Aurora y no había creído nada sino lo que sus ojos y sus sentidos le anunciaban. Aurora era la comodidad y la delicia y Hernán no se inquietaba por causa de los enigmas. Era hombre de evidencias y realidades, muy seguro de su mundo, persuadido de que todo era claro y sin misterio. Estaba a gusto en Aurora, y nada más. Por eso se había quedado sin atender la advertencia del presidente Hensel. Acaso se figuró que el presidente quería engañarlo y alejarle de Aurora y de sus palmarias ventajas

asustándole con vanos peligros. Hernán nunca permitía que le engañaran. Hernán pisaba fuerte con sus fuertes pies y andaba sobre esta tierra, no como un explorador cauteloso o un forastero caído en país ajeno, sino tal como si hubiera nacido en la cuna de las rocas el primer día de la creación. Hernán lo sabía todo al modo de los que no se preguntan nada. Hernán pereció en Aurora.

Mientras le esperaban —«un minuto más, sólo un minuto más»— se oían los sollozos de Anabella. Cada instante que pasaba sería más improbable que el avión lograra elevarse.

Por último, Onfil inició la maniobra de despegue. Los motores gemían en un paroxismo de rabia y de poder. La insidiosa blandura de la nieve retenía la máquina, como una invitación al sueño, al descanso definitivo. Finalmente, en un arranque desesperado, el aparato se desprendió, para siempre, del suelo de Aurora.

Al cruzar la Barrera de hielo, Onfil pasó su brazo por el busto de Anabella y atrajo hacia sí el cuerpo de la muchacha. Ella reclinó la cabeza en el hombro viril, buscando consuelo. Los motores cantaban apaciblemente. Anabella dejaba correr las lágrimas suavemente. Onfil le señaló un extraño efecto de luz en la muralla de gélida blancura: la base de la ciclópea construcción de hielos era oscura, luego venía una franja de admirable candidez, y en lo alto erraba un tenue vislumbre rosado. Anabella sonrió. El espectáculo era de una belleza increíble y gratuita, tan inexplicable, tan misteriosa como toda la belleza del mundo. Parecía que aquel juego de luz en los gigantescos prismas de nieve existiera sólo por sí y para sí. Allí estaba desde hacía milenios, quién sabe cuántos milenios, para nada, sin sentir la necesidad de un ojo humano que lo mirase y donde mirarse. Y sin embargo parecía, al mismo tiempo, una alusión sin cifra, un mensaje, una promesa...

La rueda

M. A. Guerendiain

Lo primero que acudió a mi mente al abrir los ojos fue el asombro de estar vivo y de que mi nave no se hubiera pulverizado, sino que se hallara posada sobre el amplio espacio verde, apoyada en sus soportes de aterrizaje, señalando con el pico hacia lo alto, justo como es debido. ¡Pues Señor, habíamos aterrizado bien, aunque me fuera imposible comprender cómo lo había logrado!

Lo último que recordaba de antes del accidente (si es que podía llamarse accidente) era a mí mismo cumpliendo la misión de vigilancia en una zona aún poco conocida, en la región fronteriza al llamado Gran Abismo. De pronto, perdí el control de la nave y ésta comenzó a adquirir cada vez mayor velocidad, en forma incomprensible.

He debido de entrar en la zona de atracción de gravedad de algún planeta, me dije, inmediatamente, lo confieso avergonzado, también perdí el control de mí. El control de mis nervios y de mis movimientos. ¡Dios nos asista!, empecé a apretar botones sin ton ni son, deseando que fueran los de los cohetes de freno. De repente vi que una bola luminosa se precipitaba en línea recta hacia la aeronave; me tapé la cara con las manos y pedí a Dios que salvara mi vida.

Y sí había sido. Di gracias desde lo profundo y, después de emplear un buen rato en tratar de reorganizar un poco mi cabeza y reunir los fragmentos de mis pensamientos más recientes, empecé a analizar la situación. Yo estaba vivo, no cabía duda, pero no podía decir lo mismo de la nave. De nuevo empecé a pulsar botones y mandos, con ánimo de hacer una especie de lista de lo que funcionaba, pero pronto me convencí de que sería una tontería. Podía decirse que, aparte de la radio, poco había en buen uso.

La radio funcionaba, es cierto. Podía enviar a la Madre Tierra un mensaje; decir a mi base que había llegado no sabía cómo a un planeta ignorado, de una constelación desconocida que se hallaba en vaya usted a saber dónde: un mensaje clarísimo y esperanzador; si lograban dar conmigo se apuntarían un buen tanto.

Y como las posibilidades de salir de allí por mis propios medios eran nulas, mi única esperanza estaba en aquel planeta.

Eché una mirada por la ventanilla, lleno de un temor que se fue desvaneciendo a medida que contemplaba lo que me rodeaba.

La nave estaba en medio de un prado extraordinariamente verde y bien cuidado, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Aquí y allá, manchas más oscuras de macizos de árboles y otras, alegres y multicolores, de flores, aliviaban lo que de otra

forma hubiera sido monotonía. Sobre mí brillaba un cielo azul, exactamente igual que el nuestro, y del borde de la hierba se levantaban reverberaciones que desdibujaban el paisaje, como ocurre en la Madre Tierra cuando el vaho caliente del aire tiembla al borde del suelo.

¡Aire! ¡Dios mío, aire! Aquélla era la cuestión primordial. ¿Habría allí algo parecido al aire que respirábamos en la Tierra? Necesitaba aire por encima de todo, porque, aun suponiendo que la escafandra de mi traje espacial no fuera una baja más entre las muchas que se habían producido en la nave, sólo me significaría una autonomía de unas cuantas horas. Y luego, ¿qué?

¿Qué sería mejor: ponerse la escafandra y salir a investigar y estudiar las condiciones del planeta, amparado en la seguridad de que disponía, o salir a pecho descubierto a encararme de una vez con lo que me estuviera reservado? La duda era terrible, porque equivalía a buscar la muerte o esperarla, metido en una pecera de cristal, durante unas horas.

No me decidía por ninguna de las soluciones y seguía dándole vueltas al asunto cuando, a lo lejos, vi avanzar hacia mí un ser bípedo.

Aquélla era una complicación adicional. Nunca se sabe cómo van a recibirle a uno los indígenas de planetas ignotos. El ser que se iba acercando era un homínido a todas luces y llevaba una especie de túnica blanquísima; me tranquilicé un tanto, ya que no puede ser muy salvaje un ser vestido con tal pulcritud.

¡Santo Dios, qué homínido ni qué ocho cuartos! O me había vuelto loco o lo que avanzaba hacia mí era un hombre: un hombre hecho y derecho, exactamente igual que usted y que yo.

Siguió acercándose y, al llegar ante la portezuela de la nave, se paró. Anciano venerable: ésas fueron las palabras que acudieron a mi pensamiento. Ignoro la impresión que le causé, pero sospecho que debió de ser muy pobre, porque yo estaba completamente aturdido. Como quiera que fuese, guardó para sí su impresión; se inclinó haciendo con toda naturalidad un saludo perfecto, exacto, ni altanero ni servil, y dijo tranquilamente:

—Buenos días, señor. Bienvenido.

Entonces fue cuando me convencí de que había perdido el oremus para siempre; porque el hombre había hablado en mi lengua, en mi propio idioma: la Lingua Terrae que hablábamos todos en la Tierra. En las primeras décadas de la Era Postatómica, cuando la Tierra empezó a surgir penosamente de la cataclísmica Era de la Desolación y los hombres volvieron a salir de las cuevas, pálidos como gusanos, y se atrevieron a vivir una vez más bajo el sol, se reunieron los cabecillas de las tribus formadas por los sobrevivientes y llegaron al acuerdo heroico gracias al cual pudo el hombre hallarse a sí mismo de nuevo y seguir otra vez su camino. Los cabecillas de las tribus firmaron tratados de Paz. Unidad, Mutua Ayuda, etcétera y, merced a ellos, se llegó a la época dorada en que vivimos: la Edad de la Gran Paz y Entendimiento, época en que todo el planeta Tierra se regía bajo un solo gobierno y hablaba un solo

idioma: la Lingua Terrae, que se había formado mezclando las palabras más bellas y expresivas de los anteriores idiomas.

Bueno, pues el hombrecillo que tenía ante mí me había hablado en Lingua Terrae; no salía de mi asombro y él, creyendo sin duda que no le había oído bien, repitió más alto:

—Buenos días, señor; sea usted bienvenido.

Y luego añadió:

—Puede salir de su cabina sin miedo; el aire es completamente respirable.

Puesto que estaba viviendo una pesadilla, la seguiría hasta el fin, me dije; ya veríamos cómo acababa todo si me despertaba. Abrí la portezuela y aspiré con fuerza, como una provocación. El aire puro fue como una caricia después del de mi nave, regenerado y regenerado mil veces; era como estrenar pulmones, y la sensación casi me emborrachó. Hice un esfuerzo y volví a lo que me interesaba. Pregunté:

—¿Es usted un hombre?

—Evidentemente.

—¿Cómo llegó aquí? ¿Cuándo?

—No llegué; nací aquí.

—¿Cuándo?

—Hace mucho, pero ¿importa eso?

—No. Lo que en realidad quiero decir es si sus padres llegaron aquí en alguna nave que se haya perdido en tiempos anteriores.

—Tampoco ellos llegaron; nacieron aquí. Y sus padres, y los de éstos, a su vez.

—O sea que éste es un planeta habitado por aborígenes... —Enrojecí y luego murmuré, por si las moscas—: Perdón, quiero decir...

Pero me interrumpió, riendo:

—Conozco exactamente el significado de la palabra aborígen y no veo en ello posibilidad siquiera de insulto, sino motivo de orgullo. Sí, soy aborígen de este planeta.

—¿Cómo se llama? El mío es el planeta Tierra.

El hombre se echó a reír de nuevo, alegremente:

—Bueno, teniendo en cuenta que «la Tierra» quiere decir «el suelo que nos cobija y sustenta», este planeta también se llama la Tierra, aunque nosotros empleemos otras sílabas para la misma idea; pero como lo que cuenta es la idea, ¿para qué emplear otras palabras?

¿Se percataría aquel hombre de mi aturdimiento y del lío que me estaba haciendo? Cambió de tono bruscamente y me invitó:

—¿Quiere usted que nos vayamos, señor? Nos espera un largo trecho.

Anduvimos en silencio un rato; luego, mi curiosidad volvió a asomar.

—¿Adonde vamos?

—¿Tiene miedo, señor? —replicó, sin contestar.

—No —titubeé.

—¿Prefiere quedarse aquí, en su nave inútil, donde no se podrá guarecer del frío cuando nuestra lumbrera se apague?

—¿Lumbrera?

Señaló un astro rojizo que brillaba, ya bastante bajo, en el cielo, y explicó, sonriendo:

—El sol.

—¿Le llaman así?

—¿Por qué no? ¿Prefiere quedarse, señor?

—No. Prefiero que me lleve a su ciudad, si es que tienen.

—Si los lugares donde se reúnen las gentes para convivir son ciudades, las tenemos.

¡Qué manera tan rara tenía de hablar! Me entendía perfectamente y su dicción era correcta, pero se escurría siempre hacia la evasiva, como si no quisiera hablar de sus cosas, y lo extraordinario era que sus evasivas no sonaban impertinentes ni inspiraban suspicacia; eran más bien una manera de ser completamente serena y objetiva. Anduve meditando un rato y por fin volví a mostrar mi curiosidad.

—¿Cómo sabe mi idioma?

—Lo aprendí, señor.

—No cabe duda —no pude evitar la ironía—. Lo que quiero saber es cómo lo aprendió.

—No es difícil; muchos de nosotros lo sabemos. Es un idioma puro y sencillo. Por otra parte, cuando una idea se forma nítidamente en la cabeza, los sonidos, cualesquiera que sean, que se empleen para expresarla, son claros e inteligibles.

Bueno, que me colgaran si él era claro e inteligible para mí. Y lo curioso era que sus evasivas, en lugar de irritarme, me tranquilizaban. No era, descubrí, que no quisiera contestar, sino que contestaba tan bien, no a la pregunta, sino al fondo que la originaba, que no había quien le entendiera.

Y de pronto recapacité en que llevábamos un buen rato andando pisando césped. Era una sensación agradabilísima y no cansaba nada al andar porque mi primera impresión de bien cuidado era cierta y aquella hierba cortada al tamaño preciso y con el grado justo de humedad era mullida de pisar y una delicia pura, pero yo era un ser civilizado y mi civismo se sobresaltó. No estaba bien no ir por el camino; hay que respetar las plantas.

—¿Por qué no vamos por el camino?

Me miró, asombrado.

—Pero seguimos nuestro camino, señor; vamos a la ciudad.

—Lo que quise decir es por qué no vamos por un sendero.

—Si sendero es la línea por la que vamos de un sitio a otro, por el sendero andamos, señor.

Renuncié. Seguiríamos yendo por la hierba, pateándola; después de todo, resultaba muy agradable y el césped no era mío.

¡Qué hombre tan raro! Era la imagen del comedimiento en su voz y sus ademanes. Me llamaba señor al final de cada frase y sin embargo ni una sola vez dio sensación de servilismo, ni siquiera de respeto. Era, simplemente, una cortesía, empleada, una vez más, en la justa medida. Tenía el don de permanecer en el fiel exacto.

Su sol estaba ya muy bajo, su ocaso era más rápido que el nuestro; los últimos rayos oblicuos eran de un vivo tono verdoso que, al reflejarse en el suelo y los árboles, hacían que todo pareciera uno y lo mismo. El verde uniforme del prado no se acababa nunca.

Pero no, se acababa; de pronto aparecieron sobre él manchas blancas y rojas de distintos tamaños, que maculaban la belleza del verde y le daban una nota alegre. No pude evitar mi sorpresa:

—¡Casas!

Mi acompañante se echó a reír a carcajadas francas y largas.

—Sí. Dondequiera que se hallen, como quiera que se llamen, los seres procuran defenderse y defender su intimidad.

Me sonrojé. El anciano no sólo había contestado a mi exclamación, sino que tradujo a palabras mis pensamientos; con la diferencia a su favor de que su traducción era mucho más clara que mi pensamiento, que no fue más que una ráfaga imprecisa.

Luego me di cuenta de que su carcajada había contestado a mi sorpresa de hombre orgulloso de su civilización, que la ve de pronto repetida donde no la espera. Y, sin embargo, en su tono no había ni rastro de ironía ni ofensa, sólo franca diversión, pura y simple.

Las casas cada vez estaban más cerca y eran más numerosas. Se repartían a lo largo en hileras, formando calles, o se ensanchaban a veces, formando plazas, pero lo que debía haber sido calzada y aceras seguía siendo césped. Todas las casas se hallaban separadas entre sí y disponían de lo que debían ser jardines, pues estaban cuajados de flores y había también muchos árboles, pero entre unas y otras no vi vallas ni nada que señalase separación alguna.

Como ya había caído la noche, una noche púrpura, sorprendente, las pocas personas con que nos cruzamos se dirigían presurosas a su destino, sin prestarnos gran atención, y los pocos que nos la prestaron no mostraron ni sorpresa ni recelo ante mi presencia; nos saludaron con el mismo ademán exquisito que me dedicó mi guía, y eso fue todo.

Mi amigo me hizo entrar en una de las casas, diciendo:

—Entre, señor; está en su casa.

Él mismo trajo algo de comer y luego me condujo a un dormitorio donde dormí de un tirón hasta que la luz del sol me dio en los ojos.

Cuando salí de la habitación el viejo estaba ya esperándome en la contigua; se levantó y me saludó con extraordinaria cordialidad.

—Buenos días, señor. ¿Descansaste bien? Deseo una vez más que te sientas como

en tu casa.

No me chocó el tuteo porque yo ya le consideraba también como un amigo. Decidí mostrar que en la Tierra también sabíamos ser corteses:

—Buenos días tengas, anciano venerable. Me miró cálida y directamente a los ojos y murmuró: «Gracias», aunque pudiera ser que ni siquiera lo dijera, pero ambos nos entendimos muy bien y nuestro orgullo mutuo nos unió más.

—Dime, anciano —le pregunté mientras desayunábamos juntos—. ¿Cuál es tu nombre?

—La palabra con que me designan mis amigos tal vez no despertara ecos en tu mente. ¿Cuál es el nombre que tú me das?

—Marcus.

Lo respondí sin vacilar, ante mi propia estupefacción. Lo dije así, en latín, en primer lugar porque en la reunión de las tribus al final de la Era de la Desolación, se decidió que los nombres propios en la Tierra se darían siempre en latín —lengua llamada clásica en la balbuceante y primitiva cultura de la Era Preatómica— para evitar fricciones debidas a amores propios heridos, y luego porque esas dos sílabas fueron las que se me ocurrieron al instante.

—Marcus —repitió el viejo—. Ése es, exactamente, mi nombre.

—¿Te ofenden mis preguntas? ¿Por qué me contestas con evasivas?

Habló muy despacio, buscando las palabras.

—No me ofendo ni me evado; al contrario, busco contestarte con la más exacta verdad; pero ésta es varia, sutil; el más ligero matiz puede desvirtuarla y cambiarla en absoluto. Por eso espero a conocer tu pensamiento. Quiero emplear sólo tu verdad para que te resulte más clara, porque soy tu amigo.

Lo era. En días sucesivos me lo fue demostrando en su modo de desvivirse por mí. Estaba casado y tenía varios hijos e hijas, que en el acto fueron también mis amigos.

Todos, hombres y mujeres, en toda la ciudad, vestían las mismas túnicas cómodas, de distintos colores y tamaños. Las personas de edad hasta los pies, la gente joven hasta las rodillas, y los chiquillos cortísimas. A mí también me dieron una para sustituir a mi traje espacial, que maldito para lo que me servía. Al principio me sentí ridículo, pero cuando me acostumbré reconocí que era cornudísima.

Llevaba ya una semana en la ciudad y conocía a mucha gente y todos eran tan amables y cordiales como la familia de Marcus, que me había adoptado.

—Sí quieres, Yago —me dijo un día—, podemos hacer una casa para ti, a tu gusto. Pero mi deseo y el de todos los míos es que te quedes aquí, en calidad de hijo. ¿Qué prefieres?

—Indudablemente, quedarme contigo. ¿Qué haría en una casa para mí solo, Marcus? Además, que tendré que irme a la Tierra un día u otro y si me hicierais una casa os habría hecho trabajar en vano.

Así fue como me adoptaron, sin más, sin una palabra. Ni siquiera se hizo alusión

a mi comentario de que algún día me iría. Pasaba el tiempo charlando con ellos, o escuchándoles cuando hablaban en su propio idioma; o paseando por la ciudad y entablando amistad literalmente con cualquiera, porque todos eran cordiales y abiertos y jamás vi el menor temor ni sombra de suspicacia; o pescando en el río cercano, en compañía de la menor de las hijas de mi amigo, una chica deliciosa que se llamaba, se lo llamé yo, Marcia.

Me chocó que entre sí hablaban poco a pesar de ser muy alegres y expresivos y de quererse mucho. Y, sin embargo, se entendían muy bien y a veces alguno hacía a otro un pequeño favor o atención sin que mediasen palabras. Su idioma, cuando lo empleaban, era extraordinariamente fluido y rápido y a veces se fundía en un sonido puramente musical. ¿Se entendían todos por una especie de telepatía? ¿Era posible, Señor, que una ciudad entera estuviera habitada por télépatas? ¿Tan adelantados eran? Pero no eran seres adelantados en modo alguno, señores, y eso es lo que no podía caber en mi cabeza de ser supercivilizado, orgulloso de su Civilización Técnica y Mecánica, capaz de vencer al tiempo y al espacio. Aquella gente tan simpática, cortés e inteligente, vivía, no obstante sus casas limpiísimas y su ciudad tan cuidada, en el más puro y sencillo primitivismo. ¡Aquellas gentes ni siquiera conocían la rueda!

¡Y a pesar de no conocer ni la rueda, son seres superiores y conscientes de esa superioridad, aunque jamás alardean de ella!

«Aquí Yago M N 135, intentando conectar con la base M N en Tierra». «Aquí Yago M N 135 intentando conectar con la base M N en Tierra... Llegado arribada forzosa, planeta desconocido en Galaxia ídem, posiblemente cerca Gran Abismo. Imposible más detalles. Aparatos científicos nave destrozados...».

Aquella mañana, quince días después de mi llegada, le había pedido a Marcus que me acompañara a donde quedó mi nave, para intentar establecer contacto con Tierra. No sé cuánto tiempo llevaba intentándolo en vano, repitiendo vez tras vez el mensaje, sin recibir contestación. ¡Y sin embargo la radio funcionaba, estaba seguro! ¡Tenía que funcionar, no podía quedarme completamente aislado de mi tierra! De pronto, sentí que la mente se me nublaban de alegría. En el más allá, ¡Dios mío, exactamente en el más allá!, una voz tenuísima habló. Fue la más dulce música que oyera jamás.

Decía:

«Atención. Aquí base M N intentando comunicar con Yago 135. Recibimos su mensaje, muy poco claro y muy débilmente. ¿Dónde está usted? Su radiación es muy imperfecta y apenas le entendimos. Procure ampliar detalles. Intentaremos localizarle y enviar rescate. Procure mantener contacto con nosotros. No desespere. Suerte».

¡Me habían oído y sabían por lo menos que estaba vivo y solo, en no se sabe dónde! ¡Que Dios fuera loado!

Y entonces me entró una nostalgia inmensa de mi tierra, de sus enormes ciudades, no de casitas sueltas, sino de edificios de metal antirradiactivo; de nuestra Civilización, de nuestra Técnica, de nuestros conocimientos. ¡De todo!

Miré a Marcus con pena y un poco de rabia, lo confieso. Un hombre encantador, pero ignorante de nuestra magnífica civilización. Me encontraba encerrado en un planeta delicioso pero que no era el mío, entre unas gentes simpáticas e inteligentes, pero absurdamente primitivas e ignorantes, que tejían sus túnicas a mano y araban la tierra personalmente y cuyos medios de comunicación eran sus propios pies, descalzos la mayoría de las veces o, todo lo más, viajaban a lomos de muías.

¡Y un elevadísimo porcentaje de aquellas gentes hablaba mi propio idioma, la Lingua Terrae de la Era de la Supercivilización! Absurdo y monstruoso.

Y de pronto recapacité en que si eran tan inteligentes podía intentar civilizarles y que podía empezar a intentarlo ahora mismo. Mientras volvíamos a la ciudad inicié la primera lección:

—Dime, Marcus. ¿No se os ha ocurrido nunca pensar en abrir caminos? Ya sabes —no quise hablar de nuestros circuitos rodantes, pero por algo había que empezar—: sendas que van de un lugar a otro y no puede uno perderse.

—No hay miedo de que nos perdamos, no te preocupes.

—Pero no es eso sólo; las sendas se abren entre el césped y puede irse más de prisa.

—Si quitas el césped saldrán las piedras, que tienen aristas dolorosas.

—Se quitan las piedras, naturalmente.

—Y queda entonces la tierra, desnuda y áspera.

—Se alisa y se cubre con una capa de asfalto, o grava, o mil cosas distintas.

—Y dime tú, Yago. ¿Tus caminos de grava y esas cosas son tan cómodos de pisar y tan suaves como el césped?

—No, pero no se trata de eso...

—¿Y por qué no andar entonces por la hierba, que es tan grata?

¡Oh, Dios! ¿Cómo explicarle que porque eso era civilización y que el hombre no puede ir descalzo por la alfombra perfumada y dulce del césped, como un salvaje?

¿Cómo puede uno razonar con gentes que acaban por decir siempre: para qué, como si la razón suprema de la vida no fuera la Técnica y el Trabajo, en lugar de sólo el disfrute? El hijo mayor de Marcus. por ejemplo, era un gran aficionado a la pesca. Pescaba en el río peces moteados de oscuro, muy parecidos a las truchas y deliciosos por cierto. ¡Y los pescaba a mano! Ni el más inculto salvaje isleño de la oscura Era Preatómica vivía tan atrasado. Le dije un día:

—Si te vales de un gancho torcido y pinchas en él un insecto pescarás más peces.

—¿Y será tan delicioso como sentir al animal debatirse y temblar entre mis manos bajo el agua?

—No, tal vez no; pero pescarías más.

—¿Para qué?

Le hubiera pegado, pero perseveraré.

—Podrías dárselos a tus amigos, por ejemplo.

—Ellos cogen también cuantos quieren.

—Alguno te los cambiaría tal vez —hablar de comprar sería tontería pura— por algo que te gustara. Fresas, por ejemplo.

—¡Pero yo puedo coger en los campos todas las fresas que quiera!

Era inútil; con todo ocurría lo mismo; aquellas gentes trabajaban, y se divertían incluso, lo justo para cubrir sus necesidades y el resto del día lo dedicaban a tumbarse al sol, contemplar el magnífico firmamento durante la noche, reírse como locos bajo las cataratas de lluvia si ésta caía y, en general, ser amables unos con otros, hacerse favores o hablar en aquel dulce idioma suyo, que acababa casi siempre como un cántico o un suspiro. Su principal ocupación era la de ser felices, despreciando la necesidad que siente el hombre de luchar encarnizadamente para crearse una civilización, y aquello resultaba indignante.

Sí; aquello era lo más indignante de todo: su falta de interés en adquirir nuevas luces. Y no sería porque no tuvieran a mano una buena fuente, porque aunque en mi viejo planeta yo no fuera más que un vulgar policía del espacio, comparado con ellos. mi sabiduría era infinita y podía enseñarle? cosas como para convertir aquella égloga en un país civilizado, lleno de ajeteo y lucha.

Si no fuera por aquella falta de interés, la vida sería un encanto, porque todos eran amabilísimos.

La ciudad no era grande y parecía un constante jardín. Las calles, si se podían llamar así, eran amplias; se distribuían en forma de rosa de los vientos e iban a converger en una inmensa plaza, en cuyo centro se elevaba un altísimo obelisco de algo absolutamente liso, parecido a mármol rosado, cuyo ápice casi se perdía de vista en lo alto. Cuando lo vi por primera vez pregunté inmediatamente qué era.

—Su historia se pierde en el tiempo. Lo levantaron las generaciones pasadas.

—¿Qué conmemora?

—Nada.

—¿Qué simboliza?

—Nada.

—¿Para qué está ahí entonces, señalando a lo alto?

—Para eso sólo. Para que los hombres miren al cielo.

Hay otros dos grupos de calles en estrella. Uno de ellos tiene en el centro otra plaza en la que se levanta un inmenso edificio liso y sin ventanas, al parecer de algo muy semejante a cristal traslúcido. La otra estrella va a desembocar en una tercera plaza, también con un edificio igual, aunque de dimensiones más modestas. Ambos edificios ostentaban en las puertas inscripciones ilegibles para mí; las puertas estaban siempre cerradas y eran como de acero o un metal así de brillante. Todo ello me tenía asombrado. ¿Cómo habían edificado mis encantadores pero ignorantes amigos aquellos monumentos? ¿Eran tal vez obras del pasado y me hallaba ante una raza en decadencia? No pedía sacar nada en limpio, porque todos los ciudadanos, incluso mis amigos, se sentían reacios a hablar de aquello, y cuando no podían eludir mis preguntas, contestaban, bajando la voz:

—No es bueno para ti, amigo.

«Atención. Aquí Base Interespacial M N al habla con Yago 135. Su búsqueda infructuosa por ahora, pero no desespere. Intente volver por sus medios e informe asimismo sobre posibilidad de instalar una colonia en ese planeta. Si es posible, capture algunos salvajes vivos, para su exhibición y estudio. Cierro».

¡Santo Dios! ¿Se habían vuelto locos en mi viejo planeta? ¡Salvajes! Una cosa es que fueran ignorantes en grado sumo y otra exhibirlos como a fieras. Me avergoncé sólo de pensar en que alguien pudiera adivinar el contenido del mensaje.

El clima (por entonces llevaba ya tres meses en el planeta) era como un verano tardío y Marcia y yo pasábamos gran parte del día paseando por los bosques, cogiendo bayas silvestres, montando a caballo a pelo o corriendo por los prados, detrás de algún animalillo.

Marcia tenía el pelo negro, los ojos claros y la piel color de miel clara y muy suave. Adivinaba siempre mi pensamiento, cosa que, por otra parte, parecía hacer todo el mundo en la ciudad, y se adelantaba siempre a hacerme cualquier pequeño favor: buscar agua fresca, por ejemplo, o sentarse bajo un copudo árbol, cuando estaba cansado, para dejarme apoyar la cabeza en sus piernas, escasamente cubiertas por la túnica corta. Otras veces dábamos grandes paseos con otros muchachos y chicas de la ciudad, y entonces el mundo se llenaba de risas y trinos; o me quedaba a charlar con Marcus, sentados ambos entre las flores de su jardín, al caer el día, contemplando las estrellas y hablando quedamente:

—Dime, Marcus, ¿hay otras ciudades en este planeta?

—Naturalmente. Más pequeñas que ésta, pero las hay.

—¿Puedo ir yo?

—Claro, si quieres.

—¿Tú vas alguna vez?

—Alguna vez.

—¿No sientes necesidad de saber de la gente de allá?

—Sé de ellos, Yago; nos comunicamos.

—¿Cómo?

—No es bueno para ti, aún.

—Marcus, dijiste que ésta era la ciudad principal.

—Sí.

—¿Tienen las otras ciudades los edificios altos de aquí?

—No.

—¿Por qué no me llevas a verlos algún día?

—Porque aún no es bueno para ti.

—Marcus, he observado que aunque no trabajas más allá de lo estrictamente necesario no eres un gandul. Aras lo justo los campos; cuando tienes suficiente fruto dejas de recogerlo; tu hijo sólo trae los peces que necesita; tu mujer sólo teje la tela

que hace falta, y el resto del día os sentáis, cerráis los ojos y ni siquiera habláis. ¡Y ésa parece vuestra principal obligación! ¿Qué hacéis?

—Pensar.

—Sí, claro; yo también pienso, pero no tanto tiempo. ¿Y en qué?

—Ya lo sabrás.

—Marcus, he estado pensando. ¿Por qué haría Dios este planeta tan parecido al nuestro? Es totalmente una réplica.

—¿Réplica? ¿Puede Dios repetirse? ¿No será sencillamente que a las mismas causas obedecen efectos idénticos?

¡Causas y efectos! ¿Cuál era la solución de aquellos misterios? Cada vez estaba más convencido de que la explicación estaba en aquellos edificios cerrados herméticamente.

Un día ocurrió algo extraordinario. Cuando pasaba por delante de uno de los edificios, un hombre hizo ademán de entrar; se llegó hasta la puerta y ésta se abrió de par en par, el hombre entró y las puertas quedaron abiertas. Como estaba solo, me dije que había llegado el momento y fui hacia la entrada sin vacilar. La puerta se cerró sin el menor ruido ante mis propias narices; me alejé mohíno y cuál no sería mi asombro al ver que la puerta se abría. Me enfureció la sensación de que alguien me estaba tomando el pelo y volví a avanzar, pero la puerta se cerró otra vez. Un chiquillo que pásala me dijo, como se habla a un niño:

—No pruebes, señor; ¿no ves que es inútil?

—Antes ha entrado un hombre.

—Sí, claro, señor.

—¿Por qué ha podido entrar él?

—Porque para él era bueno.

—¿Y por qué no puedo hacerlo yo?

—Porque no es bueno para ti, señor.

Me sentía furioso y le hubiera pegado. ¿Qué sabía nadie lo que era bueno para mí? Tercamente volvía a intentar entrar en el edificio. En cuanto me acercaba a cierta distancia, la puerta se cerraba indefectiblemente.

Células fotoeléctricas. ¡Células fotoeléctricas, gran Dios! En aquel país que se hallaba prácticamente a la altura de los mayas, había puertas que se abrían y se cerraban gracias a células fotoeléctricas, que poseían, además, un resorte que les permitía la discriminación y selección. La cabeza empezó a darme vueltas. Decidí no hablar de ello a Marcus, porque presentí que si, igual que el niño, me decía que aquello no era bueno para mí, iba a haber un asesinato en el planeta.

Lo que tenía que hacer era informar a mis superiores, porque mi descubrimiento podía ser trascendental, revolucionario. Puse en seguida manos a la obra, enviando un mensaje de estilo telegráfico, para ahorrar energía en lo posible:

«Aquí Yago M N 135 hablando a base M N. Hallazgo sensacional. Aborigen

posible culto épocas pretéritas. Descubrimiento interés arqueológico...».

Me interrumpieron bruscamente, sin ahorrar energía ellos.

«Déjese de estudios arqueológicos e informe a la mayor brevedad sobre las posibilidades de instalar una colonia en ese planeta. Si no informa más claramente sobre su situación no se le podrá rescatar y se le acusará, posiblemente, de negligencia. Urge sobre todo saber las posibilidades de instalarse allí; estamos en situación crítica. Ha habido una gran sequía que agostó las cosechas y luego inundaciones en la provincia de la India amenazan con dar al traste con el resto. Nos hallamos ante un peligro de Hambre Universal, porque los cultivos hidropónicos son insuficientes y en algunas provincias los han descuidado criminalmente. Una posible solución sería su planeta. Informe».

¡Informe! ¡Qué fácil era decirlo! Sólo sabía que aquél era un lugar delicioso, sin hambres, inundaciones, cultivos hidropónicos, ni nada. Ignoraba dónde estaba, porque no poseía ningún aparato científico, e incluso el cielo era distinto del mío. ¿Qué podía hacer? ¿Negligencia? ¡Que se fueran al diablo! ¿No acababa de informarles de mi descubrimiento arqueológico?

Aquello me llevó a pensar de nuevo en los edificios. Era seguro que las inscripciones que había sobre la puerta eran letras, de donde se desprendía que lo que procedía antes que nada era aprender el idioma.

Se lo dije a Marcus una noche, bajo el cielo púrpura:

—Marcus, anciano venerable, ¿te importaría enseñarme tu lengua?

Me miró a los ojos con una intensidad que comprendía que seguía mi pensamiento hasta su última senda. Luego dijo:

—Sí, ya es tiempo. Te lo enseñaré si tú quieres.

No era muy difícil, y al principio adelanté con gran rapidez y lo hallé simple y primitivo a no poder más, como los seres que lo hablaban. Pero luego, a medida que avanzaba, observé que sólo era sencillo en apariencia, en su estructura externa; en el fondo resultaba bastante más complicado, porque tenía miles de matices distintos y, según el énfasis o el ritmo de las palabras, cambiaban por completo de sentido. En ocasiones se interrumpían las voces o se les daba distinta inflexión, que podía fundirse al final en una especie de canto melodioso que hacía que me desesperase, porque jamás lograría gorjear como ellos.

—¡Los hombres no pueden contentarse con piar como los pájaros! ¿Comprendes, Marcus? —me enfadaba.

—¿No pueden? Ya te dije en una ocasión que cuando una idea se forma limpiamente en la mente cualquier sonido que la exprese es válido.

—Bueno, eso es transmisión de pensamiento, telepatía.

Pero, ¿cómo podéis estar absolutamente seguros de que no os equivocáis al interpretarlo?

—Dime, Yago, hijo. Tu planeta girará en torno a algún sol, ¿no?

—Naturalmente; de uno.

—Bien. ¿Quién le dijo con palabras que lo hiciera? ¿Necesitó alguna vez de sonidos para no errar su camino?

Una explicación preciosa, que no llevaba a nada práctico. ¿De modo que en esas lucubraciones se entretenía cuando miraba al cielo, holgazaneando? Desde entonces me dediqué con más ahínco a estudiar el idioma y no tardé en comprenderlo correctamente.

Entonces fui a visitar los edificios misteriosos. En uno, el de menores dimensiones, los caracteres rezaban: «Gran Dispensador del Bien». Y en el mayor: «Gran Prevención del Mal».

El asombro no me cabía en el cuerpo. Aquellos dos edificios venían a ser la sede del gobierno y la policía. Desde el interior de uno de ellos se impartían órdenes sin palabras que se obedecían, por lo visto, indefectiblemente, «como la Tierra gira en torno al Sol».

Y si alguien se desmandaba a pesar de todo, supongo que en «La Gran Prevención del Mal» se encargarían de él.

¡Santo Dios! ¿Qué cosas horribles ocurrirían tras aquellos muros infranqueables, defendidos por células inteligentes, capaces de seleccionar?

«Base M N hablando a Yago M N 135. Las altas esferas indignadas con su extraño proceder y negligencia. Se le ordena informar urgentemente. Nos hallamos en un caso extremo; a las víctimas habidas por el hambre hay que añadir las ocasionadas por el frío, que amenaza con destruir las regiones alejadas de los trópicos. Tenemos grandes contingentes preparados para ser enviados a su planeta en cuanto sea posible».

Me indigné. ¿Cómo podían ser tan locos como para organizar contingentes para venirse a no sabían dónde? Muy mal tenía que estar la vieja Madre Tierra para cometer esa especie de suicidio. ¡El frío! ¿Empezaba, como decían, a helarse la costra del planeta? ¡Pobre Madre Tierra! Aquí, en cambio, el clima era una pura delicia. Marcia me había dicho que siempre era así sobre poco más o menos, porque su sistema constaba de dos soles y cuando se alejaban de uno se acercaban al otro. La única diferencia, al parecer, era que el cielo, de noche, se teñía de violeta en lugar de ser púrpura; por lo demás, todo era igual; después de una primavera y verano, venía la primavera y verano del otro sol y la tierra daba sus frutos por dos veces y las gentes podían dedicarse tranquilamente a disfrutar de su paraíso, procurando, me dije, obedecer al Gran Dispensador del Bien y no caer en las garras del Perseguidor del Mal.

Aquello me trajo a la memoria que debía actuar, y en un arranque me fui al edificio que estaba más cerca.

«Gran Prevención del Mal», leí. El miedo, lo confieso, hizo que las letras temblaran. La puerta estaba abierta y me dirigí a ella sin vacilar. Creo que si algún chiquillo me hubiera dicho algo sobre «mi bien» se hubiera producido una baja en el

censo, pero nadie me dijo nada ni las puertas se cerraron.

Me hallé en un inmenso vestíbulo de mármol al que daban cuatro puertas, tres de las cuales se cerraron al entrar yo. Sobre ellas se leía:

«Gran Perseguidor del Mal»
«Salud para los Enfermos»
«Consultas»

Sobre la cuarta leí:

«Museo»

Puesto que sólo se me permitía visitar el museo, lo haría; no puede haber mal en instruirse. La entrada daba a otro vestíbulo con otras tantas puertas. No había ventanas, a pesar de lo cual había luz y el aire no parecía cargado. Aquellas gentes serían ignorantes, pero en cuanto a edificar, y vaya usted a saber cómo, nos daban sopas con honda. Además de las puertas había una lápida negra llena de caracteres, que leí:

«El Hombre fue creado con el solo designio de procurar ser feliz e ir luego al Seno de su Hacedor para ser verdaderamente feliz para siempre.

»Se le dio para ello una inteligencia, pero, ¡ay!, esa inteligencia en ocasiones se cegó, fue por el camino del mal y creó monstruos. Pero otras veces anduvo por el camino del bien y, siendo feliz, creó obras bellas.

»He aquí lo bello y lo monstruoso que hizo».

Sobre las puertas se leía:

«Historia». «Arte». «Literatura». «Males de la Humanidad».

Mi sentido morbosos me llevó a empezar la investigación por la última puerta. Me llevaba a una sala tapizada absolutamente en rojo y completamente vacía, a excepción de un pedestal negro que sostenía algo blanco de forma circular. Una inscripción en el pedestal decía:

«La Rueda. Primer invento del Hombre. Causa remota y principal de casi todos los males acaecidos a la Humanidad».

Un segundo después estaba en la plaza, borracho de pasmo, intentando asimilar aquella monstruosidad: los habitantes del planeta conocían la rueda y seguramente una civilización bastante aceptable, y execraban de ella, considerándola mal. La cabeza me daba vueltas. Al llegar a casa, sólo dije, afirmando:

—Y tú lo sabías, Marcus.

—Lo sabía, Yago, hijo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Sólo se puede hablar de lo que el interlocutor es capaz de comprender.

—¿Y crees que no puedo comprender mi propia civilización?

La telepatía de aquellas gentes funcionó de maravilla una vez más. Marcia entró sonriente, con los ojos más bellos del mundo mirándome con cariño, y me invitó a ir con ella a bañarnos al río. Cuando me sentí en el agua tibia, rozando al nadar el suave cuerpo de Marcia, y cuando ésta salió del río con la túnica mojada pegada a su juvenil figura, mandé al diablo el Museo del Mal y cuanto contuviera.

Pero luego, en días consecutivos, volvía a pensar en él mil veces y a visitarlo otras tantas. Iba directamente al Museo del Mal y allí, en distintas salas, estaban todos los descubrimientos e inventos del hombre que hayan producido una calamidad u otra; Dios mío, TODOS han producido calamidades! Mudo de asombro, fui avanzando en el tiempo, desde la rueda; seguían hachas, flechas, dagas, pólvora, galeras, ferrocarriles... ¡para qué seguir! Con decir que hasta la inofensiva máquina de escribir: «Galera de galeotes en el siglo XX» estaba representada. En lugares de honor, igual que la rueda, estaban expuestos inventos excepcionalmente atroces, que marcan un hito. Así vi la primera bomba atómica: «Arrojada en un lugar llamado Japón. Redujo a cenizas el noventa por ciento de la población». Y la de cobalto, que: «Al estallar en cadena el año 97 de la Era Postatómica, convirtió el planeta en un horno, dando lugar a la Era de la Desolación».

Venían luego los inventos de mi propia época, los cuales me resisto a considerar monstruosos, pues todo el mundo conoce su magnífica eficacia, y de pronto me quedé turulato, porque ante mis ojos tenía mi nave espacial. Mi propia nave, que se hallaba despachurrada sobre el césped, sólo que ante mí la tenía nueva y flamante, con todos sus aparatos en perfecto funcionamiento al parecer, a menos que fueran de pega. Renuncié a leer el letrerito injurioso que había al pie y salí del museo dando tumbos.

Si no hubiera sido por la tranquila comprensión y la paciencia de Marcus y la alegría y belleza de Marcia, no sé lo que hubiera sido de mí.

Cuando empecé a serenarme se me apareció claramente que mi deber era informar a la Tierra, aunque me sintiera ya muy alejado de ella. Cuando fui a hacerlo, interrumpieron mi mensaje, como siempre, porque, por lo visto, sólo les interesaban sus cosas, y me dijeron:

«Escuche bien, Yago M N 135. Nos encontramos en una situación de extrema urgencia. Las tribus de las provincias de Manchuria, Albión y África se han sublevado a causa del hambre y amenazan con una guerra total que podría ser la última. Necesitamos enviar gente a su planeta en previsión de una nueva Era de Desolación. Díganos urgentemente su situación si no quiere ser juzgado en rebeldía».

Dije una palabrota y cerré la conexión. ¿Qué me importaba a mí lo que pudiera ocurrir en un planeta envejecido, allá no se sabe dónde? Anduve enfurecido, pero a medida que avanzaba por el césped me fui tranquilizando, con la sensación de que la tierra que pisaba era la mía.

Me hallé de pronto ante el edificio del Gran Dispensador del Bien. La puerta estaba abierta y entré sin vacilar. Ante mí se extendía un pasillo y varias habitaciones,

en las cuales gentes jóvenes o viejas estaban charlando tranquilamente, o en meditación. Nadie me dijo nada y algunos me sonrieron; las puertas se abrían ante mí como obedeciendo a un impulso y yo avanzaba sin el menor temor. Cuando llegué a una habitación iluminada por claridad diáfana, una voz me dijo:

—Bien venido, Yago, amigo; siéntate a mi lado.

Un hombre de expresión benévola me sonreía, invitándome.

Uno siempre espera encontrar cierta forma de boato en torno a los jefes, pero a pesar de que nada absolutamente distinguía al anciano de cualquier otro, algo, una luz interior tal vez, me hizo comprender que estaba ante el Gran Dispensador del Bien en persona. No hablé palabra, pero él contestó a mi pensamiento:

—¿Qué te asombra, Yago? Un hombre es igual a otro y yo no soy más que un eslabón en una larga cadena que se pierde en el tiempo y se proyectará adelante, en el tiempo.

—Dime, anciano. Tú tienes poder y sabiduría, basta verte. Sabes que he visitado frecuentemente vuestro Museo y no llego a comprender nada. ¿Cómo es posible que siendo de otro planeta seáis iguales a nosotros? ¿Cómo conocéis nuestra civilización y cómo, sobre todo, conociéndola, pudiendo adoptarla para vivir mejor, la despreciáis?

—En tus preguntas se encierra toda nuestra historia.

»Yago. ¿Qué importan los planetas y las distancias si, como creo que te dijo Marcus, a las mismas causas obedecen idénticos efectos? ¿Y cómo podríamos dejar de ser iguales si imagen y semejanza del Hacedor sólo puede haber una? ¿Quién de nosotros fue primero? ¿Crees que importa, Yago? Y tal vez fuéramos unos. La mente, Yago, es algo prodigioso, capaz absolutamente de todo. No descansa jamás y tiende siempre a crear, a ir más allá, a vencer; ésa fue la fuerza que os empujó a vosotros. Pero también puede detenerse a pensar, a meditar; el pensamiento puede ser sutil e inaprensible, pero una vez dominado convenientemente se convierte en un aparato de precisión infalible, un aparato de radio, por ejemplo, y mucho más potente que todos los vuestros, creados por él, en resumen. Cada pensamiento, cada imagen que se forma en el cerebro origina una onda que se proyecta en el espacio y en el tiempo y puede ser captada por un aparato receptor suficientemente capaz y que no es más que otro cerebro. Nuestros antepasados descubrieron esto hace, ¿cuánto tiempo? El ejercicio y la práctica constante de la transmisión y recepción del pensamiento desarrolla —ha desarrollado desde siempre— el cerebro, poniendo en funcionamiento partes que en vosotros permanecen dormidas, en potencia, sin desenvolver, porque, embriagados por el relumbrón de los aparatos científicos y las conquistas brillantes de la técnica, sólo habéis hecho avanzar a vuestras mentes en una dirección.

»Nuestro campo de acción crecía y un día supimos que podíamos comunicar con otros seres, vosotros, a pesar de ellos; podíamos conocer la más leve partícula de vuestros pensamientos. Os conocíamos por completo.

»Y vieron los antiguos que os afanabais penosamente en inventar, construir, crear cosas y sólo cosas, descuidando lo importante: ¡ser felices!

»¿De qué servía aquello?, decían los sabios. ¿Para qué quieren la rueda, que sólo les va a servir para transportar cargas diez veces mayores, cien veces mayores, cada vez mayores y más de prisa, agobiados por su peso? Construís máquinas cada vez más rápidas que hacían vuestro trabajo en menos tiempo. ¡Y el tiempo que así os sobraba lo empleabais en fabricar nuevas máquinas que anduvieran más de prisa y os ahorraran más tiempo! ¡Y jamás, jamás, os salíais de esa cadena para deteneros un momento a oler una flor! ¿No es monstruoso?

»Hacíais cosas buenas, maravillosas, magníficas, ¡cómo yo!, pero la inmensa mayoría del tiempo —la inmensa mayoría del tiempo, fíjate bien, Yago— erais desgraciados. Y la felicidad estaba allí, a vuestro alcance, sólo con conocerla. Si Newton se hubiera comido la manzana, por ejemplo, disfrutando de su pulpa, si Papin hubiera compuesto una sinfonía al compás de las burbujas de su marmita, ¡cuánto más felices podíais haber sido todos!

»Nuestros padres se dijeron que puesto que éramos unos podíamos obrar igual y, en consecuencia, decidieron escarmentar en vuestra cabeza. Desearon que la humanidad nuestra fuera feliz y eliminaron cuanto pudiera estorbarlo. Nos enseñaron con la mente a huir de la ambición, la vanidad, la avaricia..., ¡de la tontería, en una palabra!; de todo cuanto impide ser tranquilamente feliz y gozar sin trabas y sin daño del mundo maravilloso que se nos ha dado.

»De vosotros lo tomamos todo. Lo bueno, para gozarlo. Sé que tú sólo te has dejado llevar por la curiosidad del Museo del Mal, pero visita las otras salas y verás todos vuestros músicos, oirás sus melodías; verás los cuadros de vuestros pintores; las obras de vuestros poetas las conocemos todos, y cuantos pensamientos profundos, bellos o felices se producen en vuestras mentes los hacemos llegar a los nuestros, para que los disfruten.

»Lo malo lo eliminamos y lo exponemos como algo nocivo, para escarmiento; ya lo has visto.

—¿Y conseguís que obedezcan todos?

—Claro; la inteligencia desea instintivamente el bien, y eso ayuda.

—Sin embargo, alguno habrá que yerre.

—Sí, cierto, pero le convencemos en más o menos tiempo.

—¿Empleando qué clase de razones? —Mi voz tuvo un deje mordaz. A saber qué tormentos emplearían bajo las puertas que aún se me resistían.

—Ningún sufrimiento, créeme; sería una contradicción; solamente sostenemos conversaciones con el individuo y le convencemos de que lo que realmente importa es ser feliz; le convencemos de que no debe, no puede dejar de serlo.

—¿Hipnotismo?

—Podríamos, puesto que la hipnosis pertenece al reino de la mente y dominamos ese terreno, pero no hace falta.

—¿Entonces?

—Evidencia. Dime, Yago, tú, cuya mente es tan práctica, ¿no te convencería la evidencia de que a mayor rendimiento mayor producción?

—Claro.

—Bien. Nosotros les convencemos de que la bondad no puede dejar de ser buena.

—Dime, Gran Dispensador del Bien —dije un momento después—. ¿Sabías que llegaría aquí, antes de venir?

—No. ¿Cómo podía saberlo si tú lo ignorabas? Si no estaba en tu mente, tu pensamiento no lo detectaba. Sólo puedes decirnos lo que sabes.

—¿Fue, así, una sorpresa?

—Sí.

—¿Cómo, entonces, vino Marcus a buscarme?

—En cuanto llegaste, tu terror nos transmitió sus ondas.

—¿Os preocupasteis?

—¿Preocupa un pobre ser aterrado? Supimos en seguida que no había por qué.

—Y si hubiera habido, ¿qué habríais hecho? ¿Me habríais matado?

—No; eso sería monstruoso. Una aberración.

—¿Me hubierais dejado libre, como ahora?

—Sí.

—Y si hubiera deseado transmitir información a mi planeta, ¿me habríais dejado?

—Dime, Yago. ¿Sería eso deseable para nosotros?

Pensé en la peste, el hambre, las revoluciones y el contingente que preparaban, y bajé la cabeza, avergonzado, al contestar:

—No.

El anciano no dijo nada y yo comprendí en el fondo de mi alma que nunca sentiría deseos de informar a mi viejo planeta.

Otras muchas veces vi al Gran Dispensador del Bien. Nuestras conversaciones eran largas e interesantísimas, por lo menos para mí, que bebía las palabras del anciano, pendiente materialmente de ellas. La segunda primavera había llegado y estaba en todo su esplendor. Marcia me llevaba a pasar casi todo el día nadando en el río o montando a caballo bajo los copudos árboles y, cuando no, me sentaba en el umbral de la casa junto a Marcus y, aunque en ocasiones ninguno decía nada, ambos comprendíamos perfectamente nuestros silencios. No diré que sabía hablar con el pensamiento como ellos, porque sería ridículo, pero apreciaba ya el silencio en todo su valor, y cada día que pasaba la vieja Tierra se alejaba más de mí.

Un mes o más pasó sin que me acercara a la nave; cuando lo hice, el mensaje que me llegó de la Tierra era aterrador:

«Base M N llamando a Yago M N 135. Se le ordena volver inmediatamente a la Tierra. Las tribus del Este se han sublevado, llevando hasta más allá de sus límites una guerra que amenaza ser total. Los aborígenes de Venus y Marte, aprovechando la momentánea debilidad producida por la crisis, organizan guerrillas de independencia

y han quemado gran parte de las naves espaciales. Estamos llamando urgentemente a todas las naves leales. Debe hacer cuanto esté en su mano para presentarse o será considerado desertor, con la pena consiguiente».

El mensaje fue como un trallazo. ¡Presentarme inmediatamente! ¿Cómo? ¿Es que aún no habían comprendido que mi nave y una bicicleta eran igual de útiles para cruzar el espacio? ¿Qué me importaban a mí sus asuntos? ¡Si se hubieran parado a pensar un poco!

Desertor, sería declarado desertor, maldita fuera. Algo se rebeló en mí, porque después de todo pertenecía a ellos y no intentar nada para ayudarles repugnaba a mi naturaleza.

Mis pasos, como siempre, me llevaron al Museo, y allí, como un relámpago, se me ocurrió lo que tenía que hacer.

¡La réplica de mi nave! Estaba allí, esperándome, y no tenía más que desmontar sus piezas y recomponer con ellas la mía.

Con paso firme, anduve hasta la puerta y ésta se cerró sigilosamente ante mis narices, dejándome petrificado en medio de la plaza.

Decir que me consoló el pensamiento de que indudablemente mi intención no era buena, sería mentir. Durante unos instantes sentí una rabia asesina, pero luego me calmé poco a poco y empecé a meditar. Después de todo, ¿qué probabilidades tenía de llegar? ¿Qué hallaría allí después? Tal vez una nueva Desolación más horrible que la anterior; las gentes que sobrevivieran se retrotraerían a la animalidad; en su desesperación querrían obligarme a traerlas a este planeta paradisíaco, para empezar una nueva vida.

Una nueva vida bajo su signo, con sus virtudes, que las tienen, cierto, pero con sus defectos: ambición, avaricia, cobardía; estupidéz, en suma.

¿Qué sería del planeta? ¿Podrían sus benévolos sabios conjurar el mal sólo con razonamientos? ¿Qué sería de las gentes? ¿De Marcia?

¡Marcia! La imagen de su bella figura apareció vividamente en mí, y sus ojos me sonreían, invitándome. ¡Marcia! En aquel momento comprendí que ella era mi mundo en adelante y para siempre jamás.

Vi en el acto lo que debía hacer y tomé mi decisión.

Eché a correr bajo el violeta cielo del segundo astro y, sin preocuparme de lo tarde que era, fui a ver al Gran Dispensador del Bien.

—Dime, Gran Dispensador del Bien, ¿podrías prestarme un buen mazo?

Sonrió, desapareció un momento y volvió con el mazo; parecía muy fuerte. Me lo dio sin decir una palabra y salí a la calle con el corazón ligero. Si el propio Gran Dispensador del Bien me había dado el mazo, señal de que era bueno.

No ahorré energía. ¿Para qué?

«Aquí Yago M N 135 llamando a la base M N. Me es imposible volver. Algún loco ha destrozado esta noche el fuselaje de mi nave, convirtiéndola en chatarra y

virutas a puro mazo. Lo único que ha respetado ha sido la radio, pero tengo la impresión de que de un momento a otro habrá un ¡crac! y también la radio irá a reunirse con sus antepasados».

Y, en efecto, lo hubo.

Quienquiera que seas

Judith Merrill

Esta historia es una historia de amor. Es decir, es una historia que versa sobre la mayor necesidad y el mayor temor conocidos por los hombres. Es también una historia de conquista y de derrota, de valor y de cobardía y del heroísmo que es producto de ambos. Empieza en seguridad y aislamiento; termina en victoria y profanación.

Quienquiera que seas, esta historia te ha sucedido ya, y volverá a sucederte. Quienquiera que seas, vivas donde vivas, estás escribiendo la historia con cada soplo de aire que expulsas de tus pulmones, con cada uno de los movimientos que haces.

En la cabina del cohete de servicio, Scanliter Seis, el sargento Bolster y su nuevo tripulante, soldado Joe Fromm, estaban jugando al ajedrez. Era el tercer día de la aburrida semana que tenían que pasar dando vueltas alrededor de la Tela, comprobando el funcionamiento de los satélites que formaban una esfera protectora en torno al Sistema.

Fromm estudió el tablero con expresión seria, suspiró y movió un peón. Bolster sonrió, y los dos hombres alzaron repentinamente la mirada al oír el chasquido de las llaves del receptor.

El sargento volvió su atención al tablero e hizo avanzar una ficha antes de molestarse en mirar el visor. Vio una raya de luz moviéndose hacia adelante y a través de la pantalla en una amplia curva, de derecha a izquierda; alargó la mano para comprobar la cinta recién impresa y gruñó de modo aprobatorio.

—BB-3, llegando a 26 grados, 13 minutos, 37 segundos, todo exacto —dijo—. Esto es nueve, treinta y ocho y uno siete en el punto de entrada. Todo correlativo. Transmisión clara. Tú mueves.

Fromm cogió el tablero con el mapa de los satélites de vigilancia, y marcó tres pequeños cuadrados con sus iniciales, casi sin mirar. Seguía mirando la pantalla, ahora completamente vacía, a excepción de las lejanas manchas de luz que eran las estrellas.

—¡Eh! —dijo Bolster—. Te toca mover.

Joe Fromm no le oyó. El explorador exterior completó su vuelta alrededor de la pequeña nave, y... *allí estaba de nuevo*. El llameante rastro de cohetes pasó a través de la pantalla, independientemente del movimiento giratorio del explorador.

El sargento gruñó de nuevo.

—¿Qué pasa? ¿No has visto nunca una señal?

—Ésta es la primera —dijo Fromm, sin volverse—. ¿No vamos a registrar la

llamada?

—Todavía no. —Bolster contempló tristemente el tablero; en su próximo movimiento hubiera coronado una dama... si Fromm hubiese jugado—. Esto no ha sido más que el contacto por radar previo. Después..., ahí está —señaló con la cabeza hacia las llaves, que estaban funcionando otra vez—. Ésta es la llamada en clave. Cuando termine le daremos el enterado, antes de enviar el mensaje al Puesto.

Siempre ocurría lo mismo cuando le enviaban un nuevo tripulante: tenía que explicárselo todo, hasta que adquiría la necesaria práctica.

—Bueno, ¿vas a mover o no? Disponemos de un año entero para estar aquí sentados viendo cómo llaman.

Con un suspiro, Fromm apartó los ojos de la pantalla, volvió su atención al tablero y empujó un peón hacia adelante, dejando a Bolster ante la alternativa de comerle tres peones, o comerle un solo peón y coronar dama. El soldado se inclinó hacia adelante para coger la cinta a medida que salía del receptor, leyendo las equivalencias de las señales en clave con una especie de reverente tensión.

—¿Ha presenciado usted alguna entrada ilegal? —preguntó—. Quiero decir una tentativa, claro. Alguien me dijo que hubo una en este sec...

En aquel instante, el BB-3 chocó contra el campo detector situado en el punto de entrada de la Tela, provocando una reacción en toda una serie de instrumentos de alarma. Las vibraciones sincronizadas de las tres estaciones de vigilancia que rodeaban el punto de entrada se hicieron frenéticas. Los timbres de alarma empezaron a sonar: primero en la pequeña cabina de Scanliter Seis, exactamente sobre la cabeza del sargento; luego en cabinas similares pertenecientes a los otros cuatro cohetes de vigilancia en aquel sector; finalmente, un par de minutos después, en la Oficina Ejecutiva del Puesto de Phobos, la base de Defensa Solar más próxima al punto de entrada.

El soldado Joe Fromm se interrumpió bruscamente en lo que estaba preguntando, sintiéndose vagamente culpable por haber sacado a colación el tema. El sargento Bolster volcó el tablero al levantarse precipitadamente. Cogió la cinta que salía del receptor, la leyó, palideció visiblemente, se la entregó al soldado y empezó a transmitir al Puesto casi al mismo tiempo.

En Phobos, un técnico en señales soltó tres palancas de su cuadro de distribución antes de preguntarse qué era lo que no marchaba debidamente. La alarma verde significaba llamadas de urgencia al O. D. Psicooficial y al P. R. Jefe. El técnico estableció el contacto y luego se detuvo a leer la cinta.

INFORM CAMP DETECT: BB-3 EM SEÑALA VIDA FORAST. REPITO: VIDA FORAST A BORDO. REPITO: INFORM CAMP DETETC VÍA SCANLITER 9-38-107 A SCANLITER 6 NING VIDA HUM A BORDO BB-3.

BOLSTER, SARG/SCNR 6

Cuando el Comandante del Puesto de Phobos se levantó de la mesa del comedor, el Psicooficial dejó en el suelo el gatito con el que estaba jugando, y la delegada de Relaciones Públicas empujó hacia atrás la banqueta de su tocador; las tripulaciones de las cinco naves de vigilancia alrededor del punto de entrada, así como el técnico de señales de Phobos sabían todos los detalles acerca de lo ocurrido:

El *Baby Byrd III* (BB-3), una nave exploradora tripulada por cinco hombres, al mando del capitán James Malcolm, de regreso después de pasar casi un año fuera del Sistema, se había acercado a un punto de entrada de la Tela electro-magneto-gravítica que rodea el Sistema Solar, coincidente con la órbita de Saturno. Había dado correctamente las señales previas por radar, y había contestado a las llamadas de las estaciones de vigilancia que rodeaban el punto de entrada con las respuestas en clave previstas. En consecuencia, el punto había sido abierto lo suficiente para permitir la entrada de una nave; la abertura quedó rodeada por un detector.

Hasta aquí todo había sido completamente normal. Pero, cuando el BB-3 penetró en el campo del detector, los instrumentos de alarma de las estaciones de vigilancia empezaron a sonar. El detector no registraba ninguna emanación humana a bordo del BB-3. Los que conducían la nave eran seres vivos, indudablemente, pero no seres humanos.

Por tercera vez había tenido lugar una tentativa de entrada en la Tela por parte de seres no humanos; y, al parecer, aquellos seres estaban en posesión de una nave exploradora Solar. La tercera tentativa... y el tercer fracaso: el BB-3 estaba ya atrapado en una esfera de la misma red E-M-G de que estaba formada la Tela, suspendida en el centro de las tres estaciones de vigilancia.

La vigilancia continua era el precio de la paz del Sistema. La membrana de fuerza que lo protegía contra la intrusión tenía que ser protegida, a su vez, por los hombres que vivían dentro de ella. Los satélites de vigilancia eran tan infalibles como puede serlo una máquina: podían funcionar eficazmente durante siglos sin la intervención humana, ya que su sistema de autoalimentación tenía una pérdida muy leve. Pero la seguridad del hombre era algo demasiado valioso para confiarla por entero a los productos del ingenio del hombre. Cada año, un nuevo grupo de la juventud del Sistema era llamado a filas y, una vez transcurrido éste, algunos de ellos eran escogidos en calidad de voluntarios para tripular las naves de vigilancia que servían a las estaciones satélite que componían la Tela.

Incluso para los jóvenes de espíritu aventurero más desarrollado, un año de servicio en una nave de vigilancia solía ser suficiente; regresaban de sus cincuenta vueltas al Exterior preparados para mantener los pies sobre el sólido suelo y dispuestos a olvidar su breve experiencia de enfrentamiento con lo desconocido. Pero cada año, también, unos cuantos de aquellos jóvenes quedaban intoxicados por la emoción del peligro, hasta el punto de que no se resignaban a regresar a la insípida

seguridad del Sistema. Y esos veteranos de la Tela, más tarde, se convertían en Exploradores.

Seguros en el interior de la Tela, cinco mil millones de ciudadanos Solares se agitaban y bullían sobre sus pequeños mundos, alimentando a todas las castas y categorías del Sistema.

En el Exterior, los emisarios del género humano viajaban en sus carros de fuego a través de los cielos, esparciendo la cultura Solar a través del espacio galáctico, sembrando las semillas de los hombres entre las estrellas. Primero, salían los Baby Byrds a explorar nuevas tierras más allá de las más lejanas avanzadillas; luego, los Byrds, con sus complementos de científicos y de laboratorios, para comprobar las posibilidades que ofrecían los nuevos planetas; detrás de ellos, los gigantescos transportes interestelares.

Siempre había almas lo bastante desesperadas, ávidas de peligro y dispuestas a morir por un sueño, para llenar los transportes que llevaban su cargamento humano a las nuevas colonias: los Mayflowers, Livinstones y Colones que abandonaban para siempre la seguridad de la Tela para llevar nuevos gérmenes humanos a los más remotos planetas.

En el interior de la Tela, en cuatro planetas habitados y en medio centenar de asteroides habitables, los hombres vivían a la luz del sol durante el día, y aprovechaban su calor y su energía. Por la noche, descansaban en paz; cada uno bajo su propio sector del abovedado cielo, la esfera de fuerza a través de la cual no podía penetrar ninguna fuente de luz ajena.

La Tela resplandecía siempre con la mezclada y difractada energía de todo el universo Exterior; ningún fotón pasaba a través de sus puertas, ninguna partícula de energía la atravesaba sin detenerse a dar la contraseña que mantenía la tranquila seguridad del Sistema.

El Scanliter Seis se estaba dirigiendo ya a toda velocidad hacia el atrapado BB, obrando de acuerdo con los normales procedimientos de urgencia, cuando el receptor les llevó la orden del Comandante Horston, de Phobos, para que lo hicieran. En la pantalla no se veía ninguna estrella en aquel momento; habían interrumpido la rotación de la nave, y la pantalla no reflejaba más que las tres estaciones de vigilancia, con una depresión en el centro que era demasiado brillante para que resultara tranquilizadora. Los rayos luminosos de los satélites no podían traspasar la espesa membrana que mantenía al BB-3 suspendido en la Tela.

—Bueno —dijo Bolster sarcásticamente—. Aquí tienes la oportunidad de convertirte en un héroe, muchacho.

Joe Fromm sabía que mostrar excitación hubiera resultado infantil. Trató de aparentar una absoluta indiferencia.

—¿Sí? —dijo.

—Sí. Ahora nos acercaremos para confirmar que la situación corresponde a los

informes anteriores. A continuación, los jefazos celebrarán una conferencia y decidirán que alguien tiene que ir a investigar, de modo que pedirán voluntarios. Nosotros somos los que estamos más cerca. Por tanto los otros muchachos nos cederán la prioridad...

—¿Y no podemos eludirlo? —inquirió Fromm.

—Desde luego. El hecho de que estemos más cerca no significa la obligatoriedad de ofrecerse como voluntario para la investigación, cuando los jefes lo soliciten. Aunque no creo que desaproveches la oportunidad que se te presenta de convertirte en un héroe...

—Es posible —dijo Fromm, en tono indiferente—. Aunque, después de todo, usted es más viejo, y el privilegio le corresponde a usted...

Se sintió muy satisfecho de sí mismo por haber conseguido mantener «cara de póquer» mientras pronunciaba aquellas palabras.

Joe Fromm salió de la cámara reguladora de la presión y se mantuvo flotando en el espacio libremente, orientándose, mientras contaba hasta cinco. Lo había hecho más de un centenar de veces durante el período de instrucción, pero entonces era muy distinto. Tal como hacía en los ejercicios de adiestramiento, dio un rutinario repaso a su equipo: tanque, impulsor, hacha, soldador, cuchillo, pistola, espejo de señales, medicamentos, magnetofón (en el traje espacial no podía llevar un transmisor). Todo en orden.

Ajustó el impulsor de modo que le hiciera avanzar suavemente hacia la resplandeciente bola de energía que mantenía sujeta a la nave exploradora. No tardó en llegar al punto más cercano que podía alcanzar. Antes de pasar a través de la abertura de la esfera, agitó dos veces el espejo en dirección a Bolster, en el Scanliter Seis. Aquél sería su último contacto hasta que saliera. Si es que...

Si es que salía...; pensó toda la frase deliberadamente, y quedó sorprendido por la facilidad con que su mente aceptó la posibilidad, y la rechazó. Se sintió plenamente vivo, como si cada una de sus células se moviera con un rigor especial. Y en el fondo, en alguna oculta parte de sí mismo, estaba tranquilo, casi divertido. ¿Era esto lo que llamaban valor?

Agitó de nuevo el espejo. Bolster lo tomaba con calma, desde luego. Lo único que tenía que hacer era pulsar un interruptor y aún no lo había hecho. Fromm intensificó sus señales con el espejo, sabiendo que Bolster no podría contestar, hasta que vio aparecer la abertura en la bola de fuerza, y ésta empezó a ensancharse.

Entonces se dio cuenta de que no se trataba simplemente de pulsar un interruptor. Una vez puesto en marcha el mecanismo que producía la abertura, ésta tenía que ser mantenida en condiciones adecuadas, abriéndola y cerrándola a intervalos para permitirle el acceso y la salida a él, sin dar paso a la nave. Esto significaba un cálculo poco complicado... pero al mismo tiempo una minuciosa comprobación de los relés, para asegurarse de que los automáticos no fallaban.

Fromm tuvo que hacer un esfuerzo para no introducirse en la abertura en cuanto fue lo suficientemente amplia. Esperó, tal como le habían enseñado a hacer, hasta que dejó de agrandarse. El calculador sabía mejor que él cuánto espacio necesitaba.

Entonces se dio impulso hacia adelante. El BB tenía un aspecto muy raro, inmovilizado allí, con un aire de cortés impaciencia, esperando terminar su paso hacia el interior del Sistema.

Joe sonrió, y expresó sus pensamientos en voz alta para el magnetofón. «Todo lo que pase por tu cerebro, incluso lo más insignificante —le habían dicho una y otra vez en la escuela—. Cuando estás operando solo, tienes que dar a conocer a los que han de controlar tus movimientos todo lo que haces, por descabellado que te parezca. Una idea que no tenga sentido para ti, puede tenerlo para ellos».

De modo que Joe Fromm le dijo al magnetofón adherido a su traje espacial que la nave exploradora parecía estar impaciente. Siguió hablando, describiendo sus actos, sus pensamientos y sus sensaciones, mientras se acercaba cautelosamente a la nave y abría la cerradura de la puerta exterior. Otra espera, e informó al magnetofón que la cámara reguladora de la presión estaba en perfectas condiciones.

Luego se introdujo en la nave, olvidándose de mencionar en su comentario que estaba muy asustado. Pasillo adelante..., abrir de golpe la puerta de la cabina... Vacía..., vacía..., *no vacía*. Adelante, Joe; está completamente frío; no podría hacer daño a una mosca.

«Uno de los extranjeros está en esta cabina. Es la tercera puerta que he abierto, la segunda cabina a la derecha avanzando por el pasillo desde el puesto de control... Está muerto o inconsciente... Espero que todos estén como él... Es *enorme*... Espero que no todos sean iguales. Tal vez diez pies de estatura, encogido sobre el camastro, como si estuviera durmiendo...».

Podía estar durmiendo, podía despertar... Tragó saliva y decidió que sería mejor dejar constancia de aquel pensamiento en el magnetofón. «Puede estar...».

No, era una estupidez. Aquellos personajes habían registrado radiaciones E.M. en los instrumentos de las estaciones. No podían permanecer conscientes dentro del campo E.M.G. sin llevar trajes espaciales. Lo que era bastante fuerte para detener a un BB en su camino detendría también a un hombre.

Pero, esto no es un hombre; es...

«Es decididamente humanoide... Resulta difícil creer que unos seres extraños tengan tanto parecido a los humanos. No tienen tentáculos ni nada que se le parezca. Brazos y manos como los nuestros..., con dedos, también. Lleva una especie de túnica... No puedo ver las piernas, pero los brazos son completamente humanos. El rostro es distinto, la boca es algo rara, tiene aspecto de buche..., creo que podría tratar de abrirla... No, más tarde, tal vez. Será mejor que eche una ojeada por aquí. De todos modos, este tipo es muy parecido a cualquiera de nosotros, sólo que dos veces mayor. No es muy velludo, tiene la piel morena, grandes ojos negros... ¿Cómo podría alguien que no fuese humano tener unos ojos que miren así, incluso cuando su

dueño está muerto? No lo sé... Ahora voy a salir... Voy a ir a la próxima cabina, segunda puerta a la izquierda...

»Aquí hay otro... Éste está en el suelo, como encogido... Estaría en pie cuando la nave chocó contra el campo, y se cayó... Nada nuevo aquí... Un momento: este individuo debió de cortarse la mano con algo cuando se cayó... Sí, aquí hay la puerta de un armario abierta, con un filo... La sangre está seca; parece un poco más oscura que la nuestra, pero de todos modos parece humana... Voy a salir... Estoy en el pasillo, no hay más puertas aquí...».

En la sala de control había otros dos: uno atado al asiento del piloto, aplastado contra él, en realidad. El otro estaba caído sobre el calculador solar.

»Parece como si estuviera comprobando los datos para el aterrizaje —informó Fromm—. Estos individuos iban muy confiados. Lo tenían todo preparado para un aterrizaje normal. No es posible que creyeran que no iban a tropezar con ninguna dificultad. Tenían que haberse dado cuenta de que no podían presentarse así, por las buenas, en uno de nuestros planetas. Desde luego, estaban enterados de la existencia de la Tela; conocían la clave, disminuyeron la velocidad al acercarse, y tenían el ángulo exacto... No lo entiendo... Voy a echar una ojeada por aquí. Comprobaré todos los instrumentos.

»Empezando desde la puerta, y volviendo a la derecha: el microvisor con el mapa estelar intacto y funcionando, con las películas adecuadamente colocadas, creo. No puedo entretenerme en comprobarlas todas, pero parecen estar bien. La mesa de radio está en condiciones de funcionar, al parecer; no puedo comprobarlo...».

Continuó su recorrido por la cilíndrica cabina, hasta que se encontró de nuevo en la puerta. Todo estaba, o parecía estar, en condiciones de funcionar. Habían sido introducidas algunas modificaciones en palancas y manijas, para adaptarlas a las enormes manos de los forasteros; aparte de esto, nada había sido tocado, excepto para su uso normal.

Joe se sintió repentinamente cansado. Ya no tenía miedo... Sabía que estaba seguro, y que en la nave no había ninguna trampa ni nada que pudiera inspirarle temor. Pero estaba cansado. Bolster también tenía que hacer algo, pensó, y casi lo dijo en alta voz. Luego comprobó que su repentino mal humor no era más que hambre... y una necesidad fisiológica más apremiante. Había llegado el momento de marcharse. Si quieres seguir siendo popular, márchate temprano de la fiesta...

No se decidió a tocar a ninguno de aquellos seres: eran demasiado humanos..., y contemplar su anatomía le pareció una especie de profanación.

¡Diablos! ¡Qué lo hiciera Bolster!

Joe Fromm abandonó la nave.

Solo en el Scanliter, Joe Fromm puso en marcha el magnetofón para oír su propia grabación y asegurarse de que no omitía nada en su informe a Phobos. Algunas de las frases parecían descabelladas, pero él podía distinguir lo real de los productos de su

imaginación. Masticaba el extremo de un lápiz, y de cuando en cuando anotaba algo para asegurarse de que lo recordaría.

Redactar el informe resultaba más enojoso que visitar la nave. Se disponía a poner en marcha el transmisor, cuando vio que se encendía el indicador de la puerta exterior. ¡Bolster no había permanecido mucho tiempo en la nave!

El sargento entró despojándose de su traje espacial y ardiendo de excitación.

—¡Tenías que haber mirado en aquel cajón, muchacho! —exclamó, en tono de triunfo—. Aunque quizás haya sido mejor que no miraras. Tal vez así podré ganarme un ascenso...

Sacó un sobre del bolsillo exterior de su traje espacial.

—¿No has terminado aún con tu informe? ¡Quiero transmitir esto inmediatamente!

—Había empezado hace un momento... —dijo Fromm.

—Bueno, transmitiremos esto, y terminarás con tu informe después.

Tendió el sobre al joven, y empezó a desprenderse de las piernas del traje.

—¡Adelante! ¡Léelo, hombre!

Fromm abrió el sobre y desplegó un folio de papel de los que se utilizaban en el Servicio. Llevaba el siguiente encabezamiento:

«A los Oficiales de la Defensa Solar».

Y debajo:

«Los otros tripulantes me han pedido que escriba este mensaje y creo que puedo hacerlo, aunque temo que mi estilo no será demasiado correcto. Trataré de redactarlo como si fuera un informe militar, aunque supongo que va a resultarme bastante difícil.

»En primer lugar, no sé cómo empezar el informe, ya que ignoro el lugar en que nos encontramos. El único que conocía las órdenes era el capitán, y ahora está muerto, y no hemos podido encontrar su diario de navegación, ni ninguno de sus papeles, en la nave.

»Hemos marcado una ruta para los individuos grandes, haciendo que el contador gire al revés. Esto significa que invertirán el mismo tiempo en regresar que nosotros invertimos en llegar aquí. Llegarán más o menos cuando nuestra vuelta tendría que estar completada, y tal vez esto les hará más fácil la entrada.

»Hemos hecho todo lo que hemos podido para explicarles los peligros que existían: no estar seguros de la ruta, y estar completamente seguros de que no les dejarían pasar. Pero no podemos hablar con ellos con tanta facilidad como ellos hablan con nosotros. Podemos expresar perfectamente ideas generales, y cualquier clase de pensamiento acerca de un objeto sólido que tengamos cerca, pero la idea de la gente, es decir, de seres humanos que no les desean a ellos en el Sistema..., bueno, aunque habláramos el mismo idioma..., es decir, si ellos hablaran un idioma que nosotros pudiésemos aprender..., no creo que pudieran comprender esa idea.

»No voy a tratar de contarles nada acerca de ellos, porque si consiguen llevar este

documento hasta ustedes, ellos mismos podrán explicárselo todo. Este mensaje sólo tiene por objeto hacerles saber que estamos aquí los cuatro, sanos y salvos, y por nuestra propia voluntad. Desde que el capitán Malcolm se suicidó, no hay nadie que nos dé órdenes, y nos gusta estar aquí. Además, en el BB no hay espacio más que para cinco personas —humanas quiero decir—, o cuatro de ellos (ellos necesitan más provisiones). Y ellos desean enviar a cuatro en el viaje; creo que han escogido a sus científicos más eminentes en los diversos campos, de modo que puedan obtener el máximo de información posible, y al mismo tiempo puedan contestar satisfactoriamente a todas las preguntas que les sean formuladas.

»No sé. Probablemente un Psicooficial o alguno de nuestros científicos podrá comunicarse mejor con ellos sobre esa clase de cosas. Lo único de lo que estamos seguros, los otros y yo, es de que pueden ustedes confiar de un modo absoluto en ellos. Nos han tratado muy bien, y les..., bueno, es algo difícil de expresar, ya que “gusta” no es la palabra adecuada... Lo cierto es que quieren a todo el mundo, a los humanos tanto como a los de su propia raza.

»Estamos aquí esperando futuras órdenes. Probablemente podrán calcular dónde nos encontramos a través del registro del contador.

»Respetuosamente,

George Gentile, Byrdman de 1ª C.
y en nombre de
Johan Grauber, By/2
Tsin-Lao-Li, By/2
Arne Carlsen, By/3».

—En cierta ocasión hice un recorrido con Jim Malcolm —dijo lentamente el Comandante—. Era un individuo excelente. Me gustaba. Resultaba difícil imaginar que pudiera suicidarse. Me agradaría que ese Gentile hubiera sido un poco más explícito.

Lucille Ardin, Delegada de Relaciones Públicas del Puesto de Phobos, leyó el mensaje rápidamente y se lo entregó al Psicooficial. Frunció cínicamente sus finas cejas.

—Lo que dicen esos muchachos no tiene sentido —dijo—. No lo veo claro.

El Comandante sacudió la cabeza esperando que el doctor Schwartz terminara de leer.

—Bueno, Bob —dijo, en cuanto el Psicooficial alzó la mirada—. ¿Qué opina usted?

—Me gustaría ver ese diario de navegación —dijo Schwartz pensativamente.

—¡También a mí!

El comandante William Hartson se había ganado a pulso el cargo de Jefe-Adjunto de la Defensa Solar. Era un caso raro: un oficial admirado igualmente por el público

en general y por los hombres que trabajaban a sus órdenes. A sus sesenta años, estaba aún lleno de salud y de vitalidad..., pero era lo bastante viejo como para estar saturado de violencia, de peligro y de muerte. Era decidido en el momento de actuar; pero una decisión que afectara a la vida de otros sería sopesada cuidadosamente.

Bob Schwartz había trabajado con Hartson el tiempo suficiente para comprender esas cosas.

—¿Y dice usted que ese capitán... Malcolm..., era..., bueno, un buen oficial? —preguntó.

El Comandante se permitió una débil sonrisa.

—¿Trata de imaginar de nuevo la «mente militar», Bob? En realidad, creo que Jim Malcolm es..., *era* uno de los pocos oficiales que encajaba perfectamente con su descripción. Valor, devoción, precisión..., un obstinado S.O.B., que se regía por el reglamento y que imaginaba que todo el mundo podía hacer al menos tanto como él... Era el oficial que daría la vida por su Servicio sin pensarlo dos veces. Lo que no tiene sentido es el suicidio.

La voz de Harston se apagó, y durante unos momentos no se oyó en la habitación más ruido que el roce del papel. Schwartz sostenía aún en sus manos el mensaje, recorriéndolo con sus dedos como si a través del tacto pudiera encontrar algo que le ayudara a comprender mejor su significado. Lucy Ardin apartó a un lado el cuaderno de notas en el cual había estado garabateando la explicación de Harston acerca de la esfera de fuerza que mantenía cautivo al BB-3 e inconsciente a su tripulación.

—¡Dios mío, vaya una historia! —susurró con expresión reverente en medio del silencio.

Aplastó el cigarrillo que estaba fumando en el cenicero del Comandante, y se puso en pie; el plateado vestido de noche en el cual le había sorprendido la alarma brilló a la intensa luz. Era propio de Lucy el hecho de que, al sonar el timbre en su dormitorio, hubiera empujado hacia atrás la banqueta de su tocador sin tomarse siquiera los segundos necesarios para acabar de pintarse los labios. Había recogido la carpeta que siempre tenía preparada, y había llegado a la Oficina Ejecutiva unos segundos después de que lo hicieran los dos hombres que vivían el Puesto. Y por el camino había terminado de retocarse los labios.

—¿Qué haremos ahora? —inquirió Lucy—. ¿Sacar a esos seres de la nave? ¿Dónde los meteremos? ¿Y qué haremos con ellos después? ¿Quién va a interrogarles?

El Psicooficial levantó bruscamente la mirada y Hartson se apresuró a decir:

—Calma, Bob... —Y, dirigiéndose a Lucy, añadió—: Los extranjeros, Miss Ardin, son humanoides. Tal vez le gustaría ver de nuevo el mensaje. Creo que allí hay una descripción detallada..., ¿no es así, Bob? Ha terminado usted con él, ¿no es cierto?

—Lo siento. —Schwartz le entregó el mensaje a la muchacha y pareció salir de su abstracción—. ¿No sería conveniente dejarles un poco más en la inconsciencia, Bill?

—preguntó.

—No lo sé. A los humanos, doce horas no les producen ningún daño. Pero esos seres pueden estar ya muertos. En el mejor de los casos, podemos suponer que reaccionan como nosotros.

—Creo que el diario de navegación debe de encontrarse en algún lugar de la nave —dijo el Psicooficial—. Si hay tiempo, opino que sería una buena idea tratar de encontrarlo... *antes* de decidir nada. Un hombre como Malcolm debió de asegurarse de que la documentación quedaba a salvo, si dispuso de tiempo para ello.

—Tiene usted razón —Hartson pareció despertar también de sus reflexiones para dar paso al hombre de acción—. ¡Tiene usted razón! —repitió—. Si está en la nave, podremos encontrarlo. Y si no lo encontramos..., bueno, eso será también una respuesta.

Joe Fromm regresó al BB-3 con otros dos hombres de la estación de vigilancia que habían sido nombrados para ayudarlo. Entre los tres registraron la nave de punta a punta y detrás de un entrepaño de la cabina de reparaciones eléctricas encontraron la documentación de la nave: mapas, órdenes, y el diario de navegación.

Fromm abrió el diario y leyó la última página: apenas tuvo que luchar con su conciencia para permitirse aquella libertad. Debajo de la fecha, con una caligrafía clara, decía:

«Carlsen debió regresar hace una hora. Dadas las circunstancias, esto significa que lo han cogido también a él. Mi error fue no emprender el regreso después de hablar con Tsin la semana pasada. Con la ayuda de dos tripulantes podía haber gobernado la nave. Solo, no creo poder nacerlo.

»He pensado en la posibilidad de destruirlo todo, para que los indígenas no adquieran más conocimientos sobre la nave. Mis únicas alternativas son las de convertirme en un traidor o destruirme a mí mismo, y la elección no es dudosa para mí. Por lo tanto, debo escoger el medio más eficaz para suicidarme, y después de pensarlo cuidadosamente he llegado a la conclusión de que una sistemática destrucción de la sala de control será un procedimiento más juicioso que el sacar a la nave del planeta.

»Obrando de este modo, puedo esperar al menos que una futura expedición, o quizás una nave de rescate, encuentre este diario y comprenda el peligro que existe aquí.

»Esta noche cenaré por última vez a bordo. Mañana terminaré de desmontar los mandos, y ocultaré este diario, junto con la documentación más importante de la nave..., ¡y que Dios tenga piedad de mi alma!».

Debajo de esto, en una caligrafía igualmente clara y legible, había otros dos párrafos.

»Una vez más, me he retrasado demasiado. Gentile, uno de los tripulantes, está ahora en la cámara exterior, acompañado de tres indígenas. Al parecer, le tienen

dominado hasta el punto de que hará por ellos lo que ellos no se atreverían a hacer por sí mismos. Ahora están entrando en la nave.

»Supongo que vienen en mi busca, y no puedo arriesgarme a caer bajo su control. Sé de lo que son capaces. La tarea de dismantelar los mandos apenas está empezada; temo que los tripulantes puedan repararlos fácilmente, pero ninguno de ellos, después de todo, sabe dónde estamos. Los mapas y las órdenes quedarán ocultas con este diario. Sólo puedo esperar que los documentos permanezcan ocultos hasta que sean encontrados por alguien del Sistema».

Debajo, había una cuidadosa firma: «James Malcolm, Capitán, Servicio Solar, al mando del Baby Byrd III», y entre paréntesis, una palabra de macabro humor: («difunto»).

Ordenaron al Scanliter Seis que regresara al Puesto de Phobos, para llevar los documentos del BB-3. Había demasiado material para ser transmitido por radio.

Bolster sonrió y palmeó la espalda de su tripulante.

—Somos un par de héroes —dijo—. Precisamente la clase de héroe que a mí me gusta ser. Cuando decidan volar el Baby enviarán a otros muchachos, y tú yo podremos contemplar el espectáculo desde el Puesto.

—¿Volarlo? —Joe alzó la mirada del diario de navegación, apoyando el dedo índice en la página que estaba leyendo—. No lo dirá usted en serio. ¿Por qué tendrían que...?

—Amigo, tienes el motivo debajo del dedo. En cuanto vean eso, harán estallar la nave y a los que hay dentro. Se puede correr un riesgo con un individuo que lucha lealmente, pero esos tipos...

—¿Cómo sabe usted que lucharían contra nosotros? —inquirió Fromm—. Ha visto usted la nota de aquel tripulante, la que transmitimos al Puesto... El Capitán Malcolm debió de perder la cabeza.

—Bueno, es una opinión respetable, aunque no creo que la compartan en el Puesto. La nota a que te refieres no es un argumento convincente: resulta fácil obligar a un individuo a escribir lo que uno quiere, si se le tiene hipnotizado o se le supera en tamaño... y además se le retiene en un planeta hostil. Tengo suficiente experiencia para saber cómo reaccionarán en el Puesto. La Defensa Solar no corre riesgos.

—¿Ha leído usted lo que dice aquí? —insistió Fromm—. La parte en la que Malcolm cuenta que habló con Tsin... No tiene sentido que tomara las cosas de aquel modo. Estoy seguro de que sufrió un ataque de neurosis espacial. El Mando no va a tragarse esta bola.

—Espera y verás —dijo el sargento—. Y cuando lo veas, te alegrarás de estar allí, en vez de continuar aquí.

—Yo..., verá, ya sé que va a parecerle una locura... —Fromm soltó el diario de navegación y continuó apresuradamente—: Me gustaría quedarme aquí... Si alguien tiene que ir a esa nave, desearía tener la oportunidad de echar otra mirada a aquellos seres. ¿Cree usted que podría encontrar a alguien de las otras naves que quisiera

marcharse con usted, y dejarme a mí aquí?

—No es que me parezca una locura —dijo Bolster—. *Es una locura. Pero, se trata de tu vida, hijo mío. Tú quieres quedarte aquí, y puedes apostar a que todos los demás estarán deseando marcharse...*

Sacudió la cabeza, como si no acabara de comprender el deseo de su tripulante, y empezó a transmitir un mensaje al Scanliter Doce, donde Chan Lai saltaría de gozo ante la oportunidad de cambiarse con su compañero Fromm.

«Le ordené que regresara inmediatamente a la nave. Se negó. Sus palabras exactas, tal como las recuerdo, fueron: “Capitán, me gustaría poder hacer lo que usted desea..., mejor aún, me gustaría convencerle para que viniera conmigo a visitar a nuestros amigos. Son nuestros amigos. Si les diera una oportunidad de hablar con usted, creo que podría usted comprenderlo mejor. Resulta difícil de explicar con palabras. Pero, sencillamente, *no puedo* regresar ahora. (El subrayado es mío... JM). Usted es un hombre casado, señor. Quizás yo pensaría también de un modo distinto si hubiera alguien que me esperase en casa. Pero soy joven, y no estoy casado, y...”.

»Al llegar aquí le interrumpí, pensando que podría utilizar la persuasión donde había fracasado la autoridad. Le dije que existían muy pocas posibilidades de que llegara a casarse si yo decidía marcharme con la nave, abandonándoles a él y a Gentile en el planeta..., como tenía derecho a hacer, desde luego, en vista de su evidente insubordinación. Los indígenas, a pesar de su aspecto humanoide, son de un tamaño dos veces mayor que el nuestro, y es casi seguro que no son aptos para la procreación, desde un punto de vista puramente biológico.

»Replicó ansiosamente que esperaba que yo no tomaría aquella drástica medida..., que él no deseaba quedarse para siempre entre los indígenas, pero que tenía la sensación de que “debía” quedarse con ellos el tiempo suficiente para llegar a conocerlos a fondo, así como su modo de vivir, y de este modo “curarse de todas las heridas y arañazos que había recibido mientras vivió en el Sistema”.

»La conversación continuó en los mismos términos por algún tiempo, y creo haber anotado ya sus líneas esenciales. Sin embargo, tengo la sensación de que una de las cosas que Tsin dijo debo incluirla aquí, ya que si nos sucediera algo a la nave o a mí, supongo que sería relacionada de algún modo con mi incapacidad de situarme en el plano emotivo al cual parecía querer llevarme.

»Tsin me recordó en el curso de esta charla una anécdota que siempre he considerado ridícula: la de la huerfanita que, en los días que preceden a las Navidades, tira una nota por encima de la tapia del orfanato, diciendo: “Quienquiera que seas, te amo”.

»Esta anécdota, supongo, estaba destinada a hacerme comprender la naturaleza de la *curación* emotiva que estaba recibiendo de manos —aunque supongo que debería decir de los cerebros— de los indígenas.

»La historieta me era fastidiosa desde hacía años. Me la habían contado por lo

menos tres veces ya, y siempre para ilustrar algún punto emotivo igualmente oscuro. Y cada vez me pregunté, después de haberla oído, cuál podría haber sido el final de la historia.

»Ahora parece muy importante poder conocer los resultados del acto de la chiquilla. ¿Qué ocurrió cuando la nota fue recogida y leída? ¿Y por qué la escribió la chiquilla?

»Esta última pregunta es la que más me preocupa. Un sentimental podría contestar que la niña quiso decir lo que decía, sencillamente, pero a mí me parece muy improbable. En el mejor de los casos, creo que la niña quiso decir que esperaba que quienquiera que encontrara la nota la amara a *ella*; y ésta es la mejor interpretación que he podido encontrarle. Es probable, incluso, que su motivo fuera más específico: si tiraba aquel *billet doux* por encima de la tapia con regularidad, eventualmente podría ser encontrada por algún sentimental que trataría de conocerla y de sacarla del orfanato.

»Los indígenas de este planeta tienen una tecnología altamente desarrollada, y es evidente que poseen también una ciencia mental o psicológica igualmente desarrollada. Son telépatas, desde luego. Y no se han molestado en disimular su interés en adquirir un medio de viajar por el espacio.

»No hay ningún medio de cerciorarse de su verdadera actitud hacia nosotros. Nos han acogido calurosamente, y no han hecho nada que indique hostilidad... Se han limitado a pasear con dos de mis tripulantes de un modo aparentemente amistoso.

»Tal vez lo más prudente que podría hacer sería marcharme ahora, con los dos tripulantes que tengo a bordo. Pero es una decisión difícil de tomar: abandonar a dos de mis hombres en una planeta desconocido.

»Si creyera por un solo instante que Gentile y Tsin son responsables de sus propios actos, no vacilaría en tomar esa decisión. Pero su comportamiento es tan descabellado, que no le encuentro otra explicación que la de que están obrando bajo la influencia de alguna clase de hipnosis. Y, en tales circunstancias, tengo la obligación de hacer todos los esfuerzos, incluido el uso de la fuerza, para obligarles a regresar a la nave antes de marcharme».

Hartson leyó el documento por cuarta vez antes de dejarlo sobre el escritorio.

—Yo..., bueno, Jim Malcolm era amigo mío. ¿Cómo podría decirlo? Desde luego, lo ha escrito él. Es el mismo estilo de todos sus informes, no cabe duda... —Se sentó y miró al Psicooficial con expresión desconcertada—. Bueno, ¿qué dice usted? No puedo decidir esto por mí mismo.

Recobró la compostura al volverse hacia la Jefe de Relaciones Públicas, sentada al otro extremo de la mesa. La compostura y el sentido común. Oficialmente, el trabajo de Lucy consistía sólo en enterarse de las noticias. Pero, en la práctica, ejercía una especie de fiscalización sobre todas las actividades del Puesto; y el hecho de ser una funcionaria civil la convertía en la única autoridad de Phobos que era

independiente del Servicio.

En los seis meses que llevaba en el Puesto, Lucy no había tenido ocasión de quitarse el guante de terciopelo. A veces resultaba fácil olvidar el hierro que había dejado de él; y casi podía creerse que la propia Lucy lo había olvidado.

—El doctor Schwartz tiene la palabra —dijo amablemente Lucy.

Schwartz se esforzó en sonreír.

—¿Quiere hacer el favor de dejar de ser cortés? —dijo—. Usted tiene una opinión. Deje que nos enteremos de ella. —Lucy vaciló, y el doctor Schwartz añadió—: Lo que estoy pensando no me gusta nada. Será mejor que lo rumie un poco más antes de soltarlo.

—De acuerdo. —La voz de Lucy era tranquila, pero sus ojos brillaban de excitación. Se estaba dirigiendo a Schwartz, casi sin prestar atención al Comandante—. Creo que esos desconocidos poseen algo superior a la E-M-G. Es lo único que no hemos sido capaces de destruir; y ustedes lo saben tan bien como yo. Han conseguido el arma invencible: el arma psicológica. Uno no puede luchar contra ellos, porque no desea hacerlo. La gente dice que las modernas Relaciones Públicas son un hipnotismo de masas, pero nuestras técnicas son infantiles comparadas con las de esos desconocidos. Poseen el verdadero secreto. El problema consiste en saber si podemos arrancárselo. ¿Cuenta la Sección Psicológica con algún medio para manejar este asunto?

—¿Debo creer —inquirió secamente Hartson— que está usted convencida de la exactitud de la interpretación de los acontecimientos del capitán Malcolm?

Lucy pareció sorprendida.

—¿Cómo? Desde luego... ¿Acaso cabe otra explicación? ¿Se había producido anteriormente algún caso de deserción como éste?

—Nunca —admitió Hartson, y se volvió de nuevo hacia el Psicooficial—. Bueno, Bob, creo que se ha tomado usted suficiente tiempo. Hable de una vez.

—Hasta cierto punto —dijo Schwartz en tono vacilante—, creo que Lucy tiene razón en una cosa: en que esos desconocidos poseen un arma irresistible. Si es que se trata de un arma. Pero, para aceptar esta idea, hemos de suponer que existe una guerra, o al menos una hostilidad entre ellos y nosotros. Hay unos versos que han estado dando vueltas por mi cerebro durante la última hora. Lamento dar tantos rodeos, Bill. Concédame unos minutos, ¿quiere? No puedo recordarlo exactamente, pero es algo acerca de un «enemigo» que «traza un círculo para mantenerme alejado de él». Luego hay una línea que recuerdo claramente: «Pero el amor y yo sabemos más. Nosotros trazamos un círculo para mantenerle dentro». ¿Comprende usted adonde quiero ir a parar? Evidentemente nuestra actitud básica ante cualquier desconocido es potencialmente hostil. Son culpables hasta que demuestran su inocencia.

—Ya hemos discutido eso otras veces, Bob —le interrumpió Hartson—. Conozco su opinión, y usted conoce la mía. Tampoco a mí me gusta esa actitud, pero gracias a

ella hemos tenido éxito en tales contactos.

—Hemos salido victoriosos de ellos, diría yo. De acuerdo, debo confesar que me siento más inclinado a aceptar la actitud de Gentile que la de Malcolm. No veo nada que demuestre la tesis de que esa gente está utilizando un arma hipnótica; existen las mismas probabilidades de que los sentimientos que proyectaron hacia nuestros hombres fuesen sinceros y sin doblez. ¿Por qué no podemos suponer que los ocupantes de aquella nave son realmente cuatro de sus más eminentes científicos, enviados aquí para intercambiar conocimientos con nosotros?

—Permítame un inciso —dijo Lucy Ardin inesperadamente—. Un acto de agresión contra esos cuatro desconocidos podría resultar un error. ¿Dispone la Sección Psicológica de medios para manejar a esos muchachos si los traemos aquí, doctor?

Schwartz reflexión unos instantes.

—Depende. Disponemos de anti-hipnóticos, y tenemos personal especialmente adiestrado contra la sensibilidad a la hipnosis. Pero el BB-3 tenía las mismas drogas, y disponía también de personal adiestrado. Hay una cosa que me gustaría ver, Bill: las fichas psicológicas de los cinco tripulantes, si puede usted obtenerlas. Especialmente la de Malcolm. Puedo obtener las fichas por mis propios medios —añadió, con una leve sonrisa—. Por conducto reglamentario, no tardarán mis de cuatro o cinco semanas en llegar. ¿Puede usted obtenerlas antes?

—Lo intentaré.

Hartson se agarró como a un clavo ardiendo a la posibilidad de entrar en acción. Pulsó un timbre para que viniera un ayudante, y escribió una orden para Archivos de su puño y letra.

—Cursen esto inmediatamente. Creo que sé lo que está buscando. Bill —dijo, mientras la puerta se cerraba detrás de la muchacha uniformada—. Recuerdo que quedé sorprendido cuando me enteré de que Jim había ingresado en el servicio de vuelos. No podía imaginarle yendo al Exterior voluntariamente. Era un terrestre en toda la extensión de la palabra. Ni siquiera creía que los marcianos fueran realmente humanos. ¿Es eso lo que deseaba usted saber?

—En parte. Esto se desprende claramente de su informe. Deseo conocer la resistencia de los miembros de la tripulación a la hipnosis, y su actitud en lo que respecta a la vida en los otros planetas..., cosas de este tipo.

—Creí que todos los miembros del servicio de vuelos estaban obligados a someterse a esa clase de tests —dijo la Jefe de Relaciones Públicas, con cierta acritud.

—En efecto. Al menos, por lo que respecta a los reclutas. Pero siempre hay un grado de variación individual. Y en cuanto a los oficiales..., bueno, hay que reconocer que existen muchas dificultades para encontrar hombres capaces de mandar los BB. Creo que cualquier oficial del ejército que se presente voluntario no encontrará pegas a la hora de pasar el test...

Se volvió hacia Hartson, como buscando una confirmación a sus palabras; el Comandante asintió de mala gana; y Schwartz continuó:

—Incluso para los tripulantes, depende del lugar donde se efectúan los tests. En algunas zonas, la Sección Psicológica no es demasiado... eficiente.

—No cabe duda —dijo Lucy sarcásticamente—. Pero me gustaría saber hasta qué punto es «eficiente» la Sección Psicológica de este Puesto. Dice usted que dispone de las drogas y del personal, doctor. De modo que, si el Comandante trae aquí a esos desconocidos, vivos, ¿podrá usted manejarlos? Si no puede...

Se encogió de hombros.

—Depende. —El Psicooficial fingió no darse cuenta del tono de reto con que había hablado Lucy, y continuó—: Podemos manejarlos perfectamente, si se trata de algo tan simple como la hipnosis. Lo que ocurre es que no creo que el capitán Malcolm estuviera en lo cierto acerca de esto. Podré decirlo con más conocimiento de causa después de haber estudiado su ficha psicológica.

—¡De acuerdo! Entonces tendré que permanecer aquí sentada unas cuantas horas, hasta que usted haya estudiado los tests, ¿no es eso? Esto le dará a usted un poco más de tiempo para aclarar sus ideas. Bueno, si he de pasar la noche aquí, me gustaría ponerme un poco más cómoda. ¿Le importaría que me acercara a casa para cambiarme de ropa mientras esperamos, Comandante?

Hartson contempló el vestido de noche de Lucy con expresión desolada.

—Lo siento, Miss Ardin. Espero que lo comprenda. Se trata de llegar a una decisión acerca de un asunto de vital importancia, y temo que tendré que rogarle que no se marche hasta que lleguemos a una conclusión.

Lucy volvió a encogerse de hombros.

—En tal caso, ¿puede facilitarme una máquina de escribir? Puedo entretenerme redactando mi informe...

Schwartz se echó a reír.

—Bill, ¿no puede usted ordenar a Intendencia que traigan algo para la señorita? Aunque sea un mono de trabajo... El que Miss Ardin se encuentre cómoda puede influir en nuestra decisión.

—Desde luego —se apresuró a decir Hartson—. Y puede pedir cualquier elemento de trabajo que desee, Miss Ardin.

—Gracias, Comandante —dijo Lucy, con demasiada dulzura—. Estoy segura de que eso facilitará las cosas. Me pregunto si podríamos facilitarlas todavía más enviando a buscar también el uniforme del doctor... Si se supone que yo voy a ser más flexible, creo que si el doctor se quita el smoking y se pone el uniforme se mostrará más decidido.

Hartson sonrió.

—Ha puesto el dedo en la llaga, Bob —dijo jocosamente.

—¡De acuerdo! —El Psicooficial se puso en pie bruscamente, dio unos pasos por la pequeña oficina y se volvió en redondo para enfrentarse con ellos—. De acuerdo,

les diré lo que pienso. Pienso que la raza humana está demasiado asustada y demasiado hambrienta para ser capaz de enfrentarse con esto. Hambrienta de seguridad, de tranquilidad..., de amor. ¡Y asustada! Asustada de cualquier cosa que sea distinta, de cualquier cosa que proceda del Exterior, de cualquier cosa un grado más intensa de lo que las normas permiten.

»Pienso, también —y perdone mi brusquedad, Bill—, que la reacción de Malcolm fue típica de todo lo que está más enfermo en nuestro Sistema. El solo hecho de que estemos aquí sentados, considerando hasta qué punto esos cuatro seres representan una amenaza —¡cuatro seres humanoides, que llegan armados únicamente con un mensaje de amor!—, les convierte en peligrosos.

»¿Quieren saber lo que pienso? Pienso que lo que esos seres han conseguido, sea un arma o un modo de vivir natural, sea hipnotismo o sinceridad de corazón, sea lo que sea, no es invencible, ni definitivo, ni ninguno de los otros adjetivos que se han pronunciado aquí esta noche, sino específicamente irresistible.

»Pienso que todos nosotros... usted, Bill, deseando hacer algo vergonzoso, y usted, Miss Ardin, soportando durante horas enteras el tormento de un vestido ridículo por el solo hecho de que cree que con él está más “atractiva”, y tal vez yo más que nadie, resistiéndome a expresar mi pensamiento porque es “brutal”..., todos nosotros y el resto del Sistema tenemos una apremiante necesidad que la miserable civilización que nos hemos fabricado para nosotros mismos no puede satisfacer.

»Queremos amor. Necesitamos amor. Incluso la más mísera de las almas que viven entre nosotros. ¡Y lo necesitamos tanto, que puede ser utilizado como un arma contra nosotros!

»Comprendan, por favor, porque para mí es muy importante lo que voy a decir, que ni por un momento creí que lo que están utilizando sea hipnotismo. Creo que sé lo que es. Pero...

—¡Bueno, por fin! —Lucy Ardin suspiró y movió un rígido dedo por primera vez desde que Schwartz había empezado a hablar—. Entonces, ¿cree usted que podrá manejarlo?

Schwartz la miró con expresión de asombro.

—¿Ha oído usted algo de lo que he dicho? No. No, no creo poder manejarlo, como usted dice, ni que haya nadie capaz de hacerlo. No creo que sea hipnosis, aunque esto es lo de menos. Mejor dicho, estaría mucho más tranquilo si pudiera creer que se trata de eso.

»Si le repugna lo que voy a decir, Bill. Quiero que comprenda claramente que el consejo que voy a darle va en contra de mis inclinaciones y de mis instintos. Ahora, mire: si tiene que ser considerado como un arma —y no veo de qué otro modo podría ser considerado desde el punto de vista de la Defensa Solar—, se trata de un arma irresistible. No existe ningún medio para atar o anular los cerebros de aquellos... seres, excepto manteniéndoles inconscientes, lo cual impediría automáticamente cualquier tarea investigadora.

Cogió su copia del resumen de los datos del diario de navegación, la contempló tristemente y volvió a dejarla sobre la mesa.

—Bill, daría diez años de mi vida por tener la oportunidad de hablar personalmente con esos seres, y descubrir... Pero mi consejo como oficial de la Defensa Solar es que no nos queda otra alternativa que la de destruir a los desconocidos antes de que recobren la conciencia.

El Comandante y Lucy se pusieron bruscamente en pie.

—¡Santo cielo, Bob! —gritó Harston—. No puede usted...

—¿Se da usted cuenta? —exclamó a su vez Lucy Ardin—. Lo único que ha dicho es que no sabe de qué se trata. Ninguno de nosotros lo sabe, ¡y yo quiero descubrirlo! No me asusta. Tal vez *usted* necesite amor, Psicooficial, pero *yo* no...

Volvió a sentarse, triunfante y sin aliento.

El Comandante se dirigió a Schwartz:

—¿Es ésa su última palabra, Bob? ¿Debo tomarla como su decisión?

—Temo que sí, Bill. Ya ha oído lo que Lucy acaba de decir. ¿Recuerda lo que se preguntaba Malcolm acerca del final de la historia de la huerfanita? Ésta es una respuesta. Desde el punto de vista de la niña, significa que quienquiera que encontró la nota se presentó con ella a las autoridades del orfanato, diciendo que una de las pensionistas se dedicaba a escribir notas indecentes... Éste es *uno* de los finales. Hay otros muchos, pero no olvide el que imaginara Malcolm. No olvide a todos los sentimentales... como yo, por ejemplo. Si olvidara mis obligaciones como oficial del Servicio, lo único que desearía sería sacar a la niña del orfanato.

»Y no olvide, tampoco, que hay otras muchas respuestas posibles. Tiene usted que elegir, Comandante. Puede usted destruirles en nombre de la Seguridad... o arriesgarse a que el Sistema sea “conquistado” por una raza extranjera. ¿Qué es lo que decide?

El Comandante Harston sonrió forzosamente.

—En seguida lo sabrá —dijo, y pulsó el timbre llamando a un ayudante. La muchacha uniformada apareció en el umbral de la puerta—. Jenny —le ordenó—, ocúpese de que transmitan instrucciones para que el Baby Byrd III sea trasladado inmediatamente al Puesto de Aislamiento de Deimos. La nave será pilotada por el soldado Joseph Fromm, que se encuentra a bordo del Scanliter Doce. Necesitaremos un informe continuo por radio a partir del momento en que el piloto entre en la nave.

»Instrucciones aparte para el Scanliter Diecisiete y el Scanliter Veintidós, los cuales seguirán al BB-3 con la artillería preparada para hacer fuego. No establecerán contacto por radio con nosotros, pero se mantendrán a la escucha. El soldado Fromm no tiene que saber nada acerca de las órdenes dadas a las otras naves. La palabra “manzana” será la señal para disparar, si estimo necesario destruir la nave. ¿Está claro?

—Sí, mi Comandante.

La puerta se cerró silenciosamente detrás de la muchacha, y Bob Schwartz se

puso en pie y dio la vuelta a la mesa para estrechar la mano del Comandante.

—Dicen que es usted un gran hombre, Bill —murmuró—. Y empiezo a creer que es verdad. Ahora, me gustaría pedirle un favor, al cual no tengo derecho, desde luego. He cumplido con mi obligación, como ha visto, y le he dado mi opinión en mi calidad de oficial de la Defensa Solar. Ahora voy a pedirle un privilegio, en mi calidad de viejo amigo. Si va usted a tratar de traer esa nave hasta aquí, me gustaría hacer el viaje en ella. Soy un buen observador, y no tardaría más de una hora en llegar allí. No creo que fuera mucho retraso...

La voz del Comandante era ahora de hielo.

—Ya sabe usted que eso es imposible, Bob. Desde luego, es usted un buen observador..., demasiado bueno. Hemos de tener a un hombre en aquella nave, pero sólo necesitamos a un hombre, y que no sea un especialista. Lo único que tiene que saber es pilotar la nave y ser capaz de hablar ininterrumpidamente. Tenemos ya un voluntario para la tarea, y es aceptable. Si desea usted darle instrucciones acerca de algún punto determinado, dispone de cinco minutos para prepararlas. Inmediatamente después comenzará la operación. Compréndalo, Bob; estoy siguiendo su consejo, pero antes tengo que demostrarme a mí mismo que sus premisas son exactas. Quiero comprobar hasta qué punto son irresistibles.

Se volvió hacia la Jefe de Relaciones Públicas y añadió, con la misma frialdad:

—Puede marcharse ahora, si lo desea, Miss Ardin. Supongo que querrá oír los informes a medida que lleguen. Pero pasarán veinte minutos antes de que la nave esté en camino.

El soldado Joe Fromm entró en la cámara reguladora de la presión del BB-3, se despojó de su traje espacial e hizo un rápido examen de las cabinas. Tres de los desconocidos, todavía inconscientes, estaban atados cadera con cadera y muñeca con muñeca en el suelo de una cabina. Aquella puerta tenía que estar cerrada. La otra cabina estaba vacía, como tenía que estar.

—Sin novedad en las cabinas —murmuró a través del micrófono portátil—. El pasillo está despejado. —Entró en la sala de mandos, y comprobó las ligaduras del desconocido que había ocupado el asiento del piloto y que ahora estaba atado a una silla construida especialmente—. El desconocido de la sala de mandos sigue inconsciente. Comprobación de instrumentos: controles electrónicos, correctos; radar, correcto; controles de...

Siguió con la lista, alegre, con la rutina familiar, hablando fácilmente, sin verse importunado por la necesidad de tomar aliento entre palabra y palabra, como había sentido al examinar a los desconocidos.

—Ahora me estoy atando al asiento del piloto, y preparándome para el despegue. Preparado para despegar en cuanto reciba la señal... Señal recibida; despego... utilizando aceleración mínima, volando en línea recta hacia Deimos... El desconocido de la sala de control parece mover los dedos de los pies... ¿quién había

de decir que tenían los dedos de los pies como nosotros?... Está recobrando el conocimiento... Vuelo en línea recta hacia Deimos... Creo que todo irá bien...

Tenía que vigilar los instrumentos con un ojo y al desconocido con el otro. El... lo que fuera... no parecía tener interés en soltarse.

—Ahora está moviendo la cabeza y mirando a su alrededor..., mirando sus ataduras, y la silla, tratando de volver la cabeza, pero sin luchar ni forcejear... Ahora me está mirando... He captado su mirada por un breve instante, o él ha captado la mía. Creo que desea que vuelva a mirarle, pero yo trato de no hacerlo. Es capaz de atraer mi atención e hipnotizarme, ¿verdad? Estoy moviendo los ojos a mi alrededor, comprobando los instrumentos, y procurando distraer mi pensamiento...

»Ahora estamos acercándonos a una órbita alrededor de Marte, decelerando. Mi pantalla de radar refleja a dos naves que nos están siguiendo... ¿Nos siguen tan de cerca por si es necesario disparar contra nosotros?... Por favor, no... *¡Esto no es mi pensamiento!*

»Es... él; está pensando en mi cerebro... Son telépatas, desde luego. El primer pensamiento inducido en mi cerebro, de que fui consciente: “por favor, no disparen contra nosotros, somos amigos”. Me pareció completamente natural empezar a decirlo. Sus pensamientos no me llegan ahora en palabras claras... Tal vez me esfuerzo demasiado... *No. Estoy demasiado tenso...* Éste era su pensamiento, no el mío, me estaba diciendo que no estuviera tan tenso y comprendería...

»Dice..., aunque sin palabras, pero es un modo de *decirlo...*, dice que son amigos, que nos quieren. Desean ser amigos nuestros. Lo dice de distintos modos, pero la sensación siempre es la misma, con diferentes... cuadros...

¡Cuadros! ¡Eh! ¡Fuera de aquí!

—Desea que yo... le quiera. Esto es lo que dice. Él..., *los hombres no sienten de este modo unos hacia otros...*, *¡no!*... Me ama a mí, lo ama todo..., a todos los seres vivientes..., a todos los hombres.

»Ahora dice que los cuadros que yo veo me los creo yo mismo, de modo que a veces puedo confundir su significado. Él traza un cuadro en su mente, tal como visualiza un pensamiento en su mundo, pero yo lo veo del modo que sería en el mío...

»Oigan, el capitán Malcolm no comprendió. *Esto es importante...* Al decir “amor” no dan a la palabra el mismo significado que nosotros. En ellos significa agrado, y compenetración, y... nosotros no tenemos las palabras adecuadas para describirlo. No se trata de apoderarse de algo o de herir a alguien. Es un sentimiento del que no hay nada que temer. La única cosa que el capitán entendió fue aquella historia acerca de la huérfana...

En la Base de Phobos, la máquina de escribir de Lucy Ardin interrumpió bruscamente su tecleo, mientras Bill Harston y Bob Schwartz apartaban la mirada de la pantalla al mismo tiempo. Harston era un soldado; su rostro se mantuvo inexpresivo cuando alargó la mano hacia el micrófono. Por el rostro de Schwartz, en

cambio, se deslizaban unas lágrimas de frustración.

—... la que tiró la nota por encima de la tapia. Eso es lo que sienten ellos. Dice que ahora comprendo, que es como aman los seres humanos cuando son niños, como escribió la huérfana en la nota: «Quienquiera que seas...

El Comandante pronunció una palabra:

—Manzana.

—... te amo».

La ciudad solitaria

Lee Harding

La canoa se deslizaba corriente abajo, cuando Kerril vio la ciudad. Al principio pensó que se trataba de un efecto óptico producido por los primeros reflejos del sol matinal unidos a su propio letargo, pero, a medida que la embarcación se fue acercando y las sólidas construcciones permanecieron erguidas contra el cielo sin nubes, fue convenciéndose de que no era un espejismo, sino los restos de una inmensa ciudad que se extendía junto a la orilla del río.

Empuñando su larga pértiga, maniobró para que la canoa se acercara a la orilla. El sol perfiló los contornos de su poderoso cuerpo, vestido con una corta túnica y unas sandalias, y arrancó destellos de su cobriza piel. Una intrigada expresión asomó a su rostro mientras se aproximaba a la ciudad.

Era inmensa. Y estaba muy bien conservada. Kerril había pasado otras veces junto a ciudades en ruinas, que no eran más que eso: ruinas de los gigantes que en otras épocas habían cubierto la superficie de la tierra. Nada más.

Había imaginado ruinas. Pero se encontró con una ciudad nueva, tan nueva como si hubiera terminado de construirse el día anterior.

La canoa se deslizó junto a los grotescos muros. Kerril no divisó la menor señal de vida. Esto era completamente normal, ya que, ¿quién iba a vivir en una ciudad? ¿Guardas, quizás? Esto explicaría al menos su notable estado de conservación.

Kerril contempló las grises fachadas de los edificios. Parecían espiar su avance sobre las claras aguas del río.

Tomó una decisión. Necesitaba satisfacer su curiosidad. La embarcación encalló en la orilla. Kerril saltó a tierra y arrastró la canoa hasta la hierba. Luego se volvió para encararse con la ciudad.

La sorprendente variedad de estructuras se extendían hasta una impresionante distancia. Hacia el oeste, el paisaje parecía sumido en una deprimente oscuridad, pero el lugar donde se encontraba Kerril estaba bañado por la cálida luz del sol.

Junto a la orilla, el terreno se elevaba ligeramente. Avanzó hasta encontrarse en medio de lo que en otros tiempos había sido una amplia y bien pavimentada carretera. Más adelante, casi en los arrabales de la ciudad, parecía hallarse en mejor estado. Kerril la siguió, sintiendo que su curiosidad aumentaba. Nunca se le había presentado la ocasión de examinar una ciudad tan bien conservada, y era difícil que volviera a presentársele. Su vagabundeo le había conducido a gran distancia de su pueblo.

Kerril entró en la ciudad.

A pesar de la anacrónica novedad de los edificios que le rodeaban, el olor a

muerte y a descomposición lo impregnaba todo. Parecía flotar en el aire; seguía sus pasos mientras se adentraba.

Todo en aquel lugar le resultaba extraño. Incluso los edificios eran distintos a todas las ruinas que había visto hasta entonces. Ninguno de ellos tenía puertas ni ventanas. Y sus fachadas eran completamente lisas.

Una brisa suave rozó por un instante el rostro de Kerril y siguió adelante.

Kerril se detuvo, alzó una mano y la pasó rápidamente por su rostro. Su expresión mostró aún más su curiosidad.

Acababa de sucederle algo muy raro. La caricia de la brisa había provocado un leve temblor en él.

No..., no a través de su cuerpo.

A través de la ciudad.

Ahora podía sentirlo. Una sensación casi imperceptible de movimiento debajo de sus pies, como si la ciudad, semejante a un soñoliento gigante, estuviera despertando de su prolongada modorra, por el rumor de sus pasos.

Kerril dio media vuelta y contempló el camino que había seguido para llegar hasta allí. La angosta abertura que servía de entrada a la ciudad le pareció muy lejana. Había andado más de lo que pensaba.

Mientras contemplaba aquella abertura, los dos edificios que la formaban se acercaron lentamente el uno al otro, hasta que quedó cerrada, cortándole la retirada.

La ciudad estaba *viva*.

Por un instante, Kerril se sintió invadido por el miedo, aunque la sensación se desvaneció con rapidez. Después de todo, ¿qué podía temer de una ciudad? No le haría ningún daño. No *podía* hacerle ningún daño. La ciudad tenía un solo objeto, y era el de servir. Servir al hombre. Nada más.

Con una sensación de alivio, Kerril continuó su infructuosa investigación. Pero la ciudad se mostraba distinta. La sensibilidad parecía estar despertando a su alrededor. El apagado sonido de sus pasos se había convertido ahora en un rumor perfectamente audible. Las paredes que tocaba parecían latir con vida propia. Los ojos de Kerril brillaron de excitación.

¡Qué recompensa! ¡Qué recompensa!

Llegó a un amplio cruce. Sobre su cabeza, el cielo formaba una alargada cruz. Y mientras permanecía allí, indeciso acerca de la dirección que tomaría, fue acariciado de nuevo por una brisa extrañamente pasajera. Esta vez se detuvo más en él, como si examinara su rostro y penetrara en las cavidades de sus oídos, de sus ojos, de su boca. Después, se alejó.

Mientras Kerril permanecía completamente inmóvil, interrogándose acerca de aquel singular examen, sintió que su cuerpo era agarrado repentinamente por unas manos poderosas e invisibles. Las manos le sujetaron con fuerza, y por unos instantes Kerril experimentó un miedo que no había experimentado nunca. Empezó a desear que su curiosidad no le hubiera empujado hacia una ciudad tan rara e inexplicable.

Poco a poco, la presión disminuyó. Kerril miró a su alrededor, pero no pudo ver el menor rastro de lo que le había sujetado. Supuso que se trataba de unos impulsos de fuerza que podían ser producidos y controlados por la propia ciudad. ¿Con qué propósito?

No tardó en descubrirlo. Se vio suavemente arrastrado calle abajo, a una velocidad aproximada a la de su propio paso, pero alzado a unas pulgadas del suelo. Al principio se sintió inclinado a creer que era tratado como un prisionero, pero luego se dio cuenta de que la ciudad no hacía más que atender a sus deseos, ya que aquél era el camino que se había propuesto seguir.

De repente, su cuerpo sufrió una leve sacudida y a continuación empezó a ascender. Las grises fachadas de los edificios quedaron abajo. El aire chocó contra su rostro y penetró en su boca abierta.

Luego se vio solo, suspendido sobre la ciudad que se extendía por todos lados. La calle era una estrecha franja. Y Kerril estaba sobre ella, como un pájaro detenido en pleno vuelo.

Pero no tenía miedo. No había motivos para que lo tuviera.

De los tejados de los edificios brotaban unas extrañas construcciones. Algunas eran complicadas espirales retorciéndose hacia el cielo. Otras, altas columnas que brillaban al sol.

Una de las espirales estaba muy cerca. Alta, delgada, a menos de diez pies de distancia. Y parecía contemplarle con interés.

—Hombre —dijo la espiral, con una voz mecánica y cansada, aunque extrañamente tranquila—. *Hombre...*

Kerril fue incapaz de precisar si la palabra era una pregunta o una simple observación. Pero notó que una brisa familiar jugueteaba con su pelo.

—Sí —dijo—. Soy un hombre.

La brisa recogió sus palabras y las esparció sobre los tejados de la ciudad.

La espiral dio un gran suspiro. Y repitió:

—*Hombre...*

Esta vez, Kerril captó la maravillada sorpresa detrás del cansado sonido de la voz.

Y de la ciudad surgió un simultáneo eco de la palabra, un gigantesco ¡*Oh!* de exultación que atronó sus oídos. Toda la ciudad se estremeció con una terrible emoción.

—¡Bien venido! —gritó la espiral—. ¡Bien venido..., *hombre!*

De nuevo, la atronadora exultación. Kerril se sintió sumergido en aquel intenso oleaje, mecido suavemente por el fantástico ritmo.

Luego, descendió con increíble rapidez. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, la estrecha franja de pavimento situada debajo de él se ensanchó con sorprendente rapidez. Las fachadas de los edificios se deslizaron por su

lado a una velocidad asombrosa. No tuvo tiempo de pensar en lo que estaba sucediendo. La ciudad, súbitamente despierta, le arrastraba triunfalmente.

Los edificios, que unos momentos antes eran grises y mortecinos, latían ahora con vibrantes colores. Kerril parpadeó ante la inesperada explosión de morados y de bermellones. Toda la ciudad resplandecía con miradas de colores. Alrededor de Kerril, todo volvía a la vida, a causa de él. *Únicamente* a causa de él. Sin el hombre, la ciudad estaría tan desprovista de vida como Kerril la había visto al principio. *Él* había alborotado sus eones de adormecimiento. *Él* y sólo él.

Equilibrado sobre la invisible alfombra de energía que le conducía a través de las amplias calles, Kerril se vio repentinamente arrastrado hacia la fachada de un gigantesco edificio. Apareció una abertura que se ensanchó sorprendentemente. Kerril pasó a través de ella y descendió. Profundamente. Plantas y plantas llenas de máquinas desconocidas. Hasta el final. Hasta que fue depositado en el suelo de un espacioso vestíbulo, en cuyas paredes se alineaban unos extraños aparatos electrónicos y cuyo techo era casi invisible, debido a su enorme altura.

Delante de Kerril parpadearon las luces de un enorme cerebro electrónico. El Jefe, indudablemente. El cerebro le dirigió la palabra.

—Esto es el Ayuntamiento. Y yo soy el Alcalde de la ciudad. Como hombre que eres, te doy la bienvenida.

Kerril miró a su alrededor con ojos asombrados, contemplando el increíble vestíbulo, y luego se volvió hacia la voluminosa máquina.

—Gracias —dijo—. Estoy profundamente impresionado por lo que he visto.

La voz del Alcalde sonó extrañamente enronquecida, tratándose de una máquina. Cuando se dirigió de nuevo a él, Kerril casi imaginó que una leve emoción teñía la voz sintética.

—Ha pasado... mucho tiempo desde la última vez que me dirigí a un hombre —dijo el cerebro electrónico—. Tanto tiempo, que casi había olvidado... —Pareció rectificarse a sí mismo apresuradamente—. Olvidado cómo dirigirme a mis jefes.

Kerril dijo:

—Me asombra el hecho de que hayáis conseguido sobrevivir durante tanto tiempo sin deterioraros. Yo creía que todas las ciudades estaban...

—¿Muertas? —A través de la máquina, la palabra adquirió un sonido fantasmagórico—. Sé lo que quieres decir. He visto la suerte que han corrido. Y no estaba dispuesto a seguirla. Tenía fe en el Hombre. Creí que algún día volvería a nosotras, que se daría cuenta de lo necesarias que somos para su progreso.

Un leve destello danzó en las profundidades de los ojos de Kerril.

—Pero, ¿cómo habéis conseguido... permanecer como sois? —preguntó.

La ciudad tardó en contestar, y pareció hacerlo a regañadientes.

—Es difícil de explicar. Las medidas que he adoptado han sido fruto de varios siglos de profundos análisis. Cuando previmos que la ruina se acercaba a nuestras desiertas calles, comprendimos que, a menos de que actuásemos rápidamente, el

tiempo nos aplastaría. En consecuencia, desarrollamos una técnica mediante la cual pudimos desviar los vientos del tiempo. Y seguir existiendo al margen del continuo normal. Librarnos del yugo de la entropía. Proteger nuestra ciudad hasta que el género humano volviera a necesitarnos.

Kerril quedó convenientemente impresionado. Unas máquinas capaces de desviar la corriente del tiempo eran merecedoras de cierto respeto.

—Pero, ¿cómo...? —empezó.

—La mecánica es sumamente complicada. Sólo el describir de un modo comprensible las fuerzas que intervienen en el proceso nos llevaría mucho tiempo. Pero, como no dudo de que permanecerás aquí una temporada, tendremos ocasión de hablar del tema con más amplitud. De momento, puedo decirte que los generadores de esas fuerzas son las extrañas construcciones que has visto encima de la ciudad. Establecen una barrera que puede ser mantenida indefinidamente y a un coste de energía muy bajo. Durante cortos períodos de tiempo normal, permito que la ciudad exista en la dimensión regular de espacio-tiempo, y espero que se acerque el hombre. Al final, mi paciencia se ha visto recompensada.

Kerril meditó las palabras que acababa de oír. La cosa resultaba realmente impresionante. Nunca había oído hablar de una ciudad capaz de sumergirse a sí misma en otra dimensión, ni que hubiera alcanzado el nivel de autodeterminación conseguido por ésta. Intrigado, continuó con el tema.

—Vuestras intenciones son de lo más honrosas, pero temo que estén basadas en una falsa premisa.

—¿Cuál? —preguntó la ciudad.

—La de que el hombre necesitará de nuevo a la ciudad.

En tono asombrado, la ciudad dijo:

—¿Y llamas a eso una *falsa premisa*?

—Desde luego. Como comprenderás, abandonamos las ciudades porque ya no las necesitábamos. Al igual que unos padres orgullosos, habían velado por nosotros durante demasiado tiempo y, al igual que algunos padres, se habían convertido en protectores absorbentes, exclusivistas. Estaban frenando nuestro progreso como *hombres*. Pero la mayoría de edad era inevitable, y por eso empezó el éxodo. Todo esto sucedió hace muchos siglos. Ahora pertenece al reino de la leyenda. Y ya no podemos utilizar para nada a una ciudad. Nos inspira curiosidad, un pasajero interés, pero nada más. Por eso vuestro plan, por noble que sea, está condenado al fracaso. Los hombres no pueden regresar a las ciudades. Las han *sobrepasado*.

Un mortal silencio planeó sobre el vestíbulo. Kerril contempló al cerebro electrónico con expresión expectante.

La respuesta, cuando llegó, fue la que cabía esperar.

—Eso es imposible y, además, no comprendo esa «mayoría de edad» de que

hablas.

—Es muy lógico. Una máquina no tiene mayoría de edad. Sólo la mente humana posee esa clase de progresión. Como concepto, resulta mucho más fácil de explicar que vuestra intrigante desviación del tiempo, pero, en último término, es incompatible con vuestro raciocinio.

Una solemne rabia colgaba pesadamente a su alrededor. Kerril captó la derrota y la soledad en cada átomo del edificio.

—¿No tienes nada más que decir? —suspiró la ciudad. Las palabras estaban llenas de desesperación.

—No puedo ofrecer esperanza donde no existe —respondió Kerril—. Podéis manteneros a salvo de los estragos del tiempo. Indefinidamente. Pero la respuesta a vuestras ambiciones será siempre la misma. Hubiera sido preferible, quizá, renunciar hace mucho tiempo y permitirnos la dignidad de la muerte. Esta clase de lealtad mal entendida sólo puede tener un final: desilusión y una muerte de otra clase.

Estaba hablando del destino que había alcanzado a un gran número de las antiguas ciudades. Enfrentadas con el éxodo en masa de sus comunidades, muchas ciudades habían sido incapaces de razonar lo que estaba sucediendo, y, como el hombre en su locura les había dado más autodeterminación de la necesaria, se sublevaron de un modo increíble. Algunas enloquecieron y tuvieron que ser destruidas. Otras adoptaron una actitud pasiva y permitieron que sus edificios se desmoronaran definitivamente. No tardaron en desaparecer. Las ciudades modernas habían evolucionado en forma de entidad corporativa, y cada una de sus partes era responsable del conjunto. Independientes del control del hombre y coordinando todas sus funciones en beneficio del género humano, representaron la última evolución de un concepto olvidado desde hacía milenios. De familia. De madre, padre y amante unidos en una sola entidad. Pero el hombre había terminado por surgir del útero materno, había cortado su cordón umbilical y había emprendido una existencia independiente. Dejando solamente las ruinas de las ciudades como evidencia de su antigua locura.

Pero Kerril no dijo nada de eso. No había ninguna necesidad de afirmar lo que era tan dolorosamente evidente.

La ciudad se colocó en una actitud defensiva.

—No puedo tomar en consideración tus palabras —dijo—. He vivido de la esperanza, y continuaré haciéndolo. Las afirmaciones de un solo hombre no pueden convencerme de que estoy siguiendo un camino equivocado, que estoy... *anticuada*.

Era evidente que la ciudad había estudiado largamente el vocablo, negándose a aceptar su significado.

—Lo siento —dijo Kerril, y era sincero al decirlo—. Siento no poder ofrecerte ni siquiera esperanza. Me limito a decirte lo que yo sé.

La ciudad rumió aquellas palabras, y unos instantes después preguntó:

—¿Y dices que tu gente no regresará nunca?

Con la plena convicción de su conocimiento, Kerril sacudió la cabeza.

—No, no lo harán, no pueden regresar. No hay ninguna necesidad de que lo hagan.

—Eso es imposible. ¿Cómo puedes *no* necesitarme? ¿Cómo?

Kerril sabía que sería imposible explicarle aquello a una máquina.

—Lo único que puedo decir es que hemos superado la necesidad de la ciudad. Ni más ni menos.

Esta vez, el silencio se prolongó incómodamente. Kerril estaba ya impaciente por ver de nuevo su país, sentía el ansia de sus sonidos, de sus olores y de los millares de cosas maravillosas que había en él. Las altas paredes de la ciudad empezaban a oprimirle más de la cuenta.

—En realidad, me has mostrado muchas maravillas —dijo, lentamente—, pero debo reemprender mi camino. Llevo ya mucho tiempo lejos de los míos.

—¿*Tiempo*? —la ciudad rumió la palabra unos instantes—. ¿Tiempo, dices? Aquí no existe el tiempo. Incluso un humano como tú tiene que apreciar el privilegio de la inmortalidad. ¿Por qué no te quedas conmigo? Piénsalo: ¡toda una ciudad a tu disposición! ¡Un imperio a tus pies! ¡Y la derrota de la entropía bajo tu mando!

Kerril miró fijamente el inexpresivo rostro del cerebro electrónico.

—¿Solo?

La ciudad rumió la pregunta.

—No. Vete a tu mundo y regresa con tu gente. Para quedarte aquí, conmigo. Olvida el tiempo y vive como un hombre tiene que vivir: con su ciudad.

Kerril sacudió la cabeza.

—Imposible. Siempre existiría la tentación de regresar, de hociquear como un cerdo en el fango del tiempo. No creo que pudiera olvidarlo.

—Yo te enseñaré a conseguirlo.

—Y, además, me moriría. Todos moriríamos.

—¡Imposible! No tienes ningún concepto de eternidad como el que yo te ofrezco...

—A pesar de todo, moriría. De aburrimiento. De soledad. De deseo de un mundo que es infinito. Todas tus drogas, toda tu habilidad no podrían evitar esto. La inevitable descomposición del encarcelamiento.

—¿Encarcelamiento? ¿Llamas a *esto* una cárcel?

Repentinamente, las paredes que le rodeaban desaparecieron. Kerril pudo contemplar los gigantes de la ciudad, brillando y latiendo con plenitud de vida. Parecían mirarle ansiosamente, y Kerril se preguntó lo que contenían, qué procesos increíblemente desconocidos representaban. Cada uno de ellos, quizás, un gigantesco útero capaz de contener a un millar de seres humanos.

La idea envió un escalofrío a través de su espina dorsal. Deseó ávidamente

encontrarse de nuevo al aire libre.

—Quédate —suplicó la ciudad—. Aunque sólo sea una temporada...

—No —dijo Kerril—. Me siento oprimido por tus enormes edificios. Tengo que proseguir mi camino. Pero llevaré a mi gente la noticia de la existencia de tu ciudad, y...

Sobre su cabeza, el cielo se oscureció súbitamente. Y una cúpula de increíble negrura se extendió sobre la ciudad.

—De acuerdo —susurró la voz del Alcalde—. *Te quedarás.*

Y en el rostro de Kerril apareció una expresión de terror, ya que sabía que ahora estaba irremediabilmente atrapado.

Por su propia curiosidad.

A su alrededor, las paredes del Ayuntamiento volvieron a alzarse, ocultando el terrible espectáculo de la cúpula que cubría la ciudad.

Kerril se volvió y se encaró con el cerebro electrónico.

—¿No comprendes? —dijo—. Moriré. *Tengo* que morir. ¿Qué importancia tendrá mi breve presencia, comparada con vuestra eternidad? Ninguna. Ninguna, en absoluto. Pero tú habrás provocado mi muerte, la muerte de un hombre.

La ciudad no respondió.

Kerril anduvo ciegamente de un lado para otro, entre las hileras de cerebros electrónicos, buscando una salida. Al final se abrió una ante él y se sintió arrastrado suavemente hasta la calle.

Se quedó de pie en medio de la amplia calzada y miró desapasionadamente a su alrededor. Los edificios habían perdido ya su brillante colorido. Un manto gris de depresión se había extendido sobre ellos. Sólo unos leves destellos latían débilmente dentro de sus enigmáticas paredes.

El fantasma de una sonrisa asomó a los labios de Kerril. Incluyó afirmativamente la cabeza, como convenciéndose a sí mismo de algo.

Kerril echó a andar sin objetivo a lo largo de la desierta calle. No podía hacer otra cosa. La ciudad había bloqueado su salida. Estaba atrapado. Quedaba por ver cómo reaccionaría la ciudad. Lo que había hecho, o pretendía hacer, era una violación de su propio raciocinio. Después de todo, la ciudad estaba destinada a servir al género humano y a proteger a un individuo en la medida de sus fuerzas. Pero a su prolongado y voluntario exilio tenía que haber deteriorado o averiado un complicado mecanismo electrónico. ¿Qué otra explicación cabía de su repentina decisión de separarle del mundo exterior?

¿O eran los efectos de la soledad?

Kerril descartó esta explicación. ¿Quién había oído hablar nunca de una máquina que sintiera la soledad? Esto sugería otras emociones de tipo humano, cosa completamente increíble. Y sin embargo...

La mayor parte del mundo antiguo permanecía envuelta en el misterio. La ciudad que le rodeaba era bastante extraña... ¿Sería posible que sus constructores la hubieran dotado, si no de un grado de conciencia semejante al del hombre, sí de algo hasta cierto punto equivalente?

Todo resultaba muy confuso. Si se le daba tiempo, tal vez la ciudad comprendería lo demente de su acto. Suponiendo que no existiera ninguna avería grave en las unidades. Suponiendo que la mente de la ciudad no sufriera los efectos de una neurosis psicológica y no permaneciera imparable a los impulsos de la lógica.

A su alrededor, los edificios mantenían su aspecto sombrío. Éste era un buen síntoma. En ellos radicaba su única esperanza.

La ciudad no había conocido nunca el paso del tiempo, y Kerril no pudo precisar cuánto duró su vagabundeo a través de la inmensa metrópoli. Sus pensamientos parecían discurrir también vagamente, sin aferrarse a nada concreto. Sus músculos no experimentaban ninguna fatiga, pero al cabo de un período indefinible, notó que se apoderaba de sus pensamientos una especie de letargo. Inmediatamente se sintió oprimido por un intenso cansancio. Se dejó caer sobre la acera, completamente agotado.

De pronto, percibió un susurro en el aire. Una voz familiar murmuró en su oído:

—Quiero hablar contigo.

La ciudad había pronunciado aquellas palabras en tono resignado, casi de disculpa.

Kerril se puso en pie y dijo:

—Muy bien.

Suavemente, fue transportado de nuevo a través de las calles, y volvió a penetrar en el amplio vestíbulo del Ayuntamiento. Y se encaró de nuevo con la desapasionada máquina que era el Alcalde.

—He estado pensando en lo que me has dicho —empezó la máquina.

Kerril esperó a que continuara.

—Y he llegado a una decisión.

—¿Qué decisión?

Se produjo una larga pausa.

—Me..., me resulta difícil aceptar la afirmación de que tu gente ya no me necesita. No me has ofrecido más explicación que el vago concepto de la «mayoría de edad». Sin embargo, *he* aceptado lo que tú me has dicho. No me queda otra alternativa. Verás —y aquí la voz recordó un susurro—, también yo estoy cansado. Cansado de esperar indefinidamente, cansado de la inevitable soledad. Solo e innecesario, *pero* esperando. Y a fin de cuentas, ¿para qué?

Kerril dijo:

—No olvides que tu exilio es voluntario. Sólo tú puedes decidir lo que es mejor

para ti.

—Lo sé. Ésa es una de las cosas que me has enseñado. O, mejor dicho, que me has *recordado*. La había olvidado. A pesar de haber prescindido del elemento tangible del tiempo, todavía hay algo que invade mi mente con sus insidiosos dedos. Tal vez fui demasiado presuntuoso al suponer que podía prescindir de todo lo temporal. El talento es una cosa..., la divinidad, otra. Estoy cansado y deseo terminar con esta soledad. Estaba equivocado al tratar de retenerte aquí, pero no temas, no hubiera mantenido mi amenaza por mucho tiempo. Emociones mucho más fuertes que mi propio egoísmo lo habrían impedido.

Kerril dijo:

—Estaba convencido de ello. Pero, dime, ¿qué decisión has tomado?

—De acuerdo con tus propias palabras, estoy anticuado. No sirvo ya para nada. Por lo tanto, debo ser destruido. De modo que he adoptado las medidas necesarias para que así sea. Rápidamente, definitivamente, sin dolor. Un proceso de reacción en cadena reducirá a polvo mis edificios y mi propia conciencia. Como dicen los humanos, *moriré*. Y esto me parece una cosa deseable. No puedo seguir soportando esta interminable espera. He sido un loco. Un loco egoísta.

»Pero existe una dificultad: he preparado el mecanismo necesario, pero no puedo ser agente de mi propia destrucción.

Delante de Kerril una gran palanca negra surgió del rostro de la máquina.

—Voy a pedirte un favor. Quisiera que empujaras hacia abajo esta palanca. No habrá ningún peligro para ti. El mecanismo no funcionará hasta que estés a salvo. Y, mira: ¡ahí tienes el azul de tu cielo!

La bóveda negra desapareció, y en su lugar Kerril vio la inmensidad azul de su mundo.

—No eres ya mi prisionero —continuó diciendo la ciudad—. Eres libre. Hazme el pequeño favor que te he pedido y no te molestaré más.

Kerril miró solemnemente a la enorme máquina. La voz de la ciudad había sonado casi como la de un hombre muy viejo. Muy viejo y muy cansado. Sabía perfectamente que no era necesario que moviese la palanca, que la ciudad era capaz de asegurar su propia destrucción pero, por algún motivo desconocido, prefería que la mataran a convertirse en un irreflexivo suicida.

Kerril se sintió inundado por una intensa compasión, pero, ¿qué otra cosa podía ofrecer a la ciudad? Había resistido más que las otras, desde luego, pero esto la hacía incluso más anticuada. El género humano no la necesitaba ya para nada. Se convertiría en una rareza, en un lugar al cual la gente llevaría a los niños para que se divirtieran con aquella antigualla, y esto sería peor que la muerte. Verse convertida en un sujeto de irrisión.

—¿Cómo podría negarme? —dijo Kerril, con los ojos extrañamente nublados. Se acercó a la palanca, la agarró, la empujó hacia abajo...

—Gracias —suspiró la ciudad—. Gracias... *hombre*. Ahora puedes marcharte.

La canoa estaba en el mismo lugar donde la había dejado. Kerril la empujó hasta el agua. Luego se volvió para contemplar por última vez la ciudad. Orgullosa y solitaria, alzaba aún hacia el cielo sus majestuosas estructuras.

Se acercaba la noche. Unas cuantas estrellas luchaban ya por dejarse ver. Kerril alzó la mirada hacia ellas y se sintió confortado.

No comprendo —había dicho la ciudad— *ese concepto de la mayoría de edad.*

Por sofisticada que estuviera una mente cibernética, había aún algunas cosas que no podía comprender. Una máquina seguía siendo una máquina, por complicada que fuera.

Kerril contempló por última vez la ciudad, todavía sólida y terriblemente real, pero que no tardaría en convertirse en polvo y átomos dispersos a través de una pequeña partícula de tiempo.

A continuación embarcó en la canoa y empuñó la pértiga con mano firme. Mientras hundía el largo remo en el agua, sintió que todo su cuerpo vibraba de energía.

Había llegado el momento de poner término a su vagabundeo. Llevaba ya demasiado tiempo lejos de los suyos.

La canoa se apartó lentamente de la orilla y empezó a deslizarse, corriente abajo, por la brillante superficie del agua.

Una partida de ajedrez

Ambrose Bierce

—¿Lo dice en serio? ¿De veras cree que una máquina puede pensar?

La respuesta tardó en llegar. Moxon había concentrado su mirada en los fantásticos dibujos que proyectaban las llamas del hogar.

Ya hacía unos días que yo observaba en él una tendencia creciente a postergar la respuesta a la más anodina de las preguntas. Y no obstante, tenía un aspecto preocupado, más que de meditación; era como «si su cerebro sólo pudiera estar ocupado en una sola cosa».

—¿Qué es una máquina? —inquirió un poco después—. Esta palabra tiene diversas acepciones. Por ejemplo, tomemos la definición de un diccionario: «Todo instrumento u organización por el que se aplica y hace efectiva la energía, o produce un efecto deseado». De ser así, ¿acaso el hombre no es una máquina? Y admitirá usted que el hombre piensa... o eso se imagina.

—Si no desea responder a lo que le he preguntado —repliqué—, dígalo claramente. Usted se sale por la tangente, mi querido amigo. De sobra sabe que al referirnos a las máquinas, no hablamos de los hombres, sino de un objeto fabricado por él para su satisfacción.

—A veces no es así —objetó Moxon—. A veces es la máquina la que domina al hombre; a veces es la máquina la que se satisface.

Moxon se puso de pie y se aproximó al ventanal, en cuyos cristales tabaleaba la lluvia que aún hacía más oscura aquella noche de tormenta.

—Perdóneme —sonrió luego, volviéndose de nuevo hacia mí—. No intentaba salirme por la tangente. Puedo responder a su pregunta de manera directa: opino que las máquinas piensan en el trabajo que realizan.

Desde luego, era una respuesta directa. Y no muy grata, ya que casi confirmaba mi suposición de que la devoción de Moxon por el estudio, y el trabajo en su taller no le beneficiaban en absoluto. Por ejemplo, yo sabía que sufría de insomnio, dolencia que no es trivial en modo alguno. ¿Acaso esto estaba afectando a su cerebro? Su respuesta así parecía indicarlo. Tal vez hoy día no albergaría tal sospecha, pero en aquellos tiempos yo era muy joven, y la juventud, aunque lo niegue, siempre es ignorante.

—Bien, si carece de cerebro —proseguí la discusión—, ¿cómo piensa la máquina?

La respuesta, esta vez más rápida, adoptó la forma de una pregunta, hablando en términos legales.

—¿Cómo piensa una planta, que tampoco posee cerebro?

—Ah, de manera que también las plantas piensan... Vaya, me encantaría conocer varias de sus conclusiones al respecto, aunque puede guardarse para usted las premisas.

—Tal vez sea posible para algunas personas deducir las convicciones de los actos propios. Bien, no hablaré de los conocidos ejemplos de la sensible mimosa, de las flores insectívoras y de aquellas cuyos estambres se inclinan y sacuden su polen sobre la abeja para que ésta lo transporte a otras flores. En mi jardín planté en cierta ocasión una trepadora. Cuando la planta surgió a la superficie, clavé una estaca en la tierra a un metro de distancia de la plantita. La trepadora se alargó inmediatamente en aquella dirección, más al cabo de unos días, cuando estaba a punto de alcanzar la estaca, la arranqué y la clavé en dirección opuesta. Inmediatamente, la enredadera cambió de orientación, trazó un ángulo agudo y volvió a alargarse hacia la estaca. repetí el experimento varias veces, siempre con idéntico resultado. Al fin, descorazonada la planta se dirigió hacia un árbol y empezó a trepar por su tronco.

Moxon hizo una pausa y reanudó sus explicaciones.

—Las raíces de los eucaliptos se prolongan de modo increíble en busca de humedad. Un agricultor relató que una raíz de eucalipto penetró en una tubería subterránea seca y la fue siguiendo hasta que llegó a un muro de piedra que obturaba dicha tubería. La raíz, entonces, salió de la tubería y recorrió la pared hasta hallar la abertura, por la que se introdujo, dando la vuelta en busca de la tubería por el otro lado del muro.

—¿Y bien...?

—¿No entiende lo que significa? Significa que las plantas tienen conciencia. Demuestra que las plantas poseen raciocinio.

—De acuerdo, las plantas piensan. Mas no nos referíamos a plantas, sino a máquinas. Las máquinas pueden estar fabricadas, totalmente o en parte, de madera, que ha perdido su vitalidad, o ser metálicas en su conjunto. ¿Es que los minerales también piensan?

—Amigo mío, ¿qué otra explicación cabe darle al fenómeno de la cristalización?

—Nunca intenté explicarlo.

—En caso contrario tendría que admitir lo que no es posible negar, o sea la colaboración de manera inteligente entre los diversos elementos que constituyen los cristales. Cuando los soldados de un cuartel forman filas o cuadros, usted está seguro de que razonan. Cuando los patos silvestres, en sus emigraciones, forman una V, usted dice que es por instinto. Cuando los átomos homogéneos de un mineral cualquiera, que se mueven libremente en una solución, adoptan formas matemáticas de asombrosa perfección, o unas partículas húmedas se agrupan para construir los copos de nieve, usted no puede decir nada. Ni siquiera se ha inventado una palabra que disimule su inmensa sinrazón.

Moxon peroraba con gran seriedad y animación. De pronto, cuando calló, oí en

una estancia contigua un sonido raro, como el golpeteo de una mesa con la palma de la mano. Se trataba del taller de Moxon, lugar al que nadie tenía acceso, aparte del dueño de la casa.

Moxon también oyó aquel ruido y, súbitamente excitado, se puso de pie y penetró en el taller. Me pareció extraño que hubiera alguien allí dentro, y la curiosidad me hizo escuchar con suma atención, aunque no incurrí en la descortesía de aplicar el oído a la puerta. Hubo unos rumores confusos, como de lucha, y el suelo retembló. Luego oí también una respiración jadeante y un susurro ronco:

—¡Maldito seas!

Todo volvió a quedar en silencio. Moxon reapareció y observé que trataba de sonreír sin conseguirlo.

—Perdone que le haya dejado solo. Tengo ahí dentro una máquina que a veces pierde los estribos.

Al ver su mejilla izquierda, donde había cuatro arañazos paralelos y ensangrentados, comenté:

—Por lo visto, esa máquina tiene las uñas largas.

No estaba la cosa para chistes. Moxon no intentó ni siquiera sonreír. Se sentó de nuevo y continuó con su monólogo como si nada hubiera ocurrido.

—Sí, naturalmente, usted no está de acuerdo con quienes aseguran que toda la materia es sensible, que cada átomo es un ser individual, vivo y consciente. Yo sí. La materia inerte, muerta, no existe; toda está viva; toda la materia posee fuerza, instinto, energía real y potencial. Toda la materia es sensible a las fuerzas que la rodean y puede asimilar las facultades que residen en organismos superiores con los que se pone en contacto, como por ejemplo las del hombre cuando transforma dicha materia en instrumentos. La materia absorbe en tal caso parte de la inteligencia y de las intenciones del ser humano que la modifica, haciéndolo en mayor grado cuanto más complicados sean el mecanismo y su trabajo a realizar.

Moxon se levantó para atizar las brasas del hogar y volvió a sentarse antes de continuar su discurso.

—¿Se acuerda de la definición de la «vida» dada por Herbert Spencer? Yo la conozco desde hace unos treinta años. Y al cabo de tanto tiempo me parece perfecta en toda su extensión. Creo que no sólo es la mejor definición de la vida, sino la única posible.

Tosió para aclararse la garganta, y citó con cierta pedantería:

—La vida es una combinación definida de cambios heterogéneos, simultáneos y sucesivos, relacionados con coexistencias y secuencias externas.

—Si —asentí—, eso define el fenómeno, pero —objeté—, no aporta la menor clave para descubrir su causa.

—Claro, esto es cuanto puede hacer una definición —replicó Moxon—. Como dice Mills, lo único que sabemos de la causa es que se trata de un antecedente..., lo mismo que lo ignoramos todo del efecto, salvo que es una consecuencia. Sin

embargo, nuestra percepción puede inducirnos a error; por ejemplo, quien haya visto a un conejo perseguido por un perro y no haya visto jamás conejos y perros por separado, puede llegar a creer que el conejo es la causa del perro.

—Ah, creo que me desvíó de la cuestión principal —prosiguió Moxon con tono doctoral—. Lo que deseo destacar es que en la definición de la vida formulada por Spencer está incluida la actividad de una máquina; así, en esa definición todo puede aplicarse a la maquinaria. Según aquel filósofo, si un hombre está vivo durante su período activo, también lo está una máquina mientras funciona. En mi calidad de inventor y fabricante de máquinas, afirmo que esto es absolutamente cierto.

Moxon quedó silencioso y la pausa se prolongó algún rato, en tanto él contemplaba el fuego de la chimenea de manera absorta.

Se hizo tarde y quise marcharme, pero, no me seducía la idea de dejar a Moxon en aquella mansión aislada, totalmente solo, excepto la presencia de alguien que yo no podía imaginar ni siquiera quién era, aunque a juzgar por el modo cómo había tratado a mi amigo en el taller, tenía que ser un individuo altamente peligroso y animado de malas intenciones.

Me incliné hacia Moxon y le miré fijamente, al tiempo que indicaba la puerta del taller.

—Moxon —indagué— ¿quién hay ahí dentro?

Al ver que se echaba a reír, me sorprendí lo indecible.

—Nadie —repuso, serenándose—. El incidente que a usted le inquieta ha sido provocado por mi descuido al dejar en funcionamiento una máquina que no tenía en qué ocuparse, mientras yo me entregaba a la imposible labor de iluminarle a usted sobre algunas verdades. ¿Sabe, por ejemplo, que la Conciencia es hija del Ritmo?

—Oh, ya vuelve a salirse por la tangente —le reproché, levantándome y poniéndome el abrigo—. Buenas noches, Moxon. Espero que la máquina que usted dejó funcionando por equivocación, lleve guantes la próxima vez que intente usted pararla.

Sin querer observar el efecto de mi indirecta, me marché de la casa.

Llovía aún, y las tinieblas eran muy densas. Lejos, brillaban las luces de la ciudad. A mis espaldas, la única claridad visible era la que surgía de una ventana de la mansión de Moxon, que correspondía precisamente a su taller.

Pensé que mi amigo habría reanudado los estudios interrumpidos por mi visita. Por extrañas que me parecieran en aquella época sus ideas, incluso cómicas, experimentaba la sensación de que se hallaban relacionadas de forma trágica con su vida y su carácter, y tal vez con su destino.

Sí, casi me convencí de que sus ideas no eran las elucubraciones de una mente enfermiza, puesto que las había expuesto con lógica claridad. Recordé una y otra vez su última observación: «La Conciencia es hija del Ritmo». Y cada vez hallaba en ella un significado más profundo y una nueva sugerencia.

Constituían, sin duda alguna, una base sobre la que asentar una filosofía. Si la

conciencia es producto del ritmo, todas las cosas son conscientes puesto que todas tienen movimiento, y el movimiento siempre es rítmico. Me pregunté si Moxon comprendía el significado, el alcance de esta idea, si se daba cuenta de la tremenda fuerza de aquella trascendental generalización. ¿Habría llegado Moxon a su fe filosófica por la tortuosa senda de la observación práctica?

Aquella fe era nueva para mí, y las afirmaciones de Moxon no habían podido convertirme a su causa; mas de pronto tuve la impresión de que brillaba una luz muy intensa a mi alrededor, como la que se abatió sobre Saulo de Tarso, y en medio de la soledad y la tormenta, en medio de las tinieblas, experimenté lo que Lewes denomina «la infinita variedad y excitación del pensamiento filosófico».

Aquel conocimiento adquiría para mí nuevos sentidos, nuevas dimensiones. Me pareció que echaba a volar, como si unas alas invisibles me levantaran del suelo y me impulsasen a través del aire.

Cediendo al impulso de conseguir más información de aquel a quien reconocía como maestro y guía, retrocedí y poco después volví a estar ante la puerta de la residencia de Moxon.

Estaba empapado por la lluvia que caía sin cesar, mas no experimentaba ninguna molestia. Ni siquiera se me ocurrió golpear con el aldabón, sino que giré el pomo de la puerta; no tardé en estar de nuevo en la estancia que poco antes había abandonado. Todo estaba a oscuras y en silencio, como suponía.

Moxon, claro está, se hallaba en el taller. Tanteé la pared hasta hallar la puerta de comunicación y llamé varias veces sin obtener respuesta, lo que atribuí al estruendo de la tempestad que rugía fuera.

Jamás había sido invitado a penetrar en el taller. En realidad, Moxon me había prohibido entrar allí, como a todo el mundo, con una sola excepción: la de un hábil obrero metalúrgico, de quien nadie sabía nada, salvo que se llamaba Haley, muy callado por naturaleza. En mi excitación espiritual, olvidé toda discreción y abrí bruscamente la puerta. Lo que vi me arrancó al momento de mis especulaciones filosóficas.

Moxon estaba sentado frente a la puerta, ante una mesita sobre la que una vela proyectaba la única luz de la habitación.

Delante de él, de espaldas a mí, había otra persona. Encima de la mesa, entre ambos, había un tablero de ajedrez; al ver pocas piezas encima del mismo intuí que la partida se hallaba muy avanzada.

Moxon demostraba un enorme interés, aunque no tanto, al parecer, en el juego como en su contrincante, al que miraba de forma tan intensa y penetrante que, pese a estar directamente en su campo visual, no se fijó en mi presencia.

Tenía el semblante muy pálido y sus pupilas relucían como carbunclos. A su adversario sólo le veía la espalda, pero aquello me bastó, pues creo que en mi interior no deseaba verle el rostro.

Por lo visto, sólo medía metro veinte de estatura, con unas proporciones

semejantes a las de un gorila, muy ancho de hombros, cuello corto y recto, y una cabeza cuadrada con un fez colorado sobre una enmarañada mata de pelambre.

Una túnica, también colorada, cubría la parte superior de su cuerpo, cayendo en pliegues sobre el asiento, que era una especie de cajón, en donde aquel extraño personaje se hallaba casi encaramado. Las piernas y los pies resultaban invisibles. Su antebrazo izquierdo se apoyaba sobre su regazo, al parecer; movía las piezas con la mano derecha, que era colosalmente larga y ancha.

Me aparté ligeramente a un lado; de esta manera, si Moxon levantaba la vista sólo vería la puerta abierta. No sé qué me impedía entrar del todo o retirarme, pues tenía la sensación de estar ante una tragedia inminente, por lo que pensé que si me quedaba tal vez tendría ocasión de acudir en ayuda de mi amigo.

Sin rebelarme contra lo indelicado de mi acción, me quedé.

La partida se realizaba velozmente. Moxon apenas miraba el tablero antes de efectuar un movimiento, nervioso y rápido.

Su contrincante, en cambio, movía las piezas lentamente, de manera uniforme, mecánica. Era un espectáculo imponente; y me estremecí. Claro que ello podía deberse al agua que empapaba mis ropas.

Tras mover una pieza, y por dos o tres veces, el extraño ser inclinó levemente la cabeza, y observé que en cada ocasión, Moxon movía su rey. De repente se me ocurrió que aquel hombre era mudo. Luego pensé que se trataba de una máquina. ¡Un jugador de ajedrez autómatas! Recordé que, en cierta ocasión, Moxon me había explicado que acababa de inventar un mecanismo de tal especie, aunque no creí que lo hubiese construido ya.

Lo que Moxon había hablado aquella misma noche respecto a la conciencia y la inteligencia de las máquinas, ¿era sólo un prelude a una exhibición de tal ingenio..., un simple truco para aumentar el efecto de su acción mecánica sobre mí, en la ignorancia de su secreto?

¡Precioso final para mis arrebatos intelectuales, para mi «infinita variedad y excitación del pensamiento filosófico»!

Iba ya a retirarme muy enojado, cuando algo llamó mi atención. Observé que aquel ser encogía sus inmensos hombros, como con irritación, mas el movimiento era tan natural, tan totalmente humano, que me desconcertó. Aquello no fue todo, pues un instante más tarde golpeó la mesa con el puño. Ante aquel gesto, Moxon pareció incluso más desconcertado que yo. Como alarmado, echó su silla hacia atrás.

Súbitamente, Moxon levantó una mano provista de una pieza de ajedrez, y la dejó caer, gritando:

—¡Jaque mate!

Se puso en pie velozmente y se situó detrás de la silla. El autómatas continuó sentado, inmóvil, en plena concentración.

Fuera, ya no rugía el viento, pero a intervalos se oía el estruendo sordo del trueno. Mezclado al mismo, se oía como un zumbido que parecía proceder del cuerpo del

autómata, como si su mecanismo se hubiera descoyuntado. No tuve tiempo de reflexionar mucho, pues mi atención volvió a ser atraída por los extraños movimientos del autómata.

Parecía haberse apoderado de su cuerpo una leve pero continua convulsión. Su cuerpo y su cabeza se estremecían como si fuera presa de un ataque de epilepsia, y el movimiento progresó hasta que todo aquel ser estuvo violentamente agitado.

Se puso en pie con brusquedad, derribó la mesa al hacerlo, y extendió ambos brazos al frente, con la postura del nadador que está a punto de zambullirse en el agua. Moxon quiso retroceder, pero ya era tarde; vi las manos del extraño personaje cerrarse en torno a la garganta de un amigo, unos instantes antes de que la vela, que cayó al suelo al volcarse la mesa, se apagara, dejando a oscuras la habitación.

No obstante esto, el rumor de la lucha era perfectamente audible, siendo lo más horrible los estertores de Moxon en sus desesperados esfuerzos por respirar.

Guiado por aquel ruido, traté de acudir en ayuda de mi amigo, mas apenas había dado un paso cuando la estancia quedó inundada de claridad, una claridad casi cegadora que imprimió en mi cerebro, mi corazón y mi recuerdo una visión lúcida de los combatientes caídos en tierra.

Moxon se hallaba debajo, con la garganta apresada todavía por aquellas manazas de hierro, con los ojos desorbitados, la lengua fuera.

Y, ¡oh contraste espantoso!, en el pintado semblante de su asesino, se veía una expresión meditabunda y serena, como si estuviese ocupado en la solución de un problema de ajedrez. Un momento más tarde..., todo estuvo en tinieblas y en completo silencio.

Recobré el conocimiento tres días más tarde en el hospital. Cuando recordé aquel trágico suceso, reconocí en el hombre que me atendía al obrero metalúrgico que había trabajado para Moxon. Si, era Haley. Respondiendo a mis miradas, se me aproximó con la sonrisa a flor de labios.

—Cuéntemelo todo —le supliqué débilmente—. Absolutamente todo.

—Claro —sonrió—. Le trajeron aquí inconsciente, desde una casa incendiada, la de Moxon. Nadie sabe por qué estaba usted allí. También sigue en misterio el origen del incendio. Mi opinión personal es que la casa fue alcanzada por un rayo.

—¿Y Moxon?

—Ayer lo enterraron. Bueno, lo que quedaba de él.

Por lo visto, aquel hombre tan silencioso en algunas ocasiones, sabía ser amable y comunicativo en otras. Transcurridos unos segundos, formulé otra pregunta.

—¿Quién me salvó?

—Pues si tanto le interesa saberlo..., yo.

Gracias, amigo Haley y que Dios le bendiga. ¿Salvó también usted a aquel fascinante producto de su habilidad, el jugador de ajedrez autómata que asesinó a su creador?

El obrero permaneció largo rato en silencio, sin mirarme. Finalmente, volvióse hacia mí y preguntó:

—¿Está usted enterado de esto?

—Desde luego. Yo vi cómo estrangulaba a Moxon.

Todo esto sucedió muchos años atrás. Si hoy me lo preguntasen, mi respuesta sería mucho menos categórica.

El hombre iluminado

J. G. Ballard

Durante el día, pájaros maravillosos volaban a través del bosque petrificado, y enjorados cocodrilos brillaban como salamandras heráldicas en las orillas de os cristalinos ríos. Durante la noche, el hombre iluminado vagaba entre los árboles, sus brazos parecidos a las ruedas de un carro dorado, su cabeza como una diadema espectral...

Durante el año pasado, desde que el fenómeno conocido bajo distintos nombres, como el Efecto Hubble, el Síndrome Rostov-Lisenko y la Amplificación Sincronoclásmica de LePage, acaparó la atención del mundo entero, han aparecido varios informes contradictorios sobre las tres áreas focales de la Florida, Bielorrusia y Madagascar, de tal modo que considero necesario, antes de dar mi propia versión del fenómeno, hacer constar que está enteramente basado en experiencias de primera mano. Todos los acontecimientos que describo fueron vividos por mí mismo durante la reciente y trágica visita a los Everglades de la Florida organizada por el Gobierno de los Estados Unidos para los científicos agregados en Washington. Los únicos hechos que no he podido verificar directamente son los detalles relativos a la vida de Charles Foster Marquand. Los he obtenido del capitán Shelley, el último jefe de policía de Maynard, y pese a sus ideas preconcebidas creo que, en este caso en particular, su propio testimonio es también digno de credibilidad.

Pueden formularse todo tipo de suposiciones acerca del tiempo que necesitaremos aún antes de convertirnos en expertos sobre la naturaleza exacta del Efecto Hubble.

Mientras escribo esto, en la paz y seguridad del jardín de la Embajada Británica en Puerto Rico, pienso en el informe publicado hoy por el New York Times que dice que casi toda la península de Florida, con excepción de una única carretera que conduce a Tampa, ha sido cerrada, y que los casi tres millones de sus habitantes han sido transferidos a otras partes de los Estados Unidos. Pero aparte las pérdidas estimadas en valores inmobiliarios y beneficios hoteleros (¡Oh, Miami, no puedo por menos que decirme a mí mismo, ciudad de mil catedrales elevando sus flechas hacia el arco iris del cielo), las noticias de esta extraordinaria migración humana parecen haber provocado tan sólo comentarios menores. Tal es nuestro innato optimismo, nuestra convicción de que podemos sobrevivir a cualquier diluvio o cataclismo, que rechazamos inconscientemente los importantes hechos acaecidos en Florida con un encogimiento de hombros, confiados de que sabremos afrontar y dominar la crisis en el momento en que se produzca.

El elemental

Frank Belknap

Al principio, Wheeler pensó que era una coincidencia. Ebony Lady perdía terreno a ojos vistas. Había retrocedido al cuarto lugar, siendo sobrepasada por Radio Crooner. Parecía galopar rápidamente, pero *hacia atrás*.

Sin embargo, se trataba de una simple ilusión óptica. En realidad, lo único que hacía la yegua era imitar un poste de telégrafo visto desde la ventanilla de un tren expreso.

Entonces se produjo la «coincidencia». Ebony Lady dejó de galopar hacia atrás y en menos de cinco segundos volvió a colocarse en cabeza, adelantando a tres caballos como un chorro de petrolato líquido.

Wheeler se frotó los ojos. ¿Se habría convertido en un hombre capaz de hacer ganar a un caballo con un simple pensamiento? Desde hacía varias horas se había dado cuenta de que poseía un extraño y nuevo poder. Con un mero acto de concentración mental, podía apartar a la gente a un lado cuando paseaba. Y podía abrirse camino a través de la más compacta de las muchedumbres.

Pero Ebony Lady galopaba por la pista a un cuarto de milla de distancia... Y en la mente de Wheeler no había el menor síntoma de tensión. Se limitaba a pensar:

«Quiero que ese caballo vaya más aprisa. Quiero que ese caballo *gane*».

Push, push. Un diminuto pensamiento moviéndose en el interior de su cerebro...

Alguien le tiró de la manga.

—¡Es asombroso, amigo! ¡Mire cómo corre ese caballo!

A Wheeler no le gustaba que le tocaran. Emitiendo una especie de gruñido poco amistoso apartó la mirada de la pista. A su lado había un hombre calvo y rechoncho, que llevaba un traje a cuadros y tenía el rostro empapado de sudor. Los ojos parecían bailar en las órbitas.

—¡Nadie puede detenerla! ¡Va lanzada! ¡Mire cómo corre!

Wheeler dijo:

—Es posible que yo pueda detenerla, señor.

El hombre soltó el brazo de Wheeler y le miró con cierta aprensión.

—Le falta un tornillo —murmuró.

Wheeler se frotó la manga con un gesto desdeñoso y volvió a fijar su atención en la pista. Ebony Lady parecía volar, camino de la recta final, con su largo cuello erguido. El jockey, doblado sobre la silla, tenía serias dificultades para mantener el equilibrio.

Wheeler no quería que Ebony Lady perdiera. Necesitaba desesperadamente los

cinco dólares que había apostado por ella. Pero... bueno, *tenía* que comprobarlo. Era vital para la paz de su mente.

¿Podría detener la impresionante carrera de Ebony Lady con un pensamiento? ¿Era el nuevo poder tan terrible como él temía? Pensó: «Quiero que ese caballo vaya más despacio. Quiero que ese caballo se quede atrás».

Como chorros de petrolato líquido, tres caballos, incluido Radio Crooner, sobrepasaron a Ebony Lady.

El hombre del traje a cuadros se quedó con la boca abierta. Dio un respingo y miró a Wheeler con ojos intrigados.

Wheeler dijo, con voz trémula:

—¿Se ha dado cuenta?

Aquel hombre tenía algo que repugnaba a Wheeler. Pero estaba terriblemente impresionado. Tenía que hablar del asunto con alguien.

El hombre del traje a cuadros dijo:

—¿Qué ha hecho usted? ¿Aflojar el paso de Ebony Lady? ¿Espera que me trague eso?

Los labios de Wheeler estaban pálidos.

—No trato de convencerle —dijo—. Me limito a dar constancia de un hecho.

—Un hecho, ¿eh? —se mofó el otro—. Entonces, supongamos que vuelve usted a colocar a esa yegua en cabeza. ¿Qué le parece?

Wheeler suspiró.

—Muy bien —dijo—. Mire a Ebony Lady.

Permitió que el pensamiento se formara.

«Quiero que ese caballo gane».

Push, push. Un pequeño pensamiento dirigido hacia la pista donde galopaban los caballos.

Ebony Lady voló literalmente hacia adelante. Se colocó en tercera posición..., en segunda..., a un cuerpo del caballo que iba en cabeza. Cruzó la línea de meta con una ventaja de más de dos cuerpos.

El público gritaba hasta enronquecer. Ebony Lady pasó por delante de la tribuna de los jueces como un demoníaco hipógrafo, en tanto que los altavoces anunciaban:

—¡Ganadora, Ebony Lady, damas y caballeros! ¡Ebony Lady acaba de ganar el Derby!

El hombre del traje a cuadros estaba visiblemente aturdido.

—Es..., es increíble —murmuró.

Wheeler hizo un gesto de asentimiento.

—Desde luego —dijo—. Ni yo mismo lo comprendo.

El hombre del traje a cuadros proyectó la cabeza hacia adelante, con un brillo de codicia en los ojos.

—¿Podría hacerlo otra vez? —inquirió.

—¿Qué quiere usted decir?

—En otra carrera..., en cualquier momento.

Wheeler asintió.

—Estoy seguro de que podría hacerlo —dijo.

El hombre del traje a cuadros se acercó un poco más.

—¿Hacia dónde va usted, amigo?

Wheeler dijo:

—Tengo que ir a recoger diez dólares de un apostador.

El hombre del traje a cuadros sacó un voluminoso fajo de billetes y extrajo uno.

—Acepte esto y venga conmigo —dijo—. Le invito a un trago.

Wheeler vaciló. Pensó:

«No quiero beber licor. Pero puedo pedir un vaso de leche y dársela a probar».

El hombre del traje a cuadros le tiraba de la manga.

—Vamos, amigo. Unos sorbos de whisky sientan bien a todas horas.

Cinco minutos más tarde estaban sentados en el mostrador circular de uno de los puestos del hipódromo autorizados para la venta de bebidas no alcohólicas. En el exterior, la multitud se dispersaba lentamente, marchando en grupos hacia el norte, el este y el oeste.

Wheeler sostenía un vaso de leche con tanta fuerza que sus nudillos blanqueaban. Su compañero dedicaba su atención a un vaso de whisky.

Miró de soslayo a Wheeler.

—¡Leche! —exclamó, en tono desdeñoso.

Wheeler dijo:

—Servir bebidas alcohólicas en el hipódromo va contra la ley, Mr. Sheed. Este puesto no cumple las disposiciones legales.

—Llámeme Ted —dijo el hombre del traje a cuadros—. Mire, Harry, ¿por qué no se relaja un poco y se muestra humano? Podríamos ayudarnos el uno al otro. Yo tengo mucho dinero para invertirlo en una cosa segura.

Wheeler dijo:

—Admito que es una tentación. Llevo dos meses sin trabajo, alojado en pensiones baratas y comiendo muy poco...

Súbitamente, se estremeció. Se había olvidado de la leche. Levantó el vaso hasta sus labios y sorbió temerosamente. Una expresión de horror asomó a su rostro.

Sheed dijo:

—Bueno, ¿qué opina usted de mi propuesta?

Con mano trémula, Wheeler depositó el vaso sobre el mostrador y lo empujó hacia su compañero.

—Pruebe esa leche, por favor —dijo. Sheed hizo una mueca.

—¿Por qué diablos tengo que probarla? La leche no me gusta. Se me indigesta.

—Pruébela, por favor —insistió Wheeler.

—¡Oh! De acuerdo...

Sheed alzó el vaso y lo acercó a sus labios. Inmediatamente dejó caer el vaso

sobre el mostrador.

—¡Está agria! —exclamó—. ¡Tan agria como un arenque rancio!

Wheeler palideció.

—Entonces, es cierto —gimió—. No eran imaginaciones mías.

—¿De qué está usted hablando?

—Cada vez que pruebo la leche se pone agria —dijo Wheeler.

Sheed gruñó impacientemente.

—Bueno, ¿y qué? Tendrá usted acidosis o algo por el estilo. Ocurre con frecuencia.

—No, no se trata de eso —insistió Wheeler—. Da la casualidad de que sé algo acerca de la diátesis acidular. He trabajado en un laboratorio de ensayos patológicos. Nadie puede agriar la leche simplemente con probarla. Una persona que padezca diátesis reumática o gotosa, la más acidular de todas, puede hacer gárgaras con leche sin que ésta se agrie.

Sheed estaba perdiendo la paciencia.

—Puede usted hacer ganar a un caballo —gruñó—, y se preocupa por una insignificancia como ésa. ¡Bah!

Súbitamente, Wheeler cogió el vaso de su compañero y apuró su contenido de un trago.

—¡Eh, un momento! —protestó Sheed—. No tenía usted que hacer eso. Ya le he dicho que le invitaba a un trago.

—Pida un whisky doble para mí —dijo Wheeler.

La bebida produjo un curioso efecto en Wheeler. Su desesperación remitió, y una ola de indignación moral inundó su espíritu. Empezó a ver a su compañero bajo una luz menos favorable. Se inclinó hacia adelante.

—¿Quiere usted decir que el asunto es una mina de oro? —inquirió.

—Algo por el estilo. Yo escojo los caballos y usted los hace ganar. Un negocio redondo, amigo.

Wheeler dijo:

—Es usted un tipo asqueroso, Slieed. Me inspira repugnancia.

—¡Oiga! ¿Se ha vuelto loco?

—¡No me gusta su sebosa cara!

Sheed enrojeció. Poniéndose en pie de un salto, se plantó delante de Wheeler con los ojos brillantes de cólera.

—Voy a romperle a usted... —empezó a decir.

El pensamiento se formó rápidamente:

«Quiero que este hombre se marche aprisa, y lejos».

Sheed gritó. Algo le levantó del suelo, al tiempo que le retorció. Echó a volar a través del pequeño establecimiento, con el cuerpo girando alrededor de sus rodillas.

Se oyó un ruido de cristales rotos. Sheed cruzó la ventana del establecimiento y continuó volando por encima del hipódromo. Finalmente cayó sobre la pista, boca

abajo.

Wheeler sonrió, se puso en pie y dejó cuatro monedas de veinticinco centavos al lado de su vaso vacío.

—Eso ha valido la pena —dijo.

Salió del puesto y se mezcló con la muchedumbre en dispersión.

La gente le rozaba. Wheeler reía y enviaba a la gente lejos, rodando ligeramente. Siendo un hombre de instintos amables, no abusaba de su poder. En su mente no había ninguna animosidad. Pero le divertía ver cómo la gente giraba y giraba, alejándose, como hojas llevadas por el viento. En aquel instante se sentía como un israelita andando a través del mar Rojo.

Continuó andando, ignorando las miradas intrigadas o enfurecidas. Levantó a una mujer seis pies en el aire y la envió volando como una pluma a través del hipódromo. Aterrizó a treinta pies de distancia, gritando histéricamente. Una muchedumbre se congregó a su alrededor. Wheeler envió a todo el grupo de hombres, mujeres y niños a cincuenta pies de distancia.

Inmediatamente se reprochó a sí mismo: «Ha sido vergonzoso. No debiste hacer eso».

Arrepentido, levantó a su propio cuerpo. Ascendió ligeramente y voló sobre el hipódromo, avanzando por encima de las cabezas de la multitud en dispersión. En un momento determinado descendió sobre los hombros de un hombre gordo, el cual empezó a aullar.

—Lo siento —se disculpó Wheeler, ascendiendo de nuevo.

Estaba pensando:

«Siempre deseé volar. Y ahora estoy volando».

Agitó los brazos como si fueran alas.

«Me gustaría remontarme», pensó.

Inmediatamente ascendió a más de dos mil pies de altura y planeó como un cóndor por encima del hipódromo. Debajo de él vio unas pequeñas manchas en dispersión. Ascendió todavía más, voló con más audacia.

Flap, flap, flap.

Debajo de él se extendían ahora inmensos espacios verdes. Vio vacas en los pastos, carreteras y caminos, arroyos que brillaban a la luz del sol. Vio un prado tachonado de blancos asfódelos.

Pensó:

«Tengo que conservar la calma. No debo excitarme».

Kentucky era un Estado muy hermoso. Ahora, Wheeler volaba por encima de una antigua mansión sureña. Vio a varias personas que se movían por los alrededores de la casa, a los obreros que trabajaban en las plantaciones.

Siguió volando hacia el este, remontándose por encima de las Montañas Negras de Virginia, en dirección a la costa.

Pensó:

«Esto es más divertido que viajar en autobús».

Descendió en espiral para observar a un airón de cresta amarilla que surgió de una sombría espesura y emprendió el vuelo hacia las brillantes aguas de la bahía Chesapeake.

Wheeler siguió al airón sumido en una especie de trance. En las profundidades de su mente se agitaba el terror, pero éste no llegaba a inundar su conciencia..., excepto ocasionalmente y en pequeños remolinos.

Tenía momentos de repentina y terrible duda, de perplejidad y de temor. Pero estaba tan maravillado por su don de volar, que se estremecía de placer e ignoraba las oscuras premoniciones que de cuando en cuando le asaltaban.

Flap, flap, flap.

Ahora volaba por encima del estuario del Pokomoke. La costa de Virginia era una brillante línea azul, muy lejos, hacia al oeste. El avión se había desvanecido, y Wheeler se encontraba solo bajo el sol.

Había estado volando incansablemente durante horas enteras, pero no se sentía fatigado. ¿O sí? Era posible que estuviera un poco cansado. Tuvo que repetirse a sí mismo, una y otra vez:

«Estoy volando sin el menor esfuerzo. Soy tan ligero como una pluma».

El sentido de ligereza disminuyó un poco cuando dejó de concentrarse, y de pronto se encontró descendiendo hacia las resplandecientes aguas del estuario.

Las aguas estaban enrojeciendo cuando la fatiga hizo presa en Wheeler. Volar se convirtió en un esfuerzo. Pero Wheeler continuó agitando los brazos y asegurándose a sí mismo que era más ligero que el aire.

Volaba muy bajo, por encima de unas islas, cuando su ligereza disminuyó poderosamente. Las piernas le pesaban como plomos. Al mirar hacia abajo se sintió horrorizado. Había cesado de remontarse y las aguas ascendían hacia él rápidamente.

Cayó sobre una pequeña isla que apenas tenía cuarenta pies de diámetro: un montón de rocas que emergían precariamente de un mar color vino.

Wheeler permaneció unos instantes completamente inmóvil, aturdido por el choque. Luego se incorporó lentamente.

Una voz dijo:

—Tienes menos juicio que un niño.

El rostro de Wheeler adquirió un tono ceniciento. Remolineando a su lado sobre la roca había una masa cónica de espuma, con la cumbre de los colores del arco iris y dos iridiscentes órbitas brillando en su tenue magnitud.

El rojo disco del sol se hundía en el horizonte, pero había aún suficiente claridad para mezclar las sombras de Wheeler y del cono. La sombra del cono estaba devorando ávidamente la sombra de Wheeler, consumiendo sus perfiles humanos con evidente fruición.

Wheeler notó que la sangre se helaba en sus venas. Empezó a retroceder pero, en cuanto se movió, el cono se acercó más a él.

—Ten cuidado, estúpido —advirtió el cono—. Estas rocas son muy resbaladizas. La voz del cono era resonante, pero inexpresiva. Wheeler se sintió sobrecogido de terror.

—¿Qui... quién eres? —tartamudeó.

El cono dijo:

—Un elemental. Una fuerza elemental. No voy a hacerte ningún daño. Tengo tantos motivos como tú para avergonzarme de esta..., de esta calamidad.

—Pero, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Me has traído tú —respondió el cono—. Cuando has agotado mis energías, no he podido continuar sosteniéndote.

—¿Quieres decir que has venido conmigo?

—Desde luego. He estado habitando en el interior de tu cuerpo durante varios días. Ha sido un experimento del que ahora estoy arrepentido.

—¿Has estado viviendo...?

—Tomé posesión de tu cuerpo temporalmente. Ya sabes lo que es un elemental, ¿no?

Wheeler vaciló un instante.

—Sí..., creo que sí —terminó por decir—. Un espíritu de la naturaleza. Un espíritu de tierra, aire, fuego o agua.

—Eso es sustancialmente correcto —dijo el cono—. Me alegro de que no hayas dicho una *fuerza* de la naturaleza. No soy una fuerza, en el sentido científico. Soy un verdadero espíritu.

—¿Un verdadero *espíritu*?

—Sí. Soy tan real como un duende o un trago. Los hombres de ciencia niegan nuestra existencia. Y levantamos mesas en el aire bajo sus mismas narices. Rompemos la loza, enviamos objetos rodando, y se empeñan en negar nuestra existencia...

—¿Quieres decir que eres un fantasma? —inquirió Wheeler, estremeciéndose.

—Puedes llamarme así, si te place. Cada época ha tenido un nombre distinto para nosotros. Los griegos preferían pensar en nosotros como en unos espíritus de la naturaleza capaces de cuajar la leche, de desencadenar el viento nocturno, de encender misteriosas fogatas y de hundir a las naves en el mar.

Wheeler tartamudeó:

—Pe... pero... ¿por qué me has escogido a mí?

—Fue una locura —dijo el elemental—. Pero..., bueno, tú eres una *nueva frontera*. Hasta ahora, ningún elemental se había atrevido a morar en un hombre. En algunos niños, sí. Sus arrebatos son de corta duración y no nos agotan. Pero los mortales adultos tienen ideas propias.

—¿Quieres decir que estás sujeto a los caprichos de mi mente?

—En cierto sentido, sí. Cuando piensas en algo que deseas hacer, estoy obligado a ayudarte. Lo del hipódromo ya fue bastante fatigoso, pero este vuelo me ha agotado

por completo.

—Tu presencia fue la que me produjo aquella extraña inquietud —dijo Wheeler—. Quería volar, porque estaba seguro de que podía hacerlo.

—Lo sé —dijo el elemental—. Estamos atrapados en un círculo vicioso. Yo te doy ideas y una sensación de poder, y tú me agotas. Mientras permanezco unido a ti, estoy obligado a satisfacer las exigencias de tu voluntad.

—Pero puedes abandonarme cuando quieras, ¿no?

—No. Puedo salir de tu interior y mover objetos a distancia, o moverme a tu alrededor, como estoy haciendo ahora. Pero no puedo abandonarte. ¿Has visto alguna vez a una oruga tejiendo un capullo? Va envolviéndose en una trama de hilos, hasta que queda completamente aprisionada.

—Pero tú estás ahora fuera de la prisión —objetó Wheeler.

—Simplemente como una proyección penumbral —explicó el elemental—. Mi matriz continúa morando en tu cuerpo. Los elementales somos seres de una estructura muy compleja. Si pudieras verme tal como soy en realidad, lo comprenderías.

Las negras sombras de la noche caían rápidamente sobre la isla. El sol había desaparecido detrás de las líneas del horizonte. El elemental parecía temblar.

—Estoy agotado..., enfermo —dijo—. ¡Qué ganas tengo de que amanezca!

Wheeler miró al cono con súbita aprensión.

—¿Quieres decir que no puedes levantarme en el aire en la oscuridad? ¿No..., no podemos regresar volando?

El elemental dijo:

—¡Estúpido! ¿No has querido volar sobre el mar?

—Me proponía regresar —dijo Wheeler—. No sabía que ibas a fallarme.

—Bueno, pues te he fallado —dijo el elemental—. Estoy a punto de morir.

Wheeler palideció.

—¿Quieres decir que puedes morir?

—Desde luego. Los elementales no somos inmortales. Cuando nuestras energías expiran, estallamos en llamas. Morimos en una explosión de gloria.

—¡Dios mío! —exclamó Wheeler.

El elemental se acercó más a él, rebotó contra él y ascendió en el aire. Voló en un rápido círculo alrededor de la pequeña isla y descendió en medio de una lluvia de chispas.

Wheeler gritó, horrorizado. Retrocedió, y estuvo a punto de caer al mar.

El elemental remolineó hacia él a través de las rocas.

—¡Cuidado, estúpido! Sólo estaba probando mi fuerza.

Wheeler aspiró una profunda bocanada de aire y la expulsó lentamente.

—¿Por qué tienes que asustarme de ese modo?

—Lo siento —se disculpó el elemental—. ¿Tanto te afectaría mi muerte?

—Si mueres me quedaré helado —murmuró Wheeler—. Me moriré de hambre y de sed. Nos encontramos en una de las pequeñas islas rocosas de la parte meridional

del Cabo Charles. Por aquí no pasa nunca ningún barco.

—Comprendo —dijo el elemental fríamente—. Una reacción puramente egoísta. Wheeler gruñó y sacó un cigarrillo.

—¿Por qué ha tenido que sucederme esto precisamente a mí? —murmuró.

Estaba a punto de encender el cigarrillo cuando el elemental se precipitó hacia él con terrible avidez. Arrancó el fósforo de sus dedos y lo hizo remolinear en el aire. La llama chisporroteó en todas direcciones. Irradió a través del elemental desde la base hasta la cumbre, bañándolo en una refulgencia sobrenatural.

—¡Ah! ¡Qué bueno es esto! —murmuró el espíritu, mientras el brillo se apagaba—. Ahora me siento mucho mejor.

Wheeler se quedó con la boca abierta.

—¿Quieres decir que puedes extraer energía de una llama?

—De la luz, estúpido. Mañana, cuando salga el sol, sorberé la energía suficiente y volveré a ser fuerte. El sol es la fuente de toda mi fuerza.

Wheeler suspiró, aliviado. Sacó otra cerilla y la encendió. Inmediatamente le fue arrancada de los dedos. Durante un cuarto de hora alimentó con fósforos al elemental.

Le quedaba una sola cerilla cuando dijo:

—¿Puedo fumar ahora?

—Adelante —dijo el elemental.

En cuanto el humo penetró en sus pulmones, Wheeler se sintió mucho mejor. Buscó una posición más cómoda en las rocas.

—Supongo que tendremos que quedarnos aquí hasta mañana —dijo, en tono resignado.

No vio la ola que se acercaba. Se levantó detrás de él, chocó contra la roca y le dejó empapado de pies a cabeza. El agua estaba helada, lo mismo que la anguila que aterrizó sobre su nuca y se deslizó por debajo del cuello de su camisa.

Wheeler empezó a maldecir en voz baja en la semioscuridad, tratando de agarrar el pequeño y resbaladizo cilindro.

El elemental dijo:

—He recobrado un poco las fuerzas, ya que puedo levantar una ola.

La noche transcurrió para Wheeler en un continuo sobresalto. El frío le penetraba hasta los huesos. Se quedaba adormilado para despertar casi inmediatamente. Al amanecer cayó en un profundo sueño. Cuando se despertó, un par de horas después, el aire era muy frío y la isla y el mar estaban cubiertos por una densa niebla.

¡Niebla! Remolineaba encima del agua y se pegaba a las rocas tenazmente. Wheeler oyó que alguien sollozaba debajo de él.

—¡Me estoy muriendo! ¡Oh! ¡Me estoy muriendo! ¡El sol me ha fallado!

El hidroavión plateado y gris sobrevolaba la bahía de Chesapeake. El piloto miraba hacia abajo, contemplando la alargada línea costera de una península que extendía sus ávidos brazos hacia el mar. Pasaba por encima de un grupo de pequeñas

islas cuando vio la luz. Una repentina y cegadora claridad que iluminó todo el mar y ascendió hacia el cielo, encendiendo las nubes en arreboles. Una terrible claridad a la luz del día, en medio de una niebla que empezaba a dispersarse.

Las manos del piloto temblaron sobre los mandos. Se volvió hacia el segundo piloto:

—Tenemos que descender inmediatamente. Esa claridad ha sido una llamada de socorro. Tal vez un avión que se ha estrellado.

A su lado, el segundo piloto hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo. Procedía de una de esas pequeñas islas, ¿verdad?

El avión descendió trazando un amplio círculo sobre la bahía. Descendió hábilmente, ya que sus pilotos eran expertos adiestrados en Mineola y sabían cómo acercarse al mar en una zona llena de islotes.

Los patines de aterrizaje se posaron suavemente sobre las inmóviles aguas, que retenían aún los últimos jirones de niebla.

—¿Estás seguro de que fue en aquella isla? —preguntó el primer piloto, señalando con un gesto el montón de rocas que emergía a cierta distancia.

—Completamente seguro —respondió el segundo piloto—. Como también lo estoy de que hay alguien en ella. ¿Vamos a llamarle?

—Espera un momento —dijo el otro—. Vamos a acercarnos un poco *más*.

El avión se encontraba a unos cincuenta pies de la pequeña isla cuando le vieron. Los dos pilotos no daban crédito a sus ojos. El segundo piloto llevaba gafas. Se las quitó, las frotó rápidamente con un pañuelo y volvió a ponérselas.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Cómo crees que ha podido llegar *ahí*?

Pegado tenazmente a la roca había un hombre muy delgado, pobremente vestido, con un aplastado sombrero adherido a su cráneo. Sus zapatos y las perneras de sus pantalones estaban cubiertos de cristales salinos blancos como la nieve.

Trasladar a aquel hombre medio helado desde la isla al interior de la cabina de pasajeros fue una tarea que puso a prueba la habilidad de los dos pilotos adiestrados en Mineola. Una vez dentro de la cabina, el hombre dejó de ser un problema. Los pasajeros se encargaron de él.

En su aspecto había algo que despertó el instinto maternal de las pasajeras. Pero los hombres se mostraron también amables con él. Le ayudaron a ponerse ropas secas. Uno de los pasajeros abrió una maleta y le ofreció un jersey hecho a mano. Otro le regaló unos pantalones muy bien planchados.

Pero a pesar de todos aquellos cuidados y atenciones el hombre no parecía reaccionar. Continuaba temblando y mirando hacia el mar a través de una ventanilla, como si viera algo que le fascinara y le aterrorizara al mismo tiempo.

—Será mejor que se siente —dijo una mujer alta que llevaba un traje chaqueta y cuya severidad de modales quedaba suavizada por unos ojos amables—. Será mejor que se siente junto a la ventanilla del otro lado, donde da el sol. Ha sufrido usted mucho, pobrecito.

Wheeler se pasó una mano por la frente. Se estremeció.

—Gracias —murmuró—. Fue algo terrible *sentirle* morir. Como si lo arrancasen de mi interior.

Los pasajeros se miraron, desconcertados. Uno de los pilotos sacudió la cabeza tristemente y se llevó el dedo índice a la sien, haciéndolo girar.

Wheeler dijo súbitamente:

—Pero el resplandor me salvó, ¿verdad? El resplandor les llamó la atención. Murió en una explosión de gloria, ¿verdad?

—Sí —dijo uno de los pasajeros, llevándole la corriente—. Creo que sí.

—Doce horas bajo la niebla, sin que saliera el sol, y al final noté que se estaba muriendo.

Se irguió bruscamente en su asiento.

—¿Podrían..., podrían darme un vaso de leche? —inquirió.

—Desde luego —respondió el piloto.

La leche estaba fría y había unas cuantas burbujas en el borde del vaso. No era más que un vulgar vaso de leche, mas para Wheeler tenía un terrible significado, ya que iba a permitirle comprobar que estaba libre, que el elemental había dejado de poseerle.

Sin embargo, aquella liberación iría acompañada de una sensación de tristeza. Estaba a punto de sonar el fúnebre tañido de campanas por algo casi divino: el don de volar, el poder para mover y sacudir...

Wheeler levantó el vaso lentamente y apuró despacio su contenido.

—Bueno —dijo el piloto, con una amistosa sonrisa—, ¿se siente mejor ahora?

Wheeler no contestó. Se quedó mirando fijamente al piloto, con ojos consternados. Sus labios temblaban y en sus pupilas brillaba el horror.

—No le encuentro ningún sabor a la leche —murmuró al fin—. No tiene gusto a nada. Ni siquiera noto su frialdad sobre mi lengua...

Un hombre alto se levantó de un asiento contiguo al pasillo y se acercó al lugar donde se encontraba Wheeler.

—Es un caso de anestesia producida por una fuerte impresión —explicó pacientemente—. A veces se prolonga por espacio de varias horas.

Entonces se dio cuenta de lo trastornado que estaba Wheeler y le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—No es nada que deba alarmarle. Mañana a esta misma hora estará usted completamente nuevo. Capaz de mover montañas, amigo mío. Capaz de mover montañas.

Al oír aquellas últimas palabras, Wheeler palideció, gimió, dejó caer el vaso y se deslizó del asiento, desmayado.

Un mundo extraño

Seaton McKettrig

Exactamente tres minutos después de que el galáctico saliera del apartamento neoyorquino del profesor John Hamis McLeod, Ph.D., Sc.D., el grupo de agentes del U.B.I. entró en acción.

McLeod oyó resonar el timbre, abrió la puerta y tuvo que echarse atrás mientras los ocho hombres invadían el piso. El que encabezaba el grupo mostró una tarjeta de identificación y dijo:

—Oficina de Investigación de la Unión. Es usted el profesor Mac-Lee-Odd.

Era una afirmación, no una pregunta.

—No —replicó McLeod—. No soy ese individuo. Nunca he oído tal nombre. —Hizo una breve pausa, mientras el agente del U.B.I. parpadeaba, y luego añadió—: Si busca usted al profesor McLeod, soy yo.

Siempre le irritaba que la gente pronunciara mal su nombre, y en este caso no había disculpa para ello.

—De acuerdo, profesor McLeod —dijo el agente, esta vez pronunciando bien el nombre—, como usted quiera. ¿Le importa que le haga unas cuantas preguntas?

McLeod le miró brevemente antes de contestar. Ocho hombres, todos ellos por debajo de los treinta y cinco años, en excelente condición física. El profesor tenía quince años más que el mayor de aquellos hombres, y había limitado su ejercicio físico a lo que Chauncey de Pey llama «actuar como plañidera de los amigos que hacen ejercicio». No es que fuera un hombre canijo, en realidad, pero, desde luego, no podía discutir con ocho individuos como aquellos.

—Adelante —dijo al fin, invitándoles a pasar con un gesto.

Seis de ellos entraron. Los otros dos se quedaron en el vestíbulo.

Cinco de los seis permanecieron de pie. El jefe aceptó la silla que McLeod le ofreció.

—¿Cuáles son sus preguntas, Mr. Jackson? —inquirió McLeod.

Jackson pareció ligeramente sorprendido, como si no estuviera acostumbrado a que la gente leyera su nombre en su tarjeta de identificación durante el breve espacio de tiempo que les permitía verla. La expresión de sorpresa se desvaneció casi inmediatamente.

—Profesor —dijo—, nos gustaría saber qué clase de temas ha estado tratando con el galáctico que acaba de salir de este apartamento.

McLeod se retrepó en su asiento.

—Permítame hacerle dos preguntas, Mr. Jackson. Primera, ¿qué diablos le

importa a usted? Segunda, ¿por qué me lo pregunta, si ya lo sabe?

Jackson encajó el golpe sin pestañear.

—Profesor McLeod, nos preocupa el bienestar de la raza humana. Necesitamos su... ejem..., colaboración.

—No ha venido usted aquí con un grupo de hombres armados sólo para solicitar mi colaboración —dijo McLeod—. ¿Qué es lo que quiere saber?

Jackson sacó un cuaderno de notas del bolsillo de su americana.

—En primer lugar, deseamos aclarar unos cuantos hechos, profesor —dijo, hojeando el cuaderno de notas—. Hace cuatro años, el 12 de enero de 1990, fue abordado usted por primera vez por un galáctico, ¿no es cierto?

McLeod, que había sacado un cigarrillo de su paquete y estaba a punto de encenderlo, interrumpió su gesto y miró a Jackson como si el agente del U.B.I. fuera un embrión de dos cabezas.

—Sí, Mr. Jackson, es cierto —dijo lentamente, como si hablara con un retrasado mental—. Y la capital de California es Sacramento. ¿Hay alguna otra materia de conocimiento público acerca de la cual desee interrogarme? ¿Le gustaría saber cuándo empezó la guerra de 1812 o quién está enterrado en la tumba del general Grant?

Los músculos de Jackson se tensaron, pero inmediatamente se relajó.

—No necesita mostrarse sarcástico, profesor. Limítese a contestar las preguntas. —Consultó el cuaderno de notas—. De acuerdo con mis datos, usted, en su calidad de zoólogo, acompañó a una expedición de animales a un planeta llamado..., ejem..., Gelakin. Regresó al cabo de ocho meses. ¿Es cierto?

—Que yo sepa, sí —dijo McLeod con amargo sarcasmo—. Y los normandos invadieron Inglaterra el año 1066 de nuestra Era.

Jackson apretó los puños y cerró los ojos.

—¡Basta! —Era evidente que hacía un enorme esfuerzo para dominarse. Abrió los ojos—. Tenemos muy buenos motivos para formularle estas preguntas, profesor. Muy buenos motivos. ¿Quiere usted dejarme terminar?

McLeod había acabado por encender su cigarrillo. Cerró el encendedor y volvió a metérselo en el bolsillo.

—Tal vez —respondió amablemente—. Pero, antes, ¿puedo decir algo?

Jackson inhaló una buena provisión de aire, lo retuvo unos instantes en sus pulmones y luego lo exhaló con lentitud.

—Adelante —dijo.

—Gracias —ahora no había el menor sarcasmo en la voz de McLeod, sólo paciencia—. En primer lugar, y en lo que respecta a sus datos, diré que considero una impertinencia que venga usted en busca de información sin una explicación previa. No, Jackson, no diga nada. Hemos quedado en que podría hablar. Gracias. En segundo lugar, quiero dejar bien sentado que estoy enterado de los motivos por los cuales se me formulan esas preguntas.

»¿Ningún reacción, Mr. Jackson? ¿No cree usted lo que digo? Muy bien, permítame continuar.

»El día 12 de enero de 1990 me fue ofrecido un trabajo por determinados ciudadanos de la Civilización Galáctica. Aquellos ciudadanos de la Civilización Galáctica deseaban transportar un cargamento de animales terrestres a su propio planeta, Gelakin. No sabían apenas nada acerca de los cuidados y de la alimentación de los animales terrestres. Necesitaban un experto. Debieron haberse llevado a un verdadero experto: uno de los empleados del Zoo de Bronx, por ejemplo. No lo hicieron; prefirieron contratar a un zoólogo. Dado que la petición fue dirigida a América, fui escogido yo. Había otros siete hombres capaces de realizar aquel trabajo, pero fui escogido yo.

»De modo que me convertí en el primer terrestre que salía del Sistema Solar.

»Cuidé de los animales. Les enseñé a los galácticos a manejarlos y a alimentarlos. Cumplí con la tarea por la cual me pagaban, y debo confesar que fue un trabajo duro. Los galácticos no sabían absolutamente nada acerca de los elefantes, caballos, jirafas, gatos, perros, águilas o cualquier otra de las centenares de formas de vida terrestres que embarcaron en aquella nave.

»Todo aquello se llevó a cabo con la autorización del Gobierno de la Unión Terrestre.

»Regresé a la Tierra el diecisiete de julio de mil novecientos noventa y uno.

»Fui llevado inmediatamente al cuartel general de la U.B.I. y sometido a un riguroso interrogatorio. Luego fui sometido a otro interrogatorio, estando conectado a un polielectroencefalógrafo. Después tuve que escuchar las mismas preguntas, encontrándome bajo los efectos de varias drogas... tomadas por separado o mezcladas. Se llegó a la conclusión de que yo no mentía ni había sido sometido a lo que se conoce por el nombre de “lavado de cerebro”. Mis recuerdos eran exactos y completos.

»No conocía, y continúo ignorándolo, el emplazamiento del planeta Gelakin. La información no me fue negada por los galácticos; sencillamente, no pude comprender los términos que utilizaban. Lo único que puedo decir ahora —y lo único que pude decir entonces— es que Gelakin se encuentra a unos 3,5 kiloparsecs de distancia del Sol, en la dirección general de Sagitario.

—¿No sabe usted ahora algo más acerca de Gelakin que lo que sabía entonces? —inquirió Jackson súbitamente.

—Eso es lo que he dicho —replicó McLeod—. Y eso es lo que he querido decir. Permítame terminar.

»Mi trabajo fue remunerado espléndidamente con moneda galáctica. Los galácticos utilizan la palabra inglesa “crédito”, pero no estoy seguro de que la palabra inglesa tenga el mismo significado que el vocablo galáctico. De todos modos, mis salarios, si puede dárseles ese nombre, fueron confiscados por el Gobierno de la Tierra; me entregaron su equivalencia en dólares americanos... tras haber deducido el

ochenta por ciento de impuestos, desde luego. A fin de cuentas, me encontré con el mismo dinero que hubiera tenido quedándome en casa y cobrando mis salarios de la Universidad de Columbia y del Museo Americano de Historia Natural.

»Entonces decidí escribir un libro a fin de sacarle un poco de provecho a mi viaje. *Interstellar Ark* fue una obra que me produjo bastante dinero, ya que en la Tierra existe una gran curiosidad en lo que respecta a los galácticos. En el libro conté todo lo que sabía acerca de aquella gente. Y, puesto que el libro es del dominio público, me niego a contestar cualquier pregunta, ya que todo el mundo conoce las respuestas que puedo dar. No pretendo mostrarme testarudo; en realidad, estoy cansado y asqueado de todo este asunto.

De hecho, la popularidad que le habían reportado el viaje y el libro no complacía demasiado a McLeod. Nunca había tenido la apetencia de ser famoso, pero si la fama le hubiese llegado como consecuencia, de sus trabajos en el campo de la Zoología, hubiera aceptado la carga. Si su *Ecología de las Regiones Polares Marcianas* hubiese alcanzado una centésima parte del éxito que obtuvo *Interstellar Ark*, se hubiera sentido muy satisfecho. Ahora, todo aquel asunto estaba resultando fastidioso.

Jackson contempló su cuaderno de notas como si esperase ver en él respuestas, en vez de preguntas. Luego miró a McLeod.

—Bueno, profesor, vamos a hablar de la conversación de esta tarde. El tema de esa conversación no es del dominio público.

—Y, técnicamente, no es materia que le incumba a usted tampoco —dijo McLeod en tono cansado—. Pero, teniendo en cuenta que posee usted una cinta magnetofónica en la que está grabada totalmente la conversación, no veo la necesidad de que se moleste en interrogarme.

Jackson se mordió los labios y miró de soslayo a otro de los agentes, el cual enarcó ligeramente las cejas.

McLeod sonrió, complacido del desconcierto que revelaban aquellos gestos. Su piso estaba controlado, desde luego, pero el galáctico había conseguido neutralizar los instrumentos. Sin embargo, McLeod decidió que era preferible facilitar voluntariamente la información, antes de que le amenazaran con el Acta de Seguridad Planetaria. Sabía que aquella amenaza le pondría furioso y podría decir algo que le pusiera en un verdadero apuro.

No estaba mal fastidiar a Jackson hasta cierto punto, pero sería estúpido pasarse de la raya...

—Sin embargo —continuó McLeod—, dado que el asunto no es del dominio público, como usted dice, estoy dispuesto a contestar las preguntas que quiera hacerme.

—Háblenos del tema general de la conversación —dijo Jackson—. Si tengo que formularle alguna pregunta, lo haré..., ejem..., en el momento oportuno.

McLeod procuró explicar en pocas palabras lo que el galáctico deseaba. En

realidad, había muy poco que contar. El galáctico pertenecía a una raza desconocida de McLeod: era un humanoide de piel roja —roja como el fuego, no amerindio— y rostro de facciones más bien agradables, comparadas con los rasgos acocodrilados de los habitantes de Gelakin. Se había presentado a sí mismo con un nombre impronunciable, y luego había explicado que, puesto que aquel nombre significaba «amable» o «misericordioso» en uno de los idiomas más antiguos de su planeta, se encontraría más en situación si McLeod le llamaba «Clement». Al cabo de unos instantes habían sido «Clem» y «Mac» el uno para el otro.

McLeod se dio cuenta de que Jackson no acababa de creer aquello. Los galácticos, cualquiera que fuese su raza, eran huraños, corteses, reservados y, a veces, fastidiosamente condescendientes. En fin, McLeod no podía evitar que Jackson opinara a su modo; lo importante era que él estaba diciendo la verdad.

Clem deseaba algo muy sencillo. Clem era una especie de agente literario. Al parecer, el sistema galáctico de editar libros no funcionaba como el sistema terrestre; Clem cobraba su comisión del editor en vez de cobrarla del autor, pero estaba considerado como un representante del autor, y no del editor. McLeod no había comprendido del todo cómo funcionaba aquello, pero no trató de profundizar en la materia. Había un montón de cosas que no comprendía acerca de los galácticos.

Lo único que Clem deseaba era actuar como agente de McLeod para la publicación de *Interstellar Ark*.

—¿Y qué le dijo usted? —preguntó Jackson.

—Le dije que deseaba meditar su proposición.

Jackson se inclinó hacia adelante.

—¿Cuánto dinero le ofreció? —preguntó ávidamente.

—No mucho —respondió McLeod—. Por eso le dije que quería pensarlo. Clem me habló del elevado coste del transporte, de la traducción, etc., y me ofreció la milésima parte del uno por ciento en concepto de derechos de autor.

Jackson parpadeó.

—¿La qué?

—La milésima parte del uno por ciento. Si el editor vende cien mil ejemplares a un crédito el ejemplar, me enviarán un cheque de un crédito.

Jackson resopló.

—Eso es una estafa.

—Clem dijo que era el porcentaje normal para los autores noveles.

Jackson sacudió la cabeza.

—Por el hecho de que carecemos de naves interestelares y estamos encerrados en nuestro propio sistema solar, nos tratan como si fuéramos unos ignorantes salvajes. Le están estafando a usted, no lo dude.

—Es posible —dijo McLeod—. Pero, si realmente quisieran estafarme, podrían hacer ediciones piratas de mi libro. Y yo no podría reclamar nada.

—Sí. Pero a fin de que no pueda decirse que faltan a la ética, nos echan un

mendrugo. Y lo malo es que tenemos que aceptarlo. Usted aceptará, naturalmente.

Era más una orden que una pregunta.

—Le dije a Clem que quería pensarlo.

Jackson se puso en pie.

—Profesor McLeod, la raza humana necesita todos los créditos galácticos que puedan caer en sus manos. Tiene usted el deber de aceptar la oferta, por miserable que sea. No podemos escoger. Y un crédito galáctico vale diez dólares americanos, cuatro libras inglesas o cuarenta rublos soviéticos. Si vende usted cien mil ejemplares de su libro, podrá almorzar regiamente en un buen restaurante, y la Tierra dispondrá de otro crédito galáctico. Si la venta no alcanza esa cifra, no habrá perdido usted nada.

—Supongo que no —dijo McLeod lentamente. Sabía que el Gobierno podía obligarle a aceptar la oferta. Bajo el Acta de Seguridad Planetaria, el Gobierno tenía amplios poderes..., muy amplios.

—Bueno, mi misión ha terminado —dijo Jackson—. Sólo quería saber lo que acaba de contarme. Tendrá usted noticias nuestras, profesor McLeod.

—Estoy convencido de ello —dijo McLeod.

Los seis agentes desfilaron hacia la puerta.

Cuando se quedó solo, McLeod contempló fijamente la pared y meditó.

La Tierra necesitaba todos los créditos galácticos que pudiera conseguir; esto era cierto. La dificultad estaba en conseguirlos.

La Tierra no poseía absolutamente nada que los galácticos desearan. Bueno, tal vez sin el absolutamente, pero casi, casi. Desde luego, no existía ninguna base para el comercio. Para los galácticos, la Tierra era un diminuto e insignificante planeta. Nada de lo que se fabricaba en la Tierra tenía utilidad para los galácticos. Ninguno de los productos agrícolas terrestres era apreciado por ellos. Habían adquirido animales y plantas con miras científicas, pero los animales y plantas de la Tierra no tenían ningún valor desde el punto de vista comercial. El Gobierno había añadido unos cuantos créditos a sus magras reservas cuando los galácticos adquirieron los animales, pero la cifra era muy pequeña.

McLeod pensó en los nativos de Nueva Guinea y llegó a la conclusión de que, para los galácticos, la Tierra era una especie de Nueva Guinea. Con la excepción de que en Nueva Guinea se había encontrado oro. Los galácticos no tenían el menor interés en los minerales terrestres; les resultaba mucho más fácil conseguirlos en los cinturones de asteroides que casi todos los sistemas planetarios parecían tener.

Los galácticos no estaban interesados tampoco en civilizar a los bárbaros de la Tierra. No tenían bienhechores para «elevar el nivel cultural de los nativos». No eran dadivosos con nadie. Si los terrestres querían algo de ellos, debían pagarlo al contado.

Quince años antes, una nave galáctica había aterrizado en la Tierra. Al igual que los exploradores ingleses de los siglos XVIII y XIX, los galácticos parecieron creer en la necesidad de instalar a uno de sus representantes en un planeta recién

descubierto, pero no demostraron el menor deseo de colonizar ni de apoderarse del Gobierno de la Tierra. El Residente galáctico no era en ningún sentido un Gobernador Real, y ni siquiera podía dársele el nombre de embajador. El Residente y su plana mayor —muy reducida y destinada a hacerle compañía más que a desempeñar alguna tarea— vivían apaciblemente en una casa que se habían construido en Hawai. Nadie sabía lo que hacían allí, y no parecía prudente preguntárselo.

El primer Residente galáctico fue asesinado a tiros por un fanático. No habían transcurrido veinticuatro horas cuando la Flota Espacial Galáctica —si es que podía dársele ese nombre— se presentó a reclamar el cadáver. No hubo reproches, ni represalias. Llegaron, «más apenados que furiosos», en busca del difunto. Se presentaron en una nave espacial que se hizo visible mucho antes de penetrar en la atmósfera: una esfera de tres kilómetros de diámetro. Los proyectiles dirigidos con cabezas termonucleares que fueron disparados para interceptar la nave quedaron destruidos en pleno recorrido, y ni los galácticos ni los terrestres volvieron a mencionarlos. Había sido la más impresionante exhibición de fuerza desplegada nunca sobre la Tierra, y los galácticos no habían amenazado a nadie. Sólo vinieron a recoger un cadáver. No hace falta decir que existían muy pocas posibilidades de que se vieran obligados a repetir la exhibición.

Los gobiernos nacionales de la Tierra se habían organizado apresuradamente en una Unión Terrestre. Con ciertas dificultades al principio, la Unión había terminado por adquirir estabilidad y fuerza. Lo primero que quiso el Gobierno de la Unión fue enviar un embajador al Gobierno Galáctico. El Residente galáctico había explicado cortésmente que su concepto del gobierno era distinto del terrestre, que los embajadores no tenían cabida en aquel concepto, y que, de todos modos, no había ninguna capital a la cual enviar un embajador. Sin embargo, si la Tierra deseaba enviar una especie de observador...

La Tierra lo deseaba.

Muy bien. Llegaron las tarifas del viaje. Naturalmente, dado que no existía ninguna nave de pasajeros que efectuara un servicio regular, habría que fletar una nave especial. Sería un poco caro, desde luego...

Si un salvaje de Nueva Guinea desea fletar un avión para trasladarse a Europa, ¿cuál será el importe del pasaje pagado con conchas?

Que McLeod supiera, su libro era la primera cosa producida en la Tierra por la que los galácticos demostraban un remoto interés. McLeod tenía una opinión más elevada que la de Jackson acerca de la ética de los galácticos, pero la milésima parte del uno por ciento no dejaba de parecerle un porcentaje muy bajo. Además, no acertaba a comprender qué interés podía tener su libro para un galáctico. Clem le había explicado que el libro daría a los galácticos una oportunidad de comprobar el aspecto que tenían a los ojos de un terrestre, pero el argumento no convenció a McLeod.

A pesar de todo, sabía que aceptaría la oferta de Clem.

Ocho meses más tarde, llegó una nave cargada de turistas galácticos. De momento, pareció que el problema que se le planteaba a la Tierra para conseguir créditos iba a quedar resuelto. El turismo ha sido siempre un excelente sistema para obtener dinero de otros países..., de un modo especial si el propio país es suficientemente pintoresco. Los turistas siempre tienen dinero, ¿no es cierto? Y lo gastan generosamente, ¿no es cierto?

No.

En aquel caso, no.

La Tierra no tenía nada que venderles a los turistas.

¿Han oído hablar alguna vez de los *baluks*? Los melanesios del sur del Pacífico los consideran un manjar exquisito. Se coge un huevo de pava, fertilizado, y se entierra en la cálida arena. Seis meses después, cuando ha «madurado», se desentierra, se rompe el cascarón por uno de los extremos, como si fuera un huevo pasado por agua, y se sorbe.

Baluks.

Ahora ya saben ustedes el efecto que les causaban a los galácticos las exquisiteces de los restaurantes de la Tierra.

La Tierra era *demasiado* pintoresca. Los turistas gozaban del paisaje, pero comían a bordo de su nave. Y no compraban nada. Se limitaban a mirar.

Y a reír.

Y, desde luego, lo único que todos deseaban era conocer al profesor John Hamis McLeod.

Cuando la noticia se extendió y fue conocida por la población de la Tierra, se produjo una inmediata reacción.

Editorial en *Pravda*:

«El estúpido libro escrito por el americano J. H. McLeod ha convertido a la Tierra en un motivo de risa para toda la galaxia. Su incapacidad para captar los más finos matices del Socialismo Galáctico ha hecho aparecer como imbéciles a todos los terrestres. Fue una verdadera lástima que no se escogiera a un zoólogo soviético para el viaje que efectuó McLeod; un hombre adecuadamente adiestrado en la comprensión de las fuerzas históricas del materialismo dialéctico se hubiera dado cuenta de que cualquier sociedad galáctica tiene que ser necesariamente un Estado Comunista, y lo hubiera interpretado así. La mente burguesa de McLeod ha hecho imposible para cualquier terrestre el asomarse a la libre sociedad socialista de la galaxia. Hasta que este asunto quede debidamente rectificado...».

Noticia aparecida en el *Manchester Guardian*:

«El profesor James H. McLeod, el zoólogo americano cuyo libro ha provocado, al parecer, una incontenible hilaridad en los círculos galácticos, ha declarado hoy que la Universidad de Columbia y el Museo Americano de Historia Natural han aceptado su dimisión. Los motivos de la dimisión se basan en la reciente declaración de un portavoz de la Universidad, afirmando que el profesor McLeod había “manchado para siempre el honor de los terrestres”. (Véase Editorial).

Editorial del *Manchester Guardian*:

«... Es una verdad incontestable el hecho de que un hombre considerado como gracioso sólo tiene que decir “Pásame la mantequilla» para que todo el mundo estalle en una carcajada. Sin embargo, el profesor McLeod, lejos de ser un hombre gracioso, parece encontrarse en la situación de un bufón de las Cortes Medievales, destinado a que se rieran *de* él, y no *con* él. En consecuencia, todos los terrestres han sido catalogados como bufones...”.

Declaración de un senador americano por Alabama:

«Nos ha hecho aparecer a todos como asnos a los ojos de los galácticos, y en esta precaria época de la historia de la humanidad opino que tales actos constituyen una traición a la raza humana y a la Tierra, y deben ser considerados y juzgados en consecuencia».

Crítica de libros, *Literary Checklist*, de Helvar III, por Bomis Cluster:

«*Interstellar Ark, la Galaxia vista por un terrestre*, traducido del idioma original por Vonis Delf. Pr.: 5 créditos. Este pequeño volumen, nada caro, por cierto, es uno de los libros más divertidos que hemos leído. El autor, un tal John McLeod, es un miembro de una raza tipo 3-7B que habita en un planeta de los Bordes Exteriores... Como un ejemplo del humor inconsciente del libro, hemos escogido dos perlas al azar.

»Ésta:

»Poco antes de despegar me acompañaron a mi alojamiento. El capitán Benarly me había asignado un espacioso camarote, amueblado casi con lujo. La cama era una de las más cómodas en que nunca había dormido».

»O ésta:

»Descubrí que los miembros de la tripulación se mostraban animosos y cooperantes, de un modo especial Nem Cronzel, el médico de la nave».

»Auguramos un éxito fabuloso a esta pequeña joya, y no dudamos de que será una verdadera gallina de los huevos de oro para sus editores».

Todavía no me han colgado, pensó McLeod. Estaba sentado en su apartamento, solo, meditando en el desconcertante curso de los acontecimientos.

¿Cómo era posible que un libro hubiese levantado tanta polvareda? McLeod conocía la respuesta a esa pregunta. No se trataba del libro. Nadie, entre los que lo leyeron dos años antes, había dicho nada contra él.

No, no se trataba del libro. Se trataba de la reacción galáctica al libro. Sintiéndose ya inferior a causa de la actitud altanera de los seres de las estrellas, la risa homérica de aquellos mismos seres había colmado la medida. Y el hecho de que la risa hubiese sido provocada por un terrestre empeoraba las cosas. Contra un terrestre, su rabia estaba lejos de ser impotente.

Nadie comprendía *por qué* era divertido el libro. Lo jocoso se hallaba en los cerebros de aquellos seres, y esto ponía más furiosos aún a los seres humanos.

Recordó un párrafo de un libro que había leído en cierta ocasión. Un miembro de una tribu africana había sido, internado en un hospital blanco y describía su experiencia.

«El brujo doctor blanco se protege poniéndose un espejito redondo en la cabeza para rechazar a los malos espíritus». ¿Podía comprender aquel salvaje lo que había de humorístico en su observación? No. Aunque le hubieran explicado por qué el médico se ponía aquel espejo de aquel modo?

Y ahora, ¿qué?, pensó McLeod. Se había quedado sin empleo y su cuenta del banco disminuía en forma alarmante.

McLeod oyó girar una llave en la cerradura. La puerta se abrió de par en par y entró Jackson con su grupo de agentes del U.B.I.

—¡Eh! —protestó McLeod, poniéndose en pie de un salto—. ¿Qué procedimientos son éstos?

—Cierre el pico, McLeod —gruñó Jackson—. Póngase el abrigo. En el Cuartel General quieren verle.

McLeod estaba a punto de decir algo, pero terminó por callarse. Todo lo que dijera sería inútil. Nadie protestaría si sus derechos eran ignorados. Si salía de la aventura con los dientes rotos, lo más probable sería que concedieran una medalla a Jackson.

De modo que no dijo nada. Se limitó a cumplir las órdenes. Se puso el abrigo y acompañó a Jackson al enorme edificio del East River, construido originalmente como sede de las Naciones Unidas.

Le llevaron a una oficina y le hicieron sentar en una silla.

Alguien le mostró un papel.

—¡Firme esto!

—¿Qué es? —preguntó McLeod, tras un esfuerzo por encontrar su voz.

—Un recibo. Por dos mil dólares. Firme.

McLeod miró el papel, y luego levantó los ojos hacia el hombre que se lo había entregado.

—*¡Cincuenta mil créditos galácticos!* ¿Qué significa esto?

—Son los derechos de autor del asqueroso libro que escribió usted. El Gobierno se queda con el noventa por ciento en calidad de impuestos. ¡Firme!

McLeod empujó el recibo a través del escritorio.

—No. No quiero firmar. Puede usted confiscar mi dinero. Supongo que no puedo impedirlo. Pero no sancionaré legalmente este atropello con mi firma. Ni siquiera he visto los dos mil dólares correspondientes a este recibo.

Jackson, que estaba detrás de McLeod, agarró su brazo y se lo retorció.

—¡Firme! —aulló.

Por consiguiente, McLeod acabó por firmar.

—¿Otra cerveza, Mac? —preguntó el camarero con una amistosa sonrisa.

—Sí, Leo; gracias.

McLeod empujó su vaso a través del mostrador con una mano y se rascó indolentemente la barba con los dedos de la otra. En esta vecindad nadie le hacía preguntas. La barba, que había tardado dos meses en crecer, desfiguraba su rostro, y su nombre era ahora el de McCaffery.

Estaba esperando. Le habían obligado a marcharse de su piso; nadie quería tener como vecino al despreciable McLeod. Además, se estaba quedando sin dinero. No había visto los dos mil dólares. «Los cobrará cuando el Banco Galáctico haga efectivo el cheque por sus derechos de autor», le habían dicho. De modo que estaba esperando.

No había ni que pensar en ocultarse. Imposible. El U.B.I. no tardaría en encontrarle. Para eludir a una eficiente organización policíaca, un hombre necesita amigos. Y John Hamis McLeod no tenía ningún amigo. «Jack McCaffery» los tenía, puesto que era un individuo agradable al que le resultaba fácil encontrar amigos cuando los necesitaba. Pero McLeod no se hacía ilusiones acerca de sus nuevos amigos. Si llegaban a sospechar que el viejo Jack McCaffery era en realidad el profesor McLeod, su actitud cambiaría radicalmente.

El U.B.I. podía encontrarle cuando quisiera. Y McLeod esperaba que sería pronto, porque sus últimos cien dólares se estaban evaporando.

Y, mientras esperaba, McLeod pensaba en aquellos cincuenta mil créditos galácticos.

La operación era sencilla. Para obtener cincuenta mil créditos por derechos de autor de un libro que se vendía a cinco créditos el ejemplar, al porcentaje de una milésima parte del uno por ciento, había que vender mil millones de ejemplares.

McLeod escribió las ecuaciones sobre el mostrador con la punta de un dedo húmedo, y luego las borró rápidamente.

Mil millones de ejemplares durante el primer año. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta?

¿Cuántos planetas había en la galaxia?

¿Cuántos habitantes en cada planeta?

Las comunicaciones, incluso a velocidades superiores a la luz, eran lentas. La galaxia era demasiado grande para ser medida por la mente humana... o incluso por la mente de un galáctico, sospechó McLeod.

¿Cómo se editaba un libro para el consumo de toda la galaxia? ¿Cuánto se tardaba en saturar el mercado de cada planeta? ¿Cuánto se tardaba en extender el libro de un planeta a otro? ¿Cuánta gente había en cada planeta dispuesta a comprar un buen libro? O, por lo menos, un libro divertido.

McLeod lo ignoraba, pero suponía que la cifra era enorme. McLeod era zoólogo, no astrónomo, pero había leído lo suficiente acerca de la astronomía para saber que sólo el número de planetas tipo Tierra —de acuerdo con los últimos cálculos— ascendía a decenas de millones, o centenares de millones. El...

Un hombre se sentó en el taburete contiguo al que ocupaba McLeod y dijo algo que interrumpió la cadena de pensamientos del zoólogo.

—Dame un trago, Leo —añadió el hombre en tono enfurecido.

—Desde luego, Peter —dijo el camarero—. ¿Qué es lo que pasa?

—*Turistas* —rezongó Peter—. Se pasan el tiempo mirándonos como si fuéramos monos del zoo. Hoy han llegado un montón de ellos. —Se tragó el whisky de un sorbo y dejó ruidosamente el vaso sobre el mostrador. Leo volvió a llenarlo inmediatamente—. Me parece que he pillado la gripe. No me extrañaría que la hubiesen traído esos tipos.

McLeod sonrió.

Y esperó.

Acabaron por ir a buscarle, tal como McLeod había supuesto.

Pero se presentaron antes de lo que McLeod había calculado. McLeod calculó que tardarían seis meses en presentarse, como mínimo. Y lo hicieron al final del tercer mes.

Era Jackson. Tenía que ser Jackson. Entró en la pequeña habitación alquilada por McLeod, seguido del inevitable grupo de agentes.

Sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó a McLeod.

—Una carta para usted, humorista. Ábrala.

McLeod se sentó en el borde de la cama y leyó la carta. El sobre ya había sido abierto, cosa que no le sorprendió.

La carta decía:

Querido Mac:

Tengo la satisfacción de informarle de que su libro *Interstellar Ark* ha tenido una favorable acogida y va en camino de convertirse en un auténtico *best seller*. Como ya sabrá usted a través de la liquidación de sus derechos de autor correspondientes al primer año, se han vendido mil millones de ejemplares. La venta aumentará en años sucesivos, a medida que se extienda la fama del libro. Naturalmente, nuestros servicios de propaganda trabajan activamente en su difusión.

Felicidades.

Hablando de derechos de autor, parece ser que existe alguna irregularidad en lo que respecta a los de usted. Lo lamento mucho, pero de acuerdo con las normas, el cheque debe ser ratificado en presencia del Residente galáctico antes de que pueda cobrarse. Su firma en el dorso no significa nada para nuestros banqueros.

Acuda al Residente galáctico, el cual se ocupará gustosamente de todos los trámites. El próximo cheque le llegará a usted muy en breve.

Le saluda cordialmente,

Clem.

Eso está mejor, pensó McLeod. No creía poder hacer nada hasta que llegara el próximo cheque. Pero, ahora...

Miró a Jackson.

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

—Venga con nosotros. Vamos a volar a Hawai, Póngase el abrigo y el sombrero.

McLeod obedeció en silencio. De momento, no podía hacer nada más. En realidad, no deseaba hacer nada más.

El Residente galáctico concedió inmediatamente audiencia a McLeod. Pero al ver que iba escoltado por Jackson y sus agentes, el grupo fue detenido ante la puerta principal.

El Residente, un ser muy alto, con un rostro de color grisáceo y una cabeza acocodrilada, a pesar de su forma humanoide, inquirió:

—¿Conducen ustedes a un detenido?

—Ejem..., no —dijo Jackson—. No. Se encuentra bajo custodia, simplemente.

—¿Ha sido encontrado culpable de algún delito?

—No —dijo Jackson, con voz insegura.

—Muy bien —dijo el Residente—. Un delincuente no puede utilizar los créditos de la sociedad hasta que se ha rehabilitado. —Hizo una breve pausa—. Entonces, ¿a qué obedece la custodia?

—Verá usted —dijo Jackson, escogiendo cuidadosamente las palabras—, hay mucha gente que opina que el profesor McLeod ha procedido de un modo desleal con la raza humana..., ejem..., la raza terrestre. Existen motivos para creer que su vida puede estar en peligro.

McLeod sonrió con ironía. Lo que Jackson decía era cierto, pero al mismo tiempo no dejaba de ser un equívoco.

—Comprendo —dijo el Residente—. No obstante, creo que lo más sencillo sería informar a la gente de que el profesor no ha procedido de ese modo; de que, en realidad, su obra ha aportado inmensos beneficios a su raza. Pero eso es asunto de ustedes. Y aquí, el profesor no está en peligro.

Jackson comprendió el sentido de aquellas palabras y supo que no le permitirían pasar más adelante.

—Con su permiso, señor Residente —intervino en aquel momento McLeod—, me gustaría que Mr. Jackson asistiera a nuestra entrevista.

El Residente galáctico sonrió.

—Desde luego, profesor. Pueden entrar los dos.

Nadie se molestó en registrarles, a pesar de que debían saber que Jackson llevaba un revólver. McLeod estaba convencido de que el revólver no serviría para nada si Jackson trataba de afirmar su autoridad con él. Si Clem pudo neutralizar los aparatos de escucha del U.B.I., era más que probable que el Residente galáctico estuviera en condiciones de anular las armas terrestres.

—Sólo hay que atender a unas cuantas formalidades —dijo el Residente en tono agradable, señalando unas sillas con un gesto.

McLeod y Jackson se sentaron, en tanto que el Residente se instalaba en el sillón de su escritorio. Sonrió levemente y miró a McLeod.

—Ejem... ¡Ah, sí! Muy bien.

Pareció que acabara de recibir alguna información sobre un tema desconocido a través de un ignorado conducto, pensó McLeod. Evidentemente era así, ya que a continuación dijo:

—Veo que no se encuentra usted bajo la influencia de ninguna droga ni está hipnotizado. Excelente, profesor. ¿Desea usted que el cheque se haga efectivo? —Hizo un breve ademán—. Sólo tiene que expresarlo. Sería difícil explicárselo, pero puedo asegurarle que la expresión de su voluntad, mientras esté sentado en esa silla, quedará impresa en el cheque y será el equivalente de una firma. Con la diferencia de que nadie podrá falsificarla.

—¿Puedo formular antes unas preguntas? —dijo McLeod.

—Desde luego, profesor. Estoy aquí para contestar a sus preguntas.

—Ese dinero... ¿está sometido a algún impuesto galáctico?

Si el Residente galáctico hubiese tenido cejas, es probable que las hubiera enarcado a causa de la sorpresa.

—¡Mi querido profesor! Aparte del hecho de que nosotros manejamos nuestros asuntos de..., ejem..., gobierno de un modo completamente distinto, consideraríamos inmoral desposeer a un hombre de parte del fruto de su trabajo. Le cobraré a usted cinco créditos por esta convalidación, puesto que le estoy prestando un servicio. Y el

banco percibirá la décima parte del uno por ciento de la suma total, debido a las dificultades que entraña enviar dinero desde tan lejos. El resto es suyo, profesor.

Cincuenta y cinco créditos a descontar de cincuenta mil —pensó McLeod—. *No está mal.*

Y, en voz alta, preguntó:

—¿Podría, por ejemplo, abrir una cuenta en un banco o comprar un billete para un vuelo interestelar?

—¿Por qué no? Ya le he dicho que el dinero es suyo. Se lo ha ganado usted honradamente; puede gastárselo honradamente.

Jackson estaba mirando a McLeod, pero no dijo nada.

—Dígame, señor Residente —dijo McLeod—, ¿cómo calificaría el éxito de mi libro, comparándolo con el éxito de la mayor parte de los libros en la galaxia?

—De muy favorable —dijo el Residente—. El promedio de ingresos que proporciona un libro que se venda bien es de unos cinco mil créditos al año. Algunos producen incluso menos. No estoy demasiado familiarizado con el negocio editorial, desde luego, pero ésa es mi impresión. De acuerdo con los niveles galácticos, es usted un hombre muy rico, profesor. Cincuenta mil créditos al año son unos ingresos sustanciosos.

—¿Cincuenta mil *al año*?

—Sí, más o menos. Creo que en el negocio editorial pueden fijarse unos ingresos anuales que no varían mucho de los del primer año. Si un libro tiene éxito en una zona de la galaxia, tendrá el mismo éxito en las otras.

—¿Cuánto se tarda en saturar el mercado? —preguntó McLeod, impresionado.

—¿Saturar el...? ¡Oh! Comprendo. Sí. Vamos a ver. La mayoría de editoriales no pueden propagar y vender el libro en más de un millar de planetas a la vez: sería una tarea de gigantes. Eso significa que puede usted vender un millón de ejemplares por planeta. Ahora bien, si sus editores continúan extendiendo su libro a razón de un millar de planetas por año, su libro estará en circulación durante un siglo. En realidad, sus editores continuarán imprimiendo mil millones de ejemplares al año, equilibrando con las ventas en nuevos planetas el descenso que pueda introducirse en los planetas más... saturados. Mientras viva, profesor, tiene usted una fuente segura de ingresos.

—¿Qué hay acerca de mis herederos?

—¿Herederos? —El Residente galáctico parpadeó—. Temo que no le comprendo.

—Mis parientes. Alguien que heredera mis bienes después de mi muerte.

El Residente parecía desconcertado.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Durante cuánto tiempo seguirán cobrando los derechos de autor?

El desconcierto del Residente galáctico se desvaneció.

—¡Oh, mi querido profesor! No irá usted a creer que alguien puede..., ejem..., heredar dinero que no ha ganado. Los derechos de autor dejan de pagarse a la muerte de usted. Ni sus hijos ni su esposa han hecho nada para ganar ese dinero. ¿Por qué

tendrían que continuar cobrándolo después de la muerte del que lo ganó? Si desea usted asegurarles alguna suma mientras viva, es cuenta suya; pero debe asegurársela con dinero que ya haya ganado.

—Entonces, ¿quién percibe ese dinero? —preguntó McLeod.

El aspecto del Residente galáctico se hizo pensativo.

—Bueno, el mejor modo de explicárselo sin entrar en detalles engorrosos será decir que pasa a manos de nuestro..., ejem..., gobierno. La palabra adecuada no es exactamente «Gobierno», ya que carecemos de él en el sentido que le dan ustedes. Digamos simplemente que el dinero pasa a un fondo común, y que con él se paga a los..., ejem..., funcionarios públicos como yo mismo.

McLeod tuvo una visión de un funcionario de la Corona Británica tratando de explicar a un indígena de Nueva Guinea a lo que se refería al decir que los impuestos van a la Corona. El indígena se preguntaría, probablemente, por qué motivo el Jefe de la Tribu inglesa tenía que llenarse el sombrero de monedas.

—Comprendo. ¿Y si me encarcelan por algún delito? —preguntó.

—Los pagos son suspendidos hasta que la..., ejem..., rehabilitación es completa. Es decir, hasta que la ley le declare libre.

—¿No hay otro motivo que pueda suspender los pagos?

—No, a menos que la casa editora quiebre, lo cual es muy improbable. Desde luego, un hombre que se encuentra bajo los efectos de una droga o de una influencia hipnótica no está considerado como legalmente responsable, y no puede efectuar ninguna transacción comercial mientras se halla en tal estado: los cheques son retenidos hasta que desaparece el impedimento.

—Comprendo —asintió McLeod.

Sabía perfectamente que no comprendía el funcionamiento de la civilización galáctica más de lo que un indígena comprende la civilización de la Gran Bretaña, pero también sabía que comprendía más de ella que Jackson, por ejemplo. McLeod había sido capaz de barruntar algo de lo que el Residente había dicho.

—¿Podría hacerme el favor de abrir una cuenta a mi nombre en algún banco local? —preguntó McLeod.

—Sí, desde luego. En mi calidad de Residente, estoy autorizado a efectuar cualquier gestión de negocios que usted me encomiende. Mis honorarios son muy razonables. Creo que en este caso podríamos fijarlos en la vigésima parte del uno por ciento. Si ésta es su voluntad, me encargaré gustosamente de la gestión.

—¡En! —Jackson recobró el uso de la palabra—. ¡El Gobierno de la Unión Terrestre tiene algo que decir en ese asunto! ¡McLeod debe cuarenta y nueve mil créditos galácticos de impuestos!

Si el Residente galáctico quedó sorprendido por la insinuación de que el «gobierno» galáctico pudiera quedarse con dinero ganado por un hombre, la noticia de que el gobierno de la Tierra lo hacía no le sorprendió lo más mínimo.

—Si es así, estoy convencido de que el profesor McLeod es amante de la ley.

Puede autorizar un cheque por esa suma, y el banco la pagará. No tenemos el menor deseo de entremeternos en las costumbres locales.

—Yo estoy seguro de que podré llegar a un acuerdo equitativo con las autoridades de la Tierra —dijo McLeod, poniéndose en pie—. Si hay algo que tenga que firmar...

—No, no. Ya ha expresado usted su voluntad. Gracias, profesor McLeod; ha sido un verdadero placer tratar con usted.

—Gracias. El placer ha sido mutuo. Vamos, Jackson. No debemos molestar más al Residente.

—Pero...

—¡Vamos, he dicho! Tengo que hablar unas palabras con usted —insistió McLeod.

Jackson comprendió que sería inútil tratar de seguir discutiendo con el Residente, y salió en compañía de McLeod. Tenía las mejillas encendidas de rabia. Subieron al automóvil acompañados por el grupo de agentes y se marcharon.

En cuanto se hubieron alejado de la Residencia, Jackson agarró a McLeod por las solapas de la americana.

—¡De acuerdo, humorista! ¿Qué es lo que se propone? ¿Empeorar las cosas para usted?

—Quíteme las manos de encima —replicó fríamente McLeod—. Si no se porta usted como es debido, conseguiré que le expulsen del cuerpo.

—¿Qué tonterías está diciendo? —inquirió Jackson. Pero soltó al profesor.

—Piense un poco, Jackson. El Gobierno no pondrá las manos sobre ese dinero a menos que yo lo permita. Como ya he dicho, podemos llegar a un acuerdo equitativo. A base de una cifra muy inferior al noventa y ocho por ciento de mis ganancias, créame.

—Si se niega usted a pagar... —empezó a decir Jackson.

—¿Qué van a hacer? ¿Meterme en la cárcel? —McLeod sacudió la cabeza—. Mientras yo esté en la cárcel no podrán tocar un centavo.

—Esperaremos —dijo Jackson—. Cuando lleve usted una temporadita en una celda, se avendrá a razones y firmará esos cheques.

—Su cerebro no funciona como es debido, Jackson. Para firmar un cheque, tengo que presentarme en casa del Residente. En cuanto me lleven a su presencia, autorizaré un cheque para pagar el importe del viaje a algún agradable planeta donde no existan los impuestos.

Jackson abrió la boca y volvió a cerrarla, con el ceño fruncido.

—Piénselo un poco, Jackson —continuó McLeod—. Nadie tocará ese dinero mío sin mi consentimiento. Ahora bien, se da el caso de que deseo ayudar a la Tierra; la raza humana me inspira cierta simpatía, a pesar de su inconcebible atraso con relación a los galácticos. Tenemos tantas posibilidades de convertirnos en personajes importantes dentro de la galaxia como los aborígenes australianos de convertirse en

personajes importantes de la política mundial, pero unos cuantos millares de años de evolución pueden producir algún individuo que sea capaz de hacer algo. No estoy seguro. De lo que sí estoy seguro es de que no permitiré que cuatro cabezotas se queden con mi dinero.

»Da la casualidad de que en estos momentos, y por una rara veleidad de la suerte, soy la única fuente de ingresos de la Tierra en lo que respecta a la galaxia. Desde luego, pueden encerrarme en la cárcel. Pueden matarme, si quieren. Pero eso no les dará el dinero. Soy la gallina de los huevos de oro. Pero no soy tan estúpido como para dejar que me levanten la cola para robármelos.

»La Tierra no tiene otra fuente de ingresos. Ninguna. Los turistas son escasos y apenas gastan nada. Mientras esté vivo y goce de buena salud, la Tierra tendrá un sustancioso ingreso de cincuenta mil créditos galácticos al año.

»La Tierra, he dicho. No el Gobierno, excepto indirectamente. Procuraré que mi dinero no sea confiscado».

McLeod tenía también otros planes, pero no consideró oportuno mencionárselos a Jackson.

—Si la conducta del Gobierno no me satisface, me limitaré a cortar la fuente de suministro. ¿Comprende, Jackson?

—Um-m-m —dijo Jackson.

Lo comprendía, no le gustaba, y no sabía cómo salir del atolladero.

—Una de las primeras cosas que vamos a hacer será iniciar una pequeña campaña de información —dijo McLeod—. No me gusta la idea de vivir en un planeta donde todo el mundo me odia, de modo que, tal como sugirió el Residente, procuraremos desvirtuar las acusaciones que han sido difundidas acerca de mí. Para ello, quiero hablar con alguien con un poco más de categoría dentro del Gobierno. Será mejor que me conduzca a la presencia del jefe del U.B.I. Él sabrá a quién tengo que dirigirme.

Jackson no había salido aún de su asombro, aunque parecía darse cuenta de que McLeod tenía todas las bazas en la mano.

—¿Cómo..., ejem..., qué decía usted, señor? —inquirió, emergiendo a medias de su estado de aturdimiento.

McLeod suspiró.

—Condúzcame a la presencia de su jefe —dijo, en tono paciente.

Plumrose

Ron Goulart

El hombre de las patillas rojizas me dirigió una afable sonrisa. Luego se acercó a mí y me ofreció un sombrero y una especie de abrigo. Debajo del brazo llevaba una caja cuadrada que parecía un teléfono de campaña. Por la calle pasaba un tranvía, y cuando el hombre me habló no pude oír lo que decía. Detrás del hombre había un carro cargado de cerveza y tirado por un caballo.

Algo me advirtió que si aceptaba las ropas quedaría comprometido. Vacilé, mirando atrás por encima de mi hombro. El edificio de mi oficina se encontraba todavía allí. Pero su aspecto era más nuevo y reluciente, y delante de él había un hombre con una barba negra y un traje pasado de moda.

—Temo que le costará un poco acostumbrarse —dijo el hombre de las patillas rojizas—. Espero que lo comprenda y nos conceda unas cuantas horas de su tiempo.

Llevaba casi un año trabajando para la empresa publicitaria Caulkins-Nowlan. Cada mañana, a las diez y cuarto, salía de mi oficina y daba la vuelta a la manzana hasta un lugar llamado *Crescent Coffee Shop*. Sabía que ahora el establecimiento no estaría allí. Y sabía que, por algún motivo desconocido, no estábamos ya en el mes de septiembre de 1961, en San Francisco.

No me di un manotazo en la frente, ni me puse a gritar. Noté una leve sensación de malestar en la boca del estómago, y eso fue todo. Hay personas que andan un par de manzanas después de haber recibido un tiro mortal de necesidad. Uno no sabe nunca cómo va a reaccionar.

—¿Estaba usted esperándome? —le pregunté al hombre.

—No a usted, específicamente —dijo. Volvió a sonreír—. Esperaba a alguien de su profesión. —Me ofreció de nuevo el sombrero y el abrigo, con cierto apremio—. Póngase esto y no perdamos más tiempo. Corremos el peligro que aquel individuo le vea materializarse.

Me puse el abrigo. Me quedaba un poco estrecho, o quizás aquélla era la moda. Me puse el sombrero, el primero que llevaba desde que había llegado a San Francisco.

—¿Materializarme? —inquirí, mientras el hombre me tomaba del brazo.

—Tengo un carruaje esperando cerca de aquí —me dijo—. Deseo que me haga el favor de acompañarme a mi casa y hablar con mi hija. Por el camino puedo explicarle la situación.

—De acuerdo —dije.

Mi único deseo, en aquel momento, era que me explicaran la situación.

Subimos al carruaje, el cual se encontraba en una avenida que no recordaba haber visto nunca allí. El hombre de las patillas rojizas colocó con cuidado la caja cuadrada en el asiento, entre nosotros, y luego dio orden al cochero de emprender la marcha.

—Mi nombre es Gibson G. Southwell —dijo.

—Y el mío Bert Willsey —respondí. Estaba examinando las calles, la gente—. ¿En qué año estamos? ¿Alrededor de 1890?

Southwell sonrió.

—Es usted muy perspicaz. Tiene que serlo, dada su profesión. Estamos a 20 de septiembre de 1897.

—¿Y cómo me ha traído usted aquí?

Southwell colocó una mano sobre la caja cuadrada.

—Es un invento de Plumrose. Debo disculparme, señor Willsey, por estar lo bastante desesperado como para utilizarlo. No parecía quedar otro recurso. Espero que a la puesta del sol estará usted de regreso a su verdadera época.

—Aun así, me habré tomado un descanso endiabladamente largo para tomar café —murmuré. El carruaje parecía dirigirse hacia la Nob Hill—. ¿Por qué está tan desesperado?

—Mi hija, Emily, se ha enamorado de un sinvergüenza —dijo Southwell, hundiéndose ligeramente en el asiento de cuero negro.

—¡Oh!

Había muchos árboles por todas partes, con las hojas doradas por el otoño.

—La cosa empezó cuando Emily decidió arreglarse la dentadura. Nuestro dentista había fallecido y escogimos a uno que nos recomendó una amiga íntima, la hija de un respetable directivo de la empresa de ferrocarriles. Yo, por mi parte, me dedico a la importación de té en gran escala. Pero, continúo. Mi hija se enamoró del dentista en cuestión. Verá, mi esposa desapareció mientras realizaba un crucero de placer por el Sacramento, hace tres años. Desde entonces, he tenido que cuidar de Emily como si, además de su padre, fuera su madre.

—Hace un rato mencionó usted un nombre —dije, quitándome el sombrero y colocándolo sobre mis rodillas—. ¿De quién se trata?

—¿Se refiere usted a Plumrose? —inquirió Southwell, parpadeando y enarcando las cejas—. ¿Acaso no ha oído usted hablar de Edwin Plumrose?

—Creo que no.

—¿Que no ha oído hablar de Plumrose, el famoso detective fantasma, el investigador de lo desconocido? Plumrose penetra los secretos de la Naturaleza más celosamente guardados. Él inventó este rayo del tiempo.

—¿Fue idea suya traerme aquí?

Southwell se encogió de hombros.

—Todos los demás recursos fracasaron. Sin embargo, me consta que ese dentista es culpable. Pero es un hombre listo, muy listo. Mi buen amigo Plumrose consintió en asesorarme, a pesar del hecho que no se trata de un caso de ocultismo.

—Para mí, como si lo fuera —dije, mientras el carruaje penetraba en un enarenado sendero—. Todavía no sé por qué estoy aquí.

—¡Oh, sí! —dijo Southwell.

El carruaje se detuvo delante de una enorme mansión de estilo Victoriano. Nos bajamos. Southwell tomó cuidadosamente la caja cuadrada y echamos a andar hacia la casa. Al llegar al primer peldaño de la escalinata, Southwell me agarró del brazo y nos detuvimos.

—Plumrose ha llegado a la conclusión que en la época de usted el caso habrá sido resuelto —me explicó—. Opina, también, que el presente puede ser modificado por un experto, y hay que reconocer que Plumrose lo es. De modo que le hemos traído a usted aquí para que hable con Emily y le explique cómo terminó el caso. Cuando le haya contado lo que sabe de ese hombre, bendecirá los esfuerzos que hemos realizado para apartarla de él.

—Un momento, señor Southwell —dije—. ¿A qué caso se refiere usted?

—Claro. ¡Conoce usted tantos! Perdóneme. Mi ansiedad paternal me ha conducido a hablar con cierta incoherencia. Me refiero al famoso caso del asesino de la Nob Hill. Temo que el hombre del cual se ha enamorado Emily sea el asesino. Tengo varios motivos para creerlo. Emily se niega a dejar de verle, y, como no soy un padre anticuado, no quiero utilizar la fuerza para impedirselo. El hombre se llama Leo X. Guthrie.

Southwell espizó ansiosamente mi rostro.

Finalmente, asentí.

—Leo X. Guthrie —repetí.

—Entonces, estoy en lo cierto. *Es* el asesino de la Nob Hill.

—Señor Southwell —dije, siguiéndole escaleras arriba—, nunca he oído hablar de Leo X. Guthrie.

La aldaba de bronce se desprendió de su mano.

—Es imposible que no sea el asesino.

—Puede serlo, y puede no serlo. Yo no puedo decirlo.

—Pero, en 1906 el caso tiene que haber sido resuelto...

Un mayordomo con una librea de guardarropía, de las que sólo se ven en el teatro, nos abrió la puerta y se hizo cargo de nuestros abrigos y sombreros. A continuación, Southwell me introdujo en un amplio salón. En el hogar ardía un alegre fuego y, después de depositar el rayo del tiempo sobre una mesa con el tablero de mármol, Southwell acercó sus manos a las llamas.

—¿Qué tiene que ver 1906 con el asunto? —pregunté, inclinándome a examinar la caja cuadrada que me había hecho retroceder hasta 1897.

Durante unos segundos no ocurrió nada. Luego, Southwell se precipitó a mi lado.

—¡Willsey! ¿No procede usted de 1906?

—No —respondí—. 1906 fue el año del gran terremoto en San Francisco. Mucho antes que yo naciera. Esta mañana, cuando salí a tomar café, era el 20 de septiembre

de 1961.

Los dos nos inclinamos ahora para examinar los discos del rayo del tiempo.

—¡Dios mío! —exclamó Southwell, señalando el aparato—. La aguja indicadora de los años está ladeada. ¿Cree usted que se movió durante el viaje hasta aquí?

—No puedo decírselo, desconozco por completo el funcionamiento de esta máquina.

—Plumrose me garantizó que esta vez funcionaría.

—¿Esta vez?

—Hace unas semanas tropezamos con algunas dificultades al hacer avanzar y retroceder en el tiempo a un ratón. Plumrose me aseguró que la dificultad había sido eliminada.

—¿Qué le ocurrió al ratón?

—Lo perdimos en alguna parte alrededor de 1901.

—Bueno, me alegro mucho de haber tomado parte en este experimento científico, señor Southwell. ¿Qué le parece si ahora me devuelve a mi época normal, 1961?

—¿Y si queda usted encallado en 1901, como le ocurrió al ratón? —Southwell sacudió la cabeza—. Tendré que consultarlo con Plumrose.

—Entonces, no perdamos tiempo.

—Emily nos está esperando. Le dije a Bascom que la avisara. Bajaré de un momento a otro. —Repentinamente, Southwell me tomó de un brazo—. Incluso un periodista de 1961 tiene que conocer el caso del asesino de la Nob Hill... Trate de recordar, por favor.

—Señor Southwell, lamento informarle que no soy periodista.

Southwell soltó mi brazo y retrocedió un par de pasos.

—Se lo advertí a Plumrose. Nos exponíamos a no atrapar a un periodista.

—No me extraña. ¿Cómo se les ocurrió pescar a una persona del futuro al azar?

—No fue al azar. ¿Por qué cree que estaba estacionado delante del edificio del *Chronicle* con el rayo del tiempo? Confiaba en dar con un cronista de sucesos, aunque cualquier reportero servía para el caso. Un reportero de 1906 podría darnos todos los detalles y poner término a esta situación antes que Emily sufra un daño irreparable.

Me senté en un cómodo sillón y apoyé la cabeza en el respaldo.

—Hace muchos años que el *Chronicle* se trasladó a otro edificio, señor Southwell. Ahora se encuentra en la Mission Street.

Southwell se acercó al hogar y se quedó en pie junto al fuego, en silencio.

—¿Te das por vencido, papá? Incluso Plumrose ha fracasado. Es la mano del destino, indudablemente. ¿No puedes olvidar tus absurdas sospechas y permitir que Leo y yo seamos felices?

Me volví hacia la puerta. En el umbral había una muchacha delgada, de cabellos negríssimos. Llevaba una falda que le llegaba a los tobillos y una blusa blanca. Guthrie podía ser un asesino, pero como dentista era excelente. Emily tenía una

maravillosa sonrisa. En realidad, era la muchacha más hermosa que había visto desde que llegué a San Francisco. Me puse en pie. Siempre ocurre igual. Uno pierde el tiempo en los bares de Maiden Lane y de North Beach, y asistiendo a cócteles y reuniones, y nunca tiene suerte. De repente, le hacen retroceder a uno hasta 1897, y se encuentra con una maravillosa muchacha.

Southwell se encogió de hombros y me miró angustiosamente.

—¿Puede usted decirnos algo, señor Willsey?

—Tengo una vaga idea de haber oído hablar de este asunto hace algunos años — dije, sacudiendo la cabeza—. Nada concreto. Verá, trabajo en relaciones públicas. Publicidad, anuncios, etc. No estoy al corriente de los crímenes famosos.

—Tal vez al señor Willsey le gustaría tomar una taza de té —dijo la muchacha—. En esta casa tenemos té a todas horas —añadió, sonriendo débilmente.

Dije que me encantaría.

—Lamento no poder ayudarles, señorita Southwell.

—Puede ayudarnos dejando que las cosas sigan su curso —dijo Emily—. He decidido casarme con Leo, y si papá no nos concede su bendición tendremos que tomar medidas drásticas.

Southwell profirió una exclamación ahogada.

—Discúlpeme, señor Willsey. Voy a retirarme unos instantes. No tardaré en regresar.

Emily tiró de un llamador mientras su padre se encaminaba hacia la puerta.

—El té no tardará en llegar —dijo la muchacha—. Bascom debe estar jugando a cartas con alguno de los detectives de Pinkerton y es posible que no haya oído la llamada.

En tono casual, dije:

—¿Qué le hace pensar a su padre que Guthrie es un asesino?

Las fosas nasales de Emily se ensancharon, como se ensanchaban en 1897.

—Papá está equivocado. Nadie que conozca realmente a Leo puede creer que está relacionado con esos horribles crímenes.

—¿Qué es lo que ha hecho ese asesino, exactamente?

—Se dedica a asesinar muchachas jóvenes, utilizando un desagradable surtido de instrumentos quirúrgicos. Papá tiene la impresión que la odontología es un aspecto de la cirugía, y por eso sospecha de Leo.

—Su padre me dijo que Guthrie les fue recomendado por una amiga de ustedes. ¿Qué opina ella del asunto?

Emily palideció.

—Nuestra amiga fue la segunda víctima del asesino de la Nob Hill.

—Una desagradable coincidencia, ¿no cree?

En aquel momento, Southwell volvió a entrar en el salón.

—Tendrás que perdonarnos, querida. He decidido que vayamos a ver a Plumrose inmediatamente.

—Salúdenle de mi parte —dijo la muchacha—. Al margen de su comportamiento en este asunto, siento un gran respeto por él y por su trabajo. Pero la detección es una cosa, y el amor otra.

Southwell y yo salimos para ir a visitar a Plumrose.

Plumrose vivía en una casa de tejado puntiagudo que se alzaba en una calle de pendiente bastante pronunciada. La casa estaba rodeada por una verja de hierro, y entre la verja y las paredes de la vivienda la hierba crecía a su antojo.

Nos abrió la puerta una mujer baja y regordeta con aspecto de gitana.

—Señora Hoggins —dijo Southwell—, necesitamos ver a Plumrose en seguida.

La mujer se hizo un lado, mirando de soslayo la caja cuadrada que Southwell llevaba bajo el brazo.

—El señor Plumrose está en su estudio, tratando de comunicarse con Aristóteles.

—¿Algún nuevo caso? —preguntó Southwell, penetrando en el sombrío vestíbulo.

—No. Tiene ganas de discutir, simplemente, y yo no estoy de humor para seguirle la corriente. —Me miró de arriba abajo—. ¿Éste es el tipo que ha pescado usted del futuro?

—Sí —dijo Southwell, colgando nuestros abrigos y sombreros en una percha—. Pero se ha producido un pequeño error.

—Lo sabía —dijo la señora Hoggins, dirigiéndose a mí—. Le advertí que ensayara el aparato con unos cuantos ratones más.

—¡Estupendo! —exclamó una voz profunda en algún rincón del vestíbulo—. Estaba a punto de establecer contacto con el secretario particular de Aristóteles, cuando empezaron a sonar voces en el vestíbulo y se cortó la comunicación. —Un hombre obeso, de rostro sonrosado y cabellos y patillas blancas avanzó hacia nosotros. Llevaba una bata *art nouveau*, y sus bolsillos estaban llenos de papeles y objetos heterogéneos. Al darse cuenta de mi presencia, dijo—: ¿Éste es el cronista argonauta?

Southwell le mostró la caja del rayo del tiempo.

—La aguja indicadora de los años se ha ladeado.

—Baje a la bodega, señora Hoggins, y suba el coñac especial para nuestros huéspedes —dijo Plumrose.

—La bodega huele a demonios —replicó la mujer, ocultando las manos detrás de su delantal.

—Me extraña muchísimo —dijo Plumrose—. Hace menos de un año que ordené que la limpiaran...

La mujer se marchó, refunfuñando.

Plumrose nos acompañó a su estudio. Era una habitación casi tan sombría como el vestíbulo, debido a que todas las persianas estaban desplegadas. Plumrose se instaló en la única butaca en buen uso que había en la estancia. Southwell y yo

tomamos asiento en dos sillas que amenazaban con derrumbarse bajo nuestro peso.

—Mi tío Wendell fue arrestado dos veces por intentar contra la vida de su criado —dijo Plumrose. Me contempló unos instantes en silencio. Luego añadió—: El joven no tiene mal aspecto, Southwell. ¿Qué es lo que ha pasado?

—No es del año apropiado —dijo Southwell, frotándose las manos nerviosamente—. Es de 1961.

Entregó a Plumrose el rayo del tiempo.

El obeso investigador examinó la caja.

—No me extraña —dijo—. La aguja indicadora de los años está torcida.

—Ya estaba así cuando usted me entregó la caja.

—¡Tonterías! —Plumrose sacudió la caja—. Vamos a ver qué nuevo estropicio ha causado usted, Southwell—. Abrió una diminuta ventanilla de metal y colocó la caja boca abajo. Se oyó un chillido al tiempo que un ratón blanco saltaba al suelo y desaparecía debajo de la alfombra—. ¿Cómo quiere que funcione, si deja que los ratones se metan dentro?

—En mi casa no hay ningún ratón —protestó Southwell—. Ése es uno de sus ratones experimentales.

—Su pata no está vendada —dijo Plumrose.

—Oigan —dije—. ¿Por qué no olvidan sus diferencias y me devuelven a 1961?

Plumrose sacó una varilla metálica del bolsillo de su bata y empezó a hurgar con ella en la caja del tiempo.

—Eso requerirá algún trabajo, señor...

—Bert Willsey —dije.

—Requerirá un cuidadoso trabajo, Willsey. Cometí el error de suponer que Southwell sabría utilizar un rayo del tiempo.

—¿Dónde podía aprender a utilizar un rayo del tiempo? Éste es el único que existe en el mundo.

—En cierta ocasión, mi primo Raymond guió un globo a través de cuatrocientas millas cuadradas de terreno desconocido, y hasta entonces no había despegado los pies del suelo —dijo Plumrose, dejando caer la caja sobre una otomana.

—¿Cuánto tardará en arreglarla? —pregunté.

—Unos cuantos días —respondió Plumrose.

—¡Lo que faltaba! Cuando regrese, seré un hombre desaparecido y sin empleo.

—No se preocupe. Yo le daré un empleo aquí —dijo Plumrose—. Precisamente necesito un secretario. Para un periodista como usted será una buena ocasión de ampliar sus conocimientos.

—No es periodista —intervino Southwell—. Ése fue otro de los fallos.

—¿Ni siquiera pudo usted localizar el edificio del *Chronicle*?

—El *Chronicle* se había trasladado a otro edificio de la Mission Street —se disculpó Southwell.

Plumrose frunció el ceño y pareció sumirse en profundas meditaciones, al término

de las cuales dijo:

—Bien, bien.

—Ni siquiera conoce a Leo X. Guthrie —explicó Southwell, poniéndose en pie—. Lamento el problema que se le ha planteado al señor Willsey, y me siento indirectamente responsable de él, pero esto no va a servirle de ayuda a mi pobre Emily.

—Resolveré el caso dentro de dos días —afirmó Plumrose. Y, dirigiéndose a mí—: ¿Qué es lo que hacía usted en el futuro?

—Publicidad.

—Entonces, servirá usted como secretario. Dentro de tres días le devolveré a su época.

La señora Hoggins llegó con una polvorienta botella de coñac y tres vasos sobre una bandeja de cobre.

—En la bodega hay tres duendes que se están bebiendo el jerez —dijo, mientras escanciaba el licor.

—No tienen mal gusto, los muy bribones —dijo Plumrose—. En cuanto haya resuelto los problemas de Southwell y de Willsey me ocuparé de ellos.

—Como quiera. Pero ya sabe cómo se multiplican los duendes.

La señora Hoggins ocultó las manos detrás de su delantal y se marchó.

Plumrose alzó su vaso.

—Vamos a brindar —dijo—. ¡Por el futuro!

Pasé la noche en casa de Plumrose. No podíamos hacer nada hasta que el rayo del tiempo estuviera arreglado, y Southwell se había marchado sin ofrecerme alojamiento en su casa. Me destinaron una habitación de techo muy bajo, en el segundo piso, que era utilizada como almacén. Traté de catalogar mentalmente el contenido de la habitación: amuletos egipcios, montones de fotografías de seres raros, polvorientos manuscritos, gongs de bronce, tres serpientes disecadas y un gran fajo de periódicos al lado del catre de tijera, al alcance de la mano. Me tumbé y empecé a hojear los periódicos. Eran de los primeros meses de 1897 y los manejé cuidadosamente, temiendo que se desintegraran entre mis dedos. Pero se encontraban en perfecto estado de conservación. La cosa me extrañó, hasta que recordé que yo mismo *me encontraba* en 1897.

Encontré varios artículos acerca del asesino de la Nob Hill. En aquella época, los periódicos no publicaban muchas fotografías: la mayor parte de sus ilustraciones eran dibujos. En un período de cinco meses y medio, el asesino de la Nob Hill había matado a seis muchachas. Cinco de ellas habían sido encontradas o habían vivido en la región de la Nob Hill: de ahí el apelativo asignado al asesino. Un dibujo a pluma de una de las víctimas me impresionó profundamente.

La muchacha se llamaba Hester Cheyney y habían encontrado su cadáver en un callejón que desembocaba en la Clay Street, hacía un par de meses. Yo había visto en

alguna parte el retrato de aquella muchacha. Pero no recordaba dónde.

En las últimas páginas de los periódicos, entre los anuncios de cinturones magnéticos y gabinetes de masaje, encontré un retrato, también a pluma, de Leo X. Guthrie. Estaba incluido en un anuncio de su consultorio de dentista (extracciones indoloras) de la California Street. Le reconocí. Había visto en algún lugar aquel retrato y el retrato de Hester Cheyney. Los había visto juntos.

Encendí un cigarrillo y cerré los ojos. Tiempo atrás, mejor dicho, tiempo adelante, en 1956, había comprado un libro que hablaba de los casos criminales más famosos de los Estados Unidos. Y en aquel libro figuraba el retrato de Guthrie, estaba seguro.

Inmediatamente pensé en Emily Southwell. ¿Iba a ser ella la próxima víctima? No podía recordar ningún retrato de ella, ni que la citaran como una de las víctimas. Pero dado que Guthrie andaba suelto, era evidente que iba a cometer unos cuantos crímenes más. No podía recordar el número total de sus víctimas. Si habían sido seis, no había nada que temer; pero no estaba seguro.

De lo que estaba seguro era del hecho que Guthrie era el asesino de la Nob Hill. Solté los periódicos y fui en busca de Plumrose.

Le encontré en su estudio, saboreando un vaso de coñac.

—¿Ha leído usted los periódicos? —me preguntó al verme.

—Sí. ¿Los dejó usted allí a propósito?

Plumrose asintió.

—Era lógico suponer que un caso tan famoso como éste sería conocido por mucha gente en el futuro. Los artículos y las ilustraciones de los periódicos han actuado sobre sus recuerdos tal como yo esperaba. ¿Es Leo X. Guthrie el hombre?

Le dije que Guthrie era el hombre, y le dije por qué lo sabía.

—Tengo que contárselo a Emily —terminé—. Supongo que me creerá.

—Lo dudo —dijo Plumrose—. Lo mejor será atacar directamente a Guthrie. ¿Recuerda cómo fue descubierto?

—No. Lo único que recuerdo con exactitud son las fotografías, seguramente porque el autor del libro incluyó las que aparecieron en los periódicos de esta época.

—Me da la impresión que tiene usted dolor de muelas...

—Ahora que lo menciona —dije—, desde que estoy en 1897 me han dolido las muelas.

—Muy interesante —dijo Plumrose—. ¿Habla usted en serio? Sabemos muy poco acerca de los efectos de los viajes a través del tiempo.

Me toqué la mandíbula.

—No había pensado en ello hasta ahora, pero es cierto.

—Muy bien.

—Me presentaré en el consultorio de Guthrie en calidad de paciente y trataré de arrancarle una confesión.

—Sí. La mayoría de los grandes asesinos son hombres muy supersticiosos. Existen muchas posibilidades que usted consiga asustar a Guthrie hasta el punto de

obligarle a confesar. Para más seguridad, advertiremos a Southwell que contrate a unos cuantos detectives.

—¿Qué ropa me pondré para visitar a Guthrie?

—Creo que puede utilizar la que lleva. El traje no es excesivamente futurista. Pero, en conjunto, produce un efecto vagamente desagradable. Inténtelo. Le servirán el desayuno a las ocho. Buenas noches.

—Buenas noches.

Regresé a mi habitación y estudié el retrato a pluma de Leo X. Guthrie.

Las seis sillas de la sala de espera del consultorio de Leo X. Guthrie estaban ocupadas. La media docena de pacientes eran todas muchachas lo suficientemente jóvenes y bonitas como para convertirse en la próxima víctima del Asesino. Creo que me estremecí, porque la joven y atractiva recepcionista me dijo:

—¿Le duele a usted mucho?

—No es nada —dije, sonriendo virilmente a las pacientes que me rodeaban—. Sin embargo, me gustaría que el Dr. Guthrie me revisara. Me lo han recomendado como un gran dentista.

—Bueno, puedo darle hora para las cuatro de esta tarde. ¿Le conviene?

Asentí.

—¿Su nombre, por favor?

Teniendo en cuenta que Emily podía haberle citado mi nombre a Guthrie, decidí utilizar un nombre supuesto.

—Maxwell Arnold, Jr. —dije, apropiándome de la personalidad del Descuartizador de Detroit.

—Bien, le esperamos a usted a las cuatro, señor Arnold.

Era poco más de la una, pero no quería dejar a Guthrie la posibilidad de huir.

—Gracias —dije—. Esperaré.

A las dos pude sentarme, y a las cinco fui introducido en el consultorio de Guthrie. Era un hombre alto, de piel muy blanca y cabellos y bigote negro-azulados.

—¿Dónde le duele, señor Arnold? —me preguntó, mientras me sentaba en el sillón.

—En ningún lugar concreto, doctor. Es un dolor de muelas general.

—Lleva usted un traje muy interesante. ¿Europeo?

—No —dije—. En realidad...

—Abra la boca, por favor.

Abrí la boca.

—El motivo...

—Ábrala más. No hable.

—He venido a...

—La cosa es grave —dijo Guthrie, golpeando uno de mis incisivos—. Quieto ahora, señor Arnold.

—Doctor Guthrie, sé que usted...

Guthrie aplastó una mascarilla de goma contra mi nariz y dijo:

—Respire hondo, señor Willsey. Cuando despierte, esto será una lección para usted. Así aprenderá a no interponerse en el camino de los jóvenes enamorados.

—*Le acuso...* —dije, y quedé dormido.

Cuando me desperté era de noche. Estaba aún en el sillón del dentista, solo en el silencioso y oscuro consultorio. Sacudí la cabeza en pequeños círculos y me puse en pie. Mi traje 1961 no había impresionado lo más mínimo a Leo X. Guthrie.

Salí a la calle y eché a correr hacia el hogar de los Southwell. Emily no estaba en casa. Su padre me dijo que se había marchado a una fiesta que se celebraba en una casa vecina, y que temía que planeara reunirse allí con Guthrie. Le aseguré que le ajustaría las cuentas a Guthrie antes de medianoche y me marché.

La fiesta se celebraba en el hogar del señor y la señora Hollis Havenhurst. La casa era un enorme edificio blanco con un porche sostenido por columnas de mármol, rodeada de una gran extensión de césped. Uno de los salones de la planta baja estaba brillantemente iluminado. Dando un rodeo, me acerqué sin hacer ruido a una de las ventanas de aquel salón. En el preciso instante en que acababa de localizar a Emily y a Guthrie, bailando muy acaramelados, una mano se posó sobre mi hombro izquierdo.

—Vuélvase despacio —ordenó una voz autoritaria.

Obedecí. Un hombre que llevaba un abrigo y un sombrero negros me estaba apuntando con un revólver.

Murmuré:

—Estoy tratando de localizar a un amigo mío.

—Coloque las manos sobre su cabeza, muchacho —dijo el hombre.

Obedecí.

—La señorita Emily Southwell me está esperando —dije.

—No sólo no le está esperando, sino que teme verle aparecer de un momento a otro, muchacho.

—¿Cómo dice? ¿De qué está usted hablando?

Introdujo una mano en el bolsillo de mi americana y sacó un escalpelo de plata.

—¿Es usted aficionado a la cirugía? —preguntó sarcásticamente.

—¡Un momento! —exclamé—. Puedo explicarlo todo. He caído en una trampa. El hombre que ustedes buscan es Leo X. Guthrie, un dentista. Debe haber colocado eso en mi bolsillo. Mire, pregunte a la señorita Emily Southwell. Ella responderá por mí. Luego podemos avisar a la policía. Es usted un detective de Pinkerton, ¿no es cierto?

El hombre sacudió la cabeza.

—No, muchacho. Soy el inspector de policía Rafferty McCafferty.

—Bueno, de todos modos puede pedir informes míos a la señorita Southwell.

—La señorita Southwell ya nos ha dado informes suyos: juró que estaba segura

que usted era el asesino de la Nob Hill y que esta noche estaría merodeando por aquí. Acompáñeme.

Así ingresé en la cárcel.

La fiesta de los Hollis Havenhurst había tenido lugar el viernes por la noche. El domingo, a primera hora de la tarde, Plumrose consiguió que me pusieran en libertad. Dijo que yo era ayudante suyo y que había estado vigilando a Emily de acuerdo con sus instrucciones. La policía de San Francisco apreciaba mucho a Plumrose. Según McCafferty, Plumrose había ayudado eficazmente al Departamento de Policía en numerosas ocasiones.

Una vez en casa de Plumrose, me dejé caer en una de las sillas, olvidándome del peligro que el hacerlo representaba para mi integridad física.

—¿Por qué no fue a sacarme de allí el sábado? —pregunté.

Plumrose llenó dos copas de coñac.

—Me pasé el día encerrado en mi estudio, sin recibir ningún mensaje. Conseguí arreglar el rayo del tiempo.

—¿De veras? ¡Estupendo! —exclamé—. Devuélvame en seguida a 1961. Quiero perder de vista al asesino de la Nob Hill y a los desagradecidos Southwell. Que liquide a Emily de una vez. ¡Vaya jugarreta la de esa niña!

—El amor tiene los ojos vendados, Willsey, no lo olvide.

—Devuélvame a mi época y no se hable más del asunto —dije.

—Tendrá que esperar —dijo Plumrose—. Al parecer, el rayo del tiempo está arreglado. Sin embargo, teniendo en cuenta lo ocurrido anteriormente, quiero someterlo a unas cuantas pruebas.

Me encogí de hombros.

—Bueno. Adelante.

—Efectuaremos las pruebas mañana, a primera hora, con unos cuantos ratones. Si obtenemos los resultados positivos que espero, podrá usted marcharse a su época.

—De acuerdo —dije—. Esperaré hasta mañana.

—Así me gusta. Y, desde luego, si decide quedarse en esta época más tranquila, mi oferta de un empleo sigue en pie. —Al ver que yo no hacía ningún comentario, Plumrose continuó—: Todo este alboroto ha retrasado mis trabajos. Perdone que le deje solo.

Cuando Plumrose se hubo marchado, me tendí en la otomana y traté de quedarme dormido. Pero mi atención se sintió atraída por la caja del rayo del tiempo. Podían transcurrir varios días antes que Plumrose decidiera que estaba a punto. Era muy arriesgado, pero en el estado de ánimo en *que* me hallaba no me importaba arriesgarme. Utilizaría el aparato por mi cuenta y regresaría a 1961.

Me acerqué a la máquina. Lo único que tenía que hacer era colocar adecuadamente la aguja indicadora de los años y pulsar un par de interruptores. Plumrose me había explicado el funcionamiento del aparato. Coloqué la aguja en el

año 1961 y apoyé el dedo índice en uno de los interruptores...

De repente se me ocurrió una idea. Lo más probable era que la casa de Plumrose no existiera en 1961 y que mi regreso se produjera en un lugar lleno de gente. No sentía el menor deseo de materializarme sobre la mesa de un comedor rodeada de comensales, o en medio de una pared. La solución era ir a un lugar que me ofreciera la seguridad que en 1961 estaría vacío. El parque de Golden Gate me pareció el más indicado.

Salí de la casa sin ser visto, con la caja bajo el brazo. La señora Hoggins había salido y Plumrose estaba demasiado absorto en sus experimentos para darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

Cuando llegué al parque empezaba a oscurecer. Localicé un sitio que me pareció ideal: un claro alfombrado de césped, detrás de un grupo de cipreses. A mi alrededor, el silencio era absoluto. Las risas y los gritos de los chiquillos y de los paseantes parecían haberse desvanecido como por arte de magia. Dejé la caja en el suelo y comprobé la posición de la aguja. Durante el trayecto hasta el parque había retrocedido a 1936. Volví a colocarla en el 1961 y apoyé un dedo en el interruptor.

Una muchacha gritó.

Vacilé. Me había parecido percibir algo familiar en el grito.

La muchacha volvió a gritar.

—Leo, ¿me habré equivocado contigo, después de todo?

Una bicicleta cayó al suelo. Luego, otra.

—Quédate quieta y no trates de luchar —dijo la voz de Leo X. Guthrie—. Como comprenderás, no te he traído a este apartado lugar para un vulgar interludio romántico.

—¡Dios mío! —exclamó Emily.

Recogí del suelo la caja del tiempo y eché a correr hacia el lugar de donde procedían los gritos. Al final del claro, el terreno formaba una ligera pendiente. Y abajo, a unos veinte pies de distancia, Leo X. Guthrie estaba inclinado sobre la caída Emily Southwell. Guthrie empuñaba un bisturí en su mano derecha, mientras sujetaba a Emily con la izquierda.

—¡Eh, Guthrie! —grité—. ¡Suéltala, maldito asesino!

Se volvió a mirarme por espacio de un segundo y estalló en una diabólica carcajada.

—¡Demasiado tarde, Willsey! —gritó con expresión de triunfo.

Levantó el bisturí para apuñalar a Emily.

Bueno, no disponía de tiempo para recorrer la distancia que me separaba del asesino, saltar encima de él y evitar que apuñalase a Emily. De modo que jugué la única carta que tenía en la mano: la caja del tiempo. Fue un buen lanzamiento. El pesado aparato se estrelló contra la sien de Guthrie, el cual se desplomó sin lanzar un gemido.

Emily no se desmayó. Se puso en pie y, a la incierta claridad del atardecer, vi que

estaba muy pálida. Pero aún tuvo arrestos para dirigirme una maravillosa sonrisa.

—Señor Willsey, se ha portado usted como un valiente. —Se inclinó a mirar la destrozada máquina del tiempo—. De un modo especial al sacrificar su medio de transporte.

Eché a andar hacia ella. Plumrose podría fabricar otra máquina del tiempo. Pero las muchachas como Emily son difíciles de encontrar.

FIN